



tomás carraquilla

nace
tiempos...

novela



del campo
a la ciudad

editorial Montiel

TOMAS CARRASQUILLA

HACE TIEMPOS

MEMORIAS DE ELOY GAMBOA

TOMO III

DEL MONTE
A LA CIUDAD

EDITORIAL ATLANTIDA

MEDELLIN. - 1936

ES PROPIEDAD

QUEDA HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY.

I

He presentado en montón las cosas e incidentes, en este cambio tan repentino de mi vida. Se me figura, ahora que los escribo, que era yo como una fuentequilla que han trepado a mucha altura por bombas de zurrón, por ariete o por cualquier cosa y que luégo ha de correr tranquila por unas vegas con declive suficiente. Quiero decir que mi vida se va encauzando con el estudio que Theodorete y yo hemos principiado. Convenio ha sido entre todos que él repase, que me vaya transmitiendo su ciencia, a ver si nos emparejamos, nos emulamos y hacemos los progresos que en la casa desean. Yo gozo con que el texto sea «El Libro del Estudiante» del señor Ortiz, ese libro en que El Escribano se ha iniciado en la sabiduría. Se me figura esto augurio de ventura.

Melita, que es de suyo pedagoga, nos amplía las lecciones por otros textos que tiene entre sus

libros. Pues y Teodorete? Ahora que puede tomar la palabra para cosa útil y trascendente, no se párra en pelillos el hablantinoso. La clase y explicaciones de Religión e Historia Sagrada corren por cuenta de mamá. Tiene el dón de hacerse entender y de vulgarizar lo que entiende.

Del resultado de tales estudios habré de tratar después. Ahora que voy sospechando los misterios de la mina, me ocuparé de tan grave asunto.

Desde la venida de El Príncipe está papá preocupado. A pesar de la vuelta de su segundo sale a diario para meterse con él en el socavón o galería de Santa Ana. Desde que sale con el trípode, la brújula y el nivel de agua, está mamá con el credo en la boca: Se le figura a la pobre que aquellas galerías van a hundirse y que papá va a quedar sepultado en vida, como el marido de doña Chinca. Aunque la señora es muy prudente, no deja de tener sus expansiones sobre esa profesión tan triste y azarosa de los mineros. Gran cosa era el sueldo de cinco pesos diarios; pero más le valdría a Miguel quedarse de carpintero o constructor, como don Clemente, Eladio o cualquiera otro. Pero hé aquí que ni Tila la puede consolar, porque le parece muy poca la ganancia de su marido. Melita, siempre tan confiada en la Providencia, le predica a Elisa aquello de la voluntad de Dios y de la muerte.

El caso es que el hilo de Santa Ana, aquella pata, cola o raíz de aquel monstruo de pedrisco, que tanta riqueza ha estado dando, se ha vuelto de repente ojo de hormiga. Si se acabó de improviso, si continúa del lado sur o del lado norte,

o en la dirección que antes llevaba, lo sabrá Dios. Valiérale El en estas emergencias y en estas extravagancias y moños de la tal mina! Qué se ganaba él con saber, metido entre la tierra, por dónde daban los puntos cardinales, si de allí no pasaba?

El y Leopoldo se pegan de aquellos papeles o croquis de las galerías y de las direcciones que llevan o parecen llevar los tales minerales. Dónde y cómo cogerían al fugitivo, si era que en realidad se había huído? Se trataría de apique, de socavón o de abrirle alguna cañada a esa falda de don Segismundo? Adivina, buen adivinador.

Ha tenido conferencias con don Teodoro, y éste se ha ido a Medellín con la intención de traerse a Leonardito, accionista y presidente de la empresa. Desde que viniera, cualquier intento que se ejecutase sería hartó distinto, aunque resultara un disparate. Si no venía, tendría papá que quedarse adivinando en hipótesis. Qué exploraciones subterráneas podría intentar?

A mayor abundamiento se inicia mayo con sus aguaceros y principian los trastornos, con los daños en los caminos, para el acarreo y transporte de los víveres. Habría que traerlos, si las lluvias apuraban, por la vía de El Popal, para evitar el vado del río, que se salía de madre; habría que trasbordar los víveres con dos arrierías y pasarlos a espaldas por aquel puente de dos palos. Con tal que los contratistas cañoneros no se atrasasen con la panela, aunque la trajesen revenida. Y, cosa rara! Los proveedores de plátano, papas y arracachas, que sostenían el revuelto de aquellas sancochadas, principiaban, los pri-

meros, a no traer a tiempo sus artículos, como si viviesen en los antípodas. Bien decía Camilón que estos labradores de tierra fría no servían ni para sacar un perro a sus aguas menores. Este conflicto le atañía directamente a Marinacita, inspectora de raciones y condumios, pues es de saberse que a estos jornaleros de montaña alta no se les puede mentar el arroz: Lo llaman «neblina» y aseguran que eso no es comida ni para perros hambrientos. Tampoco les peta ese como cuchuco de maíz cascado, por lo menudo, que ellos llaman «machorrucio», ni el de grano entero que llaman «mote». Es tal la cosa, que es hasta refrán en estos montes: Meterle a uno machorrucio o neblina, equivale a engañarlo. Ya Pando y la negra Loaiza principian con sus versos:

Ya nos dieron machorrucio,
mañana nos dan neblina,
no nos queda más remedio
que larganos d'esta mina.

Tornan don Teodoro, Largo Valencia y sus compañeros, y traen a Rosana, la niña de don Alvaro. Y, oh regocijo de papá! Leonardito viene con ellos. Desde que le vemos en aquel macho tan airoso estamos Theodorete y yo con la curiosidad en carne viva. Qué sería aquello? Ni eran botas ni eran zamarros. Ni la misma Melita nos ilustra. Corremos al cuarto de las monturas a examinar tales novedades, y nos las medimos. Son las polainas, que por primera vez se ven por estos montes. Cómo inventaban cosas los ricos de La Villa!

A don Leonardo Castellanos, este señor que

ha vivido y estudiado en Europa, le viene de perlas el diminutivo: Es menudo, muy afable, muy bien educado, sin ínfulas ni campanillas de ninguna especie, aunque un tanto serio. Más parece que está en casa ajena que en sus propios dominios.

Y mamá nos confina a los corredores de nuestra casita, para que no fuéramos a hacer el papel de fisgones y papamoscas con un señor de tanto respeto.

Gran suceso la llegada mensual de las gentes que vienen de La Villa, con tanto dinero para el pago, con las cargas de útiles de la empresa, con las mercancías, con las cartas de todas partes, con las noticias, con los papeles, con los obsequios y los traídos de Largo Valencia. Tales días son en los fundos mineros como mojones que alinderan el tiempo. A mí me viene mi mensaje. Es la contestación a la boleta que me hizo firmar Melita desde San Juan: Todo muy bien, y ella asegura que El Escribano sabe redactar, con todo y ortografía.

Por la tarde nos vamos con mamá y con Raquel a avistarnos con Rosanita, a quien no hemos saludado.

En la casa se esperaba una niñita muy descolorida y mortecina, y resulta una chicuela con unos arreboles de lo más lindo. Pronto se descubre aquel misterio. Y doña Rosario y Marinacita y Angelina y doña Martina se alarman a cuál más.

—Valientes ocurrencias las de Alvaro y Jacinta!—gruñe la abuela—Con tanta familia en Medellín, y tener cara de mandar a esta mucha—

chita a cas de mi comadre María Antonia y dejarla allá tres meses, para que esas hijas suyas, tan mundanas, le enseñen esos usos tan pecaminosos. Qué opina, Elisa?

—Pues señora: Les parecería que estaba muy fea y descolorida, y querrían que estuviera bonita.

—Ya lo veo, niña; pero de pecado no rebaja untarle colores a una inocente de diez años.

—Ese será un pecado venial, doña Rosario.

—Y dígame una cosa: Esas tintas duran muchos días, o se pueden borrar?

—Pues yo soy muy poco fuerte en pinturas; pero Rosana debe saberlo.

—Y no sólo esas chapas,—dice Marinacita—sinó esa sayita a la rodilla.

Pasa este conciliábulo en el comedor, mientras la niña se arregla. Qué enfermita más rara! A poco sale muy galana: Botas de cabritilla, albas medias de tarro. Y a todos nos saluda como viejos conocidos.

—Vos sos Tiodoro. Y vos Eloy. Y tía Elisa y Melita.

Tiene unos ojos muy grandes y muy negros, unos dientes de ratón y unos tirabuzones muy desbaratados.

—Pero no está muy cansada, Rosanita?

—Nada, tía Elisa. Qué me iba a cansar en ese caballito **tan** sabroso? Ni cuando me trajeron de Tacamocho me cansé. Es que yo aprendí a montar hace mucho tiempo.

A poco toma a Raquelita por la espalda y le dice:

—Caminá mostrame la casita de ustedes; me dijo Largo Valencia que es muy bonita. Caminá vos, Tiodoro, no siás desatento. Y vos también, Eloy.

El Azogado se va con ellas, pero yo no me atrevo a seguirlos.

—Valientes cosas!—rezonga doña Martina—Muy bien librada que ha salido. Figúrense las Olivares! Salen a la calle con cualquier hombre y van al teatro con unos escotes que da vergüenza; usan el Lenguaje de Acciones y se entienden desde los balcones con el que se les pare en la esquina.

—Mi comadre Antonia ha sido tan rara.—dice doña Rosario—Desde que vivían en Orofino tenían fama las hijas de tremendas y callejeras. Pero en Bogotá como que se pusieron peores. Ya se ve: Con ese rojismo tan estragado de mi compadre Olivares y de sus hijos, antes han salido muy recatadas.

—Es que son unas mujeres muy a la moda y muy sabidas.—dice doña Martina—La que llaman Antonieta escribe en papeles públicos. Por supuesto que a Elisa le debe parecer muy bonito.

—Si escribe bien, tiene que parecerme...

—Es que con esa educación que les dan a las mujeres en los pueblos, no les vale ni Bogotá!

—Sí, Martina:—dice mamá—Siempre se nos ve la puebleñada. Y a las que educan en la Otrabanda siempre se les ve el rastrojo, aunque las

lleven a vivir a Medellín. Todo esto es muy natural.

—Sí, Elisa. Pero siempre somos mujeres muy recatadas.

—Bien lo sé, Martina; pero cada cual entiende el recato a su modo.

Y sale por la puerta de los tinajeros, como huyendo de sí misma.

Don Leonardo va a tomar el café a nuestra casa; mas con el último sorbo torna con papá a los conciliábulos con don Teodoro y con Leopoldo. Sólo les interrumpe el tañido del esquilón. Y pasado el rosario vuelven a la faena. Hasta mamá toma parte en el tute, para completarle el cuarto a don Julián.

Al día siguiente, después de la exploración por las alturas de Santa Ana, viene papá muy satisfecho con la determinación de don Leonardo, tan de acuerdo con su pensar. Le iban a abrir una cañada a la falda, y probablemente don Segismundo no iría a poner muchos inconvenientes por aquel desmoronito que le iba a producir más dinero que esos montes y esos rastrojos.

—Pero vea, Miguelito:—le pregunta Melita, muy alarmada—No se llevarán por delante la casita y la huerta de la señá Sinforosa?

—Pues no me parece difícil; pero ningún perjuicio se le hace, porque todo se le pagará. Hasta puede mejorar esa pobre viejita.

—Y no correrá riesgo el molino, Miguel?—interroga mamá.

—No, hija: Por muy grande que echemos la

bomba no alcanza a llegar hasta el molino. Y eso que pensamos hacer el tanque mucho más grande que los que se han hecho hasta ahora. Leonardito quiere que se haga lo más pronto posible. Ya comisionámos a Clemente para que se vaya con Leopoldo a contratar peones al pueblo. Desde hoy mismo vamos a principiar con algunos monteros y otros trabajadores de aquí.

—Y adónde piensan hacer el tal hoyo?—averigua mamá.

—Hay un punto que ni buscado con vela, más abajo del nivel de la acequia: Es como una cañadita entre dos morros. El hoyo puede decirse que está hecho. Sólo hay que escalonarlo con madera. La demora será el terraplén para la compuerta.

—Bueno, Miguelito: De manera que tienen que mermarle el agua a los molinos para llenar el depósito?

—No, Amelia: Esa acequia resiste el doble de agua y se le puede echar, como usted sabe, toda la quebrada de La Trinidad. Creo que la acequia resiste por todos los puntos, y si acaso fallare por alguno, ningún trabajo da reforzarla. Desde mañana vamos a principiar la echada del agua a ese punto, no sólo para que nos ayude en el trabajo, sinó para que vaya abriendo cauce, falda abajo. Esta tarde echa bando Camilón en los tres personales, para que se riegue la noticia y vengan del pueblo y de estos puntos cercanos peones de regatón y pala y los más monteros que se necesiten. Si hace muy mal tiempo se les darán encerrados para que trabajen con capisayo, como los socavoneros, o se les aumentará un rial en el jornal. Creo que antes de dos meses estará el depósito a

punto de soltarlo. Habrá que aumentar también el personal de los carpinteros de codal y los remendones.

—Bueno, Miguel: Y si no descubren el tal hilo, no pierde la empresa un montón de plata?

—Por supuesto, hija; pero más perdería en un apique o en una cruzada, aunque sea mucha la indemnización que haya de dársele a don Segismundo. Y sobre todo, ya es cosa dispuesta por el presidente de la empresa. A todas las minas, y especialmente a las vetas, hay que meterles plata para que la devuelvan o se la traguen. Los Castellanos tienen tela de dónde cortar. Sólo mi padre y yo sabemos lo que han ganado en esta empresa, y Leonardito no es hombre que se pare en cuatro riales más o menos. Así es, hija, que si la cosa no resulta, no hay por qué confundirse.

—Pues no, Miguel; no es para uno empeñarse a llorar: Esos son percances del oficio. Pueda ser que a estos dos muchachitos tampoco les dé por las minas.

—Sí, hija: Te doy toda la razón. Este es el oficio más perro y que más intranquiliza.

Al día siguiente, cuando emprendemos el estudio, se dispara Rosanita hacia nuestra casa, como si no conociera el tuntún. Viene arrasada en llanto; se cuela a la sala y grita atragantada:

—Yo me vengo p'acá, tía Elisa! No deje que me lleven a la otra casa!

—Pero qué le pasó, mi muchachita?—exclama mamá arrimándola a su regazo.

—Es que Marinacita me escondió el frasco

de vinagre rojo y mi libro del Lenguaje de las Flores, que me regaló Ricardo el de doña María Antonia! Jí! jí! No me quiere peinar de cachumbos sinó de bordo de canasta, como las de mi tía Martina!

—Por eso no llore, mi muchachita, que eso se arregla.

—Es que mi madre Rosario quiere que me dañen los vestidos, para que queden bien largos y bien pasaos! Jí! jí! jí! Si usted no me quiere recibir, tía Elisa, que me vuelvan a llevar para Medellín o para Tacamocho! Si me dejan aquí no tomo los remedios y vuelvo a comer tierra hasta que me muera!..

Y sigue emperrada, en el colmo de la angustia. Melita la toma con muchísimo cariño y le dice:

—No se acobarde por eso, Rosanita. Yo le hago en un momento marrones, le pongo un pañuelo bien bonito, y de aquí a medio día está más crespada que Raquel. Yo le consigo El Lenguaje de las Flores. Camine conmigo. Yo la enmarrono allí, en el corredorcito del baño, donde nadie nos vea.

Y se va con ella.

—Por qué se aflige tanto?—pregunta Teodoro.

—Es que ella está muy enferma, y la anemia pone a los muchachos muy caprichosos. Vaya dígame a María Ignacia que venga en un momentico.

A poco comparece la devota, con aire de ofuscamiento.

—Pues no ves, Elisa; como llenaron a esta muchachita de resabios, ni sé qué se hizo.

—Ahí está con Amelia, en el baño, y la está enmarronando. Ve, Ignacia: No vas a inventar escrúpulos y exageraciones con esta muchachita. Dejála hacer todo lo que ella quiera. A los niños atuntunados no se les puede contrariar, porque se empeoran.

—Tal vez sí, Elisa. Angelina o Amelia bregarán con los tales cachumbos tan laboriosos. Pero mi madre y yo, de acuerdo con Angelina y con Martina, hemos determinado esconderle el vinagre rojo y ese libro de mujeres coquetas, que le regalaron.

—Ve, Ignacia:—le dice mamá con mucha calma—No te metás de misionera ni de catequista en este asunto. A esta muchachita no la mandaron aquí a que se convirtiera, sinó a que se aliara.

—Pero, Elisa! Ve...

—No veo, Ignacia, porque no hay que ver. Vos, que estás por servir a Dios y al prójimo, te debés acordar de lo que se llama celo indiscreto. Mejor le servís a Cristo dejando en paz a esta muchachita. Lo que resulta es que con tus escrúpulos provocás un conflicto en la casa: Se enoja don Teodoro, te echa una reprimenda y hace empeorar a doña Rosario. Dejále el vinagre rojo y dejále el libro. Yo te parezco muy mundana, Ignacia?

—Pues cómo me vas a parecer...

—Pues bueno: Yo no he usado vinagre rojo ni blanquete, porque no me gustan. Pero eso lo

han usado en todas partes casi todas las muchachas de gente muy buena. Y te aseguro que El Lenguaje de las Flores me lo sé de memoria, como se lo saben muchas. Lo que has de hacer es desalarmar a doña Rosario, y no hacerles caso ni a Martina ni a Angelina. A Angelina la has criado con todos tus escrúpulos. Y Martina no entiende jota de las cosas de la vida ni de la sociedad.

—Pero, m'hijita: Ahora determina esta muchachita que la lleven al pueblo a lucir esas chapas y esos trajecitos más arriba de la rodilla. Es que no te has fijado en esos calzones que le han hecho las Olivares.

—Ve, Ignacia: Pedile al Espíritu Santo que te ilumine, y no te pongás a hacer simplezas por amor a Dios. Si sacan a Rosana al pueblo, con los vestidos altos, nadie se va a escandalizar. Los pocos que estén al corriente de la moda saben que en Medellín y en otras partes visten las niñas así.

—Pero... qué dirá Ceferino, que ha moralizado tanto este pueblo?

—Dirá lo que le dé la gana. Me parece que el gobierno no lo ha mandado a que catequice la gente, sinó a que le enseñe. Ni el obispo lo ha puesto de director espiritual. Las chapas le deben parecer muy bonitas, porque Resfa siempre se las pone con mucho disimulo. Y no adelantés las cosas, porque por más que esté aquí Leonardito se le sube la mostaza a don Teodoro y te hace llorar a vos y hace rabiar a doña Rosario. Y ve: Estas cosas, inspiradas por las extravagancias de Ceferino y por las críticas de Martina, más se parecen a farisaismo que a piedad. Y no me vas a decir aquí que estoy de sopera, porque este asunto nos toca

a todos los de la casa. Cuando esta muchachita se vuelva a ver con Alvaro y con Jacinta les cuenta todas estas cosas y nos guardan el rencor a todos. Así mismo como te lo digo. Persuadite que una monja fuera de su claustro no tiene por qué entender las cosas de la vida. Ponete a rezar por todos, que es lo que te corresponde. Dejé a la gente que haga y acontezca. Te digo estas cosas con mucha brusquedad porque si las pulo no te calan. Y pensá que Nuestro Señor Jesucristo lo perdonó todo menos la falsa piedad: Acordate cómo ponía verdes a los fariseos. Conque vaya, m'hijita, a componer todas las bobadas que están haciendo, que yo me comprometo a aplacar la muchachita.

—Pues, m'hijita: Me has echado un sermón muy duro, pero... no te falta razón. Quién fuera como vos que no necesitás de director espiritual!...

—Sí lo necesito, Ignacia; y lo tengo y lo consulto cada rato. Qué más director espiritual que la Doctrina Cristiana? Ni aun la Explicada hay necesidad de estudiarla: Con el Catecismo del Padre Astete basta y sobra. Es que, a fuerza de enseñarlo, ya ni te fijás en su sentido. Y andate a componer la cosa para que no siga adelante.

—Me comprometo, Elisa. Y no nos habrá oído Rosana?

—No: Están por allá en el aguamanilcito del baño.

—Ve, Elisa: Por qué no hablás en un momentico con mi madre?

—Con ella hablaría y creo que nos entenderíamos, desde que no intervenga Martina. Ella es-

tá hoy levantada y no está haciendo mal día. Mandámela en un instantico, que yo hablo con ella aquí a solas.

—Caminá ahora mismo, que ella está sola en el cuarto. Martina le está dictando una carta a Angelina en el Gabinete Azul.

Y se van.

Todo se arreglaría según la diplomacia de mamá, porque a las tres, hora del Mes de María, comparece Rosanita de tirabuzones, rosiclères y faldellín a la rodilla, a ofrecerle las flores a María, en compañía de las otras chicas. Probablemente Melita le habrá enseñado los versos de doña Silveria Espinosa de Rendón, porque recita como las otras las estrofas que le corresponden en aquella plegaria alterna. Hasta recuerdo una de las que le han tocado, por los melindres y las bocas que hace:

Quisiera que el incienso
que en este altar se quema
fuera, más bien que emblema,
purísima oración,
que ardiente y fervorosa
partiera de este suelo,
para llevar al Cielo
la voz del corazón.

Teodorete y yo, que ya somos ángeles con las alas medio sucias, hacemos acto de presencia en este tan religioso, medio fascinados por la primita forastera, e instigando a Repollo para que intervenga con sus hablados en esta prez de la infancia.

A la vez admiro aquel telón azul Prusia que tapa el Cristo y que Melita ha estrellado, y aquella niña María que han raptado a San Joaquín y a Santa Ana, desde el alto repisón del cuarto de doña Rosario. Son de talla media, esculpidos por el maestro Matías. La niña María, con cabellera rubia de verdad, corona de rosas y cubierta de gasas argénteas, se eleva, juntas las manitas, la mirada en el vacío, sobre el pedestal de flores que llega hasta el suelo de aquel oratorio diminuto.

Cuando volvemos a casa nos dice mamá:

—Ahí los veo muy embelecados con Rosana. Cuidado cómo principian con retozos con ella, para que se disgusten doña Rosario y María Ignacia.

—Esa está muy chiquita todavía, Elisa.

—Pues me alegro que no vayan a inventar noviazgos. En todo caso, nada de retozos ni de juegos de mano con ella. Trátenla con mucho cariño, y nada más.

La víspera de su regreso va a comer los frisoles don Leonardito a nuestra casa. Según convenio, la comida ha sido lo más montañera posible, porque este señor, tan rico y tan viajado, es un maicero de siete suelas. Pondera la arepa y la masamorra de Sebastiana, que aquello es.

—Usted, Leonardito,—le dice mamá—que está escribiendo una obra sobre estas minerías de Antioquia, habrá tratado sin duda de los masamorreros.

—Cómo no, Elisa. Y no sólo el masamorreo. Es que la masamorra es lo que nos ha alimentado a nosotros los antioqueños. Si viera todo lo que uno desea en Europa o en los Estados Unidos una

taza de claro. Siempre que he vuelto de por allá, lo primero que he pedido en Nare es claro. El claro no solamente es el gran calmante de la sed sino que es hasta sudorífico, si se toma caliente. No sé Gregorio por qué no le mencionó estas propiedades en ese poema tan lindo.

—Masamorra como que no se toma sinó en Antioquia, don Leonardito?—pregunta Melita.

—Aquí nada más, Amelia, la hacen con ceniza. En Cundinamarca y en el Tolima usan lo que allá llaman peto, que es una cosa muy diferente. Lo que llaman masamorra en Bogotá es una sopa de harina de maíz fermentada, con papas y otras cosas. En algunos países de la América española dizque usan una cosa que llaman masamorra, mezclada con panela o con azúcar. Y qué ha habido de ese francés, Amelita?

—Pues nada, don Leonardo: No he adelantado ni jota. Hablarlo bien no tengo riesgo, aunque sepa las reglas de pronunciación. Para estudiar en textos elementales que estén en francés, o para entretenerme traduciendo cualquier cosita, no sabré lo suficiente?

—Demás, Amelia. Usted me ha entendido a mí perfectamente cuanto le he dicho en francés. Oigame y tradúzcame este trabalengua.

Dice, y yo lo españolizo:

—Ton te tatil oté ta tu?

Teodorete y yo largamos la carcajada, y Melita dice:

—No quiero engañarlo, don Leonardo, haciéndome la entendida. Ya me habían enseñado

ese juego de palabras o calambur; no sé cómo se dirá. Tradúzcaselo a estos muchachitos.

—Tu té te ha quitado tu tos?

Qué admiración la nuestra! Ah dicha para los que sabían tanto!

Viene aquel otro calambur de cuatro clásicos franceses. Y Melita nos traduce:

—Racine bebe el agua de la fuente de la pradera.

—A mí me encantan los calambures y los juegos de palabras en cualquier idioma.

—En español también, Leonardito?

—Cómo no, Elisa? Y si tienen buen sentido me gustan más.

—Ha leído uno de Campoamor?

—No. He oído nombrar a ese poeta, pero no lo he leído.

—Pues yo tampoco.—dice mamá—En estos días he venido a conocerlo, por un tomito que me trajo Martiniano de San Juan.

—Lo tiene aquí, Elisa?

—Sí, Leonardito.

—Léame eso, que usted lee muy bien.

Pasamos a la salita, y mientras fuman y toman el café mamá cumple su cometido con el «Amar al Vuelo».

Y don Leonardito pide repetición.

—Muy lindo, Elisa, y muy ingenioso. Présteme ese librito para leer esta noche. A mí, aquí

donde me ven tan positivista, me gusta de vez en cuando leer buenos poetas.

—Este tiene cosas bellísimas.—dice mamá—Por los versículos que pone de Kempis creí que sería algún místico, y me parece un tunante de mucho talento y muy sabio.

—Léame otras dos o tres más, Elisa.

Y viene el «Qué es Amor?» y el «Escribidme una carta, señor Cura».

—Magnífico!—dice don Leonardo.—Ustedes como que viven aquí muy sabroso. La casita la tienen linda. Veo que está recién pintada y con la sala empapelada. Y bueno, Miguelito: Por qué no ha pasado la cuenta de estos gastos? Usted sabe que tenemos obligación de ponerles casa muy decente.

—Pues pídale la cuenta a Amelia, Leonardito.

—Yo espero que crezca hartito, don Leonardo,—dice Melita—para que me tenga que pagar, con todos sus intereses, ese platal.

Y pide permiso para retirarse al recibo de los diarios.

—Sí, Leonardito.—dice papá—Eso fueron cosas de ella. Se apareció de San Juan con galones de aceite y este papel de la sala, que le regaló mi suegro. Ella misma compuso los colores y llamó a Minos para que le pintara las partes altas, y lo demás lo pintó ella. Y un domingo, entre ella, Eladio y yo, empapelamos esta salita mientras que una vieja ñata se persigna. Y con otros retazos que trajo le puso friso a los dos cuartos y

a aquel otro de la punta que llaman El Gabinete Azul.

—Qué mujer tan rara es esta Amelia!—dice Leonardo—Quién se va a figurar que esa figurita encierre cosas tan buenas! Lo que más le admiramos en casa son los informes mensuales que les escribe a ustedes con esa redacción tan clara y esa letra tan bonita y tan cursada.

—Para las cuentas es lo mismo, Leonardito: Es una verdadera contabilista.

—Y ahora que me acuerdo. Auméntele un veinticinco por ciento en el sueldo, lo mismo que a Marinacita, así como se lo aumentámos a don Isaías: El manejo de esa despesa es para un hombre muy delicado y muy activo.

Chupa y chupa, humea que más humea, y agrega:

—Elisa tiene que estar muy contenta viviendo de este modo.

—Pues quién sabe, Leonardito: Caras se ven, pero corazones no. Yo no soy desagradecida a los beneficios de Dios; pero el monte siempre es monte. Yo soy algo aprensiva, y estos muchachitos tan aturdidos y tan desobedientes se meten en tantos peligros.

—Peligros hay en todas partes, Elisa, y los muchachos son iguales aquí y en Constantinopla.

—Así es, Leonardito. Y hasta cierto será que el diablo los guarda. Pero eso no le quita a uno las mortificaciones. Y no es eso, solamente: Por más que uno bregue por educarlos y no hacerles mimos, los peones los acaban de perder con todo

lo que los contemplan. Sobre todo Largo Valencia los mantiene completamente alzados.

—Ese es otro tipo de trabajador de lo más curioso y lo más formal. Es lo que más me gusta de la administración de don Teodoro: Es el hombre que más conoce la gente y para qué sirve.

—La experiencia, Leonardito: No sabe tanto el diablo por ser diablo sinó por lo viejo que es.

—Cómo no, Miguel. Yo creo que esta empresa, aunque no sea de primer orden en Antioquia, es la mejor administrada. Lo digo con conocimiento de causa y por comparación: Me he dado mis vueltas por las empresas de Remedios y de Titiribí, y no hay comparación con el orden y método de esta empresa. Qué tal será don Teodoro, que a Castor, que tiene más método y más sistema que los ingleses y los yanquis, le satisface por completo.

—Gracias, Leonardito, por lo que nos toca. —dice papá—Y no piensa venir pronto?

—Cómo no. El no perdona su asomadita en junio o julio. Aunque no fuera sinó por llevar yedras y semillas de flores nuevas: Como estudió floricultura en Europa, es maniático por las flores y los arbustos de ornato.

—A Minos y a Ignacia—dice la señora—les ha enseñado a cerner los abonos. Ya se habrá fijado en lo lindo que está el jardín, a pesar del invierno. Si viene en junio, me parece que tendrá mucho que admirar.

Llega don Teodoro y se van al Molino del Medio.

—Estuvimos formales, Elisa?

—Muy bien, Miquito en Pesebre. Ojalá se portaran siempre así.

A la vuelta entran con el señor, que viene a reclamar el libro. Y mamá le dice, corriéndose hasta la esquina exterior:

—Dispénseme una palabrita, señor presidente, porque le voy a hacer una petición: Hágame el favor de ordenarle a estos señores, si a usted le parece, que cambien ese carretiadero. Fíjese en esa altura. Si algún pobre de estos se cae, hay que recogerlo con cuchara, y les cobran el muerto. El otro día se cayó uno, pero por fortuna fue aquí en la parte baja. A mí ni aun me gusta asomarme a este corredor, porque me crispo viendo a esos pobres por esa altura. No podría cambiarse ese carretiadero por algún andarivel de cable? Será eso una cosa tan costosa, Leonardito?

—Señora: A presencia suya les ordeno a estos señores que pongan el cable o arreglen un carreteadero por tierra, o que saquen el mineral por parihuelas.

—Así lo esperaba, Leonardito. Por eso me atreví a hacerle esta súplica. Que Dios le pague. Adviértales también que no empanturren la cosa.

—Sí, Elisa: Les ordeno que la hagan inmediatamente.

Mamá hace la Cananea, y antes que me lo percate admiro aquel cubo, de aquí para allá, suspendido del cable, y veo cómo han desaparecido aquellos estantillones tan elevados y aquellos tablones aéreos; pero siempre me parecía más divertido ver a los carreteros disminuídos por la

altura, hechos unos micos. Ya Teodorete no sufriría encerronas en el cuarto de las monturas y tendría de hacer sus maromas en tablas más bajas. Mamá se recrea en su obra desde el comedor.

II

Si a los peones les apesta la neblina, a Teodorete y a mí nos cautiva la niebla. Nos parece cosa de sueño eso de no ver nada a las diez varas. Madrugamos más que en verano por ver cómo se van destapando la casa, las breñas, y cómo se van enredando en las cumbres montuosas los copos desmotados de algodón. Nos encanta echar vaho lo mismo que las vacas; nos encanta recorrer los senderos empantanados por la lluvia nocturna.

El Mico en Pesebre ha entablado un retozo mañanero con Teopiste. Es una cuarteroncilla más o menos de nuestra edad, hija de Prudencia, la fámula de Tilita. Teopiste va a tomar el agua del chorro de la calle real, en su guadua de dos cañutos. Teodorete atisba. No bien la mocosuela ha henchido la guadua, la ha tapado con el cuadrado de trapo y echado al hombro, salta el Mico con mil relinchos, chiflidos y garatusas.

—Tiodoritico, mi rey! No venga a destaparme el tarro, porque m'ensopa la ropa y mi má-

ma me confisca!

Más micadas amenazantes le hace el galan-cete.

—Tiodorítico, por los clavos de Cristo! No sia tan perverso con yo! Vea que yo lo quiero mucho. Y no me jale de la junda, qu'en esto se me cae el chumbe. No me vaya a destapar el tarro, que me mojo toítica. Tampoco me jale de las criz-nejas, qui'a yo siempre me duele.

—Esta Tiopiste tan papelera! Pa qué son todas esas cismas? Eso es por pelotíame esos ojos con esas dos pipas tan negras!

Al fin la deja en paz. La muchachuela se va; mas siempre vuelve el cuerpo atrás, con todo y tarro, para mirarnos. Y este es el detalle que más le agrada al Azogado.

Y seguimos pantaneando por entre los higuerrillos, tan lavados, por entre los rastros de borracheros y de escobadura. Nos asomamos a la escuela a ver funcionar a Brújulo, y unimos nuestras voces con los rapaces chamarrudos y remendados que gaznatean el be-a-ba y el be-e-be del deletreo. Damos con nuestros cuerpos gentiles en la inspectoría y en la cárcel. En esta Bastilla de palo parado está el cepo. Lo abrimos, y, primero el uno, después el otro, metemos nuestras canillas para sentir las emociones del cautiverio penitenciario.

Husmeamos por el tribunal, cuya puerta apenas ajusta Brújulo, y vemos las horquetas arrinconadas, una lanza, dos escopetas y algunos cuchillos decomisados; el almanaque y la lista de caminos, una mesa muy bronca y un tintero de

cuerno. Pero héteme aquí que un arenillero de milpesos abigarrado con los colores nacionales y encabado en un pie de copa encapricha al loco, y me echa un bautizo de mica por esta pelambre-ra mía tan cerrada. Entramos a meterle conversa a Procesa, a hacerles caricias a los dos atembaditos y a contemplar los tres gallos que Camilón tiene en sus varas, con su cuerda de cáñamo y su traba de cuerno. Valientes peletas tan feos y tan motilones! Tenían que ser muy guapos y dar mucha plata en esas riñas, para que Camilón los cuidara con tantos mimos.

—Por allá en el pueblo tuyo no echan gallos, Eloicete?

—Allá sí. Pero yo no he ido nunca a la gallera.

—Yo sí he ido, Eloicete. Allá en San Juan he ido escondido. Es muy bueno cuando si'agarran y se les esponjan las plumas del pescuezo; pero más bien es maluco toíta esa sangre qu'echan y que se riega por todo el suelo. Y qué te parece: Ni a mi padre José Joaquín ni a Miguete les gusta que nosotros vamos a la gallera. Y ve qué tal es Elisa: Nos dice que eso dizqu'es juego de tahures en fiestas y de gente muy ordinaria; y ya ves: Mi padre Tiodoro no pierde riña los lunes allá en El Sitio.

—Y ve una cosa, Tiodorete: Mamá no te regañará si te ve molestando a Tiopiste?

—Virgen Santa, Eloicete! Si lo llega a sospechar, no me vuelve a hablar en una semana. Cuidao cómo vas a contar!

—Yo no cuento, Tiodorete; pero ve: Tal vez

resulta que te tenés que acusar cuando te confesés.

—Yo le pregunto a Melita en secreto. Tal vez hasta pecao será; o será di'agua bendita, como dice Elisa.

Lo que sí no me parece pecado sino una cosa muy divertida, es irnos a hacerles gestos y bizcos, en las mañanas en que amanece lloviendo, a las rapazas de la escuela. Cómo vienen de satisfechas bajo los paraguas de hoja de rascadera, amantadas con encerados y subida la saya por el chumbe! Cómo trajinan, con esos pies tan empantanados y esas canillas tan pringadas! Ellas nos devuelven los gestos con otros mayores, y algunas son tan tremendas que se doblan los párpados superiores para hacernos la «cara del diablo».

Lavados los pies emprendemos el estudio, unas veces peripatético, otras reposado. El tal mayo se ha cebado a las lluvias p. m. Y viene ese frío hielahuesos de las alturas.

No bien comemos nos recogemos en la salita. Papá se pone el bayetón, rojo por dentro, azul turquí por fuera, con su cuello muy bien abotonado.

Y qué empalagoso más delicioso hacemos con Miguelete, bajo aquellos bayetones. Apenas asomamos la cabeza para oír el canto y el punteo de Melita, si se trata de canciones; para oír los cuentos, para poner las adivinanzas y las charadas. Cómo me siento de atrasado en estos asuntos! Comprendiendo tál mi ilustre hermano se da

a narrarme aventuras de Pedro Riemales. Apenas si había oído nombrar tal personaje, pero ignoraba sus fechorías.

Valiente pícaro el tal Pedro! Lo mandan a desherbar, y arranca las matas para dejar la yerba bien aporcada. Lo alquilan para coger goteras, y quita las tejas para botarlas a los solares. Lo mandan por agua, y trae el par de calabazos henchidos de una mezcla fermentada de líquidos humanos, hípícos y caninos, que vierte en las comidas. Va a la troje por maíz, y trae la carga de tusas en los capachos. Qué entrañas las de este maicero! Le hace tragar a la infeliz que lo echó al mundo almud y medio de masamorra, y la madre se revienta. Mas no le da sepultura cristiana: La monta a horcajadas en una yegua motilona y mancoreta, y la pasea por todo el pueblo, al són de una tambora y seguido por las muchedumbres.

Ya dirán los Menéndez Pelayo de por acá de dónde sacaron en la tierruca y por qué caracterizaron antioqueñamente este personaje, derivado, sin duda, de la literatura picaresca. Urde-males quieren los gramatiquistas que se diga, mas yo me atengo a nuestro patronímico popular. Más que urdir males se ríe de ellos. Por eso creo que Riales, con todo y supresión de la e, le cuadra mejor.

También dirán los sabios en los tiquis miquis del folklore, de dónde vino «El Patojo». Este como Ceniciento o pollo pelón de la familia resulta siempre el héroe; saca adelante el sentido de los humildes y despreciados: Mata el gigante, ogro o culebra que tiene encantada alguna prin-

cesa; se casa con ella, y resulta rey, al fin y al cabo.

Nos dirán asimismo los susodichos eruditos quién trajo a estos montes, con todo y coplas, el cuento de «La Flor de Lilolá», quizá dos siglos antes que lo recogiera Fernán Caballero. Nos dirán si el cuento de «Peralta», que alguien ha consignado en estos montes bajo otro título, es europeo, asiático o africano. Nos dirán si el cuento de «Sebastián de las Gracias» es alguna leyenda caballeresca que vino a localizarse en estos vericuetos.

También dirán de dónde vienen las narraciones de «Tío Tigre» y de «Tío Sapo»; de ese sapo arrogante que va a las fiestas del Cielo y que ordena a las piedras que se aparten, cuando él desciende del Empíreo, para no pulverizarlas con su peso. También explicarán cómo Tía Zorra, tan astuta en los tiempos antiguos y clásicos, se ha dejado embobar en estas montañas por Tío Conejo. Ah tío más endiablado! La hace escaldar en un caldero de agua hirviente, haciéndole creer que se va a cenar a Tía Gallina, una gallina enorme y enjundiosa. Tío Conejo, perseguido por la autoridad por todas sus fechorías, no pasa sed aunque se halle en las cumbres. Se enmelota, se revuelca en la hojarasca, y presentándose en el aljibe público ante el tribunal justiciero allí reunido, grita: «Yo soy el Grande Hojarasquín del Monte, que he venido a probar estas aguas». Todo aquel cuerpo, sobrecogido, le abre campo y le rinde los fueros como a personalidad sobrenatural. Lo cual prueba que en toda república hay siempre el Gran Hojarasquín que se impone. Y héteme al conejo como símbolo

más trascendente que aquél otro consabido.

Sin pensarlo he entreverado aquí otra conferencia. Perdonen.

Pues bueno: Todos estos relatos, ya de Teodoro, ya de Jacoba, ya de papá, los oigo por vez primera en este mayo memorable. Qué éxtasis!

Y para que más me abisme convidan a Jurado cierta noche, a tamales y chocolate, para que nos trate de los espantos y de las ánimas, de las brujas y duendes que actúan en estos cerros.

«Espanto de mina vieja» dicen en Antioquia para ponderar la fealdad de alguno. Señal de que en todo laboreo abandonado rondan los espíritus de quienes lo trabajaron. Cuántos «antiguas» salen aquí en las lluviosas noches de noviembre! De los socavones hundidos de La Trinidad se escapan unas lucecitas, tan tristes, tan apagadas, que se comprende al punto cuánto están padeciendo en el purgatorio las ánimas del difunto don Zabulón Carmona y las de sus tres esclavos que allí quedaron sepultados. Del socavón más viejo de San Pablo sale un ánima envuelta en su sábana, tocando su campanilla para pedir oraciones. Ni la señá Sinforosa Rada, la más vieja de la región, ha podido adivinar de quién sea esa ánima tan implorante. Mas, por lo mismo que es un ánima ignorada, piden por ella más que por las conocidas. Un tío de Jurado, tan arrestado como cristiano, pidióle alguna vez «de parte de Dios Todopoderoso» le dijese quién era y qué deseaba. La campanilla repicó más recio, pero el ánima no articuló palabra: Era sin duda el ánima de algún inglés sofístico y hereje.

En cuanto a duendes y brujas, los había co-

mo en toda mina. Cuándo habían de faltar? Pero aquí estaban impedidos para hacer grandes males: En la Mayoría y hasta en las peonadas había mucha religión. Las brujas carajeaban por allí, encaramadas en las piedras, pero no pasaban de risotadas y jerigonzas, aunque volaban de los altos a las cañadas. La vieja Radegunda, o sea ña Radimundis, que era la única dada por cabildo y la única mágica entre todas, no podía hacerles maleficio a los chiquitos con los ojos, porque a la finca de don Segismundo no arrimaba ninguno; y por las noches, cuando ella volaba, todos estaban acostados y dormidos. Al agua de la acequia tampoco podía echarle yerbas malignas ni porquería de cristiano, porque los acequeros siempre enterraban cachos de vaca por los bordes de la acequia. El cuerno de ganado, aunque fuera de toro furioso, tenía la virtud de librar las aguas y los sembrados de brujerías y espíritus malignos, porque el Señor le había concedido esta virtud a las reses por haberle dado el buey calor al Niño Dios con el vaho.

La tal Custodia y sus hijas no eran ni aun brujas. Mucha gana que mantenían de serlo, pero eran tan perdidas y tan faltas de vergüenza, que hasta el Patas las despreciaba y no quería enseñarles maldades. Los duendes de por aquí tampoco valían un comino: Cuando más escondían algún regatón o tumbaban las bateas lavadoras. Ni siquiera sabían espiritarse. Los daños grandes que resultaban eran de duendes forasteros y aguerridos.

—Y el Judío Errante como que hace muchos días que no pasa por aquí, mano Jurado?

—Pes ai verá, niñ'Elisa: Por la Candelaria pasó por aquí al sol del medio día. Yo bajaba de l'acequia cuando li'oi ese rumbido tan azaroso y vide todú'el alebrestamiento de los guses, de las gallinas y de los perros. Esos animales que comen porquería son los únicos que lo sienten, por la jedentina de la mula.

—Y usted no ha llegado a verlo?—indaga Melita.

—Ni yo ni naide, niña. No ve qu'el Judío y la mula s'espiritan de por entero? En los pueblos ondi'hay calles empiedradas sí los sienten todos los cristianos, por el chasquido de l'herradura que tiene la mula en la mano zurda. Pero vea qué tal es el jierro del infierno: No deja ni güella en tierra, anqu'esté blandita!

—Pero el diablo necesitará una mulada para todas las andanzas del Judío...

—No, niña; él no puede descansar ni una despabilada, y por esu'anda siempre en la misma mula. Comu'es mula del infierno no se cansa ni s'enferma, ni come ni bebe. Algunos dicen qu'es mula viva y otros qu'es mula elementa, asina com'un molino. Quién sabe cómo será. Lo único que se sabe es que salió de la Casa Santa de Jerusalén y fue voltiando en redondo y juntico, como quien embejuca un canasto, hasta que le dio la vuelta al redondel del mundo. Y volvió de p'atrás, hasta que llegó a Jerusalén, que queda en la propia mitá del mundo. Y voltió riendas otra vez hasta acabar, pa volver a prencipiar. Tan solamente mi Dios en el Cielo, y el diablo en el infierno, han hecho la cuenta de las vueltas qui'han dao. Quién sabe cómo será la condena en el

infierno, después que si'acabe el mundo! A yo me parece qu'eso será allá como voltiando en trapiche.

Yo quedo como fascinado con el padre de nuestro amigo. Y he aquí que Teodorete, que se espantaba años atrás con su propia sombra, se ríe de todos aquellos espantos y me transmite a mí la hilaridad.

Mayo apura sus lluvias y nosotros las diversiones en el recinto de la casa. A mi hermano le da la ventolera por el papelerio, y eso son las cajas, los barcos, los cuatro coquitos, la noche y el día y otras habilidades y monigotes de papel. La casa se convierte en taller, templo y escuela, porque Rosana y Raquel, asesoradas por la negrilla Laurencia, enseñan a Repollo y a las dos chiquitinas de Tilita. Es aquello mezclado con Mes de María, muñecas e himno de doña Silveria. Repollo no nos deja en paz para exhibirnos sus sabidurías silverianas:

Los lilios y azahales
que cublen tus altales
y tu polilo pie.

De tal modo que mamá nos empunta al comedor de los empleados, con todos los útiles.

Rosanita se nos entrevera en ocasiones con El Lenguaje de las Flores, con el Almacén de los Niños y el Almacén de las Señoritas. Lee y cose y laborea, que ni para las sorpresas de Marinacita. Vaya por las Olivares! Pues es de saberse que Olivares son también las maestras de Tacamocho, y muy parientas de las Olivares de Medellín.

Ello diría.

En cuanto al coqueteo y al retozo, no avanzan mayor cosa. Rosana, a estilo de su primo Teodoro, no comete la bobada de enamorarse de chiquillos. Su novio es Ricardo, el que le ha regalado el Lenguaje y a quien le está saliendo el bigote. Aunque nos convida a que hagamos pilón con ella, mamá la disuade asegurándole que ese ejercicio tan fuerte la hace recaer en el tuntún, después de estar casi curada. Mas sin embargo, siempre echamos con ella nuestras puntas de polca, con mucha moderación y muy poco abracijo.

En ciertas noches comparece Tila con Tano y emprendemos la lotería, con apuestas de tabacos y granos de cacao cuando nos faltan los corozos.

Los viernes juegan tresillo papá, don Isaías y Leopoldo; pero como no nos dejan empalagar en el juego, mamá nos lee algo, nos narra o nos recita versos, mientras Melita se da a sus estudios y nosotros a los juegos digitales de cuerda, para hacer la reja, la pata de gallina y otras trabas y habilidades cañameras.

Otras veces disfrutamos las delicias del llover, acurrucados en una punta del tarimón, embozados en nuestras ruanas, en espera del chocolate. Cómo suena la lluvia en esa teja de roble! Cómo cae por esos bordes sin canoa! Qué invierno más delicioso!

Si ataja algún tanto a los plataneros y arracacheros, empuja a las viejas vendedoras de huevos y menudencias, que acuden de todas partes, una tras otra. Destácase la señá Sinforosa, que,

según cuentas, pasa de los noventa. Qué figura más sibilina! Es un chamizo con ojos, que de puro viejos han recobrado la vista. Toda su vida ha masamorreado en el río, y de años atrás sube a la Mayoría a cambiar sus orales. Muy aseada de fula y lienzo, muy empingorotada de montera. Con su bordón herrado trasiega hacia arriba y hacia abajo. Siempre trae guayabas blancas y uchuvras negras, arrayanes y uvitas para la chiquillería y aguacates hebrudos para las señoras. Sus razones tiene para tantas finezas: A más del lote en los desperdicios de la matanza lleva repleto el mochilón de cuantas cosas sacan de la despensa.

Viene el verano con todas sus alegrías y saca junio sus fuelles y abanicos, y saca sus mariposas y libélulas, sus escarabajos y caballos de palo. Los saltamontes verdes o abigarrados brincan por los corredores, y hasta alguna culebra cazadora se desliza por el jardín. Se flechan las golondrinas, cielo arriba, cielo abajo, y descansan por grupos en los caballetes, muy puestas en razón con sus algarabías. A eso de las cuatro se reúnen los coros de diostedés en la ceja del monte que arranca de nuestra casita. Si Dios los oye, mucho habrá de darnos a todos. Al caer de la tarde, cuando el ocaso apaga sus incendios y las aves sus vocecillas, entona la soledad su plegaria, tan triste, tan dolorida. Tom debería llorar al oírla, pero al poeta caprichoso no le impresiona ese solo gemebundo.

Combinan los vientos el susurro con abejas y abejorros, para que mejor se oigan las sutilezas de los tominejos. Cómo varían en el monte estos tenorios de las flores! Unos, verdes y tor-

nasoles; otros, pardos y opacos; estos, de cola curva; aquellos, en tijera; los de acá, rubios y adamados; los de allá, colinegros y medio patanes.

—Cogéme uno, Loicete.

—Sí, Repollito: Un día d'estos le coj'uno.

Y Teodorete me dice al oído:

—Esta tarde cogemos, aunque Elisa nos regañe. Allá verés qué tan bueno!

Yo me admiro.

Y cuando pardea entramos con mucha mañana por el socavón que trae el agua de San Pablo a los molinos del hoyo. Es un túnel que medirá treinta varas. Ese lugar tan húmedo es la urbe de los colibríes. A tales horas duermen el sueño de los amantes afortunados. Recorremos en chapuceo aleve para escogitar. Hay nidos en las palancas y hay nidos en los atices; y a un mismo tiempo cogemos en nuestras manos sendas avecillas, que se desatan en chillidos. Si raptamos a los tenorios, respetamos por el momento sus arquitecturas y esos huevecillos como confites parisinos. Cómo tiemblan en nuestras manos los pobrecitos; cómo tratan de escaparse. Y cuánta sabiduría habemos menester para retener nuestros prisioneros sin destriparlos. Como Jurado nos espera en la boca del túnel con la jaulilla que de tiempo atrás ha fabricado Eladio y que hemos provisto de flores enmeladas, encerramos los prisioneros y tomamos regreso muy ufanos. Mas al llegar a la rampa asoma mamá por la baranda del corredor. Ah, mamá! Ha oído nuestra hazaña y nos da la reprimenda por crueles y estúpidos. A largar inmediatamente los prisioneros!

Pero la servidumbre, con Raquel y Repollo, intervienen, suplican y alcanzan. Ponemos la jaulita en la cómoda de la Virgen. Ella ampararía a los cautivos. Están tan tristes, tan despeinados, que ni comen ni duermen, por más que les hemos puesto colchones de hojas y algodón y estén a qué quieres pico, con sus flores predilectas. La Virgen no quiso ampararlos: El uno amanece tieso; el otro, flácido y desfigurado. Por fortuna Repollo murmura, medio desengañada:

—Estos no son, Loicete: No volan.

Cuando sucumbe el otro nos vamos al sepelio, y Theodorete me dice muy convencido:

—Vé: Ellos siempre duran lo menos un día. Pero estos fue que peliaron anoche como los gallos, y se mataron: Era que los dos querían a una misma tomineja.

Yo les aseguro a mamá y a Melita no volver a poner mis manos inicuas en pluma que se parezca a colibrí.

Y mi hermano y yo nos prometemos hacer hasta pajaritas de oro para que mamá no se oponga a todas las andanzas veraniegas que tenemos proyectadas.

Sacamos el carricoche una mañana. El Azogado conduce a la prima y a Raquel. A mí, por muy mañoso, me confían a Repollito. Carolina y Rosario vigeán desde su puesto, y Rosana les grita:

—No se queden ai velando que se les revienta la jiel! Caminen pa que las monten!

—Mi mamá no nos deja!—contesta la mayor.

Teodorete suplica. Don Teodoro, que tal oye, interviene.

—Bueno.—accede la señora—Nada que me agrada que se aprovechen de juguetes ajenos; pero que den una vueltecita. Salga, Gloria, con ellas, para que las cabestree.

—Yo las llevo con mucho cuidado, doña Martina.—le digo muy urbano.

—Gracias, m'hijito: Pero a mí no me gustan estas rochelas con muchachos.

Nos vamos con el rabo entre las piernas y Repollo nos sigue.

—Ya nos cogió tema tía Martina.—rezonga el Azogado.—Está pensando que estamos locos por Carolina. Pis! Ella sí es bonita; pero quién va a querer a esa mirringuña!..

—Vean las papolitas! Qué tan lindas! Cógame una, Loicete!

—Esas no se pueden coger, Repollito. Esas no volan en la mano.

—Se desbalatan?

—Sí; se vuelven harinas. Y qué tiene en el bolsillo del delantal?

—Las balajitas con las letas.

—A ver qué tanto ha aprendido.

Le saco las cartas y le muestro una por una.

—Esta es la O; esta, la H; esta, la I; esta... no ligo!

—Y esta?

—No ligo, tampoco!

—Ah picarita! Ya sé por qué no quiere decir. Camine dígame cómo se llaman las flores, que yo no sé.

Nos acercamos y le señalo.

—Pomalosa blanca... albalina azulita... albalina losada... alabol cololao... Esa?... No ligo!

—Yo tampoco ligo, poque no sabo.

La llevo de la manita, mientras Teodorete ríe del modo tan inexperto como Gloria arrastra el vehículo.

—Ay! Ay! Loicete!—chilla a toda gana la rapacilla.—Ya me picó una cachona! Ay! Ay! Me picó muy dulo!

—No llore por eso el Repollito, que yo mato esa hormiga malcriada!

Y la alzo y me la llevo.

Mamá asoma al lloriqueo.

—Eso sí! Bien puede jotiarla para que se ponga más melindrosa!

—Unteme agüita, Elisa!

—Vaya donde Jacoba a que le haga los remedios, a ver si se cura del mimo.

Me entro con ella; encuentro a Tom en cadenas y Laurencia explica:

—A él hay qui'amarralo, porqui'apenas ve las chapolas quiere cogelas y tumba y daña las flores. Es qu'es tan idiático y tan repentino el pobrecito! Pero él s'echa ai en su tapetico, muy conforme. Y véalo: Ni an dormido'stá: Es que

si'hace.

Todo se desentumece a medida que el sol calienta; se alborotan cucarrones y cientopiés, avispas y moscardones, y por barrancos y rastros brotan gusanos de Santa María y esas cigarras verdes que parecen hojas de fríjol. Las guacharacas quieren ahogar la voz de los molinos, y las gallinas, más bobaliconas que siempre, cacarean y escarban por todas partes. Negrean las espigas del gramalote, desmelenan el carrizo sus flechas y los hortensiales hacen nubes azules, moraúscas, sonrosadas, mientras que el amarillo de tanta flor quiere superar al rojo de la Boca de Diablo, de las dalias y de no sé cuántos floripones. Cuántas campanillas se enredarán por chamizos y por cercos? Y de repente trae el viento las fragancias de la salvia y de la ruda, de la mejorana y el tomillo, y vienen Maluqueras y otros rapaces de cuadra con los tercios de gramalote y los ramajes de masiquía. Las chilcaguas modulan mañana y tarde, y los gorriones cocineros se entrometen más que siempre. Largo Valencia charla hasta por los codos. Minos sonríe a veces y aun murmura alguna frase, y hasta el mentecato de Pagola, después de velar los cueros estacados, pára el rabo, echa sus carreritas, olisquea aquí y allá, para echarse en su puesto a sacudir los tábanos impertinentes. Parece que el azogue de la amalgama y el de Teodorete bailasen en perlas por todas partes. Como hemos estado muy estudiosos nos ha perdonado Elisa las maldades con los tominejos y nos da permiso para toda excursión, con tal que no sea a los peligros consabidos. Vienen las andanzas a pie y a caballo, en pelo o en montura, a pata limpia o en

quimbas. Bajamos a diario al Charco de La Taza y hacemos muchas cabriolas, pero no en pelota. Vamos a torear los gansos y a que el pisco de Indalecia nos remede. Le tiramos del moco para castigarle sus insolencias, y más se esponja el maldito, y más pára la cola, y más fatuo se pone. En cambio vamos a rascar a los puercos tocinos, a ver si alivian sus sofocos.

Largo Valencia nos da excursiones a los aserraderos, y allí es el atascarnos en el serrín, el encaramarnos a los parapetos y el pretender ayudar a los aserradores en el manejo de aquel serruchón ingente que sube y baja al cortar por el trazo que dejó en el trozo la cuerda mojada en tinte de carbón.

Nos lleva al saque de teja de su entenado. En esto sí metemos la mano, que da gusto, para formar haces; mas no para sacar de los redondeles de roble esa astilla casi igual, con ese como formón tan ancho y ese mazo tan eficaz. Allí saboreamos el fiambre, bajo el cobertizo donde hierve la olleta del cacao; sacamos el agua del tarro de tres cañutos y la bebemos en totuma. De ahí tomamos soleta al nuevo puesto de mano Cancio, el carbonero mayor. Hasta Ruices en erupción saben hacer esos tiznados, con troncos, helecho y barro. Qué vegetación tan pulida surge de ese cisco que han amasado los aguaceros. Eso es entre poleo y acederilla. A no ser por las quimbas, sacáramos las plantas más negras que nuestro tablero estudiantil. Mucho debieron gozar las gentes que no conocieron botines. Por qué la sandalia bíblica no resurge en esta cultura actual que tanto destapa los pellejos, que tanto colorea y alambica la uña?

Elevados estamos a la categoría de escuderos ecuestres, acompañando a mamá y Tilita a ver tierra verde y medio plana; y hoy por el pueblo, mañana por la finca de San José, nos anticipamos a San Juan con aquellas carreras por las praderas lisas: Ellas se dan baños de niñez y nosotros de juventud. Mucho es que no se vayan con Melita, con Ursula y nosotros a montar, a hacer fritangas en los rastros, a atracarse de guayabas agrias y de moras borrachas, de uvitas y dulumocos. Por supuesto que los dos arrinquines sufren las consecuencias de esos harzagos, en que son más terribles los remedios que los achaques.

Entre tanto adelantan los trabajos de la exclusiva, y con el aumento del personal y los halagos del verano la peonada se da a los cantares y al zurrungueo.

Tal viernes sabemos en la proveeduría de la gran guacherna que se dará a la siguiente noche en los patios de Felipona. Tales saraos, presididos por la autoridad y en que las anfitrionas hacen su agosto, previa compra en la despensa empresaria, son en la mina algo como un festival protocolario. Claro que Largo Valencia tiene de intervenir; claro que nos lleva. Esa noche sí se juntan vihuelas y vihuelones; esa noche sí resuenan en los popos de guadua delgada las achirillas de ño Botija. Qué guacheros más hábiles y qué guaches más bien tapados! Los sacuden horizontales, los sacuden a golpes contra cualquier madera. Y Largo Valencia acompaña, cuándo con el flautín de popo, cuándo con el pandero. Felipona y María Cifuentes, siempre aliadas con-

tra ña Custodia y sus pindongas, reúnen, para hacerles fieros, todas las beldades de las dos cortes, esas muchachas tan decentes que entienden de chirriar los guacintones, de sacudir el nagüerío almidonado, y que saben a ciencia cierta quiénes son los padres de sus hijos. Es noche estrellada y con luna casi llena. Aguas y molino guachaquean parejo con la gente; las lumbres del sebo se juntan con las siderales y Pando y la negra Loaiza, a chillido pelado, dominan los fragores de Armonía con una guabina de cumbre.

—No te lo decía, Eloicete? Oíla: Es lo mismo qui'un pito.

No trovan: Son lo que en el lenguaje minero llaman emparejados.

No sé cuántas parejas salen al puesto y corean a media voz las coplas de la guabina; pues es de saberse que esto es bailado y cantado a un mismo tiempo.

—Mirá, Eloicete, a Ponciana. Es la más galana de todas.

—Y no vendrán Rogelia y La Joven Campestre?

—No siás pendejo, Eloicete! Vos crés qu'iban a juntase con estas? Allá estará Rogelia, en cas de Zoila Rosa, conversando con Tiberio. No ves que La Bella Pola ha cogido el vicio d'ise p'al Sitio todos los sábados y la manda llamar pa que li'acompañe la máma? Qué tan creída es La Bella! Con todo lo pícaro qu'es Tiberio!...

—Vos cómo sabés, Tiodorete?

—Yo les oigo por ai las conversas...

Tras de la Guabina viene el Toro, y Camión nos llama.

—Caminen, potranquitos, a formar la rueda. No se queden atrás del Príncés.

Largo Valencia, bastonero obligado de estos bailes, nos coloca. Quedo entre Candelaria Sepúlveda y Vidal Osorio, dos muchachuelas de esos lados.

Principia aquello.

Oh! El Toro! Es entre juego y baile. La rueda se forma; gira; se pártse por cualquier pareja; se convierte en culebra.

Pára el delantero y en torno de él se va envolviendo la cadena como un caracol, para desenvolverse de nuevo y juntar la rueda al grito de Toro! Toro!

Incontables son las cuartetitas del Toro. Varias consignara, a no ser tan subidas de color. Mas vaya una muestra:

Vamos a ver cosas lindas,
Si vamos la rueda haciendo,
Con los toros envacados
Y las vacas embistiendo.

Ya dirán los que recojan nuestro cancionero colorado si todo ese perejil nos viene de España o no. Ya dirán los que entienden de música si la Guabina y el Toro son derivaciones de ese aire que llaman Siciliana.

Viene un intermedio de Caña. Es un torneo entre los cañeros más hábiles. Consiste en ensartar, casi sin resuello, con un aire apresurado, se-

mejante al de Monos, cuantas coplas sea posible, al grito de Caña! por final. El que más eche o más ensarte es el héroe. Vendrá de ahí nuestro adjetivo regional de «cañero»?

Largo Valencia nos da empanadas y chicha, pero alza con nosotros a casita. No valen súplicas. Se ha levantado mucho polvo en ese patio y nos paña el romadizo canicular. Qué injusticia! Casualmente que el remedio está a la mano: Por todas partes florecen las malvarrosas y los malvaviscos, las borrajas y los caracuchos, componentes de esos lamedores pectorales tan milagrosos. Casualmente que la miel de abeja, gran antídoto catarral para la garganta y pecho, la tiene embotellada Jacoba; pues son muchas las colmenas de tierra y árbol que en compañía de Maluqueras y de Tano hemos sacado.

Muchas gentes y comercios trae el verano por estos montes. Fabricantes de totumas de cuerno y de coco; talabarterillos con sus chácarras, sus correas y sus cargadores; orfebres de Guarne y Girardota, con sus cajitas repletas de corazones de plata y de mariposas de oro; escultores montañeros con lo más apetecido de su industria: Son crucifijos de a cuarta con chorretones de sangre y azules llagas; son esos Sanantonitos tan queridos, con aquella mirringuña de Niño! Melita compra dos: Uno, para ponerlo en su repisa, a fin de que le depare el novio que le receta doña Martina, y otro para Lola, a fin de que se lo envíe a su poeta, tan amante de estas artes montañeras.

Vienen gentes del pueblo y hacemos muchas migas con los escolares, y viene Castorcito. Es

un rico que sólo habla de matas y de matas. Razón tiene: Las americanas, en todas sus variedades, cuelgan sus ramos por pedrejones y los columpian de las canastas; los cucarrones y calaveras, que florecen por la raíz, brotan, cabeza abajo, esos sus gajos rígidos, extraños, impresionantes.

Vamos a presenciar los trabajos de la exclusiva; pero, por más que mi hermano me explique, nada entiendo. Palos y más palos, movimiento y afanes de monteros; pilotes enterrados; atices atravesados; zurroneiros con tierra, de un lado a otro; y bajo un tinglado echan azuela y serrucho los unos, mientras que muchos tratan de ajustar un vigón sobre unos burros clavados en el terraplén. Es como un puente. Nos ingerimos entre los trabajadores; mas estorbamos tanto, que Miguelote tiene a bien despedirnos. Ya tendríamos tiempo para curiosear a nuestro gusto.

Afina el verano y Beneda resopla y suelta la camisa para ventearse.

—El Señor Espontigo habrá de libranos di'algún tabardillo, con este canicular tan bravo.

—Andá ponele un sombrero bien grande a Petos.—le dice Teodorete—Con este resisterio tan furioso lo paña la jaqueca malina.

—Pes hasta Petos arriesga, pa que lo sepa! Ni en el cañón de La Villa había yo visto un verano tan furioso. Pobrecitos los caminantes!

—Vos es que t'estás acordando de Benito!..

—Pes cuando menos, niño Tiodoro. Es qu'estos ilusiones... Ni an en tiempo frío lo de-

jan a uno en paz, contrimás con estos fogajes.

Pérfidos y arteros deben trabajar los ilusiones. No sé si a Teodorete lo habrán perseguido en sus sueños; mas lo que es a los perros los tienen embromados en estas noches. Les laten a las brujas; arman pelea por la Calle Real, y hasta Pagola se sale de su puesto, se avecina a nuestra casa, para contestarles a los insolentes. No sé de dónde han salido esos gatos tan peleadores y tan chillones. Deben de herirse a muerte, porque allí les oigo esos lloriqueos, esos lamentos y esas bravatas. Casi hablan, lo mismo que los cristianos. Valientes gatos tan canónigos y tan sofisticos! No dejan dormir esos condenados. Hasta el Judío Errante y su hedionda mula trajinarán por ahí, porque son muchos los aletazos que se sienten. Cuando menos serán esos guals indecentones. Y una lechuza muy atrevida entona el chis, chis, encimita de mi cuarto. Lo que quiere la mantequera es colarse hasta la sala para beberse el aceite de la lamparilla de la Virgen. Con la gana se ha de quedar! Si fuera tan solamente la lechuza, no tan malo; sino que un currucutú ha determinado darnos serenata desde el caedizo de la leña. Ni al amanecer deja dormir el animalero, porque Tirano y otros muchos gallos, tal vez hasta esos peletas de Camilón, parece que apostarán a cual gazonatea mejor. Y cuando se han aplacado los gallos alaban a Dios los palomitos, pide cacao el loro, chillan ciriríes y chamonés y principia el bunde de los pinches.

Nunca dizque se habían visto en tierra de Santa Ana los ilusiones tan encarnizados contra los animales. A la pobre Indalecia la tienen arruinada las aguilillas y los gavilanes. Hasta pollos

de a real se han alzado esos ladrones. Ni culpa tendrán.

Con tal que no se levantara peste ni volviera el castigo de «el rayo», todo sería llevadero. Dios habría de oír los rezos de don Julián, de Mynos y de Marinacita. Pudiera ser que alcanzasen hasta la casa de don Segismundo, para que nos librara de las artimañas de ña Radimundis y de los colmillos de esos perros endemoniados.

Yo también rezo; yo le pido a mi Virgencita. Cierto será que los peligros atraen: Teodorete y yo emprendemos excursión por la acequia, hasta la toma. Contemplamos desde arriba la casa de los entierros, una casa pajiza muy grande, muy vieja, como dislocada, en un llanito al borde de La Trinidad; contemplamos las plataneras, las zonas de caña criolla, los papales; mas no divisamos a la bruja, y los mastines diabólicos están mudos.

Cubren esas faldas las rocerías favorecidas por el diablo. El viento nos trae ese perfume de la espiga de maíz, que nos llega hasta el alma. Oímos gritos de pajareo; nos metemos por trochas y damos con los celadores. No sé cuántos muchachos, hijos de colonos colmenarescos, volean honda a grito pelado. Teodorete pide que nos presten una, pero los egoístones nos la niegan. Que se jartaran sus hondas y sus piedras los muy hilachentos! Para matar guacharacas y bobas de tierra fría tiempo sobraba! Ya nos prestarían sus hondas los Maluqueras y los Botijas, si no era que Largo Valencia nos fabricaba unas, a todo taco, para que les diera harta envidia a esos comebofes pedigüenos.

Bajamos a una cañada para impresionarnos ante el socavón hundido, de donde salen las ánimas en penas. Muy medroso debe ser por dentro, con sus cuatro esqueletos; pero por fuera hasta bonito nos parece: Es una cosa ahí, entre un rastrojero, y no le vemos roto por ninguna parte. Sólo un amagamiento cenagoso, casi seco por el verano, indica el lugar donde la puerta estuviera.

—Vos si eras capaz de venir aquí de noche, Tiodorete?

—Pues quién sabe! Cuando mi padre Tiodoro me pagaba pesetas para que fuera de noche a traele un barreno al molino de Santa Ana, dizque pa que se me quitara el miedo de mi sombra, yo corría y no sentía nada ni a la ida ni a la vuelta. Pero quién sabe por aquí onde si'oyen tantos lamentos!

—Y vos por qué no me habías contaó, Tiodorete?

—Ah! Pues se mi'había olvidao. Yo fui cinco veces, y mi'había el miedoso pa que me pagara; pero ve qué tal es Elisa: Le contó a mi padre Tiodoro que yo lo'staba embotellando, y no me volvió a mandar más.

—Y echates las cinco pesetas en l'alcancía?

—Pues no. Marto, Melita y todos me decían que las echara; pero como no eran dadas sinó ganadas, no eché ni una. Compré muchas cosas en el Sitio y mi'apunté a una cantarilla que recogían unas muchachas muy bonitas. Y otro domingo l'eché un medio al cura en el plato de la limosna. Y qué te parece, Eloicete: Lo tiré bien duro, pa

que sonara harto y vieran que yo manejaba plata.

Como estamos muy alejados de los molinos podemos escuchar las músicas del viento y de los pájaros por esos rastros y esas zonas de monte. Me siento como borracho por los olores y hostigado con tanta flor amarilla y con tantos espigones de cardo. Hay unos tan tiesos y tan colorados, hay otros tan gruesos, que parecen armados con guamas o piñuelas.

Oblicuamos desde la acequia y damos nuestras vueltas y asomadas por las casitas, para contemplar los santos en los repisones de las salas y las chocoleras que rodean esos lares montañeros. Mas nos aburre el llanto de los párvulos en sus bateas pendientes debajo de las camas o en sus cajones que oscilan de alguna cimbra. Al bajar a la cañada cambiamos las fragancias por las emanaciones del matadero. Allí están esas mariposas, tan bellas y tan rastreras, embriagándose con fetideces e inmundicias. Cómo las emberrinchan los calores! Encontramos a Cornelio, uno de los ayudantes dispenseros, poseído por los ilusiones del pesimismo. Este no quiere ser mariposo esmeraldino. Oficio más puerco el suyo! El más triste podía comerse su bazofia sin que nada le hediera. Desfoga su estragamamiento matando avispa, a reniego limpio. Y mientras más tira golpes de trapo sobre aquel enorme parapeto de cuatro cajones donde se encarra la panela, más se pronuncia ese olor acre de dulce, que domina al de la carnicería.

Para eso que cuando uno estaba más aburrido llegaban más víveres y no le dejaban a uno ni siquiera poner la cabeza en el chorro! Ya cambia-

Desmorónanse los flancos; hacen gambeta los árboles, bailan, se doblan; despréndense los pedrejones y aquella furia asoladora lo va envolviendo todo y va cayendo el monte como hilera de naipes. El río, impasible, recibe aquel tributo que parece va a obstruirlo. Cuando la tierra tiembla tiemblan sus habitantes, y a mí me baja el temblor del espinazo a las canillas y alcanzo a ver a Teodorete, sin azogue, como un muñeco de palo. Pasado el terror las gentes hablan, gritan, se asoman, toman falda abajo para contemplar los estragos. Nosotros vamos también envueltos en la ola, y con nosotros Melita y Tila. La topografía se ha cambiado; una nueva cañada se abre en la falda: Es una herida que brota sangre. Por el fondo corre el agua como una arteria rota. Árboles aventados por ahí clavan en tierra sus copas deshechas y levantan al aire sus raíces reventadas. Pedrejones botados de sus tumbas quedan de través en alguna quiebra de la falda. No podemos acercarnos, porque Leopoldo y Largo Valencia nos agarran. Por muchos días no cesará el desmorono. Así y todo, al siguiente se meten papá, Leopoldo y todos los socavoneros entendidos. Ni señal de hilo por ninguna parte. Ya lo cazarían el uno o el otro día. Le ahondarían a don Segismundo su faldita.

El bombazo número cinco atrapa al fugitivo; lo atrapa por tres partes. Del ensaye de los pedazos arrancados, que han ido recogiendo y moliendo a mano, nada puede deducirse en definitiva. De seguir así sería una riqueza. Pero quién podría entenderles las veleidades a estos pedriscos? Se ensayan por separado las tres agujas destapadas. Como papá tiene facultades omnímo-

das, ya sabrá lo que se hace. Socavón a lado y lado. Un apique para caerle al hilo gordo. El socavoneo trae su corolario: Otro molino. El viejo, que está algo averiado y distante de lo descubier- to, no es para meterlo en novedades y atracones.

Nuevo molino, nueva gesta. Ya está elegido el punto, obra de media cuadra más abajo. Dése la buena nueva a los jayanes del contorno; tiemblen los montes y regocíjense los monteros. Conque molino? Papá saca las cajas de reglas y compases, y en la enorme tabla de cedro pincha el papel y se entrega al croquis de la futura fábrica, merced a una regla de Burgos, que divide por doce la pulgada. Una por vara es la escala. Ya hará el dibujo perfecto que la empresa habrá de conservar en Medellín. Todo será de roble: Desde la base, ese enorme cuadrilátero de ingentes cuartones, hasta el caballete de tablas y el tejado de astilla. El roble, más que madera alguna, resiste los embates del agua y del tiempo, y no lo tuerce el sol a los primeros envites.

Van levantando el edificio, y aquello es el embolismo de monteros y aserradores, de remendones y carpinteros. Y ese palo, ese eje que levanta los piones al girar la rueda, de dónde y cómo? Informan los unos, informan los otros. Al fin se decide: En el Alto del Aguila está el sentenciado. Largo Valencia nos lleva de jira a ver ajusticiar aquel roble milenario.

Estamos en el Alto. Desde abajo hemos visto su perfil como trozos de vidrio clavados en una barda. No hay tal filo: Es un plano, una meseta; es el observatorio de esta región. Divisamos el río como una hebra; casas y molinos como juguetes; divisamos cumbres altas, cumbres

bajas, que se desvanecen a la redonda; distingui-
mos el Alto de los Chamuscados, y, destacada de
todo aquello, como vigía o fortaleza, la Piedra
del Peñol. Semeja una mitra, semeja un cimbo-
rio. Será en estas cumbres donde impera la Li-
bertad, como dice el Poeta? Acaso. Envuélvelas
en niebla la mañana; tórnalas áureas el ocaso, y
el cenit las perfila magníficas en el lienzo infini-
to, intensamente azul. Como penachos de algún
simbolismo caballeresco las coronan los robles.
Hé aquí la soñada confederación: Cada cual im-
pera en el territorio que le da vida y fortaleza.
Cuán hermosos estos robles cimeros! Quiso Dios
escasearles el follaje para que abundase la fibra
resistente y erigiesen esos troncos y esos brazos
desmesurados y potentes. Silba el viento por esa
altura y da notas gemebundas al chocar contra
los troncos; rumorea entre las copas y hace es-
tremecer las hierbecillas que guarnecen las bam-
bas de los confederados. Ese olor acre, indecible,
de monte alto, se difunde como oxígeno de cuer-
po y alma. Será que con la Libertad reina tam-
bién la Salud?

Ni fieras ni cuadrúpedos de caza habitan
estas alturas donde el agua escasea, pero las aves
carnívoras hacen de ellas sus moradas. Sin fati-
garse con el vuelo caen desde su puesto sobre la
presa que adivinan.

Como guardias de estos reyes excelsos se en-
trevén por los flancos los palmichos y la maca-
na. Cuelga esta sus bellotas casi pétreas, mien-
tras la chonta eriza sus espinas como agujas y
lanza el táparo por sus raíces esos cuencos que
paran en yesqueros. Cólmalos de nolí el fumador
montuno. Qué táparos!

Allí está el compadre Cepeda con sus hijos
y otros monteros. Han picado los árboles por
donde ha de caer el coloso. De no hacerlo así, se
dificulta la sacada. Por fortuna que el roble sen-
tenciado se eleva en un flanco, distante de sus
confederados, y van a tumbarlo falda arriba, por
donde el tronco no se clave y pueda desangrarse,
para que merme el peso.

Ea, pues, compadre Cepeda y compañeros!
Suena el hacha y se acompasa; vuelan las corte-
zas, vuelan las astillas; sigue el golpe; la pareja
se releva y el eco repite y repite. No sé cuánto
dura aquéllo. Apenas se nota el tajo que le ha-
cen en contorno. Releva tras releva, hachazo tras
hachazo, el árbol se estremece, cruje. El hacha
sigue. Al fin se queja la víctima: Le han asesta-
do en el corazón. Todavía otros golpes. Los hom-
bres se apartan como pueden. El coloso se dobla
lentamente; da el último crujido y se desprende.
Qué estremecimiento! Temblaría también la tie-
rra? El tronco baña las bambas con su sangre.
Despedazado yace su follaje; clavados sus bra-
zos en tierra y entre los árboles que ha derriba-
do en su caída. Es una hecatombe! Hombres y
niños se aproximan y sacan las totumillas de los
carrieles. A beber todos ese «vino de roble» que
hace a los hombres esforzados! El árbol destila.
Largo Valencia raspa panela en su totuma de
cuerno y la arrima al chorreo. Revuelve con una
astilla y nos da a probar.

A examinar todos aquel tronco! Luce luna-
res, lobanillos, barbas; tiene bichos, lepras...
qué sé yo! Ni riesgo de que Largo Valencia nos
deje montar en la columna caída: Nos chuzamos
y nos volvemos una porquería. Mas nos vamos

con otros chicuelos a esculcar por aquel ramaje que encierra tantas cosas: Matas, bejucos, maromas; orejas que parecen de vaqueta, orejas que parecen de papel mascado. Pero nidos... ni para muestra. Qué pajarraco iba a vivir en ese alto tan venteado? Tiran de un cardo que se me antoja de lata, pero ni riesgo de arrancarlo! El Azogado interviene, y sale con los calzones y una pata todos chorreados de ese como caldo de frisoles que esta planta esconde entre los cucuruchos de sus hojas. Caramba con los cardos! De dónde sacarían ese cáñamo tan resistente?

A comernos el fiambre; a beber agua de los calabazos, y... en marcha! En marcha hacia la molienda de mano Remigio Bustamante. Este minero al por menor trabaja uno de los «riegos» de estos minerales. La empresa autoriza estas explotaciones a trueque de comprar el oro con alguna rebaja. «Riegos» llaman en la tierra los desprendimientos minerales que se amontonan en las cañadas. Ellos son la prueba de los filones soterrados; ellos llaman a los buscadores de vetas.

Trasegando por entre la red de atajos caemos a la acequia consabida, canta que canta «El Pajarillo», que encabeza Largo Valencia; ese pajarrillo tan inquieto que vuela «de la sala al aposento», «de la sala a la cocina», y que tiene un estribillo tan alegre. A no ser tan subido lo consignara entero.

Por ahí en un peñasco con muchos agujeros anidan los gallinazos. Teodorete se antoja y suplica; mas nuestro escudero protesta: Eso era algún ilusión de monte alto, que son los peores.

Dios nos librara de meternos en esos nidos, para volver a la casa «más jediondos qui'una mortecina». Y los tales pichones de gallinazo no tenían más gracia que ser blancos; pero más feos y más asquerosos que los taitas. Y si Teodorete seguía tan tentado de los ilusiones, se iba a volver que ni un guale, por más que fuese el más capio que Largo Valencia conociera.

Llegamos a la molienda. Cosa más sabrosa! En un caedizo, a la diablo, una fila hasta de once piedras, montadas en patas de gallo de troncos. Sendas molenderas pulverizan, a mano de piedra, el pedrisco que los Bustamanticos quiebran con una almadana. En un tinglado hierven los ollones de fríjoles y masamorra y se asan las arepas de todo el maíz, mientras el empresario remenea la batea en el cajón lavador. Qué molenderas más conversetas! Hay viejas y muchachas, casadas y por casar. Las dos Herreras son hasta bonitas. Mas la charla no empece al trabajo: Que los caniculares; que las Cifuentes y Felipona; que el molino en fábrica; que la sacada del principal; que los platales que van a circular con ese personal tan grande. Pero mano Bustamante no afloja prenda en eso de sus ganancias: A duras penas ganaría la comidita!

Dulce y quesito comidos, a casa.

Llega el día de la traída y sacada del principal. Es esto un acontecimiento en toda veta. Papá, Leopoldo y Camilón madrugan a presidir la lidia magna de los monteros. Largo Valencia se lleva los cuatro indispensables potranquitos; Melita, que no teme cuestras ni resisteros canicu-

lares ni rocíos de auroras, se enrola en la comparsa. Cuando llegamos ya está la montería en faena, y las mujeres con tarros de agua, de chicha y con ollas de claro. La cosa es tan en grande que Maluqueras carga al hombro, bien asegurada de una de sus asas, la embejucada dama-juanilla de aguardiente.

El teatro ha cambiado: Se alza un aserradero; recogidos están los restos del gigante; han abierto trocha para trasladar el tronco. Ahí yace, adelgazado a golpes de hacha y azuela. Mide su diámetro veintinueve pulgadas; pulido, ha de quedar en veinticuatro; su largo, seis varas y media; tres pulgadas del eje definitivo pesan una arroba. Haga usted la cuenta!... Ahí yace, con dos hileras de tacos. Parece un gusano embalsamado; un gusano barbadeindio muy medroso. Por la trocha han puesto rodillos.

Nos posamos con Melita bajo una sombra, como en un palco. Ni veo ni entiendo en tanta agitación.

Trago de aguardiente para principiar la faena. Las mujeres se sientan donde pueden; papá ordena y ríe; Leopoldo ayuda. Camilón grita:

—Ea, pues, mano Cepeda! Vamos a ver si usted y su gentecita son los tantasguascas!

Entre taco y taco se pone un jayán; agarra, y Cepeda manda, resonante:

—Uno!... Dos!

El gusano se mueve un tantico.

—Uno!... Dos!

El gusano se desliza. Así, asá, se mueve el

cientopiés trocha abajo, entre acecidos y gritería de los monteros y aspavientos de las mujeres. Mucho ruido, mucho alboroto; mas el espacio recorrido es muy poco. Así y todo, van quitando los rodillos de atrás para ponerlos adelante. Cae en una quiebra de la falda... y aquí es el atranco. Qué gritería! Hay relevo; las mujeres acuden con las totumas refrescantes. Aquellos jayanes, en cuerpo de pichanga, todos sucios, desgredados, sudan y jadean que aquello es. Los nuevos se aprestan.

—Uno!... Dos!

Arremeten furiosos. Pero el maldito palo se obstina.

—No se dejen comer el sebo d'este bolillo de tambora!—grita Camilón—Miren qui'hay mucha nagua!

Los hombres forcejean, empujan, tiran, y el maldito palo medio se arrastra por esa subidita que no tiene rodillos. El perro no les mordería el cuero pero les arrancaba la ropa. Valiente bolillo tan cosario!

Papá ríe y saca el reloj. Van a ser las nueve. Ya suben los gariteros con el ollón en el palo, los costales de arepas, de cuartos de panela y de trastos de palo. Serían treinta y tantos los luchadores. Por ahí se sientan en cualquier parte a saborear ese almuerzo que no es neblina.

Mucho sería que aquel palo estuviera en el molino en dos días y medio. La falda es abrupta; la trocha no puede hacerse en línea recta; en pocos trechos puede rodar el palo; podría clavarse en cualquier parte... y clavada de princi-

pal es un conflicto. Pero al molino tenía que ir, si no por montes y rastros, por la zanja que le han abierto a don Segismundo.

Almorzamos bajo los robles y descendemos. Papá nos acompaña hasta el tanque. Pasamos por una roza del año anterior. Todavía quedan por ahí cañas secas que han despreciado las viejas recogeleña. La ruda, el cadillo y la cargamanta, esas plantas que vienen tras la cogienda, cubren trechos por entre los troncos carbonizados. Melita se recoge la falda y con sus botines de vaqueta desafía chuzos, tiznes y cadillos. Nosotros recogemos caracoles. Qué lindos! Unos de rosca, otros de cuerno. Tenemos los bolsillos llenos y el Azogado resuelve que Carolina y Rosarito no han de olerlos tan siquiera, para que tía Martina no siguiera creyendo que estábamos trastornados por ellas.

No es Largo Valencia el que nos canta: Es Melita.

—Una canción de los calungos.—pide Teodorete—Esas son más bonitas qu'estas di'ahora. Fijáte, Eloicete.

Y nuestra maestra, que canta mejor en el rastroso que en la sala, rompe, muy afinada y vibradora, fingiendo con mucha gracia las hablas bozales de los negros de la Costa:

Nojotro jemo jamario
Y tenemoj mucha prata;
Nojotroj fue que tomemo
La praza de Jantamarta.

Que repique el changojojo
Por lo molinare. Já! Já!

Nojotro jemo jamario
Y vamo pa Medellín;
Vamo a tocale a Giraldo,
Al amanecé, violín.

Que repique el changojojo!..

Tremendo conflicto encontramos en la casa: La viejecita Sinforosa es un mar de lágrimas. El monstruo de agua ha llegado hasta el borde de su huerta, y aunque no la ha arrollado en su oleaje, ha ocasionado un desmorono, y el guayabo blanco y el aguacate han rodado cañada abajo. Pobre viejecita!

Antes que don Segismundo titulase esos montes era poseedora, por la gracia de Dios, de su parcelilla. Divide el mundo en dos partes: «del río p'allá», «del río p'acá». La odisea de su vida ha sido del fundo a La Blanca y de La Blanca al fundo. Ahí vive con dos biznietos, marido y mujer.

No le valen los consuelos de la indemnización. En balde mamá y Marinacita agotan su elocuencia.

—Ay mi guayabo!.. Ay mi aguacate!..

De esta obsesión senil nadie la saca.

Anticipándome a los hechos diré que la señá Sinforosa entregó su alma a Dios veinte días después, delirando en su agonía con el aguacate y el guayabo blanco.

Por dos veces hemos ido los cuatro potranquitos a la epopeya del principal. Podemos narrar el atranco en una parte, la clavada en la otra; dónde lo han hecho rodar, dónde le han qui-

tado los tacos, y a cuál se le ha dislocado brazo o zancarrón, y cómo tras la faena de tres días por un trayecto que medirá dos kilómetros, han podido arrimarlo al molino en construcción.

Ya alza su techumbre, y dentro de él trabajan carpinteros por lo fino y por lo ordinario.

Julio enciende sus soles sobre ese hormiguero cargado de troncos, de tablones, de teja. Cualquiera se figura que este luchar en las vetas es sólo dentro de la tierra. Acaso las lides con el monte sean más recias y agobiadoras. Meterle a la tierra por tantos agujeros lo que la tierra ha dado, es labor.

Cómo me provoca ser un aticerillo, para llevar palos y meterme por donde rompen los socavones y el apique!

Cosa más divertida es todo aquéllo! Aquellas puertas patiabiertas, con sus capis, sus palancas y sus quicios de troncos sin descortezar; aquellos palos que revisten cielo y paredes, se me antojan como un juego de duendes. Tal vez algún día saldrían de esos socavones las ánimas de quienes los construyen. Pues y esas carretadas de mineral, a medida que van empalando el socavón? Como ratones en trampa tienen cogidos los hilos en esos dos zaguanes. Un carretero atraviesa la cañada artificial. El del socavón del lado del molino se quiebra en la placita para sesgarse por la falda. Sigue horizontal como el otro y se juntan en la gran plaza, frente al molino en construcción. Aún no puede trabajar y ya tiene por delante aquel cerro de pedrisco que ha de moler. Tal le sucederá a cualquier nacido de mujer?

Ahondan el apique, mas aún no han tocado aquel nudo. Valientes cosas las de mi Dios! Teodorete pronostica.

Sin interrumpir nuestros estudios, muy disciplinados los míos, muy caprichosos los de mi hermano preceptor, seguimos nuestros recreos y excursiones. Papá y Melita nos ayudan y adiestran en eso de las cometas, para aprovechar aquellos vientos que soplan en el Alto del Ganado. La gran «mesa» ha sido remontada y tiene un corte de estrellas, barriletes y papagayos, que podemos elevar a lo largo del patio. Rosana y Raquelita están tan encometadas como nosotros. Y Repollo, en compañía de Laurencia, eleva su papelito colón, con cualquier hebra de hilo. Cómo goza la criatura con las cosas que «volan».

Paseo a San José: Invitación a comer el chcolo y la sarabiada, en compañía de Tilita. Es a caballo y papá nos escuda. Descendemos hasta el Molino Hondo; nos metemos por la playa. Lustra el verano esos guaduales, esas hileras de sarros, los maizales y alquerías de esos colonos. Admiro la casa de Caravajal, donde se han verificado el alumbro y el velorio de alegría.

Son propietarios de la finca don Merejo Rada y doña Micaela Idárraga. El es oriundo de un pueblo del norte; ella de La Blanca. Han conseguido fortunilla trabajando aluviones en San Jorge y pasan su vejez en las faenas del campo. La vieja es de avería y de tantos pantalones como el viejo. Hallándose una vez sola en la mina, una liberta quiere levantarle el gallo; mas doña Micaela le da tal garrotazo que la negra cae redonda, privada. Por muerta la da la señora. No

se amilana. Hace retirar la servidumbre, y con su negro más fiel se va a la huerta y abren la sepultura. Dirían que la negra se había remontado. Cuando alzan la difunta para el sepelio, abre los ojos. Si nó, la entierran viva.

Los esposos, que apenas sabrán firmarse, tienen a cual más mucha aritmética de viento y muchísima gramática parda. Han trabajado a competencia. Y si él se persigna, ella reniega que ni un caporal. Se dan sus filos y gastan sus dineros: El en buenas bestias y mejores avíos y en la gran vestimenta, de moda que nunca pasa, para cargar el palio. Ella con aquel cofre insigne, repleto de collares de rosetas, de sogas de filigrana y de cuantas invenciones colgaron de orejas, prendieron cuellos y ciñeron dedos. La vanidad de la señora es ser madrina en casamientos de gentecillas de mediopelo, para cubrir de oro las novias y ponerles esos pañolones de tripilla o de blonda con bordados tropicales. Su soga, esa tripa flexible de tres varas rematada en sabaletas, se la prestan para uncir los desposados de más tono.

Han casado sus cuatro hijos y tienen sus complacencias en Enrique Murcia, el único nieto que les dejó su hija mayor. Ellos lo han educado y establecido, con no pocos celos de sus otros descendientes. Los viejos se burlan de la oposición de don Teodoro al noviazgo de su nieto con Angelina. Pronto habría de estirar la pata; y difunto enterrado, matrimonio hecho. No les asustaban a ellos las bastardías. Peor eran «güevos cambiaos», que en toda cluecada nunca faltaban; y si su yerno Murcia se había casado con dos blancas de la cepa, no habría de casarse Enrique,

el sin igual, con la más pintada?

Allí está esperándonos en la puerta de golpe, desmontado del gran caballo, todo amabilidad y cortesía. Papá se despide, para volver a la comida.

—Fijáte, Eloicete, qué tan linda la casa. Dice Melita que parece un castillo muy poético.

Diviso y estudio: Asíéntase en el llano; tiene una parte de dos pisos a manera de torrecilla; cipreses a un lado como el rincón de Aguaslimpias; cerezos y guaduales por cercos.

—Vean las cosas de mi madre!—dice Enrique cuando nos acercamos a la portada.

Allí está la vieja apuntándonos con una escopeta. Las dos señoras y Melita gritan a todo pecho; sacan y alzan sendas botellas de vino que le traen. Qué gritería!

—Estas condenadas!—barbota la castellana, y se adelanta con la escopeta—Ai les tengo hartos cuidados pa que maten el hambre.

—Y nos hemos d'emborrachar bien sabroso, vieja Idárraga!—gaznatea Tilita, sacudiendo su botella.

—Y a vos que se te da, facinerosa!

Don Merejo sale, taburete en mano, carcajeándose de los regocijos de las mujeres. Qué salutación aquélla!

No bien pasa nos damos a husmear por los contornos; a ver campo liso y verde, como dice mamá. Vacas que ordeñan, vacas echadas, terneros de todas edades, ovejas, yeguas y muleros, y

aquel burro tan feo, metido en su pesebrera.

—Ve, Eloicete; ai lo tienen bogando leche. Qué tanto cuidan a estos sinvergüenzas! Hasta bueno será ser uno burro!

—Ave María, Tiodorete! No digás palabras ociosas! Después tenemos que acusarnos!

—Pues mejor, ole!..

Pronto estamos estreándonos en aquella quebrada de San José, que se junta allí cerquita con la Trinidad. De ahí salimos a correr los caballos por ese llano. San Juan! San Juan! Vamos hasta las vegas de los papales y siempre robamos chócolos y vamos a esconderlos entre unos barbascales, junto a la entrada. Y, en tragándonos aquel ajiaco de gallina, aquella fritanga, aquellas panochas y leches postreras, nos vamos a aquel mandado a caballo, a cas de doña Simona. Es a comprarle brevas y papayas para el dulce; para ese dulce tan fuerte, hecho con panela negra, que tanto le agrada al conservero de papá.

Marido y mujer están en el corredor, sastrea que más sastrea. El Hechizado abre, contra el cifrán, las costuras de un pantalón. Está más bonito y más San José que de ordinario. Parece mismamente que lo hubiera labrado el maestro Matías. La Circe, muy reposada en su banquetta, pega botones en otro pantalón, siempre muy retocada con aquellos afeites mágicos. Nos reciben con remucha urbanidad: «Los jovencitos» por aquí, «los jovencitos» por allá. El marido es un tanto silencioso. Mas la mujer discurre y afina. Nos vamos con ella a presenciar la cogienda de los frutos, y nos da, encima, pepinos y dulunzogas.

—Venga Eloicito,—me dice la señora—para que conozca el Niño Dios. Es quiteño y muy perfecto. Dice don Ceferino que es una escultura acabada. El maestro Matías ha bregado por imitarlo. Fíjese en esos ojos. Están viendo al Padre Eterno.

Yo también veo al Verbo con todos mis sentidos y potencias. No está recién nacido, sino muy criado; no en pesebre ni en pajas, sino en su urna, sobre cojín felposo, muy engalanado él. Reposa su cabeza de oro en su almohadita de randas. Casi se pierde entre los ramos que farfulla la hechicera.

—Récele, Eloicito, y usted también, Tiodorito. El es muy milagroso: Allá verán que van a ser muy buenos cristianos.

—El padrenuestro, doña Simona?

—Lo que quiera, Tiodorito; pero persígnese antes.

Y el Azogado, y yo tras él, nos arrodillamos. El grandísimo hipócrita se persigna y reza, atajando aquella risa que yo le adivino en los ojos más que en la boca. Yo tampoco rezo: Al punto me acuerdo del dicho de la tía de Antolino. Sí: Ya entendía lo que quiso decir esa zamba. Como si yo fuera algún Niño Dios!..

—Sí que me gusta verlos tan piadositos. Los hombres religiosos son felices en esta vida y en la otra.

—Sí, señora. — apoya Teodorete — Evencio vendrá todos los días; nó?

—Únicamente los sábados, para bajarse con

nosotros. El es tan consagrado a los estudios.

—Vive con mi siá Tiodolinda?

—Cómo no, Tiodorito. El la quiere tanto y lo mismo a mi yerno.

Medidas religiosamente las tres puchas de brevas y entalegadas con las cuatro papayas, pagamos los dos riales de la compra y... a caballo.

—Qué te parece, Eloicete,—me dice apenas vamos solos—qué tan ardilosa es doña Simona: Encabó a la hija con el Sarabia viejo y ella se conquistó al Sarabia chiquito.

—Vos si que sabés cosas Tiodorete!..

—Yo sí!

—Sí que será bonita la señora Tiodolinda!..

—De cara sí, Eloicete; pero es muy albondigona y se mantiene de alpargates como doña Chinca y con unos camisones muy feos. Aburrida que vivirá con ese viejo tan horrendo. El es el que canta en el coro y el que cuida todas las cosas de l'iglesia. Y Tiodolinda es brava así como Indalecia. Y ve una cosa, Eloicete: No vas a decir que robámos chócolos, porqu'Elisa nos echa sarcasmos. Y ve: Cuando nos vamos, nos quedamos atrás en la puerta de golpe como componiendo las monturas, y guardamos muy bien los seis chócolos. No los asamos en la casa.

—Y no tendremos que acusarnos?

—Demás, Eloicete: Ai nos regañará el padrecito Alejandrino.

Después de aquella panzada de frijol verde, revuelto con vainas y vitoria, con lonjas de toci-

no y rodeo de bollos de maíz niño, subimos todos al balcón a contemplar la finca en esa tarde tan brillante. En el cuarto grande del balcón están amontonadas las papas; pero yo, tan amigo de santos, no veo nada por extasiarme ante un San Rafael que tienen en un nicho mural, en el cuartico chiquito. Lo que más me admira es la sabelleta de plata que lleva colgada de una manita. Sería más lindo que el San Miguel del padre Juan Nepomuceno? Este San Rafaelito no lo había labrado el maestro Matías.

Mamá debía tener algún ilusión que le constase todo. Por más que escondimos los chócolos en el cuarto de las monturas, descubre todo el robo. Muy bonito! Ya nos romperían la cabeza con una pedrada los que estaban pajareando las rozas. No éramos más que un par de bobas de tierra fría. Se me salen las lágrimas y prometo no poner mano en mazorca ajena. Qué horrible eran los sarcasmos!

A todas estas hace papá, en toda regla, el dibujo del molino. A mí me deja ver de cerca, pero Teodorete está desterrado de la labor; ha intentado ayudar con el tirarrayas, revolver la tinta chinesca y manejar los pinceles de la aguada. Ah, papá! Después de hacerle esa zanja a don Segismundo, se ponía en esos dibujos tan pulidos y con esos colores tan pálidos.

Las tardes se alargan. A no ser porque los relojes están puestos por el palo solar, se dijera que están locos: Las seis p. m. suenan, y aún está claro.

Con Melita fantaseamos con los paisajes del poniente y con los árboles destacados de la serra-

nía frontera. Theodorete inventa cosas: Tal árbol era Largo Valencia, con la maleta a la espalda; tal otro se repechaba como mi padre Teodoro; y La Bella Pola aparecía más lejos, con su rueda de bejuco, como una escoba a plomo.

Largo Valencia, Eladio y papá inventan las maromas, y vieran a Theodorete y a Tano bailando en la cuerda, hechos unos matachines con los trapos que se rebuscan para los indumentos maromeros. Theodorete se pluraliza. El mismo anuncia la función con las retahilas que ha aprendido en San Juan, de la compañía acróbata de Gómez y Londoño. El y Tano ejecutan los juegos y saltos en la arena. Y aquí las vueltas de carnero, los caimanazos, el baile en patasola, el andar en las manos. El hace el payaso y el mimo, imitando las gracias y pantomimas de Francisco Londoño, gran personaje de la susodicha comparsa. Lo que es trapecio no lo consiente mamá. Hago simple papel de espectador; que ni de niño fui acróbata. Sólo en zancos alterno con mis compañeros, como iniciación de tales espectáculos, y eso porque Rosana compite con nosotros, para alarma de Marinacita y regocijo de las criadas.

Nos están cosiendo ropa, pero Miguelete determina que suspendan la tarea para que mamá se dé una vueltecita por San Juan con las chicuelas y Rosana. Y ella me declara aparte:

—Vea, mi Negrito: Tiene que quedarse solo, acompañando a su papá y a su Melita. Yo no puedo despintarme del Azogado; el Azogado sin mí es como moro sin señor. Miguel no le dice nada, ni Amelia tampoco. Quédese bien contento. Teresa la de Tila viene a acompañarlos. Usted

solo estudia más.

—Sí, mamá. Yo me quedo bien formal.

—No me parece difícil que Cantalicia venga en estos días, por lo que Nicanor le ha escrito. Yo le dije en la carta que se viniera por San Juan, y tal vez nos encontremos allá.

—Ojalá, mamá.

—No tiene mucha gana de verla?

—Tánta, mamá!..

—Mucho que me gusta, Negrito: Se ve que es grato. A Cantalicia tiene que quererla más que a nosotros. Ya ve lo que quieren Marto y Teodoro a Jacoba.

—Sí, mamá. Yo la quiero igual a usted y a papá y a Melita.

No miento: Debí nacer para querer y ser querido, porque me siento completamente vinculado a mi nueva familia.

El Príncipe viene como un meteoro. Ahora que viaja solo me parece más hombre y más querido. Me saluda de abrazo y de empalago en la frente. Al guariconguito negro lo quiere tanto como al guariconguito blanco. Me encuentra más tizne que siempre. Es que el sol y el viento de los montes altos curten más a los morenos que a todos. Allí está el Theodorete hecho una porcelana.

—Qué te parece Rollete que no me desmonté en el precipicio; se me olvidaron los encargos de María de los Dolores.

—Muy malo, zoquete. Así le vas perdiendo

el miedo a los precipicios y ya habrás entendido que en el mundo hay muchos.

—Este Rollete tan caviloso!—Exclama abrazándola con todo y besuqueo.—Y ya sabés: Si no tenés camisones bien bonitos, tenés que poner a Lola a que te los haga a la carrera.

—Perdé cuidao: Allá me verás «como una sílfide de aspecto mágico».

Qué triste me parece la bendición que mamá me echa esa noche! Es consigna no madrugar a despedirnos. Mas oigo desde mi cama todo el movimiento, y me levanto en cuanto amanece para sentir las soledades. Me voy al baño para echarme harta agua, porque no puedo contener las lágrimas. Se me viene el cuadro de mi casa de Morrolargo después que se fue mi madrecita. Disimulando salgo a ayudar al riego de las flores. Qué desolación en ese patio: Ni los muñequeros ni los corotos de las niñas por los corredores. El pobre Tom está amarrado y echado en la alfombra hípica, y sale Sebastiana con el lamento:

—Nos va a comer el brujo, niño Eloicito, en esta lobreguez tan maluca. Tanté esta casa sin la niñ'Elisa! Con eso tan solamente quedábanos com'un cuerpo sin alma, contrimás sin la niña grande, sin la niña chiquita, sin el niño Tiodoro, sin mi tía Jacoba y sin mi negrita. Bien dicen qui'usencia es cuasi muerte, con ser por dos semanas no más. Razón tiene Beneda pa vivir asína. Por esu'es que la niñ'Angelina se mantiene tan callada. Hasta mejor sería no querer a ningún cristiano en este mundo!...

—No tan solamente esta casa,—interviene Ursula—sinó ese patio de l'entrada. Eso sin Lar-

go Valencia es que ni'una jaula sin pajarito.

—Recemos una salve a la Virgen de la Soledad,—me dice Melita—para que después me ayude, con todo su fundamento, a arreglar los libros.

Salve y arreglo me consuelan.

Válgame Cristo con todas las cosas que va sacando Melita! Como muestrario de la prensa nacional hay sendos legajos de «La Ilustración», «El Mosaico», «Colombia Literaria»; hay sendos tomos de «El Iris», «El Hogar», «La Caridad», «El Oasis» y «El Cóndor»; algunos textos elementales, álbumes y retratos de familia y de personajes célebres. Y qué decir de la colección de sus propios dibujos? Qué de los dos atlas pequeños y de aquel otro, enorme y antiguo, que le ha comprado al doctor Albano?

Al medio día la emprendemos con la sala.

El fondo de aquella cómoda tan grande es otro muestrario de tomos ingentes: Sendos de «El Correo de Ultramar», «El Americano», «La Moda Elegante», y dos primas de alguno de estos. Acaso la Biblia esté completa. De los cajones de arriba saca retratos de ambrotipo, sus cajas de colores y las de matemáticas de papá.

—Todos estos libros, Melita, son de ese cuarto de San Juan?

—Sí, Eloy. Usted siempre va a ser doctor: Fue mucho lo que se encantó con esos libros.

—Sí, Melita: Es que yo no había visto tantos; pero estos de aquí no se pueden poner en ringlera.

—Bueno: Usted me arregla el estante como le parezca mejor.

Quito y manejo el plumero, que ni Angelina. Esto es como sobras de un banquete con un restico de cada plato: Lamartine y Chateaubriand, abate Gaune y Mazo, vislumbres de Tesoro de Autores Españoles, señas de Larra y Zorrilla, señas de Trueba y Fernán Caballero. Mamá, que es chiflada por las obras nacionales, ha reunido algunas. Por más que cambio y saco y entrevero, aquello no me queda como el estante del padre Juan Nepomuceno.

Comentarios sobre los ausentes. Cómo estaría Repollo pelándoles las gracias a los abuelos maternos, y cuáles los mimos que iría a inventar El Príncipe con El Azogado!

—Es una cosa muy rara, compadre,—dice Tila—este modo de quererse El Príncipe y Tiodorito: Los hermanos más bien pelean.

—Cómo no, Tila. Aquí lo vivimos conversando. Martiniano es muy afectuoso con todos, pero él se siente como el protector del hermano. Tal vez será porque son de genio tan diferente. Y como se murieron los otros dos, a él le parecía que Tiodoro también se iba a morir. Y al Negrito también lo está queriendo lo mismo que a Tiodoro. Yo no sé cómo irán a resultar estos muchachos. Hasta creo que van a salir con algo, porque Martina vive pronosticando que van a ser unos troneras y unos pelaos, y a ella nunca le resultan las profecías.

—Vea, compadre: Es que a su cuñada Martina la entenderá mi Dios porque la hizo. Los demás cristianos no van a sacar nunca esa adivinan-

za. Tal vez ni don Evaristo.

—Ese menos, Tilita. Allá verá que ella no se va a asomar aquí en estos días, ni aun para decirnos que hemos quedado en sana paz de Dios. La casa ha quedado al gusto de Ignacia: El convento del Carmen, enteramente.

Esa tarde viene Teresa desde el pueblo, para hacernos la compañía; y cuando oscurece, regresa Largo Valencia con las bestias. El viaje ha salido a pedir de boca, con todo y desmontada en el precipicio. Y vengan los consuelos. Después del tute se sacan los asientos a la placita, para recibir luna y perfumes y... va de cuentos. Estoy arrimado a papá, para hacer el empalago por los cuatro ausentes. Siento que ahora tan solitos lo quiero más.

En estas soledades me aplico más a los estudios e invento distracciones un tanto ganaderas: Enlazo bestias y, como en Morrolargo, ayudo a recogida y encierro de terneros y en las maniobras del ordeño. Me contento con hacerle gestos y saludos a Teopiste, cuando viene por el agua. Me asomo por la casa de doña Chinca. No sé si me da tristeza o alegría. Mientras don Pispiris lee desde su silla de tullido, las señoras cosen y una muchachita plancha. Me asomo por la escuela; me asomo por la inspectoría. Por las tardes voy con Melita hasta el Molino del Medio. Por lo que me explica y he visto, comprendo perfectamente cómo merced a dos bombas, primero en un punto y luego en otro, ha podido abrir Miguelete aquella cañada tan ancha donde se emplazan molino, cocina, cuarteles y tanta cosa. Y entiendo por qué son aquellas barrancas coloradas y esas crestas

de árboles medio inclinados: En nueve años no se han formado capas vegetales; entiendo por qué en las partes planas ha ido apareciendo el rastrojo, y lo que son basuras huerteras.

IV

Llega Santa Ana y toda la peonada devota se confiesa. Beneda va a darnos la gran noticia:

—Ya se confesó la negra Loaiza. Ni an tene-ría de qué, go machucó de cualesquier modo, por-qu'eso fue en un credo. No l'echaría penitencia de saya, porque si'alevantó muy contenta.

—Y tomó reja?—pregunta Melita.

—Ni an eso: Ai si'arrodilló por delante, lo mesmo que cualesquier hombre.

—Tanté esa!—murmura Ursula, interrumpiendo el barrido del frente de la casa—Al tanto habrá en el mundo criatura más cismática! Has-t'hombre s'irá volver, de verdá! Es qu'esta laya de cisma no l'había visto yo.

En el lenguaje de nuestro pueblo todo el que se sale de la religión de lo común y cotidiano es un «cismático». Son cismas todas las cosas raras. Hasta filosófica será esta acepción de tal palabra.

Casi toda la peonada se pone en estado de

gracia para la fiesta patronal. Como no todos caben en el corredor ancho ni en el Pago, muchos se arrodillan en el patio, sobre costales o tablas, para no ensuciar aquellos pantalones de pañete. Algunos están tan galanes como Nicanor, y hasta me parecen más tasajones que mi amigo. Los aticeros también están muy peripuestos. Esta gente, monte arriba, monte abajo, y haciendo fuerza a toda hora, van sacando unas piernas y unos brazos tan largos y unas ligerezas y habilidades, estupendas para maromeros.

La misa, leída por Angelina, no me infunde tanta devoción como las rezadas por mamá.

Eladio es uno de los más galanes e interesantes. Un hombre que tiene caballo y avíos propios les pone la pata adelante a todos los molineros, carpinteros, herreros y demás personajes de «buena ración». En este sí no se pierden los huevos y los fritos. Está consiguiendo el gran prestigio, porque construye como maestro de obra el nuevo molino. Va ceñido al diseño con una exactitud que admira a papá. Entre tantos discípulos como ha sacado en estas mecánicas y carpinterías, ninguno como Eladio.

—Es que estas minas, Miguelito,—interviene Melita—son las verdaderas escuelas de artes y oficios. El doctor Berrío debía mandar estudiantes a las vetas.

—Pues siempre aprendían mucho, Amelia. Ya ve la cadena que hicieron los Monsalves para la compuerta de la exclusiva. Y vea: Ese trazo para los dientes, en el principal, de acuerdo con los pisones, es una cosa que necesita mucho estudio, aunque esté muy bien hecho el diseño. Y este Ela-

dio no se ha equivocado en una línea. Y todo lo que aprenden herreros y carpinteros para encastrar los guijos y los pisones y poner todos esos cuadros de fierro.

—Más fácil me parece a mí hacer una iglesia que un molino: Por lo menos la iglesia no tiene que moverse.

—Pues los socavones y las galerías tampoco son moco de pava. Eso no se va haciendo así de buenas a primeras.

—Eso es la cosa más horrible, Miguelito. Lo que es usted y don Teodoro son muchas las cosas que han enseñado. Pueda ser que a Marinacita y a Brújulo les surta la enseñanza de la doctrina como a unos padres misioneros.

—Pues por lo menos muy devotos sacan uno que otro. Ello dirá por otro lado. Ya habrá oído por ahí ciertos runrunes.

—Cómo no? Aquí también se aprenden otras cosas, sin comerlo ni beberlo.

Papá se carcajea.

—Y a ese marchante fue que lo bombiaron?

—No, Amelia. El fue que se apretó la iraca. Había juntado sus jornales y los pidió dizque para asomarse a Rionegro a ver a los viejos. Ni siquiera Camilón sospechaba que era casado. Y quien lo ve: Parece que no quebrara un plato! Y me voy, porque hay moros en la costa.

Válgame Dios! Qué sería todo aquello? Para qué mi disimulo y todas las cosas que me ha transmitido Teodorete? Cuando uno entra en aplicación, aprende al punto.

Al día siguiente estoy en la puerta que da al corral y oigo la conversa que se traba entre Ursula y Beneda.

—Asina mesmo me lo figuraba.—vocea nuestra sirvienta—Yo siempre vide que Rogelia ib'a salir con emblema dende que s'enredó con ese carpinterito tan zalamero. Tanté ése! Hast'a nosotras las mulatas nos jalaba de la camisa y nos quería pelizcar! Mejor que si'hubiera largao ese taita. Pa qué será que mi Dios le da rostro bonito a tanto pícaro? Hasta blanco será ese conde-nao!...

—Más bien que sí!—dice Beneda—A ese se le ve que nu'es ningún ñapango. Quizque fue que los taitas lo casaron en agüita, con una quizqu'es mayor qu'él, y muy fea, y por eso si'hacía el soltero.

—Es que Rogelia también es muy pendeja y muy malostratos! Que chupe por novelera! Enredase con novio forástico, después d'estar apalabrada con Frutoso Osorio, un piñon tan formalote.

—No digás nada, ole Ursula, que cualesquier día te pasa lo mesmo. Ai te veo muy encampanada con ese arriero sanvicenteño!...

—Pes encampanada estaré; pero con yo no llega a tierra caliente ni saca emblema, manque me dé todas las palabras de casamiento que le dé la gana. Y qué te parece, ole Beneda: Allá quizque está La Bella Pola que ni'una Magalena, con la ida del tal Tiberio! Es que cuando una vieja da en embochinchase!...

—No digás cosas, Ursula! Ve que si no topás agora qu'estás moza!...

—Yo si topo, ole. Go, si nó, me voy de serviciala al hospital de San Juan, onde nu'haiga tentaciones. Asina hicieron las negras Aramburos, a lo que se vieron quedadas.

—Pes quien sabe, ole: En los hospitales también molestan los ilusiones.

Y santiguándose se pone en marcha y agrega:

—El Señor Espontigo los libre di'una mala hora!

Váse y berrea:

—María Antonia! María Antonia! Ondi'andaré es'enemigo malo?

Conque «emblema»? Ujú!...

Un día, a eso de las once, estoy en el corredor largo junto a la ventana, entre si estudio o retozo con Tom. En la sala enhila Melita tiras de bayetón para las baterías; Teresa borda en su tambor y canta a media voz:

Ausente de tí sufro mil penas,
A cada paso que en mi senda doy
Y cada pena de mi pecho arranca
Un pedazo, mi bién, del corazón.

Si. Todo eso era por ese Evencio, tan repelente.

Doña Martina entra, trapos en mano.

—Vengo, Amelia, a ver si me puede hacer estos respuntes.

—Con mucho gusto, señora.

—Pero tiene que poner el hilo: En la tienda no hay carretas para máquina.

—Aquí hay, señora, unas cajas.

Melita emprende la obra, mientras doña Martina arregla y echa aguja en las otras piezas de la costura.

—Va a engalanar mucho las niñas, doña Martina?—insinúa Teresa.

—Poco más, niña. Las mías no son de modas ni lujos. Es qu'estoy esperando a Evaristo. Si- quiera para que las encuentre con ropita nueva.

—Como que ha estado muy aburrida, señora?

—Pues aburrida, precisamente, no. Me da mococoa a la oración, cuando chilla ese pajarito, tan maluco. Es que yo no me amano sinó en mi casa. Yo no sé cómo ha hecho Amelia para vivir en casa ajena.

—Pues, señora...—repone Melita, sin suspender el maquineo y muy sonreída—Como yo no he tenido casa mía, ya estoy enseñada a vivir en las ajenas.

—Pero, su padre y su madrastra no viven?

—Sí, señora; allá viven en San Juan. Y muy alentados dizque están.

—De manera que se desentendieron de usted?

—Pues, no sé señora, si fue que se desentendieron o que entendieron demás. Yo he vivido desde chiquita con mis padrinos; han sido como mis padres, y sus hijos son como hermanos míos.

—Pues eso es muy raro, niña, teniendo su padre vivo.

—Pues no sé, señora... A unos les parece raro; a otros nó.

—He entendido que también ha vivido en Medellín, donde doña Mercedes Córdoba...

—Sí, señora: Dos años y medio estuve allá. Y en Rionegro también he estado más de un año en casa de las señoras Correas.

—De modo que don José Joaquín le ha costado colegios, como a Lola?

—Tal vez más, señora.

—Lo curioso es que yo no la hubiera conocido. En casa de Rosalía como que la alcancé a ver una vez, pero creí que era una costurera que habría alquilado.

—Sí, señora: Yo iba a coserle cuando ella me llamaba; pero era por mi gusto, sin que me pagara.

Cuando la obra ha terminado la dobla doña Martina y dice:

—Cuánto le debo, Amelia?

—No me debe nada, señora.

—Pues nó, mi querida. Todo trabajo debe pagarse. Y usted ha gastado mucho hilo.

—El hilo es de Elisa. Págueselo a ella.

—Pues nó, Amelia: Si yo hubiera sabido eso, no hubiera venido a quitarle el tiempo. A mí me choca mucho deber favores. Ni soy tan rica ni tan rumbosa como Lola para pagar cualquier

trabajo con cortes de muselina.

—Sí, señora. Haga una cosa: Calcule lo que valga la costura y el hilo y d selo a un pobre. Así nos paga a nosotras.

—Le aseguro, Amelia, que a usted la mataron con todo ese copete de las Cuencas!...

—Yo no he usado nunca copete, doña Martina; ni aun en los tiempos de la Mazzetti: Las feas quedamos peores de copete.

—Hasta luégo, mis queridas. Muchas gracias.

—Valiente señora tan particular y tan satírica!—exclama Teresa.

—S   le parece?

—Mucho, Melita: Muy ofuscadora.

—No crea: Es muy divertida.

El sábado, carta de mamá. Gran novedad en el frente: Cantalicia y Catana han llegado el día anterior. El martes próximo vendrían con Gabriel. Melita se alegra más que yo y me acaba un vestido para que me encuentre bien gal  n.

En su caballo me voy al tope, hasta el río. Llanto de Cantalicia y llanto mío, en aquel abrazo. El cordero estaba tan grande, tan requemado, tan querido! Gabriel me amarra de la silla las dos chuspas o maletones con los trapos de las viajeras y se despide. Me subo, paso a paso, todo embutido en los maletones, con mi vieja a cada lado. Estoy sonámbulo del alegr  n. Cantalicia aquí se me hace tan rara.

—Lo que yo le decía, cordero: La Virgen-

cita nos hizo el milagro a conforme se lo pedí. Aquí siempre voy a dec  le delante de la gente «el niño Eloy». Ya yo s   to  tico lo d  esta familia: Se ve la mano de la Virgen. Valiente familia la de don José Joaquín! Eso sí es gente principal! Y esa do   Elisa! Tenía que ser nuera de doña Rosarito. Y al según de doña Doloritas, la niña Amelia es por el mismo encarte.

—Ai las ir   conociendo, Cantalicia. Y cuénteme de Nicanor, de Nicanorcito, de Cristinita y de todos.

—Todos muy alentaos... A yo siempre me dio mucho pesar desprendeme d  ellos. Lo qu   l le dice en la carta no es desageraci  n: Es mucho lo que lo quieren, cordero, y mucha la falta que les ha hecho. Li  aseguro que lo que sus padrecitos han pedido en el cielo, se los ha oído mi Dios muy bien oído. Pa que vea lo qu  es descender de padres tan virtuosos y tan nobles! Ya s   qu  ha tenido un manijo muy bonito. Así tiene que seguir hasta que sea hombre hecho y derecho. Y no se deje echar cacho del niño Martiniano ni del niño Tiodoro: Valientes criaturas tan saladas y tan cariñosas!

—Cariñoso s  , Cantalicia; pero así tan alegre y tan sabroso como ellos, tal vez n  .

—Todo eso se le va pegando, cordero.

Ni ella ni Catana vienen despeadas. Cantalicia no acaba de admirarse de tanta fábrica y tanto movimiento. No llegamos por el Alto del Ganado: Descendemos por el camino nuevo y atravesamos el Molino del Medio, donde nos encontramos a papá; tomamos la Calle Real y entramos a casita por el callejón. Melita y las do-

mésticas acuden a recibirlas hasta el corral. Eso es como viejos conocidos. Catana, corta de suyo, está un tanto cohibida; pero Cantalicia, en sus glorias: Bien sabe ella que está pisando bejuco y no culebra. Comprendo que Melita y Teresa le tiran de la lengua para oírle sus despejos y estilachos. Héteme a Cantalicia en su propia casa haciendo gran papel. Héteme a mí bañado en agua de rosas.

Nada diré de sus parlamentos, aclaraciones y remembranzas en la Casa Grande. Sólo que doña Rosario, tan aficionada a la genealogía, sospecha que Melita y yo, por nuestro origen marinillesco, podemos resultar parientes. Hasta de sus achaques se olvida la señora por descifrar aquel punto tan importante.

Ya iría estudiando Cantalicia, de acuerdo con papá y Marinacita, qué hará en la mina y si ha de permanecer en ella mucho tiempo. Todo lo irían procurando según las circunstancias. Si nó, ahí estaba San Juan con su dilatado panorama de arrieros y transeuntes.

Regresan los viajeros y con ellos la alegría. Alfandoque, un tanto moscamuerta, ha venido convertida en avispa con el viaje a bestia y la compañía de Rosanita. Parece que la hubieran educado las Olivares. La desenvoltura está regada en esa placita; doña Martina aterrada, y papá feliz. A Repollo se le ha acentuado el melindre; pero ese rebujado de Teodorete no se sabe si ha venido peor o mejorcito: Ese azogue y esos ilusiones no se entienden así a ojo.

Viene tío Evaristo. Nada parecido a papá: Es bajo, un tanto maletón, con una voz nasal po-

co agradable. Va a comer en nuestra casita y papá ordena que echen la casa por la ventana. El sacrificio que tiene que hacer la ilustre madre de Laurencia! Tila se carcajea y dice:

—Me parece muy bueno que lo cuiden. Por lo que me contó Martina el día que fue a pagarme la visita, a ella no dizque le gusta sinó neblina y carne pisada al almuerzo y puchero a la comida, desde el día de la Circuncisión del Señor hasta el de San Silvestre papa. Esos cambios de comida y esos aliños dizque dañan el estómago.

—Se irá a enfermar aquí, Tila?—pregunta Melita con socarronería.

—Pues, tal vez sí, niña. Si doña Jacinta no le da en Tacamocho comida distinta, arriesga a que le pañe algún correquetialcance bien tremendo. Por lo menos se pone jaito, jaito. Pongan a hacer agua de apio desde ahora. Y callémonos el pico que ahí viene Elisa.

Don Evaristo es muy amante de la instrucción, punto por punto y frijol por frijol. De los datos que toma aprendo muchas cosas: Sé que las cuatro «raciones de Mayoría» alcanzan para todos en la casa, y que Miguelete tiene sus platas en poder de los Castellanos y de don José Joaquín; que gasta muy poco en ropa, porque a Elisa y a Melita les regala muchas cosas y ellas tienen de dónde gastar.

No es nada desganado. Le hace el honor al pastel de casamiento, al arroz de cuatro altos y a la gallina enjalmada, y se sirve encurtidos, que da gusto. Resulta de la misma escuela de papá: En siendo bastantico, bueno y cambiadito, cualquier cosa se podía comer. En las minas había

TOMAS CARRASQUILLA

tan buenas cocineras. En Medellín las había mejores; pero esas cobraban tan caro, eran tan destrozadas y tan ladronas, que sólo en las casas de millonarios podían tenerlas.

Cuatro días dura la visita; cuatro el agasajo. Doña Martina sacude el polvo de sus zapatos, y... adiós Santa Ana! No se notan en el ambiente melancolías ni nostalgias. Será porque nos consolamos mucho con los bochinchos de Rosanita, con el Lenguaje de las Flores, con los cuentos y con el uso de gallos, que ha traído Teodorete de San Juan. Qué gallos! Melita nos ayuda a fabricarlos. Son de cera, con plumas de verdad; se paran en su ruedita de totuma, y merced a un hilito de caucho y a una palanquita brincan y revuelan mejor que los de Camilón.

Un día entra por el callejón la comadre Abigail. Viene con el tapado de panochas y una jíquera de fríjol verde. Aquel huevo quería salir. Teodorete se anda por la proveeduría. Yo me sumo en el estudio, pegadito a la ventana, donde no pierda sílaba. Ya me acusaría de aquel pecado tan grave.

—Dios le pague, comadre. Miguel va a saborearse mucho con la prueba.

—Pues tan siquiera, comé. Ni'an la rocita salió con cosa mayor. Es que cuando vienen las malas... Ya ve las follizcas d'esa muchacha.

—No se confunda, comadre, que a ella no le sucede nada. Doña Chinca tiene mucha experiencia en esos asuntos.

—Pes, eso sí. Pero es'indino!.. Cogió un montón de plata y no fue pa echanos encima u-

na cobijita. Póngase a pensar!.. Con todo lo cara qu'está la bayeta y hasta el liencillo!..

—Tampoco se confunda por eso. Por ahí le conseguimos lo que necesite.

—Pes, ajualá. Es qu'el probe Venancio'stá tan acosao! En estos días se le murió una de las dos mulitas qui'había conseguido. Tan siquiera se li'apacó l'injurio que le paño. Pero le prometió a ésa que no más si'aliante le mete su pela.

—Vea si le puede sacar eso de la cabeza: Eso más bien empeora la cosa.

—Es que a yo y a él nos da miedo que se vuelva como las de Custodia, y nos llene la casa de familias. Tanté más! No puede uno con San Juan y pudiera con San Pedro!

—No se ponga a pensar eso... Ella es muy buena moza. Seguro que se pone más bonita. Y allá verá que se casa con algún muchacho formal.

—Pueda ser, comé! Frutoso izque le dijo a mana Salvadora que siempre se casa con ella. Lo malo es qu'esa muchacha es tan tentada.

—Se casa demás: Con Fructuoso o con otro.

—Y bueno, comadrita: Qué hago yo con el padre Alejandrino y con la niña Marinacita? Allá verá la raspa que van a echame. Y yo no soy culpante. No ve qu'esa muchacha m'envolató, bien envolatada? Li'aseguro que la tal compañía a doña Zoila Rosa nos salió por un ojo.

—Pues déjese echar la raspa del cura. Ignacia no le dice nada.

—De modo y es qui'agora puedo pasar por la Casa Grande, pa saludalas?

—Por supuesto, comadre. Si uno le tuviera miedo a la gente por lo que hacen los de la casa, tendríamos que vivir de huída unos de otros. Vaya saludelas para que salga del susto. Y dígale a mi compadre que hable con Miguel.

Me corro a estudiar, lejos de la ventana. Qué tal que mamá supiera! Cómo sería el sarcasmo!

He ido aprendiendo a estudiar solo, y en la casa hay silencio porque Rosana cambia de temperamento, con las niñas, Laurencia y Tom. Sus sesiones son ahora en el corredor del Gabinete Azul: Allá sus estudios, costura y muñequero.

—Muy bueno—dice mamá—para que los dos arrinquen dejen los idilios con Rosana y no se confunda Ignacia.

El estreno del molino es otro acontecimiento. Cómo no han de serlo estas fábricas levantadas por ciencia e industrias rutinarias? Eladio se ha lucido. Antes de terminar las baterías se ha ensayado su obra, y eso es la precisión, la música y el compás.

He podido admirar todas las maniobras para montar el principal en aquellos burros tan enormes, y cómo han ido poniendo las astas y el círculo encajonado de la rueda.

La inauguración definitiva es de trago, de cohetes, de bendición del padre Alejandrino. Claro que del pueblo acude mucha gente. Don Ceferino el primero. Probablemente está muy interesado en tales obras, porque hace frecuentes visitas a la mina. Viene un sábado; mas, como es día de tantos afanes y ocupaciones y doña Rosario no está para recibir, el hombre ilustre se va a casita.

Cuando llega, mamá y yo estamos solos en la sala. Ella lee en un tomo de Causas Célebres; yo escribo en la mesa.

—Eso sí!—dice mamá, en cuanto el señor se asoma —A falta de hombres de bien hicieron a mi padre alcalde. Creí que iba a contentarse con el saludo de esta mañana. Si no es porque están tan ocupados en la otra casa, no había asomado por aquí.

—No, doña Elisa.—repone muy urbano—Dispense. Yo experimento un placer indecible conversando con usted. Por no interrumpirle sus lecturas y ocupaciones, no entro a visitarla cuando vengo.

—Se sabe disculpar muy bonito.

El hombre discreta, echa flores y perlas; mas de pronto corta el vuelo lírico, se acerca a la cómoda y dice:

—Qué imagen tan perfecta, doña Elisa! La había visto varias veces pero no la había reparado hasta ahora. Debe ser quiteña.

—No, don Ceferino: La pintó en Medellín don Fermín Isaza. Creo que es copia o imitación, porque yo he visto esta Virgen de la Soledad hasta en esos grabados que venden a real.

—Y no le parece acabada?

—Pues ni sé qué decirle. Entiendo tan poco de pintura.

—Usted que ha estado en Medellín, en Antioquia, en Rionegro, en Marinilla, debe haber visto imágenes muy bellas.

—Cómo no, don Ceferino. Y también vi cua-

dros muy afamados, con todos sus colores, en el octorama de Camilo Farran; pero no entiendo jota de pintura.

—Usted es tan rara, doña Elisa: Tan entendida en Religión y cree en brujas y no cree en las imágenes de los santos!

—Sí, don Ceferino.—dice chancera—Hace muchos días que tiene gana de convertirme. Será que quiere que me vuelva más conservera que usted, que Ignacia y que toda Marinilla junta: Pues sepa y entienda que no tengo de liberal sino el rótulo. Usted sabe lo que es la política de las mujeres. En materias de religión me careo con el más creyente.

—Con el más creyente, doña Elisa, y no cree en las imágenes milagrosas!..

—Me parece que ni usted tampoco cree. Ni eso es artículo de fe, ni hay por qué creerlo. Las imágenes no son sino imágenes: La misma palabra lo indica. Sí, señor: Son como una idea que se expresa en una forma material. Y los milagros los hacen los santos; no las imágenes. El milagro será que, como rezamos ante ellas, hacemos buenas obras.

—Entonces están muy equivocados los que veneran las imágenes milagrosas?

—Pues si son como los negros de Zaragoza, sí están equivocados. Ellos no creen en el Santísimo Sacramento sino en el Cristo de palo.

—Ya ve, doña Elisa: Usted con ese criterio cómo hace, entonces, para creer en brujas?

—Tampoco creo en las brujas y en los duen-

des, que dice la gente. Alguna vez hablámos de esto usted y yo, y no me supe expresar, probablemente. Por muy boba que sea no voy a creer en mujeres que vuelan y en duendes que tiran piedras. Pero sí tenemos que creer en el Diablo, y el Diablo tiene su gente, como la tiene Cristo. Esto está claro en la Doctrina Cristiana. Usted, que sabe mucha historia, recordará que han quemado mucha gente por brujerías. Me parece que estos cuentos de los montañeros son también ideas que quieren expresar con personas de carne y hueso. Qué más brujos que los pecadores? Ya ve el cuento de los ilusiones: Pues eso son los malos pensamientos; los malos deseos.

—En cierto modo no deja de tener razón, doña Elisa.

—Pues... ni sé: Son cosas que yo me imagino...

—Dónde hizo sus estudios, doña Elisa?

—Estudios, don Ceferino? Hasta risa me da oírlo! O es que se está burlando?

—Lo que menos, señora. Una mujer tan instruída como usted tiene que haber tenido muchos estudios.

—Sí! Soy un pozo de ciencia. Debe ser infusa como la de Salomón! Figúrese usted! De niña tuve por maestra a doña Chinca. Me enseñaría a juntar las letras. Cuando estaba como Eloy me llevaron a Medellín, a casa de mis abuelos, y me pusieron en la escuela de doña Rosalía Gómez, en la misma donde había estado Miguel. Usted se hubiera reído mucho con aquéllo. Era un claustro muy grande: A un lado sentaba los

muchachos, y a otro las muchachas; y doña Rosalía nos ponía de lección pedazos de memoria y nos echaba discursos. Eso era toda la escuela. Después de casada abrió el doctor Albano, en San Juan, una clase para señoritas. Eran en la sala de casa, y yo entré también. Figúrese lo que aprendería! Esos fueron todos mis estudios.

—Pero es mucho lo que ha leído.

—He leído algo. Pero no vaya a creer que es por aprender. Más bien habrá sido por divertirme. Mamá me ha criado los hijos y he tenido muchos cirineos y comodidades. No me ha gustado el juego ni he sido iglesiera. Así es que he tenido que matar el tiempo leyendo algo.

Diserta el señor sobre otras cosas y llega al tema favorito de todos: El yo. Ya sabemos que es yoísta como él solo.

—Yo he tenido tantos desengaños en este pueblo. He levantado el culto, les he traído el progreso, y los he sacado de la noche de la ignorancia. Ya ve el pago que me han dado.

—Cómo nó, don Ceferino? Así lo he visto; pero en eso del culto también tiene mucha parte el Santísimo Sacramento: Usted encontró el pueblo algo indevoto, por la hechura tan larga de la iglesia. Eso pasa siempre donde no está colocado Nuestro Amo. Desde que lo colocaron la gente acude a la iglesia a toda hora. Todas las cosas de que se queja son muy naturales y muy provechosas. El desagradecimiento es el mejor pago. Y todos somos ingratos.

—Eso es cierto, doña Elisa. Y mis enemigos son tan pigmeos: Ni una línea me pueden quitar

del pedestal donde mis contemporáneos me han colocado. Lo que hay es que uno tiene sus debilidades y hasta llega a desconfiar de los amigos, por las cosas que oye por ahí.

—De esas cosas no hay que hacer caso, y menos usted. Eso sí que no debe creerse.

—Yo no creo, doña Elisa. Si lo creyera, hasta desconfiaba de Miguelito y de usted.

—Le han contado cosas muy malas de nosotros?

—Pues no sé qué decirle, doña Elisa. Me han asegurado que usted y Miguelito fraguaron plan con don José Joaquín para quitar a Martiniano de mi dirección. Y que hicieron eso por no disgustar a don Teodoro. Usted sabe que él no quiere que estudie sinó en mi colegio. El desconfía mucho de las ideas religiosas del doctor Albano y sabe que el doctor Cuesta es masón.

—Pues si cree todas esas cosas, no tengo para qué quitarle esas creencias.

—Pues como ustedes no hicieron devolver a Martiniano, he dudado.

—Pues dude, don Ceferino: Algún día creará lo contrario, si es que quiere creer la verdad. A mí me toca decirle que todo eso son suposiciones. Martiniano se fue porque le dio miedo de usted. Me figuro que se aterró del arma que les sacó a los colegiales el día del castigo general. El no nos ha dicho una palabra ni aquí ni allá. No teníamos por qué hacerlo devolver. A papá, que lo crió, le pareció muy buena la huída y nos escribió que se quedaba con el muchacho.

—Pues sí, doña Elisa; pero pensé que no querrían darle ese disgusto a don Teodoro.

—Siempre hemos procurado complacerlo; pero en esta vez no quisimos contrariar a papá.

—Yo no pensaba cobrarle nada a Miguelito por la asistencia de Martiniano; pero a una hermana viuda le iban a quitar un terrenito que tenía pignorado; me pidió auxilio, y como yo estaba muy escaso, les pasé la cuenta, con mucha pena. Como Martiniano les había hecho tan buenos regalos a Resfa y a Leticia... Y qué le parece: Me aseguraron que a ustedes les había parecido muy cara la cuenta que les pasé, y que por eso me estaban haciendo la guerra.

Mamá lo mira con unos ojos muy raros.

—Válgame Dios, don Ceferino! Siempre le han hecho mucho daño las persecuciones. Eso sería algún ilusión que le contó todas esas majaderías. Ni Miguel ni yo hemos tratado este punto con nadie. Ni con la misma Amelia.

—Cuánto me alegro, doña Elisa, que sea así. He querido aclarar con usted este punto, porque abrigo una idea muy estupenda. Usted sabe que yo tengo mucho prestigio con el Gobierno y quiero levantar la instrucción en el pueblo. Yo me carteo con Abraham, y me ha prometido seguir sobre bases muy sólidas El Colegio de la Inmaculada. Yo le indiqué en la última carta que Amelita es la llamada para regentar este plantel. Usted y ella pueden trasladarse al pueblo y usted podía darnos las clases de Religión, de Urbanidad y de Buen Tono. Cómo le parece mi idea?

—Debe ser una idea magnífica, cuando se le ha ocurrido. Hable con Amelia. Por lo que me toca a mí, siempre me parece algo perjudicial para las discípulas. No les inculcaría muy malas ideas? Usted no debe largarle la clase de Religión a ninguno. Para la Urbanidad, ahí están los libros de Carreño. En cuanto al Buen Tono, ni sé qué es eso.

—De manera que debo desistir de mis proyectos, doña Elisa?

—Sería lo mejor, don Ceferino. Pero castillos en el aire podemos hacer todos a toda hora.

—Es que hay inconvenientes insuperables?

—Hable con Miguel.

El grande hombre calla. Se acerca al globo celeste, lo hace girar como si estudiase y pregunta:

—Amelita le compró estos globos al doctor Albano?

—No, don Ceferino. Desde que usted y Antúnez los trajeron al pueblo para muestra, ella le escribió que así que los desocuparan se los prestaran por unos días. Y él le contestó que los dejara aquí por el tiempo que quisiera.

—Usted tiene que convenir, doña Elisa, que Antúnez y yo hicimos dos obras maestras. Son el doble de grandes de estos; el trazo y las pinturas nos quedaron con muy buenas proporciones. Si aquí contáramos con los elementos que tienen en Europa, nos habrían quedado mejores que estos.

—Se los he admirado mucho, don Ceferino.

Para ser hechos aquí tienen que llamar mucho la atención. Y los estudiantes pueden aprender mejor en esas bolas tan grandes.

Ursula le trae dulce al señor; y comido, encendido el cigarro, vuelve al tema:

—Medite bien en el asunto, doña Elisa. Yo sé que Miguelito y Amelita hacen lo que usted les indique.

—Ah! Pues si yo los mando y los dirijo, no tengo para qué meditar el punto. Desde ahora le digo que no piense en esto.

—Así, en redondo?

—En redondo o en cuadrado.

El señor reflexiona, inspirándose en el humo, y luego dice:

—Pues bueno, doña Elisa; también tengo otra idea: Cuento que siempre me mandará al Colegio de San Antonio a Teodoro y a este jovencito.

—Yo le agradezco mucho el interés, don Ceferino. Pero a Teodoro no lo va manejando cualquiera. Si Martiniano se le huyó a los trece meses. Teodoro no aguanta una semana. Este Negrito no está todavía para enseñanza superior, y Amelia le puede enseñar aquí mejor que en una escuela primaria.

Don Ceferino, humea que más humea, se acerca al estante de los libros y mamá dice:

—Ahí no hay sinó tomos sueltos, pero no hay ninguna obra donde «corra el mortal veneno envuelto en una gruesa capa de miel». No es

así como dice el discurso que le compuso a Martiniano?

—Usted tiene mucha memoria y mucha retentiva, doña Elisa. Yo, de acuerdo con el clero, he procurado en cuanto quepa en mis atribuciones, combatir tantas ideas heréticas y disolventes que propagan tantos: Ya ve que en Rionegro y en El Guarzo están predicando el Espiritismo. Ya habrá oído decir que evocan los espíritus y que hacen leer los cuatro Evangelios escritos por Allan Kardec.

—Sí, don Ceferino; ya les oí esto en San Juan: Probablemente sí son los espíritus malos los que vienen. Pero oiga una cosa: Tal vez no será esta herejía tan de lo peor: Por lo menos probará que las almas no mueren con los cuerpos, como creen los materialistas.

—Eso sí, doña Elisa; del mal el menos. Lo peor de todo es que se ha propagado mucho ese libro del malvado Renán contra Nuestro Señor Jesucristo. Usted tal vez no tendrá idea de esto.

—Sí, don Ceferino; sí tengo idea. El doctor Albano me leyó pedazos de la refutación que hace don José Joaquín Ortiz. Según cuentas, sostiene Renán que Nuestro Señor Jesucristo no es Dios. No me parece tanta novedad; es el mismo cuento de los judíos y de otros muchos herejes.

—Pues, sí, doña Elisa; pero ya ve que los católicos debemos evitar que se propaguen esas ideas.

—Ya lo veo. Es un deber muy claro; pero no vayan a convertir a todos los herejes y a todos los liberales; porque el día que le hagan la

TOMAS CARRASQUILLA

guerra al Gobierno General, no tienen quién les pague el baile ni a quién sacarle los compartos.

—Ah, doña Elisa! Todo lo vuelve charla!..

—Es mejor así, don Ceferino; y vea: Si quiere quedarse a comer los frisoles conmigo y con el par de muchachos, tengo mucho gusto en convidarlo, y mando que le improvisen hartos cuidados.

El señor se excusa con palabras aladas y se despide. Mamá no sigue la lectura; se pone a coser con caras muy risueñas.

—Usted como que no ha escrito nada, mi Negrito, por atender a la conversación. Muy bueno. Eso también es una clase. Y dígame su verdad: Usted oyó el otro día lo que me contó la comadre Abigail?

—Sí, mamá...

Se me saltan las lágrimas, en el colmo de la angustia.

—No se confunda por eso, mi Negrito: Si se puso a escuchar por malicia, no hizo bien: Eso es feo. La vergüenza la debe sentir antes de hacer una cosa que le parezca mala. Después para qué? Tiene que aplicarse mucho a la escritura y a los números, porque Miguel lo va a poner de almacenista apenas sepa hacer los apuntes. A usted, que le gusta tanto trabajar y es tan ordenado, le sienta muy bien ganar este jornalito desde ahora, sin tener que dejar el estudio. Le pagan dos reales; pero como no necesita que le den ración en comida, se la pagan en plata: Así gana tres reales. No le parece muy bueno?

—Tángo, mamá!..

—No estudie más; asómese a ver el pago, para que también vaya aprendiendo, o a donde Cantalicia, para que vea cómo va en el entable.

Salgo, fuera de mí, con aquella perspectiva.

Cuánta sería la plata de mi hucha, que me guardaba Melita? Ahí tenía los seis reales que me había dado Nicanor en Aguaslimpias y las pesetas regaladas por doña Dolores, Lola, Marto, don Eusebio y todos los señores que habían venido a la mina.

Corro a Cantalicia y nada le digo porque está muy ocupada.

El cuartel de los arrieros es una cosa; otra la cocina. Aquello es con horno, y trabaja harina del Norte, sin contar no sé cuantos millares de cacao para la peonada, tabacos para la tienda... qué sé yo. Aunque ha feriado en Aguaslimpias el cobre y cuanto tenía, aún debe. Ya verían quién era la india Cantalicia Zavala!

V

Don Teodoro, papá y Leopoldo están felices: El apique ha cogido el filón, y el mineral de todas las huroneras va resultando muy rico.

La corte de Custodia ha sido reforzada con otras dignatarias; don Teodoro aumenta las andanzas por los pueblos circunvecinos para los encargos y contratas de víveres; Ignacita y don Isaías se hallan y se desean para el despacho de aquellas raciones, que cambian de número de un día a otro.

Todavía no se empleaban esas placas de cobre con alguna contraseña, usadas posteriormente. Son las tales «latas» que, por extensión, significan comida. Ignacita tiene en que emplear sus escrúpulos con este asunto, en que puede pecarse por carta de más o por carta de menos. Mas todos estos afanes se le disipan como una nube con la extraordinaria nueva: El Obispo anda en visita; el Obispo se aproxima. Al fin aquella ilusión es una realidad: Viene a La Blanca el lunes próximo. Don Teodoro le ordena, como precepto de santa obediencia, que se quede desde el do-

mingo en el pueblo, hasta que raspe. Ya se vería cómo la sustituyen en sus faenas. Y... en el pueblo se queda.

Visita de Obispo en estas montañas! Viene por San Juan. Todos los bagajes de la mina son reclutados. Theodorete y yo somos de los felices. Desde las nueve de ese lunes venturoso salimos enrolados en la cabalgata, y, a poco de entrar al Camino Real, nos unimos al tope del pueblo. Hasta en sus enjalmas vienen algunos montañeros.

Sobre el caballo de Melita me siento como El Patojo transformado en príncipe. Aquella caballería se me hace incontable: Se me figura algo así como el paso del Mar Rojo por las gentes de Faraón, tál y como me lo ha explicado mamá. Cómo sería la ringlera por esos quingos de la falda del Chamuscado! Y Theodorete exclama:

—Qué tal que el Obispo se haya caído por el precipicio! Qué tan bueno sería el convite para sacar el difunto! Más bueno que la sacada di'un principal!

—Callá la boca, Theodorete! No digás esas ociosidades tan malucas!

No hay tal ringlera por los quingos. El padre Alejandrino y don Ceferino ordenan hacer alto, orillas de la quebrada de Tafetanes. Desmontada general; pero ni modo de entretenernos demasiado, porque, a propia hora, el cura se persigna y principia el rosario. Theodorete se contenta con secreteos y micadas, pero papá está ahí cerca recomendándonos juicio y silencio, índice en labio. Cómo suena el vocerío del coro en aque-

lla oración caminera! Ni mil cucarrones rum-bando!

Iríamos en la tercera casa, cuando grita Camilón:

—Allá asoma el patetarro!

Ojeo a la falda. Por un quingo van surgiendo uno tras otro. Según mis cuentas son siete. El rosario sigue. Será con los labios, porque espíritus y corazones están en la falda. Antes que termine se va destacando el acompañamiento. Cuál sería el Obispo? Ni Theodorete ni yo adivinamos. Hacen apartar las bestias a lado y lado del camino y antes que la comitiva atravesase la quebrada, todo el mundo de rodillas. El que menos pensamos levanta la mano, raya la bendición, y don Ceferino prorrumpe:

«Ilustrísimo Señor...» Y sigue y sigue. La voz no retumba, pero las palabras y el manoteo me ponen arrozudo. Plantado el orador en una barranquita, se me hace muy alto. Pero, oh contrariedades de la vida! El Obispo me va ofuscando. Me lo figuraba un Camilón, con una cara como el San Juan Nepomuceno del padre Duque. Y lo veo tan chiquito en esa mulita algarroba... Por más que relumbre la cruz asomada por la abertura de la ruana y vea los visos morados de bocamangas y cuello, no me resulta bien episcopal esa figura. Bajo el ala enfundada de aquel sombrero veo una cara pálida, plancha, avejancada, y unas ojeras muy negras. Theodorete me secretea, con unas caras:

—Pisss!... Este está más feo que el Obispo Jiménez. Y vele esa mulita!... Si yo fuera Obis-

po no montaba sinó en un caballo entero bien chisparoso, como el rosillo de Ramón Lozano.

—Callá la boca, por Dios, Tiodorete!

—El maestro Ceferino es muy chinche. Pero oí qué tan bueno dice! Tenemos que aprender a echar discursos.

Al fin termina Cicerón, y San Pedro habla. Habla muy corto y muy lindo. El dómine, el cura y los magnates, papá y don Teodoro inclusos, rodean al prelado. Nosotros nos acercamos, ojo alerta. Beso va y beso viene sobre ese anillo, y mano va y mano viene con los curas y gentes del acompañamiento; hasta unos montañeros muy metidos y ño Cepeda ponen hocico en aquella piedra, que parece un tronco de goma.

—Nosotros no besamos, Tiodorete?

—Gas! Hasta bubas se nos pegan! Valiente guama p'al señor Obispo!

Hasta hereje sería este Teodorete!

—Ve: Allá baja el arriero con dos cargas. Hasta custodias traerá en esos baules tan grandes.

—Móntense, muchachitos, que nos muerde el perro.—manda Largo Valencia.

En un instante se inicia aquella marcha lenta, y asumimos aire de compostura y recogimiento, metidos entre el grupo de la gente principal.

—Estemos bien formales, Eloicete, para que el Obispo nos vea.

Avanzamos y, desde la Quebrada de García hasta el pueblo viene la gente menuda a pie. To-

dos se arrodillan; las campanas repican alborozadas, y su Ilustrísima va repartiendo bendiciones. Al llegar al pueblo, frente a la manga ensauzada de don Segismundo, se levanta el primer arco. Es de chusques, con forros de trapo blanco y en bombas. Parecen rosarios. Su Ilustrísima lo atraviesa primero. Y, seguido de aquella cauda de ecuestres y pedestres, avanza por Callelarga, toda colgada de trapos caseros, de banderolas y de santos. Otro arco en una esquina, y el tercero en la plaza, frente a la entrada de la casa cural. Don Ceferino levanta la mano, las campanas callan, y Evencio aparece, parado en un taburete, de flux negro, muy descolorido y tembloroso.

«Ilustrísimo señor», tartajea; se entotuma, repite; pero el hijo de la maga, el mejor orador del Colegio de San Antonio, con ese vozarrón de veinte años, logra sobreponerse y ensarta toda la obra de don Ceferino. Al discípulo sí le retumbaba. Nueva admiración de mi parte; nueva contesta, más corta esta vez.

—Allá está Teresa asomada. Le puso mucho cuidao al tal Evencio, pero es a mí que m'está coquetando.

—Y vos cómo sabés, Tiodorete, entre tanta gente?

—Ve! Fijáte!...

Se afirma en los estribos, se engalla y le hace morisquetas. Teresa le contesta con unas caras muy risueñas.

Entrado el Obispo dispérsase la caballería por esa plaza. Guardamos nuestras bestias en la

casa de la empresa y nos vamos al husmeo; mas nada vemos ni olisqueamos; en el portón y en las ventanas se arraciman adultos y muchachos, hombres y mujeres.

—Caminá, Eloicete, colémonos a la casa del maestro Matías, que es aquí en el callejón de la iglesia. Pedro o la máma nos muestran los santos que están haciendo.

Y allá derecho. Vemos tanta cosa, pero yo me le dedico a la Verónica. La tienen parada en una tarima, en paños menores. Lo que más me maravilla son aquellas pestañas tan largas y tan crespas y aquella tez tan brillante.

—Qué te parece, Eloicete: Les soban las caras a los santos con una vejiga mojada para que relumbren hartos. No cierto, Pedro?

—Sí, Tiodorito. Mi papá saca tantas cosas de la cabeza!... Dígale a doñ'Elisa qu'estamos haciendo unas Dolorositas preciosas, más medianas que el Nazarenito que l'hicimos; que se pegue por aquí una asomaíta.

Volvemos; mas no logrando nada, montamos para **correr** calle arriba y calle abajo, hasta que el **repique** nos llama a la plaza.

Muy ancho y muy corto se nos hace su Ilustrísima con las vestimentas sacerdotales. Arriados a las propias gradas del presbiterio podemos admirar la custodia nueva, en aquella Exposición tan solemne, de tanto cantorio y tantísimo melodium.

A la oración estamos en la mina.

No es para dicho el revuelo que se arma esa noche en La Mayoría: Su Ilustrísima, lloviera que

tronara, vendría a la mina, el jueves probablemente. Y que los preparativos y el solio, y que las confirmaciones y los arcos. Que Dios le diera tiempo a Ignacita para repicar y andar en la procesión. Por fortuna que doña Rosario está medio aliviada en esos días. De no ser así, la postrara la incomodidad que la ha agarrado por las ocurrencias de Alvaro y las Olivares: Con tres meses de Medellín no les había pasado por la cabeza hacer confirmar a Rosana.

Cantalicia explica cómo y por qué no he recibido, tampoco, las gracias del segundo sacramento.

Yo mismo he de elegir el padrino. Gran consulta con Cantalicia y Melita, en punto tan capital. La india quiere que sea don Julián; pero he aquí que doña Rosario ordena que nos vamos al pueblo al día siguiente; podría presentársele inconveniente a su Ilustrísima, y Rosanita y yo nos quedaríamos medio moros.

—No pongás a Miguelete de padrino.—apunta mi hermano—Dejalo para cuando nos casemos.

Y sale elegido don Teodoro.

Doña Rosario quiere ponernos en remojo para la comunión. Se necesita que estemos en gracia para recibir el segundo sacramento. En tal caso tendríamos de quedarnos en el pueblo de un día para otro y la confirmación sería al siguiente.

Cuando estamos en casita, un ilusión acomete a Theodorete y dice:

—Elisa: Por qué no me componés con Me-

lita un discurso para echarle al señor Obispo cuando llegue?

—Vea, mi Azogado: No le vaya a hacer competencia a Brújulo. El ya compuso su discurso y su Ilustrísima no aguanta dos.

—Me lo componen cortico.

—Es mejor que no piense en eso. Usted está muy grande para hacer el papel de Lisandrito, y muy mocoso para hacer el papel de orador. Un orador a pata limpia no resulta. Y usted, encaramado en taburete o en algún cajón, quién sabe qué micadas y cabriolas le hace a su Señoría. Conténtese por ahora con echar discursos para anunciar las maromas.

Teodorete se queda muy caritriste y mamá lo consuela:

—Cuando esté más grande echa discursos en los exámenes, y después los compone usted mismo y los echa en público.

—Así como don Federico Jaramillo, Elisa?

—Así, o más bonitos, si es capaz de componerlos y de echarlos mejor.

—Yo sí, Elisa.

—Pues allá veremos, mi Azogado. Eso está en usted.

De madrugada parte la caballería de Angelina y Melita, de Rosana y Raquel. Los dos potrancos tienen que irse en sus paticas. Y qué preparativos han hecho Largo Valencia y Teodorete! Nos ponemos en traje de carácter, entre arrieros y mineros: Afuera la chamarra; sobre ella el cinto con el cuchillo; colgadas las cháca-

ras; y a falta de capisayos muleros nos terciamos las ruanas en un hombro.

Ingeridos entre domésticas, peones adultos, aticerillos, areneros y granujas de la escuela trepamos hasta el Alto del Ganado, y en las casitas de Santa Ana nos unimos a Camilón y su caravana. Está plantado en sus botas herradas y conduce como espolique a doña Chinca y a doña Zoila Rosa; ésta en la Pájara, aquélla en la mula del Inspector. Para La Bella no ha alcanzado bageaje y va entre nosotros, muy gentil, con su sombrero de caña y su pañolón de trapillo. Las gentes se van agregando. Es el gremio de los pudientes, con sus críos en brazos, cargados, o de la mano. Allí los Pandos y los Cepedas, los Barcos y los Marines, los Fulanos y los Zutanos. Nosotros conservamos nuestro puesto bajo el ojo vigilante de Largo Valencia y la égida de la autoridad. Cantalicia y Ursula, Catana y Laurencia con otras mocosuelas, siguen con nosotros. Doña Chinca va muy tranquila; muy suspirona doña Zoila, mientras la autoridad echa de su lomo escama.

—No suspire tanto, mana Zoila. Largue ese flato. A mano Betancur ya lo tendrá mi Dios onde sea, y ese par de sinvergüenzas allá estarán en Remedios bien encabaos. Vea a doña Chinca cómo no piensa en don Vasco.

—A raticos pienso en él para rezarle un padrenuestro.

—Se me va a partir el corazón cuando pasemos por la casita onde viví con él!—gimotea doña Zoila.

—Zúncelo bien y verá que no se le páрте.

—Es que volver uno al pueblo, tan pobre y tan humillao, con camisón de zaraza, después de haber rompido buen merino y tanta seda en el fleco del pañuelón, siempre es muy triste.

—Oigale las cosas, doña Chinca!—risotea el inspector.

—Zoila se pone a pensar en esas carajadas, como si en el trapo estuviera la monta.

—Es qui'a uno lo desprecian tánto cuando lo ven tan estripao!..

—Pues entonces no es a uno sinó al trapo. —repone la médica—Y vea una cosa, niña: Lo mismo es lienzo viraguao que gro de Nápoles; todo se lo come la tierra. Tenga uno su conciencia bien tranquila, que lo demás no sirve pa la hora de la muerte.

—Oiga pues, mana Zoila, que doña Chinca sí sabe p'onde va tabla. La cuestión es que bote todas esas angustias tan bobas. Ya sabe que no la traigo hasta el sábado. A su hermana no tiene por qué hacerle la roncha: Ai lleva Maluqueras el costalao de raciones pa usté y La Bella. Lo qui'ha di'hacer es repispase y alegrar el ojo y verá cómo topa otro Betancur.

—Usté si qu'es burletero, Camilón! Anqu'es tan caritativo siempre v'a chupar mucho purgatorio.

—Cuando más mes y medio, doña Zoila. A La Bella sí le conseguimos su buen marchante en est'hecha. Es mucho el montañero jaque que v'a salir al Sitio! Los Obispos sacan los cimarro-

nes del monte. Hasta a ese muhán qui'anda remontao por el Río Abajo lo v'a sacar.

—Nosotras las muchachas pobres no salimos con nada, Camilón. Ya lu'ha visto.

—Y qui'ha sabido de Tiberio?—le pregunta Largo Valencia.

—No me miente esa porquería! Así me pesen mis culpas como habele correspondido a ese falsario!

—No le pese, Polita.—interviene Camilón—Siempre se quisieron unos días y eso es lo principal. Y cuando una puerta de cuero se cierra...

La servidumbre va divertida y la intrusa de Ursula no se contiene:

—Tanté ese! Bien hace en desprecialo, Polita.

—Y bueno, Camilón:—interroga doña Chinca—Ese cuento del muhán no serán invenciones d'esos negritos del Río Abajo?

—Pues ni sé, doña Chinca: Los Henaos me lu'han asegurao; ellos no son muy cañeros, pero viven pensando en espantos y en brujerías. Hasta cierto será. Por aquí habemos muchos muhanes, unos más remontaos qui'otros.

Cuando llegamos a Santa Ana ya está mana Salvadora en la puerta, a punto de montar, con su capa de paño muy enflecada y su sombrero de colas volantes. Entre el yerno y Camilón la ponen en el galápago ingente, sobre aquel caballejo negro que sabe de pesos.

Teodorete se tapa la boca para atajar la carcajada.

Mana Salvadora tiene como nueve ahijadas y va muy oronda echando pico.

—Apuesto que a la negra Loaiza no le han dado ninguna ahijada—se deja decir la intrusa.

—Esa se fue desde el domingo a ver la máma.—dice el inspector carcajeándose—Sería para que la dijunta Marinacita no la hiciera escomulgar del Obispo.

—Ah! Pes si no se ponía saya delante d'él, siempre tendrá qu'escomulgala. Valiente negra! Ni'an confirmada'stará.

—La caravana va creciendo a medida que descendemos. Relumbran al sol montes y rastros; las chilcaguas y otros pájaros se alegran con la venida del señor Obispo, y de la tierra se escapa un vaho religioso.

Rogelia cose en el corredor de su casa, muy buena moza y muy satisfecha.

—No sale hoy al Sitio?—le pregunta mana Salvadora.

—Pues no, señora. Mi taita como que no quiere que salga.

—Pendejadas de Venancio!—gruñe la insigne matrona—Frutoso contaba con qui'usté siempre salería al Sitio para la confirma de las dos ahijadas.

—Mi máma se fue en amaneciendo, pa cargar las dos que mi'habían dao a yo y otra que le dieron a ella.

Mucho rebullicio y entrevero en el Llano de García, con la cogienda de guayabas, sacada de

cuchillos, encuentro con recua de víveres y llegada de Brújulo y la Joven Campestre. Cada uno carga su crío.

—Si que viene galana y buena moza, Eleuteria!—le chilla el zalamero de Teodoro.

—Tanté buena moza! Ni an las qu'echan tab'y dulce!

—Y por qué no vino ayer al tope, maestro Cataño?

—No pude, joven Teodoro. Desde que se supo la noticia de la venida de su Ilustrísima conviene con el maestro Ceferino que él me largaría el discurso de la mina, en caso de que el señor Obispo viniera, como el señor Jiménez. Por sí o por nó, he estado trabajando en esa obra. Desde ayer tarde se la eché a mi sá Elisa, en muchísima reserva, y le pareció estupenda. Me dijo que se la enseñara al maestro Ceferino; pero he pensado lo contrario: En el colegio de San Antonio hay muchos envidiosos, y si me ven en concilios con el maestro determinan qu'él me compuso el discurso.

—Cómo le quedaría de bonito, maestro Cataño!

—Pues yo quedé muy contento, y más con el voto de su mamá.

—No roncé, Tiodorito, que no alcanzamos la misa del señor Obispo.—manda Largo Valencia.

Y nos arrea y dejamos atrás al matrimonio pedagógico.

Las siete suenan cuando llegamos a la venta

TOMAS CARRASQUILLA

de las Calderones. Demora a orillas de una quebrada y frente al río. Es el punto donde se juntan los arrieros y los perdularios del pueblo. Está en ajeteo y movimiento: Unos se lavan los pies en el arroyo; otros se alambican, espejillo en mano; cuáles horman los sombreros, cuáles sacuden las galas dominicales.

—A ver, mana Eulalia!—le grita Camilón a la vieja ventera—Sírvase unos champurriaos cuartilleros pa estas señoras.

—No, por Dios, Camilón!—exclama doña Zoila—No mi'haga beber trago que m'empioro!

—Se lo tiene que tomar, quiera que nó! Eso li'aprovecha al cuerpo y acaba de botar el flato. Nu'es cierto, doña Chinca?

—Muy cierto. Pero en vez de champurriao o de vino es mejor un traguito di'anís, pa calentar el estómago.

La ventera escancia en las copillas verdes hasta el puntico de cera que señala la medida.

—A Largo Valencia y a mí nos sirve unos chimberos, y a estos potranquitos también, pa que vayan aprendiendo.

Me aterro; quiero protestar, pero Teodorete me copa.

—Sí, Camilón! Que nos echen uno pa los dos. Qué decís, Largo Valencia?

—Sí, Tiodorito: Eso les asienta las guayas que se jartaron.

—Bebé vos primero, Eloicete, pa que me dejés harto.

Un ilusión repentino me posee; siento la delicia de lo prohibido, y pruebo y pruebo.

—Mucho que me dejates!..

Y agota la copa, a las carcajadas de Camilón y a los aspavientos de doña Zoila.

—Muy bien, potranquito.—felicitita el inspector—Ya bogarán mejor que yo cuando'stén güeliendo cagajón.

Hombreamos mucho, con gestos y alardes, de aquella picazón inicial.

—Yo nu'he visto un hombre más malo qu'este tentao!—asegura doña Chinca.

—Es pa que mi Dios me deje péndulo entre el cielo y el infierno.

Y la ventera pregunta:

—No baja hoy Procesa a la confirma de los dos muchachitos?

—Ni sé, mana Eulalia.—contesta el hombre—Desdi'ayer está con el güevo atravesao. Lo mismo será confirmalos en la mina qu'en el pueblo.

—Muy de mañana pasaron sus tres cuñadas con dos de Felipona. Venían con mucho afán, pa saludar a Anuncia, que llegó ayer de La Villa. Las mías fueron anoche a hacele el salvajón y vinieron pasmadas de lo linda qu'está y de la ropa que trujo. Bien dicen qu'el que sale le d'el viento.

—Ei viento y el ventarrón y todo lo que quiera, mana Eulalia.—repone el truhán, a carcajada tendida—Si usted hubiera mandao las suyas a tiempo pa La Villa, ni se sabe cómo'starían

de ventiadadas. Pero ya no encuentran maromero que jale con ellas. Cómo irá a ser l'envidia de mi suegra! Pueda ser que la dijunta Marinacita alcance a ver a esa mona, pa que s'escandalice hartito. Lo qu'es doña Simona deb'estar dichosa con l'ahijada.

Las dos señoras hacen unas caras! La Bella está entre si río o me asusto, y la venerable Salvadora dice:

—Dendi'anoche supimos los de Sant'Ana, por unos que ganaron del tope, la venida di'Anuncia. Izque trujo piñón d'estribo y carga de baules. Es que la que nació con suerte, dende chiquita le sale. Y'eso que de mediana era más bien fea. Ella no vino a ponese boniteja sinó cuando la güida con el maromero. Ese izque la botó a los tres meses. Y de la Copacabana se ganó pa La Villa.

—Es qui'a las yegüitas finas hay que sacalas a la feria, onde den con buenos chalanes.—dice Largo Valencia—A esa Anuncia me la he topao dos veces en Medellín y casi no la saco: Más engandujada y más bien puesta que las ricas.

—Me contaron las mías—dice la ventera—que vino con much'educación y hablando más bonito qu'estas del Sitio qui'aprendieron en el Colegio de l'Inmaculada. Lo qu'es tratar con gente!

—Bueno, Eulalita.—ruega Cantalicia—Recíbanos las ventas, qu'estamos de mucho afán. Tenemos que gananos pa la mina antes del medio día.

Al entrar al pueblo me secretea Theodorete:

—A esa Anuncia la mientan mucho en la

mina. Es sobrina de María Cifuentes y se fue con Fabián Hernández. Es'era el maromero qu'iba mucho a San Juan y venía a La Blanca con la compañía de Nicanor Gómez. A ese fue que li'aprendimos Tano y yo las pruebas en la cuerda. Tenemos qu'irla a conocer.

—No, Tiodorete: Yo me tengo que ir a confesar.

—Ah! Pues ti'acusás! Y ve: Cuando entremos a la casa de la empresa nos hacemos bien borrachos pa que si'asuste hartito Alfandoque y nos pegue Rosana.

—Ave María! Vos si'stás tentao!..

Teodorete les echa el vaho, les hace muecas a nuestra llegada, pero no nos hacen caso. Son ellas las que están embriagadas con los racimos de tirabuzones y las profanas galanuras. El les grita:

—Qué irán a decir los curas, hoy qui'hay tantos! Qué irá a decir el Ilustrísimo Señor!

—Esti'Azogao tan bobo!—grita la prima.

Ignacita no está. Nos vestimos a la carrera el relevo de renovación. Cuando los seis salimos para la iglesia viene la gente mirando hacia atrás con mucha curiosidad. Por la calle avanza un grupo de mujeres y chiquillería. Reconocemos a las Cifuentes y a las de Felipona. Delante de ellas se va destacando una señora de sombrilla negra. Nos plantamos en el corredor. Qué «buenos días» aquéllos más corteses! Qué zumbiar el de ese vestido! No bien contestamos murmura Angelina poniéndose colorada:

—Valgamé! Eso con guantes, saya de gro y cachirula, siempre está muy tremendo!

—Y muy religioso.—repone Melita muy sonreída—No le viste el libro de concha? Lo que son ustedes, las pepas bonitas y a la moda, se quedaron pordebajadas. Tienen que hacer el papel de las Cifuentes. Ustedes verán cuál le lleva el tapete. Fijáte cómo van de boquiabiertas y humilladas.

—Sí; es tan delicada que no aguanta ni el sol de la mañana.—dice Angelina.

—Qué señora tan linda!—exclama Rosana.—Quién es, Melita?

—Es una señora forastera que no sabemos quién es.

—Mirá Alfandoque: Así mismo se visten las Olivares para visitar los monumentos. Ya ves cómo son las señoras de Medellín. Sí que será rico el marido; no, Melita?

—Sí, Rosana. Debe ser sumamente rico.

—Piss!—gesticula Teodorete, sin poderse contener—Los maridos di'algunas! No sabremos nosotros qu'es'es Anuncia!

Y seguimos camino de la iglesia: Angelina más roja que un pisco y Melita tentada de la risa. En la plaza no tenemos más ojos que para divisar la silueta bajo esa sombrilla que relumbra al sol.

—Eso es gro de Nápoles, Melita?

—Pues no sé, Tiodorete; será...

—Dejen esa novelería tan boba!—regaña

Angelina—No muestren que son unos montañeros.

—No me regañe, Angelina; fue que doña Chinca mentó gro de Nápoles y yo quiero conocer.

Yo estoy tamañito y a punto de estallar como Melita. Qué confesión tan trabajosa!

Qué visiones las de aquel día!

Ni sabemos dónde tienden los tapetes las damitas de casa, por subirnos a codazo limpio hasta el presbiterio, a verlo todo de cerca. Al que viera pintado en el oratorio de doña Dolores, atajando tapia, lo veo ahora en carne y hueso, bajo el solio carmesí. Hasta será también abogado de los temblores. Mitra, báculo y ornamentos le fulguran a la luz que baja de la cúpula y a las llamas de tanta vela. Un susto me acomete. Hasta sacrosanto será este susto! Sólo un instante dura la visión: Sacerdotes y monagos le cambian todos los arreos, y aparece frente al altar con el casquete grana y principia la misa. No sé si rezo o si sueño que rezo.

Cuando bajamos me dice Teodorete:

—Vela junto aquel actinal! Qué tan devota! Qué tan linda la cara, ahora que no se la tapa la sombrilla.

Una chicuela levanta la alfombra y Anuncia sale. Tras ella, nosotros y otros muchachos y mucho mozo de bigote. Le vemos bajar las gradas del atrio y hombres y mujeres están en atisba.

Cuando estamos almorzando dice don Teodoro:

—No han visto a la sobrina de María Cifuentes? Por ahí anda dando el golpe.

—Sí, padre.—responde Angelina con nuevo bochorno—Ya tuvimos esa dicha.

El viejorro se carcajea y exclama:

—Este mundo es un fandango y hay que ver todas las bailarinas que salen al puesto.

Ignacita llega con doña Chinca. Ambas apuran el tema episcopal: Que las virtudes, que la sabiduría, que la unción del Prelado, con paralelo entre éste y el anterior.

—Ceferino opina—dice Ignacita—que es más ilustrado que el señor Jiménez. Esto, en boca de un marinillo, es mucho decir. Cuál será más, padre?

—Pues, hija; tendríamos que tener una balanza de precisión para pesar la sabiduría de los dos y esto nos queda muy trabajoso. Vos que sos tan entendida en sermones podés comparar, a ver cuál es más pico di'oro.

—Pobre de mí, padrecito! En el trato son tan diferentes! Este es de tanto respeto y tan serio, mientras que el señor Jiménez es tan familiar y tiene unas chanzas tan sabrosas: Vean que esos cuentos de marinillos, que nos contó esa noche en la mina, son la cosa más divertida. Ceferino se reventaba al oírlo. El cree que su Señoría los arregla, porque él, que sabe tantos, no los había oído. Vos si te acordás de algunos, Amelia?

—Sí, Marinacita; no ve que yo también soy marinilla? A Eloy, que también desciende de gente natillera, se los tengo que contar un día de es-

tos, para que sepa bien las tradiciones de su familia. Usted sabrá muchos, doña Chinca...

—Ahora años sí sabía; pero me parece que ya se me olvidaron. En esas historias de don Quijote hay unos cuentos muy parecidos, sobre todo ese de los alcaldes que rebuznaban.

—Válgame Dios!—exclama Ignacita—Todo está muy bueno, pero yo tengo que pegar patas para la mina apenas comulguen este par de catecúmenos.

—Raspá, hija, todo lo que dé la gana, que Obispo no viene todos los días. Allá está todo previsto y preparado. Elisa hasta mandó a San Juan por cosas.

—Sí, señora.—dice Melita—Usté sabe cómo se mueve Elisa cuando se ocurre. Yo le respondo por el solio. Casualmente que la armazón que se hizo para el señor Jiménez está guardada en el zarzo. Miguelito, Eladio y yo la vestimos mientras que una vieja ñata se persigna. Lo que ha de hacer es que se vaya con el Obispo desde aquí para que pase por los arcos.

—Ah, vos, para ser mala!—le dice la devota palmeándola en un hombro—Tengo que irme, precisamente mañana, antes de las confirmaciones, para que Isaías, Minos y Beneda se peguen una asomadita y les toque siquiera el sermón de la tarde.

—Bueno, hija; esas son cosas tuyas.

Cierto será que su Ilustrísima saca los cimarrones del monte. El pueblo hormiguea. Madres sentadas en puertas y portales y en las po-

cas aceras, acallan a sus niños; otras, con sus maridos, trasiegan del ventorro a la posada con los críos cargados o de la mano. En las gradas del atrio se acomodan las unas y se arrellanan las otras.

Luce la mercancía nueva no sólo en los párvulos sino en los adultos; que toda esta gente montuna hace quebrantos desde que se trate de cosa santa. Pues y los curas? Aún estamos en los tiempos de la indumentaria sagrada a la española, y hasta el padrecito Alejandrino ostenta su teja enorme y su manteo revolante.

El repique anuncia la salida del Prelado, y... todos de rodillas por plaza y aledaños. Principia la confirmación y la iglesia se colma. Abierta está la calle por el centro; padrinos a un lado, madrinas al otro. Sacristanes y acólitos los van colocando. Llena la chillería el ámbito del templo. Dijérase que la humanidad párvula protesta de la gracia sacramental. Desciende ella desde el presbiterio. El prelado unge, pronuncia e impone. Un sacerdote lleva la ampolleta, otro recoge las cédulas, aquel sostiene el báculo y va en crescendo la chillería. No son todos párvulos: Hay zagalotes más grandes que yo; hay gentes casaderas. Vanse renovando las filas para la siguiente tanda.

De repente... Qué cosa aquélla! Aquí sí tienen qué decir los curas y tiene qué decir el Obispo: Surge Anuncia con tres ahijadas. No es ya silueta negra ni gro de Nápoles: Eso debe ser el Tirreno tornasolado en azul y en rosa y el surgir de Venus Citerea. Desde aquel peinado, que debe ser grecolatino, le cae la blonda negra co-

gida con estrellas de bruñido acero. Si le encubre un tanto el busto deja ver la cintura de avispa y la cadera escultural. Refulge el acero en la garganta y en las muñecas sobre el nevado guante. Y en aquella falda mirífica, de rizado oleaje, cabrillan flecos, cuentas, abalorios... qué sé yo, mientras asoman las punticas de esos pies forrados en raso nacarino.

Teodorete me hala del chaquetón y me señala con los ojos a Ignacita, que está por ahí cerca, no sé con cuantas ahijadas.

Nos salimos porque nos acomete la risa. Por ahí trasegamos con Tano y los conocidos. Media mina está en el pueblo y Teodorete, divisando al negro Benito, corre a darle el salvajón. Yo me quedo con los otros, entre zonzo y avisnado.

Todos regresan a la mina después del sermón, y yo confieso mis culpas al padre Alejandrino. Rosana está en cas de doña Resfa; Ignacita anda en mil vueltas. Me quedo en la casa con los cuidanderos, en muchísimo recogimiento. Amanso esa noche el tarimón de la sala, en un dormir perturbado, y madrugo a recibir a Nuestro Amo, con todas las oraciones y ofrecimientos que Ignacita nos reza. Oimos misa, y, cuando nos estamos desayunando, llegan los papás, don Teodoro, Repollito y sus negras, Raquel y Tilita.

—Cómo vino de linda con los zapatos!—le digo a la chiquita al bajarla de la cabeza de la silla donde la trae Miguelete.

—Loicete necio!

—Se va a ponel el vestido losao?

—El cololaíto nuevo y el sombelo.

—Qué irán a decir los curas!

—Quedó muy santo el Negrito?

—Algo, mamá...

—Pues ya sabe que después de confirmado tiene que seguir más formal que antes. Es bueno que se vaya temprano para que les ayude a cortar los chusques y las palmas para los arcos. Por eso no vino hoy Teodoro. Esperamos a Lola y a Martiniano de aquí a la tarde.

—Sí, mamá. Apenas me confirmen me subo. Eladio me lleva al anca. Pueda ser que me encuentre con Lola y Marto.

Probablemente estoy agotado con tantas emociones, porque no siento susto bueno ni malo al recibir la confirmación. Soy un pelele arrodillado. Don Teodoro despacha sus ahijados y a cada uno nos da peseta. Es él quien me lleva a las ancas de su macho sapientísimo.

Cuando llegamos a Santa Ana divisamos a Lola y a Marto, que salen desmontados del Molino Nuevo. Más se entusiasma el viejo con el abrazo a la Mulata que al Príncés.

—Ahora sí nos vamos a embromar con la poetisa! Me parece que esto va a ser en verso.

—En verso; todito en verso!—repone Lola —Esto va a ser un poema más largo que El Gonzalo de Oyón. Allá le eché un pedazo a su Ilustrísima, y el resto me lo guardé para echárselo aquí.

Entre tanto Marto y yo estamos en el colmo del empalagoso: El Guariconguito, tan cenizo, tan pendejete y oliendo a Santo Oleo.

Después que montamos se nos une Gabriel Carmona, con la carga de hatillos.

—Por lo que veo—dice mi padrino—me parece que María Dolores le mandó a Elisa medio almacén.

—Medio almacén? La Sábana Santa y el Cuerpo envuelto!

—Con tal que nos haya mandado unas buenas limetas para que nos toquen las colas.

—Allá verá, don Teodoro, lo religiosa que me he vuelto: Le ayudé a mamá a hacer los postres para el Obispo y ahora vengo a ayudarles a ustedes.

—Y cuándo principio a hacer los versos para el brindis del casorio?

—Vaya echándole espuela a la musa desde ahora. Ese conservero va a recibir los grados en noviembre y ya está ganando mucha plata, para que lo sepa.

Bobeo va, bobeo viene, llegamos a la casa; pero Marto, pasado el mimo y las efusiones con don Julián, Melita, tío Tom y Sebastiana, no se halla, y nos vamos en seguida, por donde se han ido los chusqueros, en busca de Theodorete, y, antes de llegar al Molino Nuevo oímos por detrás de las cocinas la gritería, que no ahogan las voces del agua y los pisonés.

Esto es como un monte que anduviese: Guaduas, chusques, palmas, costalados de naranjuelas, cardos... De todo trae aquel convite de grandes y pequeños, encabezado por los Cepedas.

Teodorete, como un cardo de espigón colora-

do, tan alto como El Príncés, viene bañado en sudor, todo mugre, tierra y capote. Pero el hermano, quitándole la carga, quiere destriparlo en aquel vértigo supremo de empalagoso.

Como eso es con alféreces, y tres los arcos, juntamos en el patio de la entrada el lote de la casa. Y no bien comemos, nos damos a ensartar naranjuelas. El Príncés, Eladio y Melita inventan. Cuando los papás y acompañamiento descienden del Alto del Ganado no les salimos al encuentro; nos rezagamos en el callejón; y, cuando llegan a la puerta de golpe, les salimos con todo y Lola, palma en mano, en una ovación que cada cual grita a su manera. Hasta doña Rosario e Ignacita se ríen de aquellas locuras en que el Cuenca se rebota. Y El Príncés, apenas desmontan a Elisa, la enlaza, entre el besuqueo, con una gargantilla de naranjuelas; les alborota los cachumbos a Raquel y a Rosana; le echa mano a Repollo y alza con ella al colgandejeo con Miguelete.

—Este zoquetón no tiene enmienda!—exclama mamá.—Mientras más grande más bobo. Me atengo a los potrancos.

—Ai está hablando de mí ese Rollete!..

Entramos en racimo y Lola nos saca la caja para que no le chafemos el traje de rizos, mientras Ignacita alaba a Dios por ese tiempo tan lindo en que ha traído al señor Obispo.

Más lindo amanece en el día supremo. Desde las nueve está levantado el arco. Qué obra! Hanse desmontado puerta de golpe y parte del cercado; hase puesto el par de guadas; y, desde el centro de aquel medio círculo de cuatro

juncos, cuelgan y ondulan, por entre sus follajes engolados, las rojas gargantillas de naranjuelas. Se erigen a los lados cardos gemelos con sus flores arquitectónicas, y las ramas y espigas de esa flora montuna, que desafía el resistero, lucen y matizan en los puntos que el ojo artístico de Melita les ha designado.

No se quedan atrás Camilón, Tila y don Clemente, alféreces en el arco del mampuesto. Ya veremos cómo salen los Cepedas y mana Salvadora con el arco mayor de Santa Ana. Según Camilón irá a quedar estupendo desde que la «dijunta» Simona no meta la mano y cuelgue el retrato de Ramoncito.

Según Ignacita y Angelina todo está muy bueno, muy blanqueado; el jardín, una bendición. Con tal que ese matadero no mandase hasta la entrada sus fragancias... Permitiera Dios que las recuas de víveres no le echaran maleficio a aquel patio. Pobre Minos! Allí tendrá de estarse con su escoba de chuzos para enmendar las indecencias de esas bestias sacrílegas.

Los de casita somos de los cimarrones que saca el Obispo: Desde la víspera le hemos desocupado y ya le hacen los últimos perfiles, con los cobijos sin estrenar, con los damascos, linos y bordados traídos por Lola. Ya el solio y la silla campean en su puesto del Pago, cercanos al oratorio. Admirada está la Mulata con la industria doméstica y la extranjera de apariencias. Ni las sedas persianas brillaran más que ese damasco de algodón que ostentan silla y dosel.

Desde las doce se van los señores hasta La Blanca, a traer a su Ilustrísima; y nosotros a

cas de Indalecia, para darle el pésame por la muerte del pisquetas y de otros tíos de las gallinas. Puestos los trapos domingueros, ensillamos.

Como los patrones no quieren enjalmas, resulta el tope ecuestre algo escaso pero muy decente. Y como las fiestas religiosas son regocijadas, todos bajamos cantando, gritando y rocheleando. En el Llano de García el encuentro, la arrodillada y la bendición quitaveniales.

—No ves? Aquí podía haber echao mi discurso.

—Después echamos, Tiodorete...

Imponente atraviesa su Señoría el arco de mana Salvadora: No es campestre del todo como Eleuteria: Han combinado el trapo con las ramas; le cuelga de sutiles cabuyas nevada teoría de Espíritus Santos: Unas palomitas de cera y papel, muy abiertas de cola y de alas, que se mecen al viento de la tarde, muy simbólicas y embelecantes. Lo que me parece más significativo son las andróminas de Brújulo: «Dadnos vuestra bendición» reza una bandera, en letrones de molde; y del arco hasta el alto están arrodillados los escolares, los arrapiezos y todo el viejerío pedigüño.

Se iba a quedar don Ceferino en el pueblo? Viene como director y maestro de ceremonias de toda la comitiva.

Cuando su Ilustrísima atraviesa nuestro arco, están los de la casa de rodillas y Brújulo plantado en el barranco junto al bebedero de las bestias. Rayada la bendición e incorporados todos, suelta el dómine el raudal de su elocuencia, trans-

figurándose en su fealdad, con aquel relevo negro, aquel manoteo sublime y aquellos temblores. Dijérase un chamizo medio carbonizado, poseído por el genio inocente del rastrojo. Beneda lo mira estupefacta. Acaso se figure que, a llevar ruana y sombrero, fuera otro Petos. Lola, con el pañuelo a la boca, ríe y ríe con aquellos ojos que saben de romper corazones, mientras don Ceferino asume un aire de misterio.

Se me hacen deliciosas estas solemnidades, vistas y oídas desde el caballo de Melita. Tanto recorta su Ilustrísima, que ni tiempo tengo de escucharlo. No bien lo entran, nos llama mamá.

—Cuidadito, mi Azogado, con los papeles y las sombras chinescas! Esténse bien formales por aquí lejos.

Tal mandato no empece al fisgoneo por otros lados. Casualmente que Marto nos escuda. Y venga el examen de los vinos, de los encurtidos y el olisqueo a los comestibles y a los postres de Lola, con tanta pasa y tanto floreo de huevo hilado y de confites.

En aquel destierro de nuestra casita no tenemos más remedio que asilarnos, para disfrutar de Marto, en los corredores del Gabinete Azul, con la prima, las dos hermanitas y Tom.

No son para dichos los comentarios de las chicuelas ni los retozos con El Príncipe. Y el otro me llama aparte y me secretea:

—Allá verés a Rosana: Se v'a poner a coquetiar con Marto, porqu'es grande como Ricardo Olivares.

Poco nos dura la diversión, porque nos va-

TOMAS CARRASQUILLA

mos con Melita y Brújulo a escribir las cédulas de los confirmandos. Marto tiene tres ahijados: Entre ellos el atembadito menor del inspector. El Príncés, a fuer de mayorazgo, tiene que actuar con los señores en aquel banquete que apenas cabe en el comedor de La Casa Grande. Allá lo vemos en la punta exterior, al propio frente de don Julián. Qué bella esta mesa en que manducan cuatro generaciones! A Teodorete y a mí nos llevan al comedorcito de los empleados, en donde estamos a nuestras anchas para la tragan-tina y las micadas. No podemos oír bien el brindis de don Ceferino; pero Melita, que no está con los blancos, nos sirve el trago de vino y brindamos por el Obispo y el universo mundo.

Amanece. Seguimos de escribanos sin darme demasiada cuenta de la misa y demás ceremonias matinales. Sólo veo, como cosa de ensueño, el Pago transformado en capilla y las flores y las luces del oratorio.

Por el callejón, por los barrancos, por las entradas, por los patios, atisban y se asoman todas las gentes; las más arrestadas se cuelan.

Pasado el almuerzo la casa está invadida y principia el lloriqueo. No sólo de la mina sino también de las tres colindantes acuden al llamamiento de Nuestra Santa Madre Iglesia. Toda aquella pobrecía vestida con remiendos huele a limpio.

Enfilada la primera tanda a lo largo del corredor, aparece su Ilustrísima. Toda su pompa áurea se me hace más imponente, más plena de misterio en esta casa de cordillera que en el hermoso templo de La Blanca: Y, por una como

intuición de la niñez, presiento el Reino de Cristo en las almas de los humildes y limpios de corazón, y más lo presiento cuando contemplo a Ignacita, de hinojos en la puerta de la sala, enjugándose las lágrimas que no puede contener.

Las tandas siguen; el lloriqueo infantil apura con el embolismo. Al fin terminan. Nos da su Ilustrísima la bendición suprema, y el gentío se dispersa.

Después de la comida y una asomadita al Molino del Medio, con todo y Obispo, nos echa a los de casa la bendición de despedida. Todos a caballo para sacarlo hasta el río.

Qué cosa tan rara, cuando volvemos. Dijérase que los molinos se hubieran parado; sólo ahora vuelvo a oírles su música de letanía. Me parece que en esos ámbitos, por hondonadas y alturas queda flotando algo desconocido.

Ni esquilón ni rosario en esta tarde. Melita y Lola se quedan en La Casa Grande; los tres muchachos estamos en el corredor de nuestra casita con los papás, Tila y don Clemente, en pleno comentario.

Camilón sale hacia la suya y las señoras lo llaman.

—Eso sí!—exclama el gigantón—Ai está el par de ladinas echando pico. Bien pueden hablar de todos los cristianos, porque d'est'hecha quedamos en paz con Cristico. Ni seña de pecaio ha quedado en este monte.

—Pues no se largue a fiar mucho, Camilón,—le dice mamá—porque en esto está enquimbao!

—No lo crea, parientica! Calcule ahora! Para abrir cuentas voy a acabar de contarles la historia de aquella mocita.

—Contanos, Camilón!—dice Tila—Pero sin meternos cortas ni largas.

—Ahora no le voy a hacer competencia a este Evangelio; no lo creás! Pues todo el cuento fue qui'Anuncia si'apretó la caña, antier, oscuro, oscuro. Enrique me lo contó todo, muy bien contao. Resulta que la dijunta doña Simona escondió a Ramoncito en la sacristía y mandó llamar a la ahijada a su casa pa merendar con ella. Anuncia se fue muy contenta con el agasajo de su madrina. Allá'staba el dijunto Ceferino, y entre él y la vieja l'echaron un sermón tan lindo, qui'Anuncia s'emperró com'una Magalena, y les juró con el dedo cruzao que madrugaba a confesase y que s'iba a quedar en el pueblo, entregada a todas las virtudes. Y la confesada fue el madrugón.

—De seguro que Marinacita y Resfa tendrían parte en esta conversión.—dice Tilita.

—Demás de que Ignacia tomó parte!—dice Miguelete carcajeándose—Ella vive convirtiendo la gente y esos son los resultados.

—Calculen con esta mona! María Santísima! Cómo serían las comedias que les hizo! Si es por el estilo de Procesa y de mi suegra. Y con todo lo veterana que deb'estar!

—Bien picao que ti'habrés quedao, Camilón! —le dice la cuñada.

—Si fuera yo solo!.. Es Enrique y todos los del pueblo. Calculen! Colase una resecita tan fina entr'este ganao gusaniento! A uno tan jarto

de fula y trapo sucio, siempre le da gana de probar seda franjiada, manque se quiebre! Y me voy por no salir con muchas anchetas delante d'estas señoras.

—No te vas, ole Camilón,—le dice Tila—sin decirnos qué cara hizo don Ceferino y qué dijo Irene.

—Pues ese izque se jaló mucho la chivera, y la otra, que sabe todo el cuento, nu'ha hecho más que divertise. Ella asegura que mientras el viejo l'echaba la prédica, le mataba el ojo y la pelizcaba, y que la dijunta Simona pasó su susto cuando Anuncia salió con el cuento de la quedada en el pueblo.

—Un susto horrible!—ríe Tilita—Debió ver a Ramoncito en brazos de la sirena!

—Esto estuvo hasta bueno.—concluye el inspector—Un milagro patente. Anuncia izque venía a estase un mes; y había dejao en el pueblo mucha gente quebrada. Y vos, Tila, alegráte también; porqu'este Evangelio si'había gastao el jornal de dos meses.

—Ese sería yo...—repone don Clemente, con su pausa y su bonhomía—Porque vos como vivís moliendo cacao...

—Ve, Evangelio: El viejo Barbas de Cabuya había vendido el macho, y hasta don Tiodoro y Miguelito habían mermao las catas. Y quién sabe mi compadre El Príncés, si estuviera aquí...

Marto se ríe parejo con papá, y nosotros también.

—Vea, Miguelito: Dígale a la dijunta Marinacita que no si'ofusque con la pérdida del ser-

món: Mejor que si'haya güído. Así s'evitan muchos delitos: Entre las hermanas, mis cuñadas y las Calderones, habían envenenao a esa pájara; el dijunto Ceferino si'había acabao di'hundir y Resfita había pedido el divorcio.

—Tiene mucha razón, Camilón.—dice mamá—Siempre es mejor que se haya salido del cementerio para no tentar a tanto dijunto.

El inspector se va, pero Tila sigue disparando:

—Compadre!—le dice a papá—Me tiene tan aburrida su Ilustrísima, que debemos hacer esta noche un bailoteo pa sacarnos el clavo, ahora que la Negra y El Príncipe están aquí.

—No me parece malo, Tila. Estamos muy atrasados en los trabajos; pero... por lo mismo.

—Sí, Miguelete.—dice El Príncipe—Tenés que hacernos un buen bureo, para que lavés la que nos hiciste a Lola y a mí: No nos llamaste para ver la echada de las bombas.

Aquello se arma en un dos por tres.

Teresa y Lalo, que están en la mina, acuden al reclamo; ella con su alegría, él con su bandola. Y Marto revuelve la fiesta con el empalagoso a Elisa, por lo maja que está, y hasta claveles le pone en la cabeza. Nosotros retozamos adentro y afuera. Esta noche no me acuerdo de nada triste. Será de ver a Cantalicia tan regocijada por mi prestigio y por lo bien que ha quedado con el pan y los bizcochuelos. Tilita, acaso por enlace de ideas, echa una canción nada mística:

«Oh! No es flor, no es mujer: Una serpiente!
Ardiente y tentadora es su mirada.
El alma deja absorta, arrebatada,
Y loco, envenenado, el corazón.»

.....

Unos quieren que venga a la mina y otros no. Teodoro y yo, con nuestros amigos de la Banda, somos de los que no queremos que venga. Los Pando y la negra de la mina de su aborrecimiento a la mina de nuestro partido. Cantalicio y Teodoro son neutrales.

VI

Está de Dios que en esos días pasen en la mina cosas sensacionales y extraordinarias. Tras el Obispo, el Mohán. Virgen Santa! Esto sí es lo más tremendo! Por ahí anda, en el Río Abajo, por la cañada del Chochal y por la falda del Guáimaro. Varios lo han divisado; todos han visto sus rastros en lo mojado y hasta en lo seco. Lo que es la pata debe ser como la de cualquier cristiano; mas, quién sabría si tenía cola y si le repuntaban cachos por entre las greñas? Huye de los hombres peor que un venado perseguido. Le han puesto trampas como a los tigres, y no ha caído; le han puesto lazos, y no ha metido la pata. El tal Mohán es peor que Tío Conejo. Endiablado tendría de ser, porque le han tirado con municiones, y peor: Se ha disparado por entre el monte, que ni un cohete. Se entrevera por la palamenta como un lagartijo. Cuando menos volará como los gavilanes. Si huía de los cristianos no era porque les tuviera miedo sino odio.

La peonada y la servidumbre se parten en dos bandos: La derecha y la izquierda, como quien

dice. Unos quieren que venga a la mina; otros que no. Theodorete y yo, con no poco espanto de Jacoba y de Beneda, somos de los mohanófilos, izquierdistas del cacho largo, partido que encabezan los Pandos y la negra Loaiza. Ursula, a pesar de su aborrecimiento a la hombruna, forma en nuestro partido. Cantalicia y Catana permanecen neutrales.

Jefes y directores del misomohanismo son los Cepedas y mano Jurado.

Cosa mala, extremadamente mala debía ser el tal Mohán, porque la vieja Radimundis, la única que puede saber lo que pasa, está ahora más recoletada y más misteriosa que siempre. María Cifuentes y la mujer de Jurado no logran sonsacarle una palabra por más que hayan gastado todas sus artimañas. La derecha está alarmadísima: Allí verían cómo el viejo de don Segismundo se daba su modo y su maña para atraerse al Mohán a fin de que le ayudase a los dos perros endiablados a custodiar el entierro.

Aunque en nuestra casita no creen mucho en el Mohán, Theodorete y yo no dudamos un ápice de su existencia.

—El siempre lo cogen, Eloicete. Pueda ser que sea aquí en la mina. Si se juntan pa ilo a coger, Elisa siempre nos da permiso. Camilón y los hijos de don Segismundo, que son los que cogen más venaos, tatabras y guaguas, allá verés que lo levantan con los perros o le prestan a Enrique unos muy cazadores que mantiene.

—Bueno, Theodorete; y él no morderá?

—Demás! Dizque parece muy furioso; pero

como siempre lo han de amarrar, lo podemos ver de cerquita y hasta jalalo del pelo pa ver si l'están repuntando los cachos. Y vé: Si tiene cola se la jalamos bien sabroso!

Qué ilusiones los de ese Mohán! A tarde y a mañana nos persiguen. Así estarían los dos bandos. Ni aun sabemos cuál cuenta más cosas.

Viene el padre Alejandrino, y, como hay pocas confesiones, mamá, a instancias de Teodoro, lo convida a merendar a nuestra casa. Suplicado por ella, el sacerdote declara en aquel asunto tan importante:

—Ave María, mi siá Elisita! Hasta malo será hablar d'estas cosas!..

—Por qué, mi padre? Usted, el señor cura y el padre Toro son los que deben hablar en este asunto. Si no hay tal muhán, para que se lo saquen de la cabeza a todas estas gentes; y si hay, para que digan lo que debe hacerse.

—Pues eso es lo pior, mi siá Elisita...

—Pero usted sí cree, mi padre?

—Más bien, señora: Muchísimos d'esos laos aseguran que lu'han visto. Y esto es lo que nos tiene más entripaos. Ese muhán siempre tiene que ser una cosa muy sinificativa: O es cosa muy buena, o cosa muy mala. Pero di'un modo o di'otro siempre es cosa medrosa. Yo pienso a ratos, y lo mismo dizque le pasa al padre Toro, que puede ser algún santo ermitaño o algún profeta que ha mandao Nuestro Señor para anunciarnos quién sabe qué castigos.

—Pero este profeta en cueros siempre está

muy sospechoso.—observa mamá—San Juan Bautista, desde que estaba remontado, siempre se ponía su chamarra de cuero.

—Pues este muhán ni se sabe, mi siá Elisita: Unos dizque lo han visto medio tapao con hojas, y otros enteramente muy deshonesto. Don Ceferino es el qu'está más preocupao. El cré qu'el tal muhán nu'es cualquier cosa. Usté, mi siá Elisita, que sabe tanta Historia Sagrada y tanta Religión, por qué no opina? Será esto cosa del diablo o cosa de Dios?

—Qué voy a opinar yo, mi padre! Lo que yo creo les debe parecer a muchos un disparate.

—Y por qué no me lo dice a mí, mi siá Elisita?

—Sí se lo digo, mi padre. No es ningún secreto ni yo tengo por qué reservar lo que a mí me parezca. Para mí el tal muhán, si acaso existe, no es cosa ni de Dios ni del diablo. Debe ser algún mestizo o indio, de estos que todavía le tienen miedo a los blancos, o algún maniático o loco, que le gusta vivir solo. No creo que se alimente sólo de yerbas y frutas ni que haya vivido muchos años en el monte. El debe ser cazador y tener algún rancho o alguna cueva dónde vivir. Ya ve, pues, mi padre, las bobadas que se me ocurren.

—Nada de bobadas mi siá Elisita; probablemente es así com'usté piensa; pero resulta qu'ese hombre deb'estar moro, y si lo cogen y no lo bautizamos, se va a la paila mocha.

—O al limbo, mi padre. Nosotros no sabemos los designios de Dios con las almas. Si es un loco, no es responsable de nada. Y por qué no ha de es-

tar bautizado? A todo este indierío lo han bautizado siempre. Entiendo que por aquí ya no hay indios sin conquistar.

—Pues mucho que me consuela, misiá Elisita. Y vea, señora: Yo pienso a ratos que puede ser alguno que s'escondió desde la última recluta, o algún desertor. Como d'estos laos le mandaron contingente al doctor Berrío...

—Pues siempre le tuvo que coger mucho amor al monte; porque en cinco años le ha sobrado tiempo para volver a su casa.

Teodoro me llama a secreto y me dice muy picado:

—Qué tal es Elisa: Todavía no cré.

Pasan días y no cogen al Mohán; pero hé aquí que se levanta un romadizo, que aquello son los tendales. «El vaho del Muhán», se llama al achacón. Y qué alarmas por estos montes: Rezos en los campos y rogativas en el pueblo, para que no vaya a volver esa «Picada», ese «Rayo» que ataca especialmente a la gente moza y alentada de las cumbres. Unos tras otros o a un mismo tiempo los acomete el vaho. Hasta la misma doña Chinca ha tenido que coger cama y suspender sus visitas. A Teodorete, como lo guarda el diablo, le da la peste muy benigna; pero a mí me ataca a mano fuerte: Causón alto, dolor de cabeza y en el arca del cuerpo, moqueo, tos y pechuguera a un mismo tiempo; qué sé yo! Pobre Negrito! Tienen que sacarlo del quartucho al cuarto de mamá; pero, a fuerza de tazas de té caliente con borraja y malvavisco, saúco y malvarrosa; de unciones de enjundia de gallina con manzanilla y ceniza de tabaco; de plantillas de agua hirviendo, de sobas

de sebo por frente, narices y espinazo, logra recobrarle antes de una semana. Y eso con mucho encierro, para que los aires libres y los colados no salieran con alguna traición.

Muchos son los cuentos con que mamá y Melita me entretienen en esta convalecencia. En ellos entran la musa popular, las marinilladas, las vidas de santos, entreveradas con las leyendas de Zorrilla y el aprendizaje de Iriarte y Samaniego.

La peste cesa, mas los ilusiones hacen estragos. Teodorete está completamente poseído de los más atroces y rebeldes. En compañía de Tano está entregado a la iniquidad. Ha vuelto a la cojienda de colibries; se ha metido por los socavones abandonados; se ha montado en los arrastres. Se pierde horas enteras, sin que nadie sepa en qué peligros anda. Melita lo ha pillado con el revólver de papá, a punto de amartillar. Se ha colado a la tienda y ha robado pólvora y fulminantes. No pudiendo aprovecharlos eficazmente en los pistoles que se ha labrado, ha prendido un «infierno» en el callejón. Mas no es esto lo peor: Los dos facinerosos se han trepado al barranco vedado de las lumbreras.

Las lumbreras!... Las he conocido después. Por ellas respiran las galerías, y de la puerta o entrada de su socavón arranca el cable consabido.

Los bombazos de agua, los unos de norte a sur, los otros de oriente a occidente, al abrir sus respectivas cañadas, dejaron un pedazo de colina, que cae del lado de San José. «El Cuarto de Dulce» es el nombre gráfico con que se conoce ese paraje. Por un lado le han abierto un sendero en escalones, rematado en una cancilla con llave. En

paraje tan aislado procrean las mirlas y los colibríes del jardín, esos sibaritas que hacen sus nidos con algodones. Los uvitos y los helechos en todas sus variedades alternan en grupos separados con los sietecueros y encenillos, con el olivo silvestre y las salvias. Los espacios libres convidan al cuerpo a tenderse y a reposar en la mullida yerba. Como kioscos se alzan los tres techos de las lumbreras en sus cuatro estantillos de macana cercados por palizadas y con declive o corriente hacia afuera. Dentro de esos kioscos se abren sendos hoyos negros y cuadrados, como apiques. Estos tres abismos, en aquel paisaje que parece juguete de muchachos edificadores y fantásticos, atraen a los adultos mismos. No han menester los abismos de tanto pájaro y tantas flores para atraer a los mortales. Cómo culpar, entonces, a Teodorete y a Tano? Por entre las sementeras de una granja de la playa y de un pedazo de monte se han subido hasta allá; y, según asegura Tila, han armado un mataculín con una punta en la boca misma de una lumbrera.

En esta atrocidad del mataperros no se contenta mamá con negación de hablas ni con sarcasmos: Son muchos los pellizcos y sopapos que le ajusta; y Miguelete lo manda a mudar temperamento por cinco horas al cuarto de las monturas. Mas el alma recursada de Teodorete busca consuelos en las prisiones: Canta guaricongas y guabinas montado en los burros de palo y en las sillas que mejor le cuadren, mientras que el protector y guía de la infancia le mete conversa por el ojo de la cerradura.

Son muchas las invenciones que sacan mamá y Melita para retener al Azogado en la casa. Ha-

bría que mandarle novena a San José para ver si volvía a los carpinteos con Eladio. Nada importaba que se mochara un dedo con alguna herramienta con tal que no lo trajesen desnucado o hecho una plasta.

Algo lo detienen los aguaceros de noviembre, con los halagos hogareños que traen consigo; pero nunca fue diciembre para quietudes. El de la mina, según Beneda, es un «infusque» parejo hasta Reyes, y el de este año amenaza ser agudo desde el primero del mes.

Sí, señor! Desde que vemos que en medio del aguacero saca Camilón a doña Chinca en la mula, y sabemos que Venancio la conduce Santa Ana abajo, vemos por dónde va tabla. Ponemos oreja por proveeduría y servidumbre, y a los dos días se sabe la gran nueva: Un niño muy robusto, que ha dado mucha lidia para venir a este mundo.

Teodorete, que también le ha oído el terminacho a Ursula, me dice, como muy cargado de reflexión:

—De aquí a mañana lo llevan a cristianar: Allá verés que le ponen un nombre bien feo. Lo podían poner Tiberio Emblemo. Ese sí le quedaba muy bueno!

—No siás malo, que te regaña mamá.

—Ella qué v'a saber! De aquí a dos o tres días pedimos permiso pa ir hast'al río y entramos a conocer el muchacho. Debe ser muy bonito.

Santa Bárbara y la Inmaculada traen verano, y principia la invasión: Visitas turnadas de amigos o parientes de La Blanca y de San Juan; llegada de doña Rosalía con su prole, para per-

manecer hasta febrero. Ahora sí acuden los cachivacheros errabundos, con los comercios de aguinaldo: Baratijas extranjeras de todas clases, muñecos y animales de azúcar fabricados en Medellín, nacimientos esculpidos por los santeros montañeses. No falta la librería: A más de novenas y devocionarios traen Los Doce Pares de Francia, El Gran Capitán, Genoveva de Brabante, y los cuentos ilustrados de Rafael Pombo.

Tales ajetreos y las ocupaciones de Melita no le impiden ensayar con la chiquillería, como en el año precedente, La Adoración de los Reyes, poema escénico de doña Silveria Espinosa de Rendón, que se representa en esta época en varios pueblos del Estado, no sólo en casas particulares sino en los atrios de las iglesias y en teatrillos.

La gente joven de la actualidad ni noticia tiene de lo que fueron los aguinaldos por aquellos tiempos bobalicones. No sólo eran buena ocasión para novios y pretendientes, sino también para el cultivo de amistades y afectos de familia, con las charlas verbales o escritas. Aquella porfía y alegato, carreras y trampas para probar quién debía el regalo, eran una exhibición de caracteres: Los listos y sangriligeros sacaban su gracia y oportunidad; los necios y pesados su impertinencia, y los sencillos hacían, como siempre, ese papel opaco que nunca desagrada. Y el chiste del regalo y del retorno no consistía precisamente en el valor artístico o comercial, sino en la chuscada, charrería y originalidad.

Las dos señoras festivas y Melita invocan la musa de Pando para escribir al Fulano y al Zutano la epístola pedigüeña. Papá, Eladio y hasta el mismo Teodorete les labran en cualquier ma-

dera blanda los recados de afeitar o de escribir. De allí salen aquellos asentadores y aquellas barberas de a media vara, y unas plumas de lata y unos tinteros de cuerno!... Apenas servirían para ese ogro secuestrador de princesas que vence el Patojo.

Ignacita, en medio de la novena y las jornadas, tiene que andarse en mil conciliábulo con los dispenseros y toda la aristocracia del hollín para aquella nochebuena con que la Empresa obsequia a la peonada y a la pobrecía. Eso sí es la epopeya del buñuelo y la natilla. Cuáles lotes sean en especie, cuáles preparados, lo sabrá Ignacita por inspiración del Espíritu Santo. Para eso están aquellos tres cochinos que se revientan de gordos; para eso las dos cargas de quesitos sanvicenteños, las tres maletadas de huevos, las cumbreres de panela, los almudes de maíz capio y amarillo. Casualmente que la natilla de quesito les gusta más que la de leche. Hartos platonos y bateas se han comprado en estos días para que en ellos se endurezca y amolde «la más sabrosa de todas las comidas de la tierra», según Gutiérrez González. Haga usted el cálculo.

Verdad que muchos peones forasteros se van a sus lares por Navidades, pero la mendicidad aumenta. Y hay que darles a todos: En fogón donde no se ponga siquiera unas miajas de la natilla de Dios, se revuelca el diablo, y, según la esposa del compadre Cepeda, «todo cristiano tiene que prebala, porqu'es lo mismo qui'una melecina pa las almas y los cuerpos».

Y para la blanquería? Ya vendrían de San José y de los hatos de don Segismundo los almudes de leche y los rimeros de quesitos frescos.

A todas estas nos andamos Teodorete y yo, ora a pie, ora a caballo, vigilados por José Palmera, primogénito de doña Rosalía. Tiene diez y siete años; pero en juicio y formalidad es un hombre hecho y derecho. Vamos a las tres minas colindantes. Nos parecen unos juguetes, con sus molinos de cinco pisonos y esas casas y esos cuarteles tan pequeños, y todo junto, sin separación de clases. A «los niños de la Mina» les rinden mucha pleitesía. Todo lo examinamos, bajo el amparo y protección de los directores, y comemos en las cocinas parejo con los peones.

—No te burlés, Teodorete,—le dice José, cuando regresamos del Popal—Con este montaje tan en pequeño sacan mucho oro. Preguntáselo a tío Miguel.

—Piss! Los dueños serán algunos pelaos! Sacarán algún castellano al día, y eso les parece mucho. Apostemos una carrerita por esta falda, qu'está muy sabrosa. Y cantá La María pa que si'alegren los caballos.

—Dejáte de cuentos, Azogao, y subamos despacio.

—Cantá, pues, pa qu'este y yo cojamos la tonada.

Y va de canto:

Cobré impaciente mi valor perdido,
Pues espantoso el porvenir temía;
El zaguán traspasé; grité María!
Y despechado y loco desmonté.

Los zarzos y desvanes de aquella mansión se convierten, del veintitrés en adelante, en dormitorios masculinos.

Ha llegado don Severo con los dos hijos, hermanos de Angelina; ha llegado don Alvaro con Lola y El Príncipe.

El par de arrinquines y el de grandullones pasan de los buñuelos de la casa para irse a la cocina de María Cifuentes, por contemplar la faena de aquella natillada monstruo. Es aquello en los corredores, y cada una de las hijas suda la gota gorda al borde de su fondo, revuelve que revuelve con el mecedor, para que aquello no se pegue ni se ahume.

A Teodorete le atrae aquella masa hirviente que revienta en cráteres. Quiere ayudarle a una, y ella le dice:

—No, Tiodorito: Se chilguetea todo y se quema esa cara tan perfeuta. Y esto se corta si lo revuelven dos manos.

—Este Tiodorítico tan zampao!—regaña El Príncipe sobándole la greña.

—Entonces sacáme la prueba, ole Brígida, en esta totumita, ya qu'está cuajando.

—Dios lo libre y lo favorezca! Si preba natilla caliente le paña una soltura, que no le digo!..

Marto coge al hermano por las axilas y le da vueltas en torno, que ni un molino.

—No se sabe cuál es más azogao!—ríe José —Tal vez es peor este Martiniano.

Nos quedamos hasta que la cocción da el punto. Una vez vaciada en no sé cuántos recipientes, Marto enlaza el ollón de una oreja, lo arrastra al patio, y, cuchillo en mano todos cuatro, nos ponemos a raspar y atarugarnos de «pegado», sin

temor a las consecuencias. Y María Cifuentes y sus cuatro beldades gozan y gozan viendo al Príncipe en su elemento.

La casa es un abejorreo y el viejecito está en completo estado de inocencia con los trece biznietos. Seré yo el catorceno, para anular los efectos del número fatídico. Toma a los unos por los otros. Sólo Moncada es inconfundible.

Tío Alvaro, el hombre alegre y efusivo de la familia, pasa de las risas a los abrazos. Rosana lo tiene trastornado. Melita le ha ido mermando gradualmente los carmines de las Olivares, y los colores de la salud lucen ahora en las mejillas de la chicuela. Se le han rasgado los ojos, se le ha encrespado el pelo a fuerza de cultivo.

El Niño Dios principia a sentirse desde el atardecer, y la sinfonía se va desarrollando. Al ritmo sempiterno de los molinos se van juntando los gritos, los cantares, los silbos agrestes de los caramillos, los triquitraques de los granujas y los cohetes de los adultos. Unenseles también los gemidos de Tom, acometido por las nostalgias de ese mundo que sólo él conoce. Marto y yo lo acariciamos y tratamos de consolarlo.

Entra el esquilón en el concierto y toda la familia se congrega frente al oratorio, ante el pesebre, para la última jornada, rezada por el padre Alejandrino. Esta vez no tarda el Dios Niño: Ha nacido seis horas antes para que don Julián pueda contemplarlo.

—«Aquí se hace la petición»—reza el sacerdote.

Como todo se pide, porque todo se alcanza en este instante único del cristiano, yo le imploro al

Niño Dios, entre otras cosas, que me luzca mucho en mi papel de Rey Mago.

Terminado el rezo, Minos lleva al viejecito a su aposento; grandes y pequeños se dispersan. El sacerdote y el fámulo se unen a Ignacita y a doña Rosario para las meditaciones.

Alumbra el misterio que Melita y Eladio han levantado en el corredor interior de nuestra casita, con el nacimiento de Beneda. Alumbra el que han farfullado las niñas en el Gabinete Azul, con el grupo diminuto de tagua, traído antaño «del propio Quito», y que Ignacita ha regalado a su ahijada Raquel. Alumbran los faroles y las candelas que por las casitas van prendiendo. Poco alumbran las estrellas y el menguado satélite. Así y todo, la noche convida.

Contemplados los tres nacimientos hacen acostar las niñas, para levantarlas a media noche.

Los muchachos tomamos alto arriba con Largo Valencia, hacia los pesebres de los Cepedas y de mana Salvadora. Andando, andando; triquitraque allá, triquitraque aquí, sopla él en el flautín, rasga Marto y todos cantamos. A ese José sí le retumba!

Qué divertidos nos parecen estos nacimientos montañosos. Son muchas las negras de cera y los títeres colgados que le ofrecen natilla y buñuelitos al Niño; muchísimas las flores y bellotas que le ofrecen sus perfumes.

En ambas casas también cantamos y nos acompañan los caramilleros. Unos cuantos, nacidos y criados en El Cañón, entonan «El Arrullo», poco conocido por estos montes de tierra fría.

En ambos pesebres tenemos que probar la nochebuena, aunque ya nos la toquemos con el dedo.

En la cocina de Custodia no hay guacherna; todas sus damas se han ido al pueblo con unos peones forasteros, al pesebre bailable de las Calderones.

Por el Camino Nuevo descendemos hasta el Molino del Medio. No hay pesebre; pero en aquel patio, cuarto de círculo, está prendido el bunde. La paz que anuncia el ángel le ha entrado a los hombres de cualquiera voluntad; allá está Camilón, muy amigado con su suegra y sus cuñadas. Esta aristocracia almidonada de Cifuentes y Feliponas gallardea con el botín rionegrero, los linones vistosos y los cintajos. Tampoco se andan de trapillo los galanes. Se balancean en una guabina muy cantada, con un señorío que hace abrir la boca a Felipona. El inspector decreta que Josesito y su compadre El Príncipe echen una punta. Escógeles dos beldades, y a los potranquitos dos arrapiezas. Hombro arriba, hombro abajo; pandeo va, pandeo viene, bailo y canto divinamente, ciñendo el talle cerrero de Teopiste.

El emparejado de Pando y de la Loaiza lanza a su turno sus quartetas, cuáles pintonas, cuáles esmeraldinas. José, tal vez por buscar algo religioso, pide «El Robo de la Custodia», y rompen con el estribillo:

Este Flavio es un bandido,
Este Flavio es un ladrón,
Que se vino de su tierra
A robarse a su criador.

En Rionegro un caucano
Y un infame cantarrana
Se robaron a Nuestro Amo
De la noche a la mañana.

Y la Hostia consagrada
A la basura arrojaron,
Y la Custodia divina
A piedra despedazaron.

Echan todo el relato y nos vamos. Teodorete y yo nos adelantamos un tantico y me dice:

—Ya ves: Se robaron la Custodia en Rionegro, qu'es un pueblo casi tan grande como Medellín. Qué tan grande será qui'allá echaron la Constitución!

—Ve: Y ese cuento de la Constitución qué cosa es?

—Pues... eso... es com'un bando pa que la genti'obedezca todo lo que diga el dotor Berrío. No ves qu'él es el que manda a todos los alcaldes y a los comisarios? Eso dizque fue lo más bueno. Leyó el bando un señor don Pablo Emilio Obregón, y a cada renglón tiraban un cañonazo.

—Y cómo son los cañonazos, Tiodorete?

—Ah! Pues yo no conozco cañón, pero ai está pintao en la lotería. No lu'has visto, pues? Es de fierro, con ruedas, con muchas balas que revientan como mil escopetas.

Los grandullones y nuestro guía, que le oyen las explicaciones, largan la carcajada, y El Prínces lo agarra y lo hociquea:

—Ah, Tiodoritico! A usté no hay que ponerlo en los colegios, mi muchachito!

—No le comprés tanto, Martiniano.—aconseja José—Se acaba d'empiorar. Yo no sé qué irá a sacar tío Miguel d'este par!

—Pes dos blancos de toda cuenta!—asegura Largo Valencia, muy solemne—Y este negrito cafico, también resulta. Allá lo verá, Josecito.

Las once han dado cuando llegamos a casa. Bailan la polka galopada, que tocan don Clemente y Lalo.

—A las horas de parecer!—gruñe Teresa—No se ha puesto la contradanza por esperar a los dos pepos.

—Apuesto qu'este guache bailó con las negras!—exclama Lola.

—Una mera puntica.—contesta Marto—Porque lo mandó el alcalde y hay que obedecer la Constitución.

—Pues no vengás a bailar con nosotras, porque venís oliendo a cocinera.

—No siás boba, Lolete. Si están estrenando y pasadas a pachulí!.. Oléme y verés.

—Quitá de aquí, caimán!

—Sí!—afirma Angelina—Desde que llegaron los sentí penetraos. Muy bonito! Hasta trago les daría Salvadora!..

—Ojalá! Y qué te parece, Lolete. Con tantas cosas tan buenas pa cenar, y no tengo nad'e gana!..

—Sí? Pues andá rezá el acto de contrición, porqu'estás de muerte!

El Príncipe corre hacia Miguelete, con el abrazo.

—No te desentendás con el trago! Pero no me vas a dar vino. Eso pa viejitos como mi padre Julián o pa enfermos. Danos un trago del Gobierno, que es pa la genti'alentada. Coláte, Largo Valencia!

Don Alvaro se carcajea con las precocidades del sobrino.

—Hacés muy bien en celebrale las bobadas, —le dice papá—porque es igualito a vos en lo necio y bochinchero.

—Servíle también a los dos Guaricongos, Miguelete!

Papá accede muy tranquilo.

—Usted sí, tío Miguel!—exclama Angelina, muy aterrada—Los v'a sacar hasta borrachines!

—No se confunda, Angelina.—replica Marto —Deje a José que se lo eche bien grande. Esta noche dan el aguardiente libre en el cielo y todos los angelitos toman.

No hay misa del gallo, para que el viejecito no determine levantarse. Antes de media noche la familia torna a congregarse en la larga mesa que han añadido en el corredor de La Casa Grande. Cada uno está de pie en el puesto que le han señalado. Suenan las doce.

—Albricias! Albricias!—gritamos todos en un coro de regocijo.

—Jesús recién nacido:—reza don Teodoro— Bendecid a todos los de esta casa y los alimentos que en vuestro santo nombre vamos a tomar.

Y nos sentamos. Marto, en su punta, carga a Repollito en las rodillas.

Después del atraco de morcilla y chicharrones, natilla y manjar blanco, buñuelos y hojuelas, se decreta una contradanza en la placita, para hacer la digestión. Hasta don Severo, que sostiene su nombre, entra en esa danza en que alternan desde Rosana hasta doña Rosalía, desde Miguelete hasta el Negrito. Leopoldo, con toda su simpleza, honra el vestido de cachaco con más urbanidad que de ordinario. Mucho admiramos a los Palmeras grandes por ese aire y esa cosa allá de los pepos de La Villa.

Don Teodoro se recuesta en el corredor de nuestra casita, cual si reverdeciera en su descendencia.

—No se quede de mirón, paisano.—dice Tila —Camine a poner la contradanza con la Mulata. Este pecao con tres mujeres extrañas v'a poner muy celosa a doña Rosario y a escandalizar a Marínacita y al padre Alejandrino.

—No creás, paisanita, qu'es por falta de gana: No salgo al puesto porque vos y Elisa se burlan de mí. Y ve lo que son las cosas d'esta vida: Aquí me ves muy contento y estoy pensando en mi padre: El viejito ha estado tan alegre, y tal vez será ésta su última nochebuena.

—O la de cualquiera de nosotros, paisano: Nadie tiene la vida comprada. No piense en cosas tristes y camine a poner la contradanza con la Mulata.

Todos instan a don Teodoro. Lola se le acerca, lo hace levantar, y el galán no tiene más remedio que ofrecerle el brazo.

Como la contradanza española es cosa de señorío, no hay viejo hidalgo que la ignore. Adrede han escogido las parejas más disparejas. Arregladas las dos filas, don Teodoro y Lola salen los primeros. Y Teodorete me grita desde su puesto:

—Vélo qué tan cuadrao! Fijáte qué tan bien hace las cortesías! Tenemos que hacerlas así. Fijáte bien pa que no te vas a perder. Hacé lo que todos hagamos. Qué tan bueno que tuviéramos botines!

Inspirado debo estar porque no me pierdo en aquel estreno en que mi pareja Melita me lleva a remolque, en medio de la charla del tío Alvaro y del Príncipe.

—Vean el Guariconguito negro cómo se engalla más que el capio!

—Es qu'esta Amelia,—vocea don Alvaro—es santica algo endiablada!

—Sacá garbo, Rollete!—le grita Marto a su pareja—No nos dejemos pordebajiar de Tila y de José!

Terminada la contradanza, en que cada pareja sale de bracero, don Teodoro se retira. Mas la fiesta sigue, combinada con vueltas y capitusé, hasta la una y media, porque hay que madrugar a misa.

Entre los retozos y lotería, las invenciones y empalagos que Marto y Teodorete sacan siempre, repaso mi papel. La sacra representación será el

veintiocho, para que todos la disfruten. Ya han venido las dos niñas y el muchacho, cuñados de Tila, que completan el grupo artístico. Ya se ha hecho el ensayo general a satisfacción de Melita. Este día, en que toda la inocencia quiere disfrazarse de malicia, hasta Ignacita y Minos sacan sus travesuras monjiles.

Desde las siete sale la cabalgata para el pueblo, precedida por don Alvaro. Tila, Lola y Teresa nos acompañan. Como es día de chuscadas y disfraces las tres Amazonas llevan sombrerones de caña ornados con flores de monte y colas de colchón de pobre. Marto se pone al revés el balletón de papá, y aquel forro colorado casi cubre las ancas de Mochengo.

Melita le ha hecho barbas de cerda; Largo Valencia le ha conseguido un sombrero de palma de los llamados «pan de afrecho».

También van muy barbados los tres medellinenses; los dos Guaricongos con las cachuchas y carrieles golpeados de rojo, bufandas de percalina, pintadas de bolo orejas y narices, volean que más volean sendas vejigas infladas. Pues y Largo Valencia? En La Pájara y en enjalma arrea la cabalgata a punta de cohetes.

«El verano del Niño» derrama sus glorias con sus vientos y con sus lumbres; reverdecen los rastros y malezas de la falda; canta el Molino Nuevo un himno de triunfo.

Con razón: Los filones quieren, desde hace días, llenarle los cofres al Rey que ofrenda el oro. Y en esta mañana de los Santos Inocentes se siente más poderosa la orquesta de aguas y pisonos. Será porque le acompañan las voces del

hombre, el golpeo del trabajo y hasta el revuelo de los ciriríes, que en tal momento avizoran desde el aire, para imitar a Herodes.

En el pueblo nos reciben con hurras y cohetes. Animadísimo está el estanco. Disfrazados a pie y a caballo discurren por todas partes. En casa de don Leandro nos hacen ovaciones.

—Vean ésto!—exclama Adelaida—Imposible que Tila y la Negra se quedaran tranquilas en la mina! Ah bueno si estuviera aquí don Ceferino pa que pusiera en el cepo a este Príncipe! No'stés pensando que con esas barbas quedás muy respetable. Lo que parecés es el muhán! No le acoteje, don Alvaro, las inguandias a este pícaro!

Rochela, chirigotas, agolpe de muchachos; pero no desmontamos. A caballo libamos las copitas de vino que del estanco nos traen.

—Vean a la Teresa cómo empina el codo! Y tan discípula del Colegio de la Inmaculada. Qué tal si doña Resfa no estuviera en Marinilla!

Conversamos con las Cuencas. Los tíos quedan en ir esa tarde con las primas a la representación, y grandes y pequeños damos vueltas por las calles entre los cohetes y la farándula.

—Enderezáte bien, Eloicete!—me dice el Azogado suspendiendo los chillidos—Ve que las muchachas nos están atisbando por las ventanas. Tanté nosotros «los niños de la Mina»! Abramos carrera calle arriba y rastrillemos los caballos. Hiji! Fiestas!

A las doce estamos de vuelta. Ya Eladio ha construído en el pasadizo, delante del oratorio y al nivel de la barandilla, el tablado para la magna

representación. Lola y Melita se ocupan luégo en arreglarlo. José y yo ayudamos a cubrir una parte del corredorcito por donde han de entrar los actores.

A mis hermanos los confinan a nuestra casita, con la demás gente, porque en vez de servir estorban con sus necedades. En terminando Melita da al personal de la compañía las últimas instrucciones en aquel proscenio destapado.

Desde las cinco principian a llegar las gentes. El Patriarca «barbas de cabuya» ya está ahí con las niñas mayores para recrearse en sus dos actrices y en su benjamín Campanillas. El rosario se anticipa; Camilón trasiega aquí y allá, para ver de contener la chusma que va rodeando la casa. Y hace traer a Pispirís a puesto conveniente.

Apenas se oscurece se prenden velas y faroles. El patio se repleta de peonada y servidumbre; en el corredor y en el Pago, como en bancas de iglesia, se apiña la familia y el blanquerío invitado. Sólo el bisabuelo está aparte, muy acomodado en su silla.

Un cohetón anuncia.

Adentro, música; y con el aire de «El Beso», primer estrós que se oyera en estas montañas, rompe el coro:

Nuestros pastores
Están en vela
Por esa estrella
Que ven brillar.
Las pastorcillas
Enajenadas
Con tanto gozo
Suelen llorar.

Repiten, cesan, y una campesina belemita sale a la escena, por la puerta del tapado, muy cabizbaja ella. Sale otra y la interroga:

—«Qué tienes, Sara, que estás tan pensativa? Te hace falta tu corderito para retozar con él?»

Entran otras y se traban en conversa, sobre el Niño y sus Padres.

Las veo desde el cuarto donde nos arreglan. Están muy galanas y a la última. Y no es anacronismo: En Belén vivimos y viviremos hasta el día del juicio por la tarde.

Entra la señora Ana, o sea Rosanita, muy sofocada, con manto y falda de cola. Trae la nueva: Ha visto cargamentos, dromedarios y camellos, pompas y magnificencias, unas gentes nunca vistas. Alborótase el mujerío. Improvisan regalos para ofrendarle al Niño, antes que los forasteros.

Las chicas giran en el tablado y cantan:

Por eso alegres
Vamos nosotras
A ver la prenda
De gran valor.

Mientras sigue el intermezzo veo por un rotico el gozo del público, que aplaude. Estoy embriagado. Lola me ha puesto ante el espejo de medio cuerpo, y me he contemplado hermoso. Las sandalias con cordones de lana, el sayal amarillo, el manto rosado, la corona, tanta cuenta y tanto papel dorado se me convierten en otras tantas realidades; en ropa de Nápoles la engomada percalina, en oro el cartón. Y yo?... El propio rey que ofrece mirra.

Abrese la cortina del fondo y aparece la casita de Belén.

Raquel, de Virgen, más angélica y más rubia; Campanillas, de mi Padre San José, con su carita boba, barba entrecana, percalinas graves, y la enorme vara de azucenas. En el centro el niño de doña Simona, con todas sus galas y «viendo al Padre Eterno».

Acallado el público depositan las belemitas sus ofrendas. Llego mi momento supremo. Diviso a Evencio, que es mi numen, y salgo conforme me han ensayado, presa de la inspiración. Me postro de hinojos; deposito el jarro de plata con la mirra. Me alzo, desafío al concurso y declamo:

Señora: Un astro apareció en el cielo,
Lleno de luz y celestial belleza;
Y doce siglos há que muchos sabios
Ansiosos lo buscaban en la esfera.

Antiguos vaticinios anunciaban
Que en algún tiempo milagrosa estrella...

—Loicete jullelo! Loicete jullelo!

La diviso en las rodillas de Marto, que le sopla al oído.

No me interrumpe. Qué mayor elogio? Sigo fervoroso, mucho más rey que antes. Lástima que doña Silveria no me pudiera oír desde Bogotá. Terminó. El aplauso resuena. Hago, algo tieso, la venia que para el caso fortuito me ha ensayado Melita, y... el aplauso sigue.

Contesta la Virgen con mucha unción. Torno a arrodillarme. Tano, manto rojo, hecho un hollín, suelta su relato. El Guaricongo «cera de cas-

tilla» sale como una visión, atenuado el azogue, relumbrantes los ojos de gallo y con toda la oratoria ceferinesca. Nos eclipsa a todos. Y Repolito le grita lo que Marto le apunta.

Ni sé cómo termina aquello; ni cansancio siento de la larga arrodillada. Descendemos con nuestras vestimentas al campo de la realidad. Aquí el bochinche de la dispersión, quitada de bancas, desbaratada de tablado y comentarios. Ignacita no sabe qué admirar más. Loa a Crispín, el ahijado de Largo Valencia, por la maestría con que ha tañido el caramillo; loa al padrino por el pandero; a don Clemente por la guitarra; a Lalo por la bandola; a Melita y a Tila, por lo bien que han juntado sus voces a las de las chicas. Era tan bello el arte religioso!

—Cómo le ha parecido, padre Julián?—le pregunta Moncada, pasándole el brazo por la espalda.

—Muy bonito, hombre, y muy patente! La Chiquita sale con todo lo que se le mete en la cabeza.

—Quedó satisfecho, maestro Cataño? —le pregunta Lola.

—Plenamente satisfecho, mi señorita. Este espectáculo ha salido extraordinario. Me llena de júbilo que estos caballeros de Medellín lo hayan presenciado, para que vean que en esta montaña campestre también hay civilización.

—Y esta noche no va a rezar por doña Silveria, doña Chinca?

—No te quede duda, Lola. Esa señora también entretiene mucho con esta comedia. Voy a re-

zar por ella siquiera un padrenuestro. Esas de Bogotá son tan entendidas!

Una de las más entusiasmadas es La Bella.

—Ah dicha pa estas niñas qu'están figurando desdi'ahora! A uno que le tocó tan simple!

—Déjese de cuentos, Polita!—le dice Camilón.—Pele el ojo y pésquese al Palmera grande. Véalo qué tan competente!

—Esa dicha pa las de don Eusebio, que son tan ricas.

La felicitación de Herminia me pone fuera de mí.

Los comediantes pasamos al comedor. Cuán diverso este refresco del bautismal que nos hizo Nicanor! Beneda, Ursula y Cantalicia nos sirven. Y mi vieja me lisonjea al oído:

—Está muy lindo, Cordero. Hizo muy bien su papel y con much'educación. Pero no se vaya a poner jaito ni orgulloso. Vaya viendo el milagro de su Virgencita!

—Sí veo. No me pongo jaito.

Al terminar la colación entra Melita con una chuspa.

—Aquí les manda don Teodoro el premio.—Y va repartiendo pesetas.

Los santos reyes deben quitarse las galas antes de que las acaben.

—Déjelos vestidos otro ratito, niña Melita, pa velos bien vistos—suplica Beneda.

—Traé a Petos pa que los vea también,—dice

El Príncés—ya que no lo trajiste a la función.

—Yo lo acosté dende temprano, porque lo'staba tumbando el viento.

El Príncés nos agarra, uno por uno, y nos pone en ringlera en el corredor para que nos admiren.

—Este es más bobo que los chiquitos!—gruñe José muy avinagrado.

—Caminá Beneda, confesá cuál te parece más cuar'rao de los tres!

—Pes de bonitos y galanes por ai la van; pero Tiodorito siempre les puso la pata con el discurso: Tanté con esa capacidá de los Moncadas y ese tono de los Cuencas!

VII

Venturoso, con feliz coincidencia, se inicia para mí el nuevo año: A los trece principió a trabajar Escribano: A los trece principio yo. Sí, señor: Estoy de almacenista, y Cantalicia en sus glorias. No he necesitado ensayarme en el oficio: Hace meses que lo vengo aprendiendo por mi propia observación. Madrugo al despacho de taladros y velas y sigo mis estudios, hasta medio día, en el corredor empedrado, para la demás herramienta que soliciten. Apunto todo con la mayor exactitud, y tomo los recibos, firmados por quien sea o por don Isaías. Es un oficio para gente de fuerza. Con estas manitas mías, que tan pulidas le parecen a Nicanor, tengo que arrastrar a veces las platinas de hierro dulce y los pisones de bronce. Estos y aquéllas pesan cinco arrobas. No se ha perdido, pues, el vino de roble que me hizo probar Largo Valencia. En el arreglo del almacén se recrean Ignacita y Angelina. El Negrito crece y crece en prestigio no sólo en la familia sino también en la peonada.

La ufanía de esta iniciación se me concentra más en las soledades. En nuestra casa hemos quedado papá, Melita y yo con la mera Ursula. Los demás han partido para San Juan desde el treinta y uno.

Don Teodoro y Largo Valencia regresan de Medellín con don Mariano y Leonardito. Patrón tan rico, jefe de tal casa, que ha conocido al Santo Padre y a tantos reyes, se me hace una cosa allá que no alcanzo a comprender. Sus balcarrotas entrecanas, su estatura y sus atalajes me infunden un respeto muy sabroso y atrayente.

Ando por ahí medio retirado, para no parecer muchachito intruso; pero comido por ver de cerca y oír a don Mariano. Mas cágame que, estando ayudándole a Angelina y a Melita en el arreglo de las nuevas mercancías, regresan los señores del Molino Nuevo y se cuelan a la tienda. No temo que me presenten, sino lo contrario. Pero Leonardito resuelve el problema:

—Vea, papá: Este es el niño que le dieron a Miguelito en Aguaslimpias.

—Y cómo se llama el jovencito?

—Eloy Gamboa, un servidor de usted.—salto yo, con mi aprendida cortesía.

El señor me ofrece la mano. Se me figura de algodón.

—Este era un pollo que teníamos de tapada —dice mi padrino— para jugárselo al tocayo Azogado.

—Pero ya es pollito con espuela.—confirma Miguelete—Ya lo ve ganando su jornal.

—Lo malo es que él dizque va a ser doctor—apunta mi padrino.

—No le gusta la minería, Eloy?

—Sí, señor don Lionardito, pero yo no soy capaz de aprender a hacer molinos ni socavones.

Les debo parecer muy bobo, porque se ríen.

—Aquí como que trabajan por parejo hombres y mujeres. Hasta buenas comerciantas irán a salir estas señoritas.

—No le quede duda, don Mariano.—repone Melita, muy festiva—Si viviéramos en Medellín, ya le estuviéramos haciendo competencia.

—No lo diga muy en burla, Amelia.—dice don Leonardo—Ahí está doña Pepa Pardo, que le puede enseñar comercio a todo Medellín. Ya ve cómo se le ocurrió introducir mercancías por el Atrato, cuando taparon los puertos del Magdalena. Con eso se enriqueció esa casa.

—Sí, Leonardito: Angelina y yo también nos vamos a tapar y vamos a ir a Europa como doña Pepa. Lástima que ya no reine Napoleón III, para que nos llevaran al baile de Las Tullerías, como a ella.

Esa tarde, de sobremesa, dice Melita a papá.

—Me estaba guardando el secreto, Miguelito, pero ya sé que don Mariano le aumentó veinte pesos en el sueldo.

—Se me había olvidado contarle. Es que a él le cabe un buey con el Molino Nuevo y con las arrobos que se han sacado en estos cinco meses. Mi padre y yo tampoco estamos de pésame. Fue mucho lo que me desveló ese gasto tan grande que se

hizo en los nuevos trabajos. Acuérdesse todo lo que tuve que lidiar con mi padre para que echáramos las bombas. También es cierto que comprometer intereses ajenos intranquiliza mucho. Por lo mismo que esta gente es tan buena y nos tiene tanta confianza me he preocupado más.

—Pues yo también estoy de agua de apio, Miguelito. Lo malo es que ahora sí es cierto que no lo sacamos a usted de este monte, así no más.

—No, Amelia; no cambio mis planes aunque me pongan sueldo de presidente; y la empresa está enterada de todo. Mi padre no espera sinó el fin del viejito, para entregar el destino. A él le parece que yo me puedo quedar algún tiempo más; pero... no hay ni riesgo! Bien sabe usted cómo he vivido de mortificado con tenerlas en este monte. Este pan de los mineros blancos es tan amargo. Yo no creo que el viejito ajuste el siglo. Así es que no será mucha la permanencia aquí.

—Por lo que veo se van a juntar todos en Medellín, antes de dos o tres años.

—No es difícil, Amelia. Mi suegro ya tiene negocios allá y sólo espera que don Silverio cierre el ojo. El les mantiene mucha desconfianza a los conservadores. Cree que apenas largue el mando el doctor Berrío le hacen guerra al Gobierno General los marinillos y los cabecillas del Sur del Estado, de acuerdo con el Tolima.

—Cómo no, Miguelito? Así me ha contado Lola. Ya dizque ha vendido partidas de ganado y de mulas. Si hay la tal guerra, tiene mucha razón. San Juan es delicioso en tiempo de paz; pero ya vio cómo nos fue con la tal invasión y las tales peleas.

—Si se arma la guerra, lo primero que ponen es guarnición en esa plaza, y adiós mercancías, vacas y mulas.

—Y sí habrá guerra, Miguelito?

—Qué voy a saber yo! Nunca he sido político, y menos desde que estamos en estos montes. Lo cierto es que el doctor Berrío es el único que ha sabido atajar a todos estos jefes militares que mantienen tanta gana de revolucionar todo el país. Mi padre cree que el doctor Berrío, aunque deje la presidencia, sigue dirigiendo todo el asunto.

—Y que ya se le va acabando la segunda presidencia.—dice Melita.

—Todavía le faltan como diez y ocho meses. En fin; el cuento jederá, como dice Camilón.

La plata me está buscando: No sólo el jornal de tres reales, sino que papá me va a dar el valor del vestido y los botines que le han de comprar a Teodoro para el casamiento de Lola. Siempre era mejor plata que fiesta.

Don Teodoro, papá y Melita se van por tres días para asistir al matrimonio. Mamá y los otros se quedan unos días más. No por eso me quedo sin probar «el caldo amarillo» de bodas: Las de Fructuoso Osorio y Rogelia se celebran también. Y mana Salvadora, la espléndida madrina, nos ha enviado a los dispenseros y a mí ración de ajia-co y de dulce de brevas.

Ahora que permanezco tanto en el patio de la entrada acabo de entender el «laborinto», que dice Beneda. Eso es llegar y llegar la cargamenta y las reses para el matadero, sin contar las que

le compran a don Segismundo. Otra tinajada de condores irá a agregarle al entierro. No sólo el mundo de madera que han sacado de tantas partes, sino que en varias, donde sólo han quedado rastros y cepas inservibles, está quemando. Tal será la cosa que el humo tapa todo el cielo y lo desvanece en gasas de un azul grisáceo. Tantas cortas y largas le habrá metido Camilón, que el viejo ha consentido que echen una roza en compañía, allá tras la serranía del frente, en la zona de San Pablo, por donde viene el agua, y cuya acequia atraviesa el túnel donde anidan los colibríes. Allá me voy un domingo con Maluqueras para conocer esa toma de agua. La quebrada descende espumosa por pedrejones, turbando con su caída el silencio de esa cañada tan honda, ennegrecida ahora por la quema. A la vuelta nos metemos por los mampuestos, para disfrutar la dicha de mojarnos las canillas con esas aguas encajonadas en lo alto.

Desde la serranía admiro el hoyo del molino, la cañada colorada que abrieron las bombas, el sendero que por ella han practicado, y, allá arriba, la casa de La Mayoría. Vista enteramente de frente se me hace como el palacio habitado por La Fiera Encantada que se casó con La Bella.

Qué cosas oigo desde la puerta de mi almacén! Por muy malo que sea, siempre me divierten los reniegos de los arrieros y de Cornelio. Pobre! No cuarteaba yo esa carne, aunque me pagaran los cinco reales.

Como me tienen tanta confianza, me largo por las tardes de ceca en meca e inicio unos estudios acostado en la yerba, entre los arbustos floridos y los vientos del Alto del Ganado. Trabo re-

laciones con Juan Bedoya, el principal lavador del Molino Viejo de Santa Ana, el mismo Juan Malo, que dice Camilón, y a quien hizo ganar, por trampa, la cantarilla del nietezuelo de Custodia. Tendrá veintidós años y aún le chorrea el agua del bautismo. Parece hasta de buena familia y sabe leer.

Después que entrega el diario nos pegamos del Catón Cristiano. Ni se sabe cuál goza más con esos ejemplos y esos milagros! Me da muy buenos consejos; me consuela en mi soledad.

—Ni an malo sería qui'usté se quedara solito un tiempo largo. Es qu'ese niño Tiodoro a conforme es de divertido es de confiscao!

—Será más qu'El Príncés, Bedoyita?

—Puu! Hasta pior irá a ser!... Y vea una cosa: Esta compañía con el muchacho de mano Jurado y con el niño Tano tampoco le conviene di'a mucho. Tanté esos dos, metidos en la cocina de María Cifuentes!... Es'es la mujer más zafada pa la conversa! Las de Custodia le tienen azar y ya ve lo sobadas que son!

—Y Camilón no le parece muy zafao?

—El sí. Muy amigo di'alevantali'a uno testimonios. El comu'es distraído!...

Del Catón pasamos al Fleury y del Fleury al Compendio de Carreño.

—Usté ta muy bueno pa la maestría.—me dice una vez en que le explico—Si se queda aquí un tiempo largo arresg'aprender más qu'el maestro Brújulo. Y'eso qu'ese chuchumeco es mucho lo que sabe.

—Usted es el que está bueno para eso, Bedoyita. Cásese ligero para que tumbe a Brújulo.

—Tanté casame! Ni'an pa comprar ropita buena consigo. No ve que tengo que mantener a mi máma y a tres hermanitas?

—Bueno: Y su padre no las mantiene?

—Tanté padre! En casa semos todos Bedoyas por mi máma!...

Don Teodoro pártete para Medellín con doña Rosalía y sus niñas, a principios de febrero. Mientras tanto viene mamá con don Leandro. Mi regocijo se me agua un tantico: No traen a Teodorete.

Desde esa tarde principio yo solo el empalago, siempre en el corredor de nuestra casita.

—No se ponga triste, mi Negrito.—me dice mamá, cuando me tiene abrazado—Yo convine con Miguel y Amelia que no le dijeran nada de la quedada de Teodoro, porque la cosa estaba en veremos. Y ya sabe; ahora que no nos queda más muchachito que usted, tiene que estar todavía más formal.

—Sí, mamá.

—Ya ve todo lo que le dice Marto en la carta. Quedó contento con las cosas que le trajimos?

—Tánton, mamá!...

—Por lo que veo, mi Negrito, él lo quiere como a Teodoro. Mucho que se entristeció cuando supo que no iba al matrimonio: El tenía antojo de ver los dos Guaricongos juntos, bien galanes y estrenando vestidos y calzados. Me gusta mucho

que Miguel le dé la plata del vestido y de los botines. Usted no los había amansado en un día; y se le habían perdido, porque aquí no necesita botines todavía. Mejor que guarde la platica. Pueda ser que resulte con «talento del bueno».

A los pocos días estoy yo en el pupitre, mientras mamá cose. Trato de copiar un mapa de América del Sur, con los lápices de colores que me ha mandado Marto. Don Teodoro entra.

—Te vengo a decir una cosa, Elisa,—dice no bien se sienta—pero no te vas a chocar.

—Qué será, señor, esa cosa tan grave?

—Pues es que no me gusta nada esa determinación de haber dejado el otro muchacho en San Juan. Albano es un hombre que sabe mucho; pero siempre es muy oliscado en ideas religiosas. Cuesta da clases en ese colegio, y es masón. Y allá donde José Joaquín tienen libros muy perniciosos y leen periódicos prohibidos. Ese muchachito, con todo lo novelero y lo vivo que es, son muchas las ideas malas que va a coger. No te parece que tengo razón?

—Pues no sé qué le diga, don Teodoro: Todo el mundo tiene razón según como piense. Miguel y yo no hemos visto en eso ningún peligro. Ni siquiera sospechábamos.

—No sería mejor, Elisa, poner a Teodoro en el colegio de Ceferino?

—Usted habló con él el domingo?

—No, Elisa; apenas nos saludamos.

—Vea, don Teodoro: A ese muchachito, ni Miguel ni yo le entendemos el genio. Ni a él ni a

mí nos gustan los castigos de Ceferino.

—Pues eso es lo malo, Elisa. A Miguel se le ha pegado ese sistema de Albano de no castigar los niños.

—Lo que es rejo y palmeta, no tiene riesgo que les dé. Si ha de ser por eso, siempre tienen que salir unos caimanes. Pero allá está mi papá, que sí les anda duro.

—Sí, Elisa; pero con esa clase de maestros...

—Usted no me vive diciendo que sé mucha Religión?

—Sí, Elisa; vos entendés mucho de eso.

—Pues lo poquito que sepa me lo ha enseñado el doctor Albano. El leerá obras prohibidas, porque tiene permiso de los Obispos de aquí, y del Arzobispo Arbeláez. Yo no sé si Cuesta será mason o no será. Pero en las clases de Castellano y de Historia que él da en el colegio, me parece que no tiene por qué enseñarles masonería, ni creo que de eso den clase.

—Pues tal vez no, Elisa; pero oyendo ese muchachito las conversaciones que tienen allá tus tíos y Cuesta, y esas lecturas del Diario de Cundinamarca y otros periódicos, le va calando, poco a poco. No ves que ese vicio que tienen en San Juan de mantener libros de toda clase es muy pernicioso? Si nó, vean a José Joaquín: Es un hombre a carta cabal, y siempre tiene ideas muy malucas.

—Pues yo no sabía, don Teodoro; será usted el único que se las adivina. El apenas habla lo preciso, y como no echa discursos ni escribe en pe-

riódicos, no se sabe cómo piensa. Me figuro que un hombre que cumple los diez mandamientos de la ley de Dios y los cinco de nuestra Madre Iglesia, no ha de tener ideas muy malas.

—Sí, Elisa; eso es lo raro: Ya ves que se ríe de Rosario porque le iba a decir al Obispo que le concediera indulgencias al Nazarenito que le regalaste. Y vos también te quedaste muy disimulada con esta Virgen de la Soledad, tan perfecta. Ni cuando vino el señor Jiménez ni ahora que vino el señor Isaza se te ocurrió pedirles que le concedieran indulgencias. Y eso que Ignacia te lo encargó.

—No sería una cosa tan precisa, don Teodoro, porque la misma Ignacia le podía haber hecho la petición. Yo le he seguido rezando como siempre. Me parece más gracia rezar ante una imagen que no tenga indulgencias. No ve que así no pedimos rebaja? Y ya ve: Mi papá, con esas ideas tan malucas, se confesó con el señor Isaza, y usted y Miguel, tan sumamente creyentes, se quedaron muy desentendidos.

—Pues tal vez sería para que le diera permiso de leer esos libros.

—No sé; probablemente sí; y vea don Teodoro: Pecado que se puede cometer con permiso, no será para condenarse. Nunca he oído decir que concedan permiso para matar ni para robar.

—Esos libros son un veneno lento que va matando las almas. Todos los deberían quemar para evitar tantos peligros.

—Pues sí, don Teodoro: Se debía quemar todo, porque con todo se puede pecar.

—Pero esas lecturas son las que matan la fe.

—Entonces no le debían enseñar a nadie a leer ni a escribir. Es muy natural que se preocupe por los nietos, pero se está alarmando más que Ceferino. Y si han de salir liberales, lo mismo es con libros que sin libros. No se confunda por eso. Mi padre es el único que puede vigilar a esos muchachitos, como ha vigilado a los hijos, y ya ve que le salieron muy juiciosos.

—Pues habrá que encomendarlos mucho a Dios, Elisa.

—Eso sí, don Teodoro; eso hacemos todos los padres; y sin la ayuda de Dios nada nos resulta bien. No le dé mucho miedo de los herejes: Acuértese que Nuestro Señor Jesucristo dijo que las puertas del Infierno no prevalecerán sobre la Santa Madre Iglesia. Ofrezcámosle el rosario a la Virgen, con fe, por la extirpación de las herejías.

Ah, mamá!

Qué tantas cosas he aprendido!

Ya sé que la rosa de los vientos no es de maíz. En efecto: La geografía de cielo y tierra me tiene embelecado. Entiendo y manejo perfectamente los dos globos, y Melita, en las noches estrelladas, me enseña el zodiaco y algunas constelaciones.

Las mentiras que me había metido Escribano!... Todo para que no me pusiera triste. Qué tan bueno era!

Estas lecciones de Melita me balancean entre sustos y ofuscamientos. Ese espacio y su Hacedor sin principio ni fin; esos mundos que bailaban como trompos, sin parar y sin toparse; esas

luces, esas distancias, esos tamaños, esa luna muerta; ese sol, más chiquito que muchas estrellas, no sé si me caben bajo los crespos, y rezo por mis padrecitos y rezo por todo.

No iba a ser «creído ni jaito». Sería humilde como me enseñaban mamá y Melita, pero siempre era algo maluco ser uno así como una nigua.

No era ni gracia que Escribano supiera tanto: En ese Libro del Estudiante se aprendía de todo. Si ese maestro que le enseñaba supiera tanto como Melita, Escribano sería ya un doctor.

Con la ausencia de Teodorete me entrego más a los estudios. Y como soy el muchachito de la casa, procuro honrar mi puesto y suplir al Príncipe en los mimos a las dos hermanitas. Raquel es menos comunicativa; pero a Elenita tengo que hacerle todos los melindres, los paseos en el carri-coche y la cogida de flores.

Con mi entrada definitiva en La Casa Grande casi paso mis estudios a la tienda. Aprendo a despachar drogas, con todo y pesada. Y hasta me parece que soy capaz de pesar el oro en aquellas dos balanzas tan finas. Cantalicia vive feliz con todos los informes que le da Jacoba sobre mi ropa: Aquellas dos mudas de la semana me las quito casi limpias, y hasta la chamarra de trabajo rivalizara con la de Minos.

También estoy de maestro: He bajado hasta el río para enseñarles a Tano y a Jurado a poner los anzuelos a la usanza de Morrolargo. Le repaso a Raquelita las lecciones; aprendo con ella La Perrilla, La Contra Perrilla y La Contra Contra Perrilla; y mientras ella borda el abecedario en su dechado, le explico pasos del Antiguo y del Nue-

vo Testamento. Repollito se mete en docena, y va de Simón el Bobito y de Rinrín Renacuajo. Aunque ya tiene cinco años, siempre son ele la erre y la de. Según mamá ya no es Repollito sino Matica de Col.

Cómo dudar de esa mi espuela, que dice Miguelete? Menos ahora, cuando les pongo cartas a Nicanor y a mis hermanos. Escribiendo estoy una de estas epístolas, cuando llega don Julián con su fámulo. Lo acomodo en su silla habitual y llamo a mamá.

—Sí que está guapo, su Merced.—le dice ella
—Está aprovechando este medio día tan bonito?

—Sí, hija. Déja, Minos, el ovillo aquí en la cómoda y vete a ayudarle a La Larga.

Obedece el fámulo.

—Y qué está haciendo La Larga, don Julián?

—Lo de siempre, hija: Echarle plumero a todo lo que topa y levantar harto polvo.

—Doña Rosario como que ha estado muy aliviadita en estos días; no es cierto?

—Ella sí; mientras esté sin Teodoro; pero apenas llega él se le pasa el alivio y se pone a hablar más delgadito que una aguja.

—Es que a todas las mujeres nos gusta que el marido nos haga el mimo. No era así La Señora?

—No, hija: A La Señora no le gustaban mimos ni pendejadas. Ella recibía con toda paciencia todos los trabajos que nos mandó Su Divina Majestad. Cuando se murió Martiniano era ella la que me consolaba a mí. Es que mujeres como

La Señora ya no se vuelven a ver.

—Muy cierto, su Merced. Ella fue una santa.

—En estos días no he hecho sinó acordarme de ella. Eso es señal que muy pronto nos va a juntar en el cielo su Divina Majestad.

—Quién sabe si eso se demora todavía; su Merced está tan fuerte como don Teodoro.

—No me quieras envolver, hija, como a un niño de teta. Su Divina Majestad me ha dejado vivir más de lo necesario. Tal vez será para que purgue en vida mis pecados.

—Pero su Merced es un señor muy alentadito y que vive muy tranquilo. Ojalá todos tuviéramos una vejez como la suya.

—Sí, hija; pero los viejos no servimos más que para estorbar.

—Qué estorbo van a ser, don Julián? Sirven más que todos, para quererlos y para respetarlos.

—Sí, hija; pero con eso en nada le ayudamos a la familia. Y menos yo que apenas les dejo esa casimbita de Medellín, que no vale cuatro tabacos.

—Y el buen ejemplo a quién se lo va a dejar, su Merced?

—Pues tal vez ni bueno habré sido, hija. Como viste, yo quedé muy contento con la confesión general que hice con el señor Obispo, y aguardo la muerte tranquilo, confiado en la misericordia de su Divina Majestad.

—Hoy tiene muy despejada la cabeza, señor.

—Tal vez sí, hija; y cuando los viejos nos

desembobamos algoito, es señal que nos pide la tierra. Y dónde está La Chiquita?

—Debe estar en la tienda. Para qué la quería, su Merced?

—Para que me le hiciera los nudos al cordón de mi Padre San Francisco. La Chiquita es la única que sabe echarlos en tubillo; Ignacia y Minos no salen con nada.

—Ahora que venga se lo arregla en un momento.

—Dime una cosa, hija: Miguel y Eladio sí me hicieron el ataúd, o fue que yo soñé?

—Sí; se lo hicieron hace tiempo, muy bien hecho y muy bien pintado, desde que su Merced lo ordenó, cuando le mandaron a decir las misas de San Gregorio. No se acuerda que lo hizo guardar en el cielorraso del oratorio?

—Ya me acuerdo, hija. Y ve: Allá en La Casa Grande son muy aturcidos. Apenas me veas enfermo mandas por el cura para que me ponga el Santo Oleo y me aplique las indulgencias, y le pones un peón a Moncada para ver si me alcanza y puedo echarle la bendición.

—Cuenta conmigo, su Merced.—le dice mamá enjugándose los ojos—Y dígame qué otra cosa más se le ocurre.

—Pues, una bobada, hija: Quisiera que le dieran a Minos una buena paga.

—Como cuánto, su Merced?

—De veinte pesos para arriba, hija.

—Todo se hará como su Merced lo quiere. Se lo prometo.

—Y ya sabes: Ese libro de Santa Teresa es para tí.

Mamá no le contesta porque las lágrimas la ahogan.

—Míra tú, Moncadita:—dice dirigiéndose a mí—Llámame a Minos.

Corro a obedecer porque también quiero llorar.

La vida transcurre más o menos como en el año precedente. Y el Mohán, de que ya nos íbamos olvidando, resulta de nuevo, más terrible que antes: Le han visto, del río para acá, en el Alto del Toro y en Cañada Jonda. Interrogo a Bedoyita:

—Pes quien sabe, niño Eloy. El izque nos tiene mucho miedo a los hombres libres, pero tal vez es alguno d'esos que comen gente, y arriesga a robase algún muchachito d'estos laos. A yo me parece qu'en El Sitio y aquí en la mina deberían hacer alguna rogativa p'huyentalo. Ya vido como se fue por los montes el río en esta creciente de la Santa Cruz, y no jué p'arrastrar a es'indino. Ai izque vive en pelota ese sinvergüenza. Hasta será el diablo chiquito!...

Acaso por la ausencia de Teodorete me paso con armas y bagajes a la derecha.

Con tal que no trajese otra peste!... Según mis cuentas, deberían haberle crecido mucho los cuernos y la cola.

A pesar de mis temores a preguntar lo que no debo, me atrevo a abordarle el punto a Melita.

—No piense en eso, Eloy. No hay tal muhán. Persígnese con harta devoción y con eso tiene.

La tranquilidad de mi maestra me disipa un tantico esos ilusiones tan intrigantes.

Viene junio con sus soles, con la floescencia de las orquídeas y los alborotos de las golondrinas. Hacemos muchos planes; pero en la mañana de un martes, cuando Minos levanta al viejecito, se le desmaya en la cama y queda aletargado. Alarma en toda la casa. Los mayores le rodean. El radio monta y vuela al pueblo por el señor Cura. Largo Valencia se va en la Pájara a traer a mis hermanos. Despacho a la carrera, para tornar a la sala. Arrimado a la puerta del cuarto, oigo y veo. Entre carreras y confusiones arreglan la casa y el altar para recibir el Santo Viático. Por que lo alcance el venerable, en sus sentidos y potencias, Ignacita implora de rodillas.

Dios escucha: Don Julián entreabre los ojos y articula con voz clara:

—Qué horas son?

—Son las ocho, su Merced. Prepárese que ya le llega Nuestro Amo. Tome su Cristo.

E Ignacita se lo lleva a los labios, se lo pone en la diestra, y el viejecito lo empuña.

Melita me manda a avizarar. Y, en cuanto diviso que por el repecho bajan gentes y que los arrieros paran las bestias y se arrodillan, sombrero en mano, corro a avisar. En un instante riegan flores desde la entrada hasta el cuarto. Suenan en el camino la campanilla y el rezo. Corro a abrir la puerta de golpe. Empleados y domésticos nos arrodillamos.

De roquete y estola, la diestra al pecho sobre la escarcela de la píxide, entre el acólito del

farol y el de la campanilla, seguido de los devotos, surge el sacerdote, prez en labio: «Mi Jesús Sacramentado, mi dulce amor y consuelo».

Acude don Isaías a desmontarlo. Mas no puedo seguir la ceremonia porque me cae ocupación inaplazable. No sé cómo despacho: Estoy como asustado. Se me agolpan en la cabeza tantas cosas de Morrolargo. Y ese cielo tan límpido y ese sol tan glorioso me acaban de impresionar.

Cantalicia, como si adivinase, viene en mi ayuda.

—Vea, Cordero: No se ponga a ayudar a descargar; camine siéntese aquí en el Pago, por si lo necesitan. Don Juliancito no se muere ni tan ainas. Comulgó en su acuerdo y ai está el señor cura poniéndole el Sant'Olio. A mí me parece que los niños siempre lu'alcanzan, por muy tarde que lleguen.

Obedezco. Y al murmurio de las oraciones rezo sin mover los labios, y las flores regadas y las orquídeas difunden sus perfumes.

Pasado un rato los devotos van saliendo y luego asoma Ignacita, transportada.

—Bendito sea Dios, Eloy! Se lo va a llevar con todos los auxilios. Ya nos echó la bendición a todos. Pueda ser que aquellos muchachitos lo alcancen.

—Mediante Dios, Ignacita.

—Váyase a almorzar, Eloicito, que ya lo llaman de la otra casa.

La mística va a arrodillarse a la puerta del oratorio.

Siento hambre; mas aquel almuerzo, con las caras tan demudadas, no sé cómo lo tomo. Ni los retozos de Repollito me sacan de mi abstracción.

—Vea Jacoba:—manda mamá—No las deje salir de aquí. Cuidadito, Raquel. Póngase a coser o a rezar con Laurencia.

—A qué horas vendrán, mamá?

—Quién sabe, mi Negrito. Ahí está rezando Ignacia por que lo alcancen.

—Allá verá que sí, Elisa.—asegura papá.

Camilón ataja las gentes que acuden y que pretenden entrarse hasta la sala.

A eso de la una llegan don Ceferino y los dos tíos de mamá.

No sé si el tiempo corre o se detiene. Qué horrible era esperar! Con mi andar de gato me asomo de vez en cuando. El viejecito sigue en el mismo sopor, y el sacerdote bisbisea en su libro. Bre-go por estudiar, pero... imposible! Papá y yo no quitamos los ojos de la falda.

—Qué dice Isaías? Ya dieron las cinco.

—No se confunda Miguelito; ellos no deben demorar.

Por fin asoman. Por la escalita de piedra trepo, por el vallado salto, en el repecho los encuentro.

—Se murió?—grita.

—No, Tiodorete.

—No te lo decía, Marto?

Marto me abraza mudo. Tiene los ojos hin-

chados de llorar. A los consuelos de Largo Valencia bajamos de prisa. Mas cuando se abrazan con mamá y Miguelete, El Príncipe larga el llanto.

Cinco minutos después los biznietos se arro-dillan, inclinadas las cabezas, ante el lecho del moribundo.

—Padre Julián.—le dice papá—Aquí están Moncada y Moncadita.

Repite. El anciano abre los ojos, busca, y con mano convulsa toca las dos cabezas y las bendice.

Marto le retiene la mano y se la besa. No quiere separarse; mas los sollozos lo ahogan y papá lo levanta y se lo lleva hasta el corredor. Nosotros les seguimos, y mamá ordena:

—Caminen a comer. Deben venir transidos.

—No tengo hambre, Elisa. Que vaya Teodoro.

—Come sin hambre, hijo.

Lo lleva a la casita. Luégo que le hace tomar alguna cosa lo manda que se recueste. Lo llamaría cuando fuera tiempo. Nos echa, nos manda lejos, para ver si el otro se duerme. Y nos vamos a platicar en secreto a la banca del Pago.

—Yo también estoy muy triste, Eloicete, pero no pongo la cazuela para que mi padre Teodoro no me regañe. Tal vez ni se morirá nada el viejito. María de los Dolores nos hizo poner los vestidos negros, pero yo no quise ponerme los botines ni el chaleco ni la corbata. Eso es muy aburridor. No li'hace que quede parecido a Brújulo, así a pata limpia.

—Y has seguido muy contento en el colegio?

—Caminá vámonos pa la banca del Gabinete Azul. Allá te cuento. Aquí no dejan con esta entradera y salidera. Allá es muy bueno, Eloicete. —prosigue en cuanto nos sentamos—No te lo dije en la boleta? Allá hay unos muchachos muy chinches y muy buenos pa peliar con ellos porque son muy gallinas.

—Y es muy bravo el maestro?

—El no pega ni con palmeta ni con pretina, pero le dice a uno sarcasmos parecidos a los d'Elisa. Siempre era mejor la escuela de don Federico Jaramillo, pú!..

No sé cuántas cosas me ensarta. Nos llaman. Marto duerme. Después de la merienda nos hacen acostar. La misma agitación del día me hunde al instante en el sueño. Nos despiertan a las cuatro. Teodoro y yo nos vamos a la sala. Por vez primera contemplo de cerca un muerto y su espectáculo. Escalofrío indecible me sobrecoge. Don Julián ya no es don Julián: Es el San Francisco de Paula que tiene en su cuarto. El San Francisco dormido. Con sus manos de cera sujeta el Cristo sobre el pecho. Nos arrodillamos. Brego por rezar, y no rezo. Apenas si oigo las preces que murmura Ignacita. El silencio, el recogimiento que todos guardan se me transmite. Mas el Cristo, las luces, las flores, las telas negras, me envuelven en algo sobrenatural.

Marto entra, mira; mas no se arrodilla; vase derecho a San Francisco y lo besa en la frente; bañado en lágrimas lo contempla; en silencio se sale. Mamá le sigue. Me asomo. En el comedor están abrazados.

Torno a la sala. Theodorete sigue de rodillas,

atisbándolo todo y haciendo caras. Y me dice al oído:

—Fijate en el retrato de mi madre Rosario! Qué tan bonita sería! Salimos.

—Esos son los gallos de Camilón los qui'hacen esa bulla tan sabrosa. Oí y verés que tan feo cantan los gallos criollos y los pollos.

—Cantan muy maluco, Tiodorete. Van a entristecer más a Marto.

—Es que Marto es así. Como a él no lo regañaban por llorón cuando estaba chiquito... Y ve una cosa: Fue qu'él pelió con Faustina, porque se la jugó en diciembre, mientras estuvo aquí, y todavía está muy caliente.

—Con algún colegial de los qu'estudian en Medellín?

—No sias pendejo! Fue con un dientipodrido muy chinche, hermano d'esos Sarabias que posan en casa. Qué tal será! Después que Marto li'hablaba con mucho cariño porqu'era huésped, se puso a coquetiar con ella. Y Marto no pudo desafialo ni metele unas cocas, porqu'estab'en casa y es más chiquito.

—Ah boba qu'es Faustina! Quitásele a Marto qu'es tan cuadrao y tan bizarro!..

—El sí! Y ahora que si'afeita por los cachetes y por la cumbamba, pa que le luzca el bozo que l'está naciendo, más bien está buen mozo. Que chupe! Pa qué consigue esas novias tan chiquitas!

Hablamos del Mohán. Qué tal que se fuera a llevar al «Emblemo». Si lo cogían siempre vendrían él y Marto para conocerlo. Me vuelvo a izquierda.

El viento del amanecer nos trae ese olor de tanta flor y tanto matorral humedecido. Los afrecheros madrugadores principian su algarabía y el compás de los molinos se acentúa, tan triste, tan triste! Mas para probar que nada significan los pesares de la tierra, asoma el sol por el perfil oblicuo de la serranía y todo lo inunda con las lumbres del cielo.

Don Julián ha muerto desde las diez. El padre Alejandrino se levanta. Había que llegar al pueblo antes de las ocho para la misa de requiem. Y todo está preparado para el caso.

En una camilla tendida de negro aseguran el féretro. Hijo, nieto, Moncada y... don Ceferino le sacan hasta la entrada. Sobra quien se turne en el tránsito.

La comitiva se inicia, cuáles a caballo, cuáles a pie, entre los responsos que encabeza el sacerdote. Me quedo divisando desde mi puesto cómo se enfila falda arriba el fúnebre y numeroso cortejo. Forman en él cuantos trabajadores no tienen obligaciones perentorias. Cumplo las mías, a pesar de mi sonambulismo. Terminadas, me voy a aquella casa desierta. Sólo se oye, en el cuarto de doña Rosario, el murmullo de las oraciones. Aún entristecen los fúnebres aparatos. Las ventanas y las puertas están abiertas. Siento olor de Agua de Florida y de oratorio. Atraído por el misterio me entro al cuarto de don Julián. Todo pulcro y tendido; en la cabecera, la Virgen de las Indulgencias; más arriba, San Francisco de las Llagas; al frente, el de Paula. «Charitas» reza el lienzo, sobre la cabeza del mínimo taumaturgo; en la mitad del lecho, en palmatoria coruscante, arde un cirio.

Melita me sorprende arrodillado en la tarima de Minos.

—Está rezando los padrenuestros, el Negrito? Muy bien. Apenas acabe se va a almorzar, para que entretenga a Elenita y no venga a hacer bulla ni a gritar. Raquel está rezando con nosotras.

—Se quedaron solas, Melita?

—No; con Tila y doña Chinca.

Sólo han quedado por guardianes de la niña, Sebastiana, Laurencia y el perrito.

—Está necio, Loicete. No se quiele echale en el tapete.

—Y ya le dieron de almorzar a mi Matica de Col?

—Sí; alocito y fitas: De toíto.

—Camine siéntese en la mesa para que almorcemos junticos.

—Sí; tomo lechita y no la delamo.

La siento en su silla a mi lado.

—No te fuites a gualdal a mi pale Julián?

—Y a dónde lo van a guardar?

—Pes en la iguesia, con la Vilgen. Malto y Tiodolete van a volvel di'aquí'un latico.

—A cuál quiere más de los tres: A Marto, a Tiodorete o a mí?

—A Malto, y... a toos!

—Usté quiere más a Tom.

—Sí. Es necio como Tiodolete.

Entre los despachos y los cuentos de Rafael Pombo paso aquellas pocas horas, tan raras e indefinibles, de mi existencia.

Beneda entra por la puerta del corral, arrebujada en un pañolón, vendada la frente con un pañuelo, los ojos de vaca más lánguidos y melancólicos.

—Camine pa'cá.—le dice Sebastiana—Siéntese ai en el banco junto a la puerta. Quiere beberse un tabaquito?

—Pa qué? Ahora no me vale ni la Maunífica. Esa tazada di'agua e cidrón y toronjil me puso pior. La niña Melita me dio a güeler Agua Florida y mi'untó en la frente y tampoco mi'ha aprovechao.

—Bregue por consolase, m'hijita, porque le paña la moridera.

—A yo no me da eso ahora. Es qu'el pesar regüelto con rabia lo quebrant'a uno.

—Y por qué tiene rabia, Beneda?

—Es que Josefa y Canuta ya'stán con miedo del ánima de mi amo don Juliancito. Como si hubiera sido algún enterrador de plata go algún malvao. Ni'an los injustos espantan, mientras hagan la novena y esté ardiendo en la cama la vela bendita!... Con esos miedos, en vez de rezale! Ave María! El Señor Espontigo habrá de valenos en esta pesadumbre! Al que más pesar le tengo es a Patrón. Anqu'esté viejorro siempre es muy duro que se le cierre la güerfandá.

—Y no li'ha dao mucho pesar del niño Marto?

—Pes también. Peru'el tan siquiera'stá mozo. Mucho li'ha gustao a Patrona vele esos senti-

mientos tan lindos. Y di'usté, niñu'Eloy, también está muy pagada: Usté ha estao más triste qu'el niño Tiodorito.

—El también lu'ha sentido mucho, Beneda.—dice Sebastiana—Es qu'el niño Tiodorito, de puro artiloso y brincón, ni'an se le saben las cosas; y él siempre ha sido muy desentendido pa la querencia. Ya ve todas las carantoñas que li'hace el niño Marto y ai se queda como si no fuera con él, con todo lo que lo quiere.

—Sí, Beneda: Así es la cosa.—apoyo yo—Tiodorete no llora, porque lo regaña mi padrino; pero él quería a don Julián lo mismo que Marto.

—Y ahora sí que vino jaque El Príncés, con ese vestido negro y ese bocito.—dice Sebastiana.

—Muy buen mozo y muy acuerpao, con esa gaita, mismamente como la de Patrón; pero siempre son más lindos el Azogao y el Negrito.

—Eso es ahora qu'estamos tan potrancos. Mamá dice que cuando crezcamos vamos a ser unos matalotes. Y no s'entristezca tanto, Beneda. Me parece que ni ayer ni hoy ha llamao a Indino ni a María Antonia ni a Tirano. Llámelos y verá cómo se consuela.

—Ni'an con eso, Eloicito: Ai le di las migas a Indino sin decile nada. Ni'an volverá.

—Y Petos?

—Dendi'antier que lu'acosté, nu'he acatao a alevantalo.

A eso de las tres regresan; pero todos se reunen con doña Rosario, y Cantalicia me dice:

—Quédese por aquí cerquita; pero no se cuele al aposento si no lo llaman.

—No me cielo.

A poco se me viene Teodorete. Nos vamos a longanicear y me echa todo el relato. Lo que más lo entusiasma es el discurso que echó don Ceferino en el cementerio.

Esa noche, después de la novena, hace Marto el empalago a su par de Guaricongos, porque mis dos hermanos han de madrugar, oscuro, oscuro.

Y tanto que cuando despierto ya se han ido. Mi principal tristeza es el no haber contemplado bien a Teodorete en el caballo de don José Joaquín.

Lutos los de entónces. Y eso que a mi padrino le desagradan las exageraciones en trajes y en rezos. El abatimiento lo enferma. Derrame bilioso diagnostica doña Chinca, y aquí de los carbonatos y los bebistrajos amargos. Toma cama por tres días. Muchos más le aconsejan todos, pero el señor no se contiene: Vase a sus vueltas y al asunto de los víveres, todo ello entre las visitas de pésame y las cartas enlutadas. En sus horas de vagar le busca el lado a mamá, para que le lea, y ella le revuelve la Imitación de Cristo con otras cosas que lo saquen de tantas austeridades y melancolías. Hasta versos le lee en ocasiones, y el señor se ríe con la riña casada entre Zorrilla y los mejicanos, que ella ha encontrado en los forros complementarios de El Hogar. Por cierto que ambos a dos, y Melita tras de ellos, declaran a Zorrilla completamente derrotado. Y yo, apenas largan el libro, corro a ejercitar la memoria en aquellas

tandas de versos virulentos que he venido a entender de viejo.

Entre tanto Raquel y Elenita están felices con los indumentos de muselinas negras consteladas de blanco. Qué irían a decir los curas?

Don Teodoro, como antes, viene de sobremesa a fumarse su cigarro; y una tarde se repantiga en su taburete recostado y dice:

—Qué te parece, Elisa, que he meditado muy bien en aquellito y estoy por ceder. Es que con la muerte de mi padre he pensado en tantas cosas, que me han voltiado patas arriba todo lo que tenía en la cabeza.

—Si me hubiera pedido albricias—repone mamá—se las habría pagado en onzas de oro. Creo que es el alma del viejito que le ha soplado esa inspiración.

—Pues no te quede duda, hija, porque estoy resuelto. Ni Severo ni nadie en la casa se opone, sino yo: He visto que tal vez es una terquedad. Qué opinás vos, Miguel?

—Que me gusta mucho esa resolución. Angelina ya no puede querer a otro. Ya vio hace dos años todas las manifestaciones que le hizo aquel joven tan notable de Marinilla, que vino con Ceferino, y ella no le hizo el menor caso. Enrique es un muchacho muy bueno y de mucho porvenir. Usted bien sabe, padre, que es muy blanco por los cuatro costados.

—Sí, hijo; pero... esa maculita! Hasta a esta Elisa, que es tan despreocupada, se le asienta.

—No, don Teodoro; dispense: Siempre me ha parecido que en eso hay mucha injusticia; y,

si en las familias principales nos ponemos a espulgar, encontramos la mácula, hasta más fea.

—Sí, Elisa: Pero eso de que la abuela de ese muchacho no haya sido bien señora, no resulta muy bonito.

—Vea, don Teodoro: Esas cosas se notan en una soltera; pero usted bien sabe muchas historias de casadas que pasan por muy señoras. Es que ustedes los hombres son muy cómodos: Hacen caer a las mujeres y ellas cargan con el oprobio y ustedes con la gloria.

—Así es, hija; pero esa injusticia ya no hay quien la enmiende.

—Sí la enmiendan, don Teodoro: Muchos bastardos de reyes son más acatados que los príncipes legítimos. Allí está el rey Salomón, que lo diga.

—Vos siempre sacás argumentos! Pero en todo caso decíle a Angelina, para que se lo haga saber a Enrique. Si se han de casar apenas me muera, como dice la vieja Idárraga, que se casen desde ahora.

Con el recogimiento de la familia me voy encauzando más y mejor en mis trabajos, en mis estudios en textos y en ese otro aprendizaje práctico de la vida que a todo niño le entra, sin que se lo percate.

Ya voy entendiendo las agrupaciones y rivalidades de los peones; ya sé cuáles son los cantarranas y los natilleros, cuáles los cañoneros y los gurres. Y los apodos que tienen los de San Juan y los de Guarne. Lo mismo me acontece con los arrieros.

Y qué decir de mis estudios? He completado El Libro del Estudiante con las ampliaciones orales que me hacen mamá y Melita. Ambas a dos, por instinto pedagógico, me hacen exponer por mi propia cuenta, sin ajustarme a los textos, todos mis conocimientos. Y aquí tengo de consignar que estas dos señoras, que apenas podían transcribirme nociones elementales, despertaron en mi espíritu la curiosidad por los estudios y cultivaron en mi corazón los sentimientos religiosos que me había infundido Cantalicia.

Esta mente mía pasa de la regla de tres y de aligación a las constelaciones y a la geografía sagrada; de las historias bíblicas y evangélicas, a la patria.

Ya he hablado de las narraciones de mamá y Melita: Hablaré ahora de las de Jacoba. A ella me encomiendan, acaso para que me adiestre en el arte narrativo, y Jacoba me va sacando todo el repertorio. El Anima Sola, que es leyenda medioeval; el Prefacio de Francisco Vera, variante del Romance del Cura, recogido por Rodríguez Marín; El Embaulado, que es nada menos que el argumento del Cimbeline, de Shakespeare.

Camilón hace por esos días convites nocturnos para desgranar el fríjol de la roza consabida. Papá me manda a tales sesiones para que le oiga a Pando el cuento de Sebastián de las Gracias.

Este competidor de mano Jurado es el cuentista típico y careado de las minas. Tiene mucha mímica y saca voces delgadas o broncas, según el caso. En el corredor y en la sala del palacio de justicia es el desgrane.

El viejo narra y Pando el chiquito, acompa-

ñado de su vihuela, entona las coplas de ese poema caballeresco y mágico. Llevamos dos sesiones y el cuento está por pelar, porque esta narración la alargan y la combinan a su amaño según las granjerías que obtengan los narradores. Quéjome a Jacoba de esta demora y me dice muy picada:

—No sé por qué lo mandó mi amo Miguelito a oír a Pando. Ese cuento lo sé yo mejor qu'ese filático. No tocaré vigüela ni cantaré, pero sé todo el verserío.

Jacoba me continúa el cuento. De todo aquel cúmulo de aventuras lo que más me maravilla es el vuelo de Sebastián en el águila, rumbando por el cielo, bebiéndose los vientos y dando vueltas y revueltas del palacio del rey a las cumbres de Monte de Oro y de éstas a la Luna. Ese vuelo se me ha incrustado en la memoria de tal modo, que ahora, cuando siento a los aviones cantar el himno pitagórico, no pienso en el Vinci ni en el Pegaso alas de cera, ni en nada apocalíptico, sino en Sebastián de las Gracias, montado en ese aguilón, las manos en la rienda mágica, pegadas las ancas en el arranque de aquellas alas abiertas, cuya envergadura «no cabe en la sala de La Casa Grande».

En esos días de duelo tenemos otra pesadumbre: Tom ha muerto. Cuando menos lo pensamos se ha perdido. Y un carretero lo saca despedazado del socavón, sobre la carga de mineral: Se ha despeñado por una lumbrera. Lágrimas con la noticia. Papá, Largo Valencia y yo acudimos. Lo envolvemos en un encerado, lo enterramos ahí cerca, y señalamos su sepulcro con una piedra. Cómo ha ido a parar a la lumbrera? Perseguiría algu-

na mariposa? Lo arrastrarían allá los ilusiones? Sería la atracción de los abismos? Sería ése su destino? Mas, de todos modos, Tom se ha suicidado. Hay poetas que se asfixian en la tierra.

Por fortuna que Jacoba y Laurencia andan con las niñas por las casitas de Santa Ana. Cuando regresan, mamá les cuenta la historia. La madre de Tom ha venido por él, y se ha ido con ella muy contento. Volvería con él cuando estuviera un poquito más crecido.

Beneda nos da el gran consuelo:

—Dele gracias a Dios, niñ'Elisa. Da mucha congoja la muerte del perrito, peru'esu'es una revocación de la muerte di'alguno de los niños. Usted bien sabe que cuando se muere un grande siempre se lleva detrás algún chiquito.

Por lo que es mi parte quedo muy satisfecho con la explicación. Acaso hubiera sido Repollito la elegida por el bisabuelo.

En septiembre, previa licencia eclesiástica, se celebra el matrimonio de Angelina en el oratorio de la casa. Ese mismo día se van para La Blanca, donde piensan permanecer algún tiempo.

Desde octubre llega don Pepe Aguilar, que ha de sustituir a don Teodoro. Es señor noble, pariente de los Castellanos y ha administrado empresas mineras en Remedios. También entiende de minería; pero el que ha de reemplazar a papá es Leopoldo. Papá siempre seguirá sirviendo a la empresa como ingeniero consultor.

Todos estos sucesos conmueven esa república en pequeño. Largo Valencia y los Dávilas, Tila y doña Chinca están aprendiendo a resignarse.

También cursa resignación Ignacita: Dejar estos montes donde han vivido tantos años; dejar sus gentes, sus catecúmenos y su misión evangélica; dejar esa iglesia, esos curas, esos amigos de La Blanca; dejar en ese cementerio los huesos del abuelito idolatrado!..

Como una esfinge permanece doña Rosario a todo esto; y, cosa rara! Sus achaques le han dado alguna tregua. Se siente muy capaz de irse hasta Medellín en su bestia, cabestreada por Largo Valencia.

Ya por estos días he conseguido enemigos: Jurado se me ha volteado, y, en compañía de Pispirís me chiflan el corcoveo y me gritan: «Eloicete lambón! Arrimao consentido!»

Mas, tanto me ha ilustrado Melita sobre este asunto del arrimadijo, que aquellos insultos me entran por un oído y me salen por el otro.

—Mi Negrito como que no está bien contento con el viaje?

—Yo sí, mamá; pero es que...

—Sí, ya le adivino: Le da tristeza dejar el jornal. No sea bobito: El que quiere trabajar, en cualquier parte gana algo. O si no, vea a Cantalicia.

—Ella se va con nosotros, mamá?

—Por supuesto, mi Negrito. Ella se va a donde nosotros nos vamos. Es como Ruth con Noemi. No se acuerda?

—Sí, mamá.

—Diga, Eloy, ese pedazo, que es muy lindo. —me manda Melita.

Y yo, como un grafófono, repito:

—«Adonde quiera que vayas, iré: Donde morares, yo también moraré; tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios; y el lugar donde murieres, será el de mi sepultura».

Días de despedidas, de regalos, de herencias.

Ursula tampoco se quedará. Si el arriero sanvicenteño le ha de cumplir la palabra, irá a buscarla a San Juan.

Los viejos parten para Medellín. Viene la familia del señor Aguirre. Y viene Marto para ayudar, para sacar aquel molino escondido y para arreglar la llevada del carricoche. Y un jueves arrancamos. Repollito, en la cabeza de la silla de Marto, es la única alegre. Los demás viajamos melancólicos. Melita y yo nos demoramos un instante frente a los molinos de Santa Ana. Oímos la gritería de los monteros, el chirrido de las carretas, el eco constante del hacha y el canto sin tregua de aguas y pisonos: Toda esa sinfonía del oro que nunca cesa.

Y... adiós infancia, tan traída y tan llevada, de Eloy Gamboa.

VIII

Pues, señor: Haciendo mil maromas y gimnasia; a veces como viejo, a veces como niño; pedanteando no poco; divulgando muchos secretos, he podido reconstruir la película parlante de mi infancia, con circunstancias de tiempo, lugar y persona, y las aclaraciones respectivas. Todo, como lo indiqué al principio, por complacer a mi yerno el doctor Collantes. Mas héteme aquí que no ha quedado satisfecho: Que esto está trunco, y que tengo que contar en qué pararon tantas misas. Lo haré a jalones; que de otro modo tendría que escribir una docena de tomos.

Continúo, pues:

Al poco tiempo de llegar a San Juan, después de apadrinar a Eladio y de casar a Ursula con su arriero, se vienen mis padres para esta Villa de la Candelaria, con las dos hermanitas y la servidumbre, para ir formando el entable.

El Negrito es ya nieto de Juaco y de María de los Dolores. Cantalicia pone fonda y yo entro en el colegio. En el mercado dominical vendo ca-

TOMAS CARRASQUILLA

cao, sal y tabaco, de once a cuatro.

Juaco debe de ser algo brujo: Sabe donde están y qué hacen los dos potrancos. Tenemos a la pata a Gabriel Carmona, que es el Largo Valencia de la familia, y a Marto, que no despabila con los dos Guaricongos.

Nos han admirado mucho el carricoche, que ha rodado por la plaza, y el molino, que ha armado Marto en el agua de la pila; pero ambas maravillas ha vuelto a sepultarlas en otros escondrijos.

Mamá y Lola escriben felices con el progreso de La Villa. Ya han montado en coche; pero la diligencia apenas la conocen. Es muy hermosa, muy bien pintada de amarillo, con paisajes en la portezuela y tirada por seis mulas. Pronto traerán los vagones, que también pueden viajar hasta Barbosa. Ricardo de la Parra, ese hombre tan poeta y tan sabio que no creía en Dios ni en Santa María, ha muerto en Envigado, convertido por los argumentos de los doctores Ospina y Uribe Angel. La Compañía Zafrané está dando dramas y comedias de mucha novedad. Lo que más le ha encantado a Lola es La Levita, de Francisco Gaspar, y La Saboyana, un drama muy triste. Elisa no ha ido a las funciones, por el luto, aunque don Teodoro y Miguel quieren que vaya. Lola está dichosa con su casita. Miguelete ha visto varias en venta, y probablemente se quedará con una, por San José, un poco vieja, pero que se puede remontar muy bonita.

Habré de decir aquí que Juaco es uno de esos padres que desafían las ingratitudes filiales: Quiere disfrutar en vida, con su prole, los bienes

que Dios le ha concedido. Por eso les ha dado casa a los cuatro hijos. Papá dizque está entregado a la Química, y los Castellanos quieren que trabaje con ellos en un establecimiento de fundición y ensaye. Le tienta el oficio y no le parece cosa del otro mundo ponerse al tanto de sus secretos. El doctor Berrío le ha ofrecido una colocación en la Escuela de Artes y Oficios, pero Miguel les tiene pereza a los empleos públicos. Probablemente se quedará trabajando con los Castellanos. Raquel está todavía un tanto arisca, pero Matica de Col, las dos sirvientas y Laurencia están como peces en el agua. Recomienda a los dos Guaricongos mucho juicio, mucha aplicación, y que vayan aprendiendo a manejar los botines. Pudiera ser que con un año de Medellín botaran el pelo de la dehesa.

Nuestros estudios se combinan con las invenciones de Teodorete. En la casa, el dibujo: Copiamos los animales y las canastas de frutas de los guadamaciles que ornan butacas y taburetes. Lo que más patente nos queda es el elefante, con aquella trompa en arco. De los asientos pasamos a libros y periódicos ilustrados. Un tomo de «La Vuelta al Mundo» nos inspira. Y pintamos el pájaro lira, el cucuar y la vicuña, y a «Alejandrina, negra del desierto», con aquellas greñas motosas, más anchas que la cara.

En la calle... ni se diga! A la salida de la escuela «pateo» en El Rumbón. «Pateo» es el deporte máximo de los colegiales. Con una pata se brinca, con la otra se pelea; y desde la Calle de las Fraguas hasta la quebrada del Saperó descendemos en lid, jarretazo aquí, caída acullá, para trepar jadeantes y tornar a la lucha. Como estamos tan grandes, sólo podemos jugar en la plaza

las ruedas y las batallas; que en aquel pueblo, donde ha habido combates y levantan ejércitos a cada triquitraque, está viva la tradición de asaltos y tomas de cuartel. Astillas, palos, simulacros de fusiles y de lanzas, bodoqueras de popo, constituyen el equipo de aquellos dos bandos, que cambian de jefe cada día. Los sábados son las lides por esas mangas, orilla de esas quebradas. Mas no tomamos parte en estas campales. Nos vamos a salar ganado, yá con Marto, yá con Juaco, a veces a pie, a veces a caballo, un sábado a un potrero, otro a tal finca. Aquí de las comidas, andanzas y tratos con los caseros y sus muchachos. Al terminar estas faenas cortamos en esos rastros las hojas de platanillo o de biao, para envolver la sal del expendio.

Como Juaco es señor de muladas, intervenimos en cada despacho y nos vamos con los arrieros hasta que toldan, para probar el «bizcocho de teja» y el «bollo insulso», fabricados por Cantalicia.

Como somos tan literatos vamos algunas veces a la tienda de Eustaquio Rivera a oírle leer Pablo y Virginia o cualquier cosa. Con doña Rosenda, una señora vecina, leemos «La Voz de la Naturaleza», y lo que no entendemos ella nos lo explica. Qué lámina tan miedosa tiene ese libro! Y... aquel letrero: «Deténte, hijo mío! No lo mates que es tu padre!»

La religión nos ocupa de varios modos. Se construye el templo; y los convites, de cuatro a cinco, de grandes y pequeños, de hombres y mujeres, para traer piedra, arena o ladrillo, son una fiesta diaria. Mas esto es nada comparado con la

lucha vespertina de los domingos: Están llenando las cepas para la cúpula. Todos los pedrejones rodados a la orilla de las quebradas los parten, en la semana, a taco de pólvora, y el domingo suben los montañeros aquellos trozos ingentes, amarrados en vigas. En cuáles se ven los comisarios para atajar la granujería que quiere intervenir en estas gestas de hombres alentados y barraganes. Teodorete y yo no les perdemos pie ni patada; pero Marto nos ataja y no podemos probar la eficacia de ese vino de roble. Nos colamos a los trabajos de la Iglesia y ayudamos a cerner la arena, en esas cribas como parihuelas, que columpiamos de los lazos. Somos muy religiosos: El jueves santo le ofrendamos a Nuestro Amo almácigas de maíz, que hemos cultivado en lo más oscuro y húmedo de los subterráneos de la casa.

El juzgado de circuito es en la propia plaza. Y en los días de audiencia pública nos damos nuestras asomadas para oír al fiscal y al defensor. A cual de los dos nos cautivan más aquellas peroratas. Se ventila la causa de Inés Cañas. Qué cosa tan tremenda! Marto ha tenido la dicha de presenciar aquel delito, perpetrado en media plaza y en pleno mercado: Un cachivachero de El Cañón exhibe su tendido de magnas novedades; muchas montañeras le rodean, y, cuando va a agacharse para tomar un cartón de gargantillas, Inés le hunde un puñal en el gañote. Ni la absolución alcanza.

Los padres de Inesita son campesinos acomodados; Tirso ha venido desde Medellín para hacer la defensa, e Inés es absuelta.

Todos nos imponemos de tan terrible histo-

ria: Palabra de casamiento, «emblemó» y matrimonio con otra. Cómo ha hablado de bello Tirso! Mejor hablaríamos nosotros cuando fuéramos abogados y oradores.

El doctor Pedro Antonio Restrepo y Constantino Duque suelen venir a San Juan a defensas muy valiosas. Uno y otro dan clases o conferencias por las noches, en el salón de la escuela o en el de casa. Todo esto nos estimula más en los estudios. Theodorete se ensaya en los discursos. Melita nos ha hecho copiar un trozo de El Hogar y Theodorete lo echa en el corredor del jardín ante la gente joven de la casa.

Señores del jurado: «Los hombres que aman los profundos raciocinios viven ascendiendo hasta perderse en la luz. Los que huyen de ellos yacen inmóviles en un mundo de oscuridad. Los primeros rasgan las sombras, los segundos creen hallar ventajas hasta en sus propias tinieblas: Ignoran que nada enriquece tanto el pensamiento como la acción continua del pensamiento mismo» etc. etc.

Marto abraza al Guaricongo; Eloísa se abisma y yo digo:

—Cómo sabrá, Melita, el escribano que compuso este discurso!..

—No es hombre, Eloy: Es doña Luisa Pérez de Zambrano, una señora viuda, de la isla de Cuba.

Cuántas escribanas habría en este mundo!

Estos atisbos hacia la sabiduría y la perspectiva de Medellín son parte a que no nos entreguemos por completo a las ociosidades: No perdemos

clase; prestamos atención a las explicaciones de los maestros, y por la noche estudiamos en casa con Melita. El demontres del álgebra nos enreda un tantico, pero ahí vamos. Pero al francés, por el método Ollendorff, y a la traducción de Moral en Acción, les metemos el diente. Sentados en el quicio del portón hablamos en la lengua de Molière donde nos oigan todos. Una tarde pasa nuestra vecina, ña Joba Serna, con su hija Matilde, mujer de Juan Roña, un zapatero andariego, y nos dice:

—Ai tán julleriano con eso! Valiente cosa! Yu'entiendo el tal francés hace tiempísimos, porque les cociné a unos ingleses.

—Vamos a ver, Joba:—le dice Theodorete—Qué quiere decir esto?

Y le articula así:

—Quel fuan l'étranyé a-t-il?

—Valiente gracia! Que qué le traerá Juan a Matilde!..

Y sigue muy festiva carcajeándose y Theodorete da corcovos y palmoteos.

Desde esa vez siempre que nos topamos con Joba le franceseamos, y siempre traduce.

Viene don Leandro con una noticia que nos desbarata. Eso es como el trueno que mata al pollo antes de salir del cascarón: El Mohán, ese sér sobrenatural que ha traído pestes y nos ha tenido en vilo, se nos vuelve telaraña. El Mohán dizque es Chácara, un agregado de los Duartes. Con otros dos vagamundos del pueblo, que van al Río Abajo a cacerías y pescas, ha dado en la flor de

espantar a los baharequeros y gentecillas de ahí. El tal Chácara, que siempre dizque torea en las fiestas, se pone cerdas y se empelota para hacerles brujos de lejos a las mujeres.

Entre el padre Toro y el alcalde han determinado no meterse en sumario, y han puesto a los vagamundos en la cárcel por tres días. Han divulgado la noticia para que la gente deje la bulla. Pero la gente cree que todo son comedias de la autoridad para desalarmarlos, y sigue creyendo con más empeño en la existencia del Mohán. Nosotros también. Ibamos a ser tan bobos!

No recuerdo cuánto tiempo retuvimos al Mohán en la cabeza. Consigno aquí que el Mohán quedó en La Blanca como un hecho histórico y que muchos viejos hablan aún de aquel sér que se perdió en el monte y que se fue a la tumba con su secreto. Y luego niegan que las mentiras se vuelven verdades!

A las chicas de la escuela no les hacemos ningún caso, pero en el colegio de Carlota están las novias a qué quieres boca. Theodorete les hace muchas carantoñas, pero yo me acuerdo de las teorías de Nicanor y las voy queriendo con amor apartao. La misma Eloísa me parece muy digna de todas mis ternuras, mas ya está arreglando el casamiento con el Mono Cadavid. Le hace visita de siete a ocho, tres veces por semana, bien pastoreados por María de los Dolores.

La doma de los botines no es cualquier cosa, y eso que los domingos de renovación tenemos que ir a tomar vela en la fiesta que se celebra en la capilla.

Marto ha reñido definitivamente con Fausti-

na, tal vez porque ya tiene quince años, y vacila entre tres doceañeras.

Por más que mamá le encarga, a cada carta, que no nos haga muchos mimos, no puede con aquella manía fraternal; y María de los Dolores, aunque nos llama mataperros y caifases, nos admite todas las rochelas y longaniceos. Mucho me admira mis arreglos en el cuarto de los libros y en el almacén.

Teodorete se ha dado de cocas con dos de la Calle Abajo, porque me han dicho «arrimao»; y yo... Pis!..

Varios muchachos próceres han hecho merienda para convidar a sus amigas del colegio. Muy poca cosa eran los tales para hacerles fieros a Teodorete, a Dardo Triana y a Piquillo.

En esos días viene una familia de Tambo grande, y las tres señoritas, con sus gracias y con el prestigio de forasteras recién llegadas, nos tienen a todos en rebullicio, por dentro y por fuera. Dos han entrado al colegio de Carlota: Fatinisa «La Lunareja» y Carmen Delia «La Crespa». Todos nos apostamos en las esquinas por donde han de pasar, por tener la dicha de darles la acera y descubrirnos. Ellas nos saludan en premio.

Dardo y Teodorete se privan por ellas, mas no se atreven a plantificárseles en la esquina. Me tiene usted que también determinan hacer merienda para convidarlas. Nada importaba invitar al hermano, a ese Florentino Reyes tan hostigoso y repelente.

Se juntan con tres más y entre todos reúnen doce reales, fuera de lo que les dieran las mamás.

Y se pactan con las amigas y allegadas para que cada una contribuya en especie con lo que sea. Claro que en nuestra casa se entusiasman. Tía Anatilde, la madre de Dardo, iría a presidir aquella chocolatada con fritanga, dulces y frutas. No será en el Alto de Carmines, por no imitar a los grandes, sino en otra parte. También entro de anfitrión; mas no con ganancias de las ventas, sino con una peseta que me regalan. El domingo, después del trisagio, salimos detrás de las Reyes, muy peripuestos e industriados por Theodorete, y en cuanto entran a la casa nos acercamos los siete, con muchísima cautela y urbanidad. Theodorete golpea. La casa no tiene trasportón y la señorita Rosinda asoma.

—Sigán para adentro, jovencitos.

—Un millón de gracias.—gaznatea nuestro vocero.

Y tomamos zaguán adentro con los sombreros en la mano.

—Nosotros vamos a hacer una merienda mañana por la tarde, y venimos a convidar a la señorita Carmen Delia y a la señorita Fatinisa y a Florentino. Van las principales señoritas del pueblo y tía Anatilde.

—Y dónde va a ser la merienda, jovencito?

—Aquí cerca, en la manga del señor cura.

Y Theodorete enumera las invitadas.

—Pues vean, jovencitos:—dice Rosinda—Mamá es muy estricta para estas cosas. Me parece que no les da permiso. Y ni modo de hablar con ella, porque está con la jaqueca.

Asoma Fatinisa y dice con un gesto muy despreciativo:

—A ella no le gustan reuniones con cualquier clase de gente. Ni Carmen Delia ni yo nos rozamos sinó con señoritas muy moderadas y muy «in-is-tru-í-das».

—Muy buenas tardes, mis señoritas.—contesta Theodorete muy tranquilo—Dispensen la molestia.

Y los siete anfitriones, cola entre piernas y muy descubiertos, volteamos con mucha pausa. Qué indignación! A Dardo se le saltan las lágrimas de la injuria, y Theodorete exclama:

—Venirnos a zambiar a nosotros! Piss!... Ni'an los que aman los profundos raciocinios, contrimás estas tambograndeñas tan peladas!

Mas aquella altura en que Theodorete quiere colocarnos no nos merma la corajina. Cómo ocultar aquel desaire tan manifiesto? Dardo, todavía lacrimoso, corre a espetarle el suceso a la tía Anatilde. La tía acude a casa. Juaco y Melita es mucho lo que se carcajean y mucha la burla que nos hacen; pero María de los Dolores, Eloísa y Marto participan de nuestra indignación.

—Eso es lo que sacamos en este pueblo, por visitar a todo mugre que llega!—exclama la tía Anatilde, entre picada y despectiva.—Figúrense! Las nietas de ña Pascuala Reyes venirnos con esas a nosotros los Reginacelis, los Trianas, los Campuzanos y los Cuencas. Ni risa da!

Con aquella ofensa colectiva la cosa asume caracteres de alarde o desagravio político, y aquella merienda de muchachos viene a ser de adul-

tos, con todo el derroche y esplendor que el caso se merece. Las condiscípulas ponen en entredicho a las Reyes. Dardo y Teodorete inventan un gesto, con inflada de narices, ojos bizcos y estirada de jeta, para nombrar a la niña «in-is-tru-í-da». Y siempre que las alcanzan a ver exclaman: «Piss!... Cosa que choca! Cosa que fastidia! Cosa que ataca los nervios!». Refrán que han tomado del Padre Casafús, cuando les daba clase de gramática. Con esto tiene la familia de Reyes para que la bajen al nivel de ña Pascuala.

Valiente pueblo para tener cosas divertidas! Esos títeres de los señores Calle, con que se representan los sainetes de don Pepe Fernández y del Ñato Zuluaga; esas comedias de «La Coqueta», «Contra Soberbia Humildad», «Un alcalde a la antigua y dos primos a la moderna», y... tales y cuales.

Sólo a estas fiestas nocturnas nos deja salir Juaco. Pero nuestras veladas caseras se animan los jueves con la lotería de granos de cacao, a que asisten nuestros vecinos. Marto es siempre el que canta la ficha para meter las retahilas que él y Dardo van sacando. Mas las otras noches las pasamos en nuestros estudios o con los que hacen Melita y Carlota, yá de Historia, yá de Gramática, a los cuales se mezclan los adelantos de Marto en el tiple y en el canto. Las charadas que todos ponemos y los logogrifos que nos arreglan el doctor Cuesta y el Director de la Iglesia, en prosa o en verso, están al orden del día.

Tenemos en perspectiva el matrimonio de Eloísa; pero todos los planes y regocijos se desbaratan con la muerte de don Silverio. Marto lo llo-

ra lo mismo que a don Julián; y como si los viejos se convidaran para el último viaje, a los pocos días se va también el padre de Melita, y el matrimonio se verifica, más o menos como el de Angelina.

El luto reina en la casa y al certamen público de fin de año, en que tanto nos lucimos, no asisten María de los Dolores ni Melita.

Marto va a Medellín y torna hecho un pepo de toda cuenta, con el pelo del bigote muy crecido y el de la dehesa muy mermado, en los albores de sus diez y nueve años. Vuelve, no ya en Mochengo, que pasó a la historia, sino en un zaino escultural de las dehesas de Girardota, que le han comprado sus tíos; un zaino violento en los caminos y pinturero en las plazas.

—Contáanos bien, muchacho, ahora que se fue José Joaquín.—le manda la abuela—Vos sabés que a ese hombre hay que sacarle las cosas con ganzúa. Por qué fue que determinaron comprarme esa casa tan grande?

—Para que te quepa toda la culecada el día que la juntés. Es que no sabés lo necios que son los tres de Alfredo y los cuatro de Emilio. Así que crezcan los dos de Lola y se junten con ellos y con Repollo y Alfandoque, los tenés que desterrar al solar y a las pesebreras. Y ve; Conchita no te larga, ahora, las dos de mi padre Silverio, porque están muy chiquitas; pero así que crezcan allá te las manda.

—Pues sí. Pero mientras estemos sin ellas nos vamos a perder en ese caserón.

—Mejor, María de los Dolores, para que ju-

guemos escondidijos. Allá verés los bailes que vamos a hacer en esa sala tan grande, apenas pase el luto. No tenés riesgo de comer pavo, porque yo te saco en todas las piezas.

—Callá la boca! Para bailes estoy yo con esta pena y estos entripaos! Ese crimen tan horrible del Aguacatal siempre es señal muy medrosa: Ahora sí es verdá que se va a acabar el mundo!

—Esta María de los Dolores—con sobijo y todo—que se mantiene pensando en eso! Acordáte ahora cinco años, cuando estuviste allá la última vez, todo el terror que te dio con el terremoto del Ecuador y con la profecía de don Tranquilo. Ya ves que ese viejo echó hoja en que pronosticaba que el mundo se iba a acabar en ese diciembre, y ai está el mundo bueno y sano. Bien dice Juaco que apenas está mudando mamones.

—Es que José Joaquín hasta en el día del juicio se va a quedar como un palo. Valiente hombre!

—Yo te ayudo, María de los Dolores, a rezar, para que mi Dios te dé «paciencia para aguantarle la paciencia a José Joaquín», como vos decís.

—Valiente muchacho, Amelia! Se va a morir de viejo sin coger juicio. Vinistes pior ahora. Bien dice Elisa.

—Si la vieras, María de los Dolores: Está lo más descurtida y lo más buena con varillas; pero siempre tan pasada: No se ha peinado de castaña.

—No sias bobo; si eso ya no se usa.

—Pues de zurullos altos, como las otras señoras. A Lola no la pude ver bien galana, porque todavía no ha cumplido la dieta.

—Y decime: Están muy bonitos los muchachitos?

—El grandecito es un pastelón, negro como ella; el chiquito es un ñático ai que no tiene figura de nada. Y no te pongás triste por tener que dejar aquí todos estos arnacos. Si vieras los muebles tan buenos que te compraron Alfredo y Miguelete. Vos sabrés qué hacés con todos los bordaos y los franjines delanteros d'estas camas, porque las que compraron son francesas, d'esas de caja. Lola no dizque te va a admitir allá todas estas cosas tan puebleñas; pero en el oratorio sí te caben todos tus santos.

—Vos sí! Con la gana que yo deje todas mis cosas!.. Pero vos siempre dizque pensás jalar con el carricoche y el molino. Ya me lo contó Gabriel. No sé qué vas a hacer allá con eso.

—Con eso? Allá verés, María de los Dolores. En esto me caso y la Virgen siempre me trae muchachitos.

—Sí! Tenés tanta plata que te podés casar mañana mismo!.. Como no vas a escoger allá alguna bien cinchada; porque a vos qué se te da meternos una ñapanga en la casa!

—Ñapanga? Ya le hice ojos y le pelé el diente a una más blanca qui'una breña; y nada que le choco!

—Alguna guanterena!..

—No siás boba! De la plaza para abajo, don-

de viven los blancos. Muy cerca de la casa donde vos naciste.

—Alguna hija del maestro Carpintero...

—Después se sabrá, María de los Dolores.

—Pero sí que vino reservado, Marto...—dice Melita.

—Es que esta sí es de verdá. Me parece que me espera hasta que consiga con qué.

—Contános, Marto!..—suplica Teodorete, que no ha metido cucharada.

—Tan zampao el Guaricongo, que todito se lo quiere saber!

—Decinos esto siquiera. Ya ves que no nos has querido contar el cuento del fraile y la mesonera.

—Dios te libre y te favorezca, que les vas a contar eso a estos muchachitos!—exclama María de los Dolores—Es mucho lo que yo he tenido que rezar por mi padre. Pueda ser que mi Dios no le haya tomado en cuenta esas bobadas tan fatales.

—Cuéntenos, ahora, de la otra casa.—dice Melita—Ignacita apenas me escribió cuatro letras, porque usted dizque es carta viva.

—Pues eso es la india en cueros, Melita! Mamá Rosario más bien se ha aliviado con la tierra caliente. Pero está muy aburrida porque el doctor Larroche no la deja comer ninguna cosa dulce. Mi padre Teodoro... sí pues! Está remozado el viejo y si vieran cómo queda de cuadrao de tiros largos. Con el sombrero de pelo crece media vara. La casa les quedó muy buena con el remonte. Pero me dio mucha tristeza cuando vi los san-

tos de mi padre Julián: Qué tan lindo y tan querido estuviera en su cuarto rezando con Minos!

—No vengás, ahora, muchacho, a hablar de cosas tristes, que m'empiorás!

—Voy a contarte cosas bien contentas. Si vieras a Marinacita! Hasta ha crecido, con unos botines muy taconudos y un pañolón bordao, que tiene no sé cuántas libras de flecos. Comulga tres veces al día.

—Jesús Credo! Hasta herejías dice este muchacho!

—No, María de los Dolores; no son herejías. Ella comulga de verdá en la iglesia del Convento, que queda a media cuadra, y después comulga de mentiras con mi madre Rosario, como hacían en la mina.

—Valiente loco! Te parece mentira la comunión espiritual?

—No, María de los Dolores; es que yo no sé explicarme fino, porque no entiendo bien esos enredos. Los vecinos de la casa son muy devotos, y a la oración rumba el rosario en toda la calle. Mi padre Teodoro, que le chocan tanto los negros, es uña y carne del doctor Balcázar, que es cera. Parece el padre de Laurencia. Vive allí cerquita; y en la esquina y en la puerta conversan mucho del doctor Berrío y de los Abrahanes. No se pueden conformar con que el doctor Berrío no esté mandando todavía. Nada que les gusta don Recaredo: Les parece un presidente de palos de tabaco.

—Y Beneda está muy contenta?—pregunta Melita.

—Está trastornada de la dicha. La casa tie-

ne solar como una manguita con muchos naranjos, y por la mitá pasa la quebradita del Zanjón, y hay un puentecito de lo más célebre. Allá se mantiene conversando con Petos. Lo tiene colgao di'un naranjo. Ya los pinches están cebaos en el patio de la cocina. Tiene María Antonia y Tirano. Lo que no ha conseguido todavía es Indino. Y eso que los chamones rumban en esos árboles del Convento. Por ai dizque l'está silbando a un toche, pero esos diablos son tan ariscos!

—Ve, Marto; no se ha vuelto a acordar que «mi mamita era ciega y qu'éranos méndigas»?

—Ah, Tiodoritico! No se li'olvida nada!

—Decínos, Marto!...

—Sí dizque le dio muy dura la pataleta, recién llegados.

—Ah! Eso fue que si'acordó de Benito!

—Qué criaturas éstas!—deplora la abuela—Razón tiene Rosario para vivir tan confundida con ellos.

—Y vos también t'estás confundiendo. Tan boba! Toda la bulla es porque Juaco ha vendido tanta vaca y tanta mula y porque le traspasó el almacén a tío Nicolás. Así que nos has visto sin vender ni cambiar oro, te parece que la plata se acabó. Y ahora sí que dizque está Juaco bien amaizao. Y qué le parece, Melita: Miguelete tampoco está enteramente de limosna. Como ciento treinta pesos le produce lo que le tienen los Castellanos. Y las uñas libres. Miguelete no será negociante como Juaco y los hijos; pero ya hizo arreglo con los Castellanos en la fundición, fuera

de las asomadas a la mina, que se las pagan aparte.

—Pero es que en Medellín se gasta tanto!

—No dizque hay tal, María de los Dolores: Dicen Elisa y Lola que lo único que vale más es la leña y el carbón. Y ya Sebastiana dizque aprendió a cocinar con el fogón apagao.

—Y qué hay de su tía Martina?

—Si viera, Melita, lo formal que ha estao. Al momento dizque fue a ver a Lola, y a Elisa le ha hecho mucho papel. A mí me convidó a merendar. Me cuidó mucho y no me regañó ni me dijo chinchuras. Carolina está lo más célebre y lo más despejada.

—Sí!—dice el Azogado—Esa es, Eloicete. Acordate de mí!

Marto se ríe y me escarba la cabeza.

—Ve, Guariconguito de cera: Mucha razón que tenés para querer tanto a Nicanor. Allá lo llevó Miguelete, y hasta a Lola le pareció gente.

—Y estaba de botines, Marto?

—De botines? Si es cachaco casi como los de Medellín. Es marchante de Alfredo y Emilio y lo quieren mucho por cumplido y por formalote. No vaya a pensar, Melita, que es un guasamayeta de chaquetón. Es muy bien educado y conversa muy sabroso. Está loco por verte, Eloicete.

Cómo me embriago con estas noticias!

—Sí, Martiniano;—dice Melita—ya habíamos comprendido por las cartas que no es un peón.

—Y qué les contó, por fin, Largo Valencia?

—Pues que Angelina y Enrique están chuchos con la muchachita. Y que en la mina dizque está muy maluco. El no se puede acomodar sin nosotros, ni Camilón tampoco. Na Radimundis se murió y está espantando mucho.

—Contános Marto cómo espanta!..

—Ah! Pues dizque espanta de muchos modos. A mano Jurado le salió una noche que iba a componer un daño en la acequia, con el pelo echao sobre la cara y de mortaja blanca.

—Bueno, Marto; y por fin aprenderían a volar las de Custodia?

—Demás, Tiodoritico. Y usté, que ya'stá tan juicioso y que ya no se cae de la cama, vaya aprendiendo a manejar los ilusiones, porqu'en Medellín son muy violentos.

—Nosotros aprendemos, Marto.

—Tan persuadidos los Guaricongos!..

—Dejáte de esos apodos, muchacho, y de ese cuento de Eloicete y Theodorete!—regaña la abuela—Si vas a Medellín con esas montañeradas, los ponen los Guaricongos y los Migueletes.

—No se te dé nada: Aquí dejamos las enjalmes.

—Dejá también ese cuento de tratarnos de vos: Van a decir allá que no les hemos enseñado ni aun a respetar a los padres.

—Eso sí nó, María de los Dolores! Vos es señal de respeto; preguntále a Melita, que sabe gramática: Ya ves que en el Señor Mío Jesucristo decís «por ser Vos quien sois».

—Quitá de aquí con tus argumentos!

Tengo para rato con el empaque de tanto libro.

Y, cuando el Niño manda su verano, damos adiós a San Juan de Piedragorda.

IX

Ni aun puedo creer que estemos en Medellín. El cañón de este río, las cordilleras y sus aguas, las explanadas, los pueblos, las capillas de San Diego y San Esteban; tanto cortijo, tantas palmeras y sauces tantos; los bosques de mangos y naranjos, los trapiches, los molinos, la arboleda de don Santiago Jaramillo, los viejos que masamorrean, la carretera con tanta recua y tantos caminantes, las posadas, los puentes, toda la alegría y el sol de esta región baja se me han revuelto de tal modo en la cabeza, que al llegar a La Villa ni veo ni oigo ni entiendo.

La juventud actual no se figura el Medellín por aquellas calendas. Quince mil habitantes le daba la geografía, y era un pueblo con siete iglesias rodeado de cármenes, pensiles, jardines y bosques de frutales. Era un pueblo amodorrado por los perfumes de los naranjos y los rosales.

A mí se me hace babilónico, con sus casas encaladas y las frondas que de cada manzana se levantan. Como es fin de año todo el mundo está en

vacaciones y montamos con Marto para conocer a Medellín. Porque Medellín no es por dentro sino por fuera. Salimos por los suburbios. Parece un patrón seguido de dos agregadillos de su finca: Nosotros de zamarros y atalaje caminero; él, con el mero galápago, pantalones de trabilla, estribos de aro, y aquel chapeo de felpa que tanto le luce. El Camellón de la Asomadera, El Alto de las Cruces, los rincones de La Castro y de La Cangareja; la calle de Guarne y El Niguateral; todo lo conocemos. Un sábado nos vamos por la banda oriental, por ese pedazo de carretero recto que parte de Guayaquil; y atravesando San Blas llegamos a la patria de don Teodoro y de Tilita para admirar aquella iglesia, nuevo orgullo del Estado Soberano de Antioquia. Al día siguiente, un domingo radioso de cielo barrido y vientos lisonjeros, nos acompaña papá a la excursión por la banda occidental. Me siento como en alguna de esas ciudades tan mentadas en la geografía. Bajamos por el Camellón de La Alameda, ese camino por donde entra siempre El Sombrerón. De un solar salen los brazos eminentes de un pisquín, que toldan la calle hasta las casas fronteras. En el puente de Colombia, único del río, nos desmontamos para contemplar los tres estribos, las columnas de cal y canto, el barandaje de hierro y la tablameta de obra tan maravillosa. Por ahí se bañan las bandas de pilluelos; y no puedo persuadirme que esta agua tan mansa sea ese Porce que necesita de tapados para aplacarle la corriente y que tiene una madre tan malvada como poderosa.

Nos vamos a San Ciro, esa aldea tan bella que tapó La Iguaná con el alud de su carga. Comprando aquí y acullá por esos ventorros cuanto

nos provoca, atravesamos Belén, El Salado y Belencito. Entramos a la capilla soñariega de este cortijo, y conocemos los lienzos que hoy figuran en el museo. Hay mucha animación y mucho movimiento por esos campos. En el corredor de una casa con ventorro cantan y tocan unos muchachos, de estos cantorcillos de las afueras, de tantas facultades musicales. Hay ahí gentes de juer-ga. Nos desmontamos para comprar pandequeso del Salado. Los cantores nos obsequian con una canción en boga, y papá les da plata, y encima les ofrece trago.

—A nosotros también tenés que darnos.—le dice Marto—No ves que estamos en diciembre?

—Sí, Miguel!—salta Teodoro—Eloy y yo tenemos que probar el champurríao de Medellín!

Papá manda servir y el ventero pregunta:

—Estos jovencitos son de su familia, caballero?

—Algo, hombre. Me los ha ido mandando la Virgen poco a poco. Es que nosotros los blancos de montaña tenemos unos estilos muy diferentes para criar los hijos.

Tomadas las copillas dice Teodoro:

—Cantá, Marto; estos muchachos te prestan el tiple.

—Canto, Miguel?

—Cantá si te dejan.

Cogido el tiple, Marto pone una pata en el travesaño de un taburete, rasga y entona:

Hermosa
 Perla de Cuba,
 Que entre las conchas
 Del mar naciste.
 Respóndeme,
 Niña pura;
 Por qué suspiras,
 Por qué estás triste?

.....

No llores, no,
 Al ver que ha sido infiel
 Para tu amor.
 No suspires por él.
 Si buscas fe
 Quiéreme, niña mía;
 Guardarla sé,
 Porque español nací.

.....

Marto da el golpe.

Ah, Marto! Con ese modo de cantar; con tanta experiencia y como si fuera de verdad, siempre era porque estaba queriendo alguna con «amor arrimado». Valiente Príncés!

Nos llevan varias noches al pesebre de los Argüelles y de Guerrita. Es mucho el platal que están haciendo con tantas variedades; bailes, bundes, títeres, maromas, legislatura de muñecos en que los diputados echan discursos ciceronianos; pero lo que tiene fascinado al público es El Libertador. Apenas lo han mostrado el 20 de Julio precedente en una alegoría en el teatro. Lo han forjado de tamaño natural, con el vestido histórico, el corcel en las patas de atrás, alzadas las de-

lanteras para dar el salto; el Libertador, la cara de un lado y en la diestra la desnuda espada. Sobre una base circular gira y gira la figura, entre el público por el héroe libertado. Lo que es al poema de Belén, apenas si le hacen caso los chicuelos y eso que lo tienen aparejado con pastores andariegos. Bueno es que Dios y Bolívar nos ayuden a conseguir platica.

El día de año nuevo vamos a la Catedral para admirar la Inmaculada de mil pesos y el Sagrario de once mil, y a oír el tedeum, por aquel coro donde sobresale la voz privilegiada de Concha Sampedro.

A medio día salimos Teodoro y yo a lucir los fluces ciudadanos y a taconear con esos botines que ya han hecho el curso. Qué raro es Medellín a la luz meridiana de un día festivo! Las charangas del silencio resuenan por esas calles y esas plazuelas casi desiertas. Un viento mudo levanta en la plaza principal las briznas de basura que han dejado las escobas sabáticas, y la fuente céntrica bota los chorros de las dos tazas y de la boca de los cuatro grifos.

Tiramos por la avenida izquierda de La Quebrada Arriba y abrimos la boca ante los jardines, las bombas de los corredores y las fuentes de mármol o de bronce de las quintas de ambas avenidas. Subimos hasta la Vuelta de Guayabal, y por la misma avenida descendemos, porque no hay puente. Tomamos el de Junín, y, atravesando la calle, la más ancha y más bella de la ciudad, damos en la plaza de Villanueva. Cosa más deliciosa!

Lo que es hoy el parque de Bolívar era una

manga, con una casa del lado occidental y tres del oriental. Por allí juegan algunos muchachos y atraviesan otros con sus cerbatanas. Imposible echarnos en la manga. No podíamos ensuciar los vestidos entre esas malezas. El lulo de perro, el rejalgar, el estramonio, la belladona y otra planta espinosa que tiene un nombre muy feo, forman matorrales por todas partes.

Mamá nos declara por la noche:

—Ahora sí, muchachitos; despídanse de las andanzas y del bureo. Mañana ya es otro cantar.

Y el cantar se inicia con la matriculada. Nos llevan papá y Tirso. Qué susto el mío al entrar en aquel claustro de tantos arcos y tanto calicanto. Cuando nos vemos en presencia del doctor Berrío siento que me sube por el espinazo como una cuenta de azogue. Pero en vez de brincar me siento tieso en el escaño que nos indican.

Era mucho lo que teníamos que aprender. La sola matrícula de los dos universitarios cuesta veinticuatro reales.

Con las salves, la pólvora y la chirimía de las fiestas de la Candelaria se nos abren las luces en aquel mundo nuevo. Merced a las gestiones de Tirso y a los certificados del doctor Albano hemos entrado en los cursos segundos de las materias generales. Ya verían los profesores si nos bajaban a los primeros. Como hay tantos novatos no llamamos la atención en ningún sentido. Y, no siendo fértiles como Marto, quedamos entre los más mocosos a pesar de nuestros quince años.

La Universidad se ha cerrado a mediados

del año precedente, a causa de una epidemia, y el doctor Berrío se ha aprovechado de esto para reformar aquel edificio y convertirlo en uno higiénico y adecuado. Todo albea y resplandece con el retoque.

Era la Universidad el convento colonial, que, merced a la Independencia, no estrenó la comunidad franciscana, en el propio lugar que hoy ocupan los jesuitas. Era por el exterior una fábrica tosca, sin aceras, con algunas ventanas al lado de la plaza y de la calle. Sólo tenía una entrada, en arco, con impostas, cerca a la iglesia. Su portón, que hizo reformar Berrío, con tableros de altísimo relieve, luce hoy por ahí en la carrera Girardot en un depósito de carrocería. Sabía de espadas convertidas en asadores, mas no que una puerta del templo de Minerva, por donde han entrado y salido nuestros hombres célebres, parara en tránsito de choferes y granujas. Bien se ve que el motor relega las abstracciones.

La Universidad había sido hasta entonces un mugrero y un foco de patanería y vulgaridad. Mas ahí está Berrío para meter en cintura a los indisciplinados.

Nos sentimos muy grandes con el uniforme de comunidad: «Botín o bota de becerro, pantalón de paño negro, levita de paño del mismo color y chaleco blanco, sombrero negro de fieltro o de felpa y corbata negra». Tál reza textualmente el reglamento que se lee durante un mes en el salón de estudios. Sobre el propio corazón del estudiante ha de resplandecer el escudo de plata, con su leyenda y su cinta tricolor.

Abarca aquel código la Escuela de Artes y O-

ficios, lo divino y lo humano. Sus sanciones son ineludibles. Todo va muy bien bajo la disciplina del estadista que, al dejar el solio presidencial, quiere preparar los hombres del porvenir. Todo va muy bien, menos la única protesta estudiantil, que en Antioquia llamaban «cucarrón» y «cotorra» en Bogotá. Ciento ochenta estudiantes zumbando como escarabajos rompemadera son para aturullar al más impasible. Berrío se ofusca con el cucarrón y tiene que apelar a terrible aparato. Un día, al entrar, se arma el rimbombo por cualquier motivo. Hace formar la comunidad en escuadra, en dos lados del patio. Exhorta; pero el cucarrón sigue. Sale y torna a poco con ocho guardias armados de remington; los pone paralelos al ángulo; les hace calzar las armas, ponerlas en puntería, y ordena dar fuego si alguno chista. Ráfaga de espanto; silencio en las filas. Así termina el cucarrón. Un año después se supo que las cápsulas no tenían plomo y que toda la comedia estaba preparada de antemano.

El lado norte de la iglesia lo ocupaba un caserón antiguo de un solo piso; nada menos que el parque de armas del Gobierno, con su cuerpo de guardia, su régimen militar y su centinela perpetuo. Ahí se guardaban en anaqueles, que daban hasta las vigas, las armas viejas del Estado y las nuevas que había introducido Berrío. Allí los cañones históricos y la ametralladora, no estrenada todavía. Allí las banderas, los retratos y no sé cuántas cosas más, con que se iniciara el «Museo del Estado». El gran patio era lo que se llamaba «Jardín Botánico». Dos palmas de dátiles, dos árboles del pan, arbustos florales y surcos deslindados por alternanteras y coleos constituían aque-

lla novedad tan mentada.

Cerraba la manzana, por la que hoy se llama Calle de Girardot, una edificación de un solo piso donde funcionaban los talleres y aulas de la Escuela de Artes y Oficios y las cocinas del internado universitario. Esa manzana era cabo de barrio: De ahí hacia el oriente todo era campo, arboledas, granjas dispersas, senderos, Cuchillón y Alto de las Cruces. La Palencia ondulaba por ese llano entre los bosques de mangos y pomales. Allí iban a bañarse, a jugar y a hacer novillos los estudiantes. «Los Mil Pomos» llamaban a eso. La plazuela de la Universidad era un cuadrilátero comprendido desde la iglesia hasta la esquina sur, con la anchura que hoy tiene la plaza Félix de Restrepo. Abriase frente al parque militar una como avenida, hasta la calle de Ayacucho. En ella hacían el ejercicio militar los estudiantes, en las tardes de martes y viernes.

Cosa aldeana al par que poética era aquella plazuela: Una manga atravesada por diagonal de piedras saltonas, desde la iglesia hasta la calle de Pichincha. Al occidente las tapias de un huerto, por donde sobresalían las palmas de corozos, los racimos de plátanos, los papayos y los guamos. Por el borde de tal muro los rastrojales y la basura; por las bardas la hojasa y las pencas de higo chumbo entretejidas por batatillas. En su esquina el ventorro de Justa Tapias, que proveía la golosa estudiantina. De peseta para arriba daba prima de par de bananos o cualquier cosa; pero lo que es «culebra» no se la ponía el más pintado. En el diente de manzana que años después derribaron para ampliar la plazuela, había pensiones y cuartos de alquiler para estudiantes. El

lado sur lo ocupaba la pensión del Comandante Giraldo. Como era casa patricia e infanzona sólo recibían pensionistas muy calificados. De ella hasta la esquina de la calle de las Peruchas envejecía entre avisperos, costras y yerbajos la casa inconclusa e inhabitada del doctor Castrillón. Tal cual día la abría algún paje y se trancaba por dentro. Sacaba, luego, tercio de yerba o costal de naranjas. Eso era todo. Y qué de leyendas sobre aquel doctor Castrillón, que ningún estudiante conocía! Ni modo de asaltar aquel recinto de misterios, porque estaba cercado de altísima muralla. Seguía por dicha calle la pensión de las señoras Martínez, hermanas de la heroína. Allí guardaban y mostraban a quien quisiera las insignias y vestimentas de Marucha. Del huerto de esa casa, precisamente por donde se prolongó después la calle de Bomboná, bajaba por un arco toda el agua de «El Zanjón» para meterse tres cuabras más abajo por la alcantarilla, en el codo que sale a la calle de Maturín. En dicho arroyo bañaban los parvulillos, y era cosa muy buscada por perros, gallinas y rapacería.

Bien puede decirse que de la calle de La Solitaria hacia arriba era el Barrio Latino de la ciudad: Por ahí escuelas, pensiones estudiantiles, casas de maestros y profesores; por ahí la imprenta de los Balcázar, metida como una granja entre arboledas y jardines. Y qué decir de la iglesia de San Francisco? Hoy se ve su frontispicio sabiamente restaurado a estilo español. En el año del 74 era una simple espadaña con sus dos campanas y una hornacina vacía. Por ese tiempo le levantaron del lado sur un torreón cuadrado para el reloj de cuatro muestras. Lucía, eso sí, el peris-

tilo de piedra jaboncilla que luce ahora tan restaurado y repulido. Como sólo era capilla de colegio no se abría sino para las misas y fiestas universitarias. Por dentro paredes y altares, escuetos y empolvados. Mas tenía algo de mucho mérito arquitectónico: Los abovedados ovoidales de las capillas, donde hoy campean los cuadros del Via Crucis. Guindábanse por ahí los murciélagos, y por las noches croajaban en el recinto las eclesiásticas lechuzas. En la sacristía «espantaban» de día y de noche, porque en ella había soterrado el Padre Serna tesoro inmenso de joyas y vasos sagrados, antes de regresar a España. Al filo de media noche vagaba su alma dando quejumbres, y varios viejos, estudiantes del tiempo del Colegio Académico y del de los Jesuitas, que actuaron en ese edificio, habían visto el ánima del Padre, tapada la cara con la capucha.

De seis a diez y de doce a cuatro eran las clases y los estudios. Quien llegase después del primer cuarto de cada entrada se quedaba fuera y cargaba con su falla. Berrío, el hombre nacido para el mando y la justicia, iba conquistando el corazón de la estudiantina. A más de la clase diaria de Derecho Internacional daba la de Urbanidad todos los sábados, de nueve a diez. Era en el salón de estudios. A ella concurría la Escuela de Artes. Y un estudiante tenía que leer o echar un discurso sobre el tema que eligiese, y desde la misma plataforma que ocupaba el profesor. En ese mismo local dictaba las clases de Religión el doctor Mariano Ospina Rodríguez. La mayoría de los oyentes tenía que pasar la hora de pies porque, amén de la escuela supradicha, asistían varios profesores, sacerdotes, y muchos señores de

la burocracia y del comercio. Imponente figura la de aquel patricio de esclarecida y romancesca historia, de barba bíblica y austero traje. Aunque anciano emitía su voz de tal manera que no se le perdía sílaba en ese salón tan espacioso. Bien es cierto que no lo interrumpía ni el vuelo de una mosca. Por esa boca hablaba la sabiduría, con el método y la sencillez, la claridad y la precisión que sólo en la sabiduría caben. Por media hora pedía al estudiante que en la lista escogía al acaso, la exposición de la conferencia anterior. Tremendo trance! El estudiante tenía que ponerse de pies para responder ante aquel auditorio. «Gamboa Eloy», se oye pronunciar al mes y medio de mi entrada, y «Gamboa Eloy» repite como un eco lo que ha oído y apuntado tres días antes. Ya se habrá entendido, que, si reservado, nunca fui tímido ni vergonzoso. Y me tiene usted que el doctor Ospina se ceba un tantico, tal vez por ese Gamboa y ese Eloy, únicos en la Universidad. Tengo para mí, allá en mis adentros, que este mi nombre y este mi apellido tan extraños, me daban cierta notoriedad. Tal vez por esto mismo he procurado siempre honrar mi pobre nombre.

También regentaba el doctor Ospina, en los salones respectivos, las cátedras de Geología, Economía Política e Historia. A las dos últimas asistían también muchas personas de fuera. Como eran orales se llevaban apuntes, pero él indicaba los textos o autores que podían consultarse.

En el cuerpo de profesores figuraba la gente más conspicua de la época. Mencionaré tan sólo a Manuel Uribe Angel, Emiliano Isaza, Juan Pablo Restrepo y a don Luciano Carvallo, el de ojos elocuentes y sonrisa enigmática, que enseñaba

con el corazón y el cerebro. No creo que profesor alguno haya sido más querido por sus discípulos que este hombre de patronímico portugués, de nombre griego y célebre.

Los estudiantes de ingeniería recibían clases en la Universidad y en la Escuela de Artes; los de medicina sólo salían al Hospital a la clase práctica de Disección.

Había estudiantes de todos los pueblos y aldeas del Estado de Antioquia y de los Estados del Cauca, Bolívar, Santander y el Chocó.

En los dos años precedentes se había redactado La Palestra, periódico literario y estudiantil, donde debutaron varios y varias. Por cierto que con la muerte de Gregorio y de Vergara aparecieron varias elegías, muy gemebundas e inocentes. Julia y Satoria figuraban en ellas cual las musas de sus respectivos poetas. En el 74 se había agotado la letra de molde en la Universidad, mas siempre había quedado la tradición verbal; y estudiante que no recitase al dedillo trozos de Donoso Cortés y poesías de Fernando de Velarde, era tenido por un montuno de todo el capote.

Tál era, portería adentro, la célebre Universidad en aquel año de gracia. Su ambiente exterior e inmediato es harto pintoresco y de un aldeanismo increíble. Chiquitines o bigotudos retozan por esos alrededores con cuanta tontería se les ocurre. Tiéndense a la bartola en la plazuela a estudiar o a aparentar que estudian. Sus glorias principales son cuando se levantan de prisa y con piruetas, para dar paso a los jinetes y amazonas de rumbo que por ahí atraviesen. Allí las «vacas» y las «cachiporras», las gestiones y alegatos para

las compras en el ventorro de Justa Tapias; allí la encumbrada de ingentes «mesas»; allí las largas cañabravas con cuchillas, para cortar las frutas del huerto frontero, y las industrias para que no caigan adentro.

Actuaban por allí tres mujeres; tres puntos fijos, como quien dice:

a) Cata, la insigne vendedora de ponche, con su enorme cántara, su molinillo y sus seis vasos. Tanto gana con su bebestia, que se deja poner «culebra» de todo bicho. En cuanto se apuesta frente a la portería la rodean, y vienen los pleitos por las pagas demoradas. La vieja se hace la terrible, y aquí de la gritería y las chanzonetas.

b) Documento, la rabiosa y arriscada expendedora de alfandoques y de unas panelas de leche que tienen un nombre porquerizo. Esta sí es inflexible, y echa «cocas» cuando se ocurre. Por eso tiene la mejor clientela.

c) La Mica. Esta requiere casilla aparte, como el murciélago. Es argumento vivo de las teorías de Darwin; pero el corazón de La Mica es un pozo de ternura y caridad. Les arregla a los estudiantes las ropas y los cuartos; les hace compras y mandados. Se apuesta por las noches en la pulpería consabida para ver si a los internos felices que ocupan el dormitorio del frente se les ocurre algo; y en cuanto ve una luz en alguna de las ventanas corre con mucho disimulo. De la ventana baja una cuerda con un pañuelo y un real amarrado en una punta, y pronto sube la compra clandestina. Poco más le pagarán los estudiantes; pero a su hijo Sixto Quinto, un zagalón de quince años, y medio blanco, que la acompaña en sus andanzas, le tocan los desechos indumentales de los

estudiantes. Es de verle las fachas con aquellas herencias.

Universidad, Escuela de Artes y Escuela Normal hacían el ejercicio y las revistas militares en sus días respectivos. Nada germánico asomaba todavía: Todo era la tradición española de la Independencia y las guerras civiles. El aire de aquel suplemento, tocado por aquel corneta y aquel tambor tan veteranos, era el mismo, ni más ni menos, que el de la Marcha de Cádiz. Acaso lo dejarían por aquí los últimos pacificadores. Instruía aquellas huestes el general Martín Gómez (a) Ovejo. Y era figurante un tal Arcila, el más hábil del cuerpo policíaco, único ejército de línea del Estado Soberano de Antioquia.

Tremenda prueba eran los exámenes de fin de año. Cuantos ganaban el curso en el privado tenían que presentarlo en público en la capilla, ante el Presidente del Estado y aristocrática concurrencia de damas y caballeros. Duraba la fiesta todo noviembre. Cada clase echaba su discurso y elegía por votos su orador. En el acto final se leían las calificaciones y se repartían los premios.

Trascendencia y significación tenía la fiesta de la Virgen de los Dolores, patrona de la Universidad. No es para menos el ver en gracia de Dios a la caimanería juvenil. La colocación de los estudiantes para aquella misa exigía grandes requisitos. Cada cual conservaba su puesto, y los sacerdotes iban repartiendo comunión, desde el presbiterio hasta la puerta, a lado y lado de la calle que al efecto se había dejado desde el arreglo. Terminada la misa salía la procesión, y cada comulgante con su ramo y su vela. Y entre las devotas de la aristocracia y las novias de tanto ga-

lán, daba la vuelta por la calle de El Palo.

En aquellos tiempos en que no existían los esparcimientos, disipaciones y espectáculos de la actualidad, los estudiantes tenían que inventarse sus diversiones. Acaso por esto mismo eran más regocijados que los estudiantes de ahora. Y como no tenían problemas ni inquietudes y la vida era fácil y sencilla, la juventud entraba en ella «coronada de flores y cantando», que dice el poeta.

La Villa de la Candelaria era un centro tranquilo de burguesía devota y trabajadora. Animábanla los comerciantes de los pueblos y el intercambio con el Estado del Cauca. Este nos daba tabaco, mulas, cacao y artículos de Pasto, a cambio de mercancías extranjeras importadas por esta Villa comercial. Era ciudad de pacotillas y de arrieros.

Las señoras sólo salían a las iglesias, a visitas y caminatas vespertinas. Entrar alguna a hoteles o a tiendas era mal visto. Pláticas de los novios por la ventana o señorita sola por la calle hubiera sido casi un deshonor. Los enamorados se entendían con los ojos, con las carticas, con las entrevistas clandestinas, casa de alguna vecina patrocinadora. Novio de familia extraña que fuera a pagar, pedía permiso para visitar la casa y estas visitas constituían un mutuo compromiso. Sería mejor o peor que en la actualidad?

Claro que todos los mozos eran muy devotos. No perdían Mes de María ni Cuarenta Horas. Semana Santa era la gran ocasión, y todo joven que se respetase tenía que calzarse los guantes, jueves y viernes santo. El sombrero de copa, indicio hoy de fiesta nupcial, era cosa cotidiana, lo mismo en ancianos que en barbilindos. Bailes o saraos en la

alta clase hacían época, mas no faltaban compañías o fiestas teatrales que hacían su agosto.

En los barrios aristocráticos formaban tertulia los domingos todas las señoritas, fuese en los balcones o en los portones de las casas de un solo piso. Los vecinos se frecuentaban y el visiteo nocturno armaba plática en los zaguanes y hasta en la calle, a la luz de la luna y las estrellas, porque sólo ardían faroles de petróleo en el cruce de las calles más céntricas.

No se conocía guardia civil, y sólo vigilaban la ciudad el cuerpo de serenos, pagado por el comercio, y las rondas, encabezadas por el comisario mayor de cada barrio. Sólo en las noches de funciones teatrales se veía concurrencia por las calles de las diez en adelante. Los misterios callejeros de la noche los sabrían las rondas.

El dinero, como en todo tiempo y lugar, constituía la aristocracia. Las riquezas conseguidas en las minas y aumentadas por el comercio y la arriería se iban acumulando en esta Villa de la Candelaria, al amparo de esa paz y de ese empuje del trabajo que la sabia política de Berrío, y acaso las mismas instituciones constitucionales, habían establecido en este Estado Soberano. Relativamente a la población era muy numerosa la plutocracia, mas no eran estos ricos los avaros de aldea a lo Colmenares ni a estilo de Mi Compadre Facundo. Casi todos gastaban fausto en sus caserones de la ciudad, en sus quintas de recreo y en sus caballos, ya que no en invitaciones sociales.

Aunque en todo tiempo y lugar se pinta la mona y se aparenta fortuna que no se tiene, no

había entonces este nivelamiento en trajes y casas, característico de la actualidad. Los ricos y los pobres vivían como tales, sin que en ello cupiese demasiado la mengua en los unos y la altivez en los otros. El pueblo usaba el traje campesino, las sirvientas saya y camisa, y hasta muchos viejos ricos y alcurniados ostentaban la ruana lugareña.

Abrióse este año de 74 con dos grandes acontecimientos: El Banco de Antioquia, primero en la Montaña, y el contrato del Ferrocarril. Aquellos papelitos de tantos dibujos y firmas, con que se compraba todo, eran la brujería y la adivinanza para la mayoría de las gentes. En cuanto al Ferrocarril, era asunto para los profundos pensadores. Unos cuantos, entre ellos el progresista Berrío, lo consideraban factible y conveniente; los demás lo tuvieron por varios años como un sueño o una locura. Sólo consolaba a la burguesía asustada el carácter del nuevo Presidente. Ese Recaredo que le había hecho trampas a Mosquera, con el comparto, no era para aflojarle plata a ningún Cisneros ni a ninguna compañía desconocida, sin que antes mostraran sus trabajos y sus pajaritas de oro. El tal ingeniero, el Céspedes y el Merchán, tan cubanos y revolucionarios, qué iban a hacer? Tal serían las bases y condiciones del contrato, que Cisneros, necesitando fondos para un viaje a los Estados Unidos, véase en mil apuros para conseguirlos en la plaza. Ni el Banco ni los prestamistas quieren suministrárselos; pero en toda emergencia resulta alguna heroína. Doña Mercedes Córdoba de Jaramillo, hermana de los Córdobas famosos, acaba de vender su casa por doce mil pesos, y se los entrega a Cisneros sin ningún interés. Bien se ve que dama tan

patriota tenía el alma atravesada como sus hermanos José María y Salvador. Bien merece siquiera un camafeo en el pedestal de la estatua del gran cubano.

Mas no vaya a creerse por todo lo expuesto que esta Villa fuese completamente mercantil y filistea, como tanta gente se lo ha supuesto. Tal vez en ninguna época de nuestra historia regional se ha visto en la tierruca más entusiasmo por la instrucción y el culto ideológico, con nuestras propias iniciativas. Los dos pedagogos alemanes que había traído Berrío para las dos escuelas normales eran el único elemento extranjero de nuestra instrucción oficial. El resto lo componían maestros y maestras del país, en establecimientos públicos y privados. Por lo mismo anhelaban las gentes raizales aprender mucho para enseñar algo.

Contaba la ciudad con las muy nutridas librerías de don Juan Berrío, de don Víctor Gómez, de los Morenos, y con la Librería Barcelonesa. Como en su tabla comercial estaba partido el gentilicio, la llamó un estudiante salido de la breña, la librería de don Barcelo Nesa, y «don Barcelo» se quedó entre la estudiantina.

Puesto que se sostenían tales comercios era señal de que vendían. Y vendían no sólo libros religiosos o textos escolares, sino también de todos los autores profanos que no estuvieran incluidos en el Syllabus. De estos últimos no faltaban en las copiosas bibliotecas de cuatro o cinco particulares despreocupados, cuyos hijos no tenían inconveniente en prestárselos a sus amigos y condiscípulos, con las reservas del caso. Y tanto, que ya circulaban entre varios jóvenes no sólo La En-

ciclopedia, sino las novedades espiritistas de Allan Kardec. Los Cuatro Evangelios de tal autor eran muy populares entre los estudiantes lectores.

A más de la Imprenta del Estado había la de la Curia, la de los Balcázares, la de Isidoro Isaza y los Pinedas. Salía de la primera la Gaceta Oficial y la Escuela Normal; de la segunda, El Repertorio Eclesiástico; de las otras La Sociedad, semanario ministerial político-literario, y El Ciudadano, semanario opositorista, amén de algunas revistas de literatura anodina. Editaban esas imprentas el calendario de Cornelio María Rodas, el Almanaque Eclesiástico, folletos, hojas sueltas y la balumba de cartillas cristianas, citologías y novenas de todo el santoral. Grandes sucesos editoriales fueron por esos días el grueso volumen de «Antioquia Literaria», «Pergoleso y Annunziata», novela de Juan José Molina, y «Los Hijos del Misterio», de Mercedes Gómez. Acaso por la misma escasez de la prensa había muchos suscriptores a todos los periódicos del país y a las revistas más famosas de Europa.

Tal vez por ser cosa casera había muchos pianos, buenas pianistas y mejores cantoras, y a las ocho de algunas noches se sentaban los cachacos en las pilastras de La Cruz para oír a Teresita Lema o La Filarmónica de Daniel Salazar, artistas que vivían cerca de aquellos documentos de piedra que demolieron las Mejoras Públicas.

Como en aquel entonces se cultivaba mucho el fuero de familia, no faltaban las reuniones y tertulillas improvisadas, en que la juvenil parentela iniciaba sus matrimonios.

Precisamente por la falta de diversiones y

devaneos exteriores las gentes se acogían al libro y los estudiantes estudiaban.

No había asilo de ancianos, huérfanos ni mendigos. En el Hospital de San Juan de Dios, Casa de Locos y Beneficencia tenían de recogerse los que cupiesen. Sólo la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús ejercía la caridad limosnara. No se conocían limpiabotas ni vendedores de periódicos. Toda la taifa de granujas tenía sus comercios ambulantes y botaba las basuras en las afueras, en las quebradas o en el río, pues no había servicio municipal para estos menesteres. Toda esa pillería ambulaba por las granjas y los corrijos circundantes, yá en pescas, yá en cacerías de pájaros. Qué hambres iban a pasar, con esas plataneras, esos bosques de aguacates y naranjos, de mangos y pomales que nadie cuidaba?

En esta tierra de las aguas no se necesitaban, por ese entonces, establecimientos de baños. Quien no lo tuviese en su casa lo inventaba ahí cerca, en cualquier agua corriente. En la Quebrada Arriba, media cuadra al este del actual Puente de Mejía, frente a una pensión, se bañaban los estudiantes, de seis a siete p. m.

El mercado en la plaza principal le daba a La Villa la nota lugareña y democrática. En la propia esquina de la Catedral, a donde repuntaba toda la carga y arriería del lado oriente, era la venta de los comistrajos y chocolatadas. La llamaban la calle del Rechín. Hoy vemos esa calle muy plana, y era, entonces, hundida del lado de la quebrada, centro de las sancocherías y fritangas y de hoteluchos de la pobrecía. En la Avenida, frente a la actual Bastilla, era el mercado de

yerba, desconocido en esta actualidad que no há menester forrajes.

En Villa tan devota no había más religiosas que las veintiuna Carmelitas del único monasterio. Lo que era fraile no se conocía sino en las loterías de figuras. Precisamente en ese mismo año, al repique de campanas y entre el alborozo de media Villa, llegaron las cuatro primeras Hermanas de la Caridad. Pero, como el diablo no había de quedarse atrás, prolongóse en esos días, cuadra y media Cuchillón arriba, la calle de Ayacucho. Antes que le demarcasen dos cuadradas abrieron unos señores Raves una casa de recreo, con billares y cantina. «Buenos Aires» le pusieron en letras rojas, y Buenos Aires se quedó.

Trabajo y paz imperaban en esta Antioquia que abarcaba hasta el Chinchiná. Trabajo y paz habían borrado las demarcaciones políticas y fundido en el mutuo interés a las gentes de buena voluntad. Las necesidades materiales estaban satisfechas; lógicas eran las aspiraciones; y a este terruño, embotellado en los Andes y hartado diverso en un todo al resto del país, se le abrían hacia el futuro lontananzas azules y risueñas.

Tál era, a ojo de avión, la Capital del Estado Soberano de Antioquia, sesenta años há.

X

Después de tres meses de vivir todos en la casa de Juaco nos instalamos en la nuestra. Con todas las reposiciones de madera y los retoques del caso, quedó lo que se llama una tacita de plata.

En aquel tiempo de los caserones se llamaba casita a cualquiera como la nuestra. Hoy sería enorme para nuestra familia. Tiene agua, baño, dos patios y solar. Sus dueños anteriores eran de siembras útiles y de ornato. A los postes se arriaman las rosas guayabo y los heliotropos. En los patios hay granados, mirtos, jazmines de Malabar y no sé cuántos y variados árboles de azucenos y otros arbustos florales que ya no se ven en la ciudad. Por el patio interior se enreda un norvio, que todo lo impregna con esa fragancia similar a la de las violetas.

Soy el niño de la casa, porque Juaco y Marto se han quedado con Teodoro. A Miguel y a Elisa no les desagrada del todo esta determinación: Les parece que el muchacho está mejor vigilado y que el abuelo no ha de tolerarle ninguna fechoría. Campo, pues, por mis respetos, en mi cuarto muy

bueno, junto al comedor. Allá ha puesto mamá un estante muy grande con los libros, y Melita los dos globos cosmográficos que ha comprado. Ella instala en el cuarto del zaguán su taller de vestidos para niños, y gradualmente lo va combinando con tenducho.

Lo que gané en la mina, en las ventas del ganado, y lo que había ido recogiendo con las dádivas, me lo han impuesto con las platas de Melita y gana veintidós reales al mes.

Cantalicia ha encontrado su acomodo. Se lo ha conseguido Ignacita en el vetusto caserón de Las Pinos, ahí cerca, calle de Pichincha. Son suegra, nuera y nieta. No han aprendido en su vida a ganársela, por apocadas y faltas de iniciativa. Estas señoras le han alquilado la cocina a la insignie trabajadora, y me la tiene entregada a su negocio. Deja allá a Catana y se viene a dormir a nuestra casa, para ver a diario a su Cordero. Me despierta a las cinco y media, con el desayuno.

Yo también tengo mi negocio, aunque misérrimo: Los sábados les arreglo el almacén a los Cuencas, y, en almorzando, salgo a diario hasta las doce a hacerles compras a las señoras de la casa, a Lola y a doña Dolores. Soy, pues, mandadero comercial; y como me presento muy limpiecito y despejado, me confían artículos y muestrarios. Siempre gano en la semana diez o doce reales. Todos estos platales y los más reales volanderos que me dan en ambas casas no los boto en ociosidades, como Marto y Teodoro. Sólo gasto una peseta los viernes, para traerles frutas o baratijas a las niñas. Mamá se felicita conmigo al verme tan guardoso y buscavida. He pactado con mis padres no gastar ni un medio en textos ni en

cosas para mí. Como Melita es sastra de cifrán y de planchón nos inventa a Teodoro y a mí famosos remontes semaneros de los vestidos que dejan los grandes de ambas casas. Y como se pinta sola en el novísimo arte de planchar en crudo, nos mantiene aquellas pecheras, aquellos cuellos y aquellos puños, que más parecen cosa de biscuit que de lino.

Entre todos nos han prohibido las cabalgatas. Eramos unos renacuajos porque nos habíamos contentado con micadas y cabriolas y no habíamos aprendido a ser andarines. Así es que los domingos nos ponemos ruana y alpargatas, cual lo hace entónces el más conspicuo, para irnos de excursión por esas granjas labradoras y esas quintas de recreo que se ha tragado el ensanche urbano.

Verita, nuestro amigo predilecto entre todos los condiscípulos, nos acompaña casi siempre en tales andanzas. Cursamos unas mismas clases y en casi todas sobresale. Verita es sumamente popular entre la estudiantina, por su buen carácter, por su elasticidad para las relaciones, por la nobleza que muestra en todo y para todo. Con su prestigio ampara a los novicios y lugareños. Siendo de familia rica y timbrada de la capital, no gasta ínfulas ni petulancias, ni aires de protección ni cosa alguna que denote superioridad. Como en nuestras casas le conocen y tienen relaciones con su familia, ven en él la mejor y más grata compañía para nosotros. No se engañan: No he conocido un mozo más sano y más razonable, al par que más jovialote y más ecuánime. Amigo fue nuestro hasta su muerte. Con él nos dejan ir hasta donde se le antoje; con él nos vamos a los

cortijos y pueblos circunvecinos, porque en todas partes tiene amigos, parientes o conocidos. Consigue permiso para que nos eximan de asistir a la misa, con la obligación de oírla en cualquier parte, y muchos sábados nos vamos hasta Envigado, a la casa del padre Mejía, o a Hato Viejo a la del padre Nelo Hincapié. Ambos nos reciben con mucho gusto y nos tratan a cuerpo de rey. Otros domingos le da por andoneos de ceca en meca. Vamos al seminario a hacerle visita a Marco Fidel Suárez, o a casa de don Leocadio Arango a que nos muestre el museo. Marto quiere a Verita casi tanto como a los dos Guaricongos, y en tiempo de invierno nos convida a los tres y a José Palmera a las cacerías matinales de patos, que bajan desde la hondonada de Sabaneta hasta el puente de Colombia. Verita y José también tienen escopeta y algo nos enseñan a manejarla. Tienen buena puntería; pero Teodoro y yo tal vez no matamos tres patos en el curso de todo nuestro aprendizaje. Los sábados por la noche nos premia Marto con cena en el café del italiano Ceferino Marucco, único cenadero decente y barato en toda la ciudad. Lo que valen aquellos obsequios! Por cinco medios, o sea veinticinco centavos, dan carne y pollo, magnífica taza de café con leche y magnífico dulce, todo con abundancia de pan, galletas y mantequilla. Marto puede hacer tan tremendas erogaciones, porque Juaco, que tiene la plata y el mando, y al nieto muy bien probado, le ha asociado, previa habilitación de edad, a la casa de «Cuenca e Hijos», muy a satisfacción de Alfredo y Emilio, que reconocen en el sobrino buen juicio, mejor actividad y grande insinuación para vender.

Clientes de esta casa son Nicanorcito y su

suegro. No intentaré describir el regocijo mío y el de mi amigo la primera vez que nos vemos en esta ciudad. Me dice tantas cosas tan cordiales y tan chistosas; me da tantas noticias de los unos y los otros. Lo lleva papá a casa, por la noche, y Cantalicia llora de alegría.

Cada mes vemos a Largo Valencia, y esas son las fiestas con El Príncipe y con los dos Potranquitos. Nos va noticiando de todo: El casamiento de su ahijado Crispín con Teopiste; la muerte, por hidropesía, del pobrecito Pispirís, y por último la de don Segismundo. Había recibido todos los auxilios espirituales. Pero de tesoro enterrado no dijo una palabra.

Las noches del sábado siempre son de bureo, con Marto a la pata: Nos lleva al coliseo a los conciertos de las señoras Lema de Gómez y Salas de Sanín. Al decir de los críticos del país y de los pocos extranjeros que aquí residen, son cantatrices de facultades y escuela. Teodoro y yo abríamos la boca con tantas señoras tan bellas y tan galanas.

Otros sábados nos lleva por ahí a la Vuelta de Guayabal, a las comedias de los Palacios (a Tunches), y vemos representar «El Puñal del Seductor», «El Barrio de las Palmeras» y «Ricaurte en San Mateo». Propiamente no puedo llamarlo representación. Aquello es una patanería en que público y actores gritan a competencia. Todo el mundo va a divertirse con las charrerías, ingenuidades y disparates de aquellos cómicos populares. Yo no gozo por mi cuenta, sino por la de Marto. Es tanto lo que se carcajea el tal Príncipe. Otras noches, víspera de día festivo, les da a Mar-

to y a Verita por los rincones o cabos de barrio donde haya espantos. El punto más socorrido es la Plazuela de San Benito. Aquello es completamente desierto. Donde hoy se alza el monasterio era un solar de tapia baja con sauces y cañabrava. Frente a la iglesia una sola casa, y las del lado de la calle de Boyacá están tan cerradas y silenciosas desde las ocho, que parecen inhabitadas. Nos sentamos en las gradas del atrio a contar cuentos de espantos. En ese atrio salían a rodo, de las doce en adelante. A esa iglesia, de las primeras de la Villa, le habían reconstruido el frontispicio dos años antes: El solar de la esquina había sido cementerio de una familia Gutiérrez, en donde enterraron a los fundadores de la ciudad. De ahí subíamos algunas noches hasta el Puente de Las Pisas, para atravesar la calle del Infierno. Allí sí habían sucedido y sucedían cosas horribles! Cuál era esa calle? Nada menos que el malecón izquierdo, que une ahora la carrera Bolívar con la de Carabobo. Eso era hundido como la curva de una hamaca, con una hilera de mediaguas, muy viejas y muy torcidas, del lado de la quebrada. Allí se habían cometido, según la leyenda, los crímenes más horribles: Mujeres asesinadas por hombres; hombres asesinados por mujeres; allí, en tiempos del Rey, un sacerdote matoide y una bruja que él mismo había quemado en el patio de la casa cural, hoy esquina del edificio Constantín.

Otras noches, subiendo de San Benito, cruzábamos la calle de Salamina, recién abierta; subíamos por la de Colombia y tomábamos la de Cúcuta, para arrostrar el gran espanto del cruce con Ayacucho, esquina S. O. Aunque en la parte baja estaba la imprenta de don Isidoro Isa-

za, infundía no sé qué aquella fábrica tan alta, tan vetusta, con las puertas del segundo piso tapadas con tablones carcomidos; con aquellos aleros enyerbados y aquellas paredes con tantos avisperos y telarañas. Del lado de la carrera, en un terreno muy pedregoso, alzaba su huerto unos árboles tan viejos, tan llenos de parásitas y de bejucos. Lindaba del lado de la calle con una quinta, con portada enrejada de cementerio; el caserón, hundido entre cipreses, más parecía panteón que morada de vivos. La vejez esquinera, que parecía colonial, la habían construido unas señoras Zuláibar, por allá en los tiempos de Urdaneta, para palacio episcopal. Según datos que esas matronas se tenían, iba a fundarse por esos días Obispado en esta Villa de la Candelaria. Años después demolieron el caserón y se construyó en el local una casa moderna con toda la magnificencia de entónces, y resultó que aquel solar tan pedregoso era un nidal de víboras. Serían ellas las que inspiraban miedo, porque... ah, culebras!

Claro que en estas andanzas por donde no alcanzaban las lumbres de los faroles, no llevábamos ni un cabo de vela. Bajo esta atmósfera transparente no gastaba el más rico ese lujo; por eso había gentes que veían de noche como las lechuzas.

Algunas tardes salíamos a caminar por la Quebrada Arriba, no tanto por hacer ejercicio cuanto por admirar los coches, los jinetes y las amazonas que desempedaban estas calles con sus corceles de rumbo. Cuán hermosas se nos hacían esas señoritas con los sombreros de copa, las corbatas y los cuellos masculinos, y ese sentado tan gallardo y recogido! Las caminatas vespertinas

eran como un rito, y en ellas se conocían los personajes notables de la ciudad. Muchas familias se reunían en estas andanzas para comprar pan de queso caliente y dulces en la casa de las Cobres, calle de El Llano, o en la de las Cárdenas, que tenían su casa y sus hornos por ahí más o menos donde posteriormente se edificó la Plaza de Flores, mercado llamado así por el apellido de su dueño. Verita, Teodoro y yo nos ingeríamos en estas reuniones desde que viésemos gentes conocidas, y Vera, que siempre mantenía plata, compraba y obsequiaba a las niñas como cualquier cachacón.

Lugar muy concurrido era la casa, ahí cercana, del Maestro Torres, el gran fabricante de santos. Tenía un autómatas, espanto de los niños; era como un muchacho flacuchento y enfermo que movía la cabeza y estiraba una mano para implorar limosna. Con esta andrómida y sus ringleras de mamarrachos sacaba el maestro sus pesetillas. Cómo no? Era la única exposición artística en esta Villa ricachona.

En medio de todas estas grandiosidades no dejaba de ser yo el muchacho campesino y casero. Gozaba con los palomos que tenía Sebastiana, con la jaula y la mirla que había conseguido Laurencia y con el perrito lanetas que Alfredo les había regalado a Raquel y a Elenita. Se llamaba Bismarck y yo le enseñaba muchas habilidades, con toda la paciencia del caso.

Algunas tardes les hacía novillos a mis compañeros para irme a la manga y cañauzal que habían comprado los Cuencas, por allá en la Quebrada Abajo. Allí el cuido de los caballos y la casita pajiza donde vivía Gabriel Carmona con su

vieja y estéril esposa y una sobrina de ésta que habían traído de San Juan. Me regocijaba garlar con estos fámulos sobre sus impresiones en La Villa y el estado de esas bestias que nos habían sido vedadas.

Marto siempre venía al longaniceo y empa-lago antes de almuerzo, para bajarse con Teodoro a casa de Juaco. No dejaba sus caprichos el tal Príncipe. Había sepultado molino y carricoche, y puesto, con todo y vidrio, en lo más visible de su cuarto, el par de piscos que le había dibujado Faustina. El caimán lo había colgado muy arriba, donde nadie lo tocara. Nuestros condiscípulos no podían entender aquel hermano tan amigo de sus hermanos. A la oracioncita nos asomábamos a casa de mi padrino, al saludo y bendición, y de ahí se iba Marto hasta las siete y media a hacerle la visita a tía Martina. Ah cariño por aquella tía!

De noche, fuera de las ocasiones referidas, no salía de casa para quedarme estudiando hasta las diez, unas veces solo, otras con Melita, porque en algunas, cuando se mostraban las constelaciones, echábamos nuestros repastos astronómicos. Ella y mamá iban aumentando la biblioteca; la una con textos y tratados de ciencias naturales, la otra con Historia, Religión y demás. Ambas se reían mucho con mis simetrías para enfilear los libros; con aquella cama que yo no tocaba para que no se dañase, y aquel lavabo donde no dejaba caer una gota de agua, por más que me ablucionase cada rato. Y si se me rajaba algún botín era mucho lo que se reían a mi costa, al suponer mis confusiones.

Como los lutos de entonces eran muy rigurosos, sólo salían a las iglesias y a las casas de fa-

milia; mas en cambio eran muy visitadas por amigas y parentela. Tirso y Lola iban dos veces por semana a merendar con nosotros. Yo me encantaba porque él hablaba de cosas muy sabidas y ella le hacía mucho papel al «Negro churrusco». Tanto, que Jacoba juraba y perjuraba que me quería más que a los sobrinos. Cómo se ufanaba Cantalicia con todas estas cosas! Ya desde entonces me daba buena cuenta de mi posición con respecto a esta familia, que me había recogido en el asilo de su propio corazón. Y como tenía presente el caso de Melita, tan semejante al mío, me iba formando mi filosofía y mi programa sobre esto de los hijos arrimados. Si Melita era miembro interesante en la familia, por qué no había de serlo yo, toda mi vida?

Con Teodoro cómo reñir? Le dan sus rabietas instantáneas, se le brotan los ojos de gallo, se le ensanchan las fosas nasales, echa tajos y mandobles; pero como nada le replico, nada acontece. No hay entre nosotros un sí ni un nó contradictorios. Melita me ha sugerido, con todas sus enseñanzas traicioneras, que el amor propio exagerado y la susceptibilidad son nuestros peores enemigos, y que el verdadero orgullo se confunde a veces con la humildad. Teodoro, por su parte, acaso por la seguridad que tenía en el afecto de todos, era la persona más tranquila y menos exigente en la amistad y el cariño. Cualquiera diría, al verlo tan desentendido en estos particulares, que ni daba ni pedía cariños, siendo en el fondo tan cariñoso como Marto. Los empalagos con Elisa más eran por imitarlo que por expresar afecto. A medida que crece se le merma el azogue y se le aumenta la verbosidad. En los afectos estables entre dos hay siempre el que habla y el que escucha.

Esto hemos sido Teodoro y yo. Hasta entonces, nunca, ni él ni Marto ni nadie en la casa me habían mentado una palabra sobre la locura y el triste fin de mi padre. Por cabos sueltos cogidos a Cantalicia y a papá, entendí que había algún plan entre ellos para no mentarme el asunto. Vi en todo eso un rasgo muy bello de nobleza y caridad. Tánta confianza le tenía a Melita, que me atreví a interrogarla sobre este particular. Todos en la casa estaban enterados del asunto, desde los nietos hasta los abuelos; pero Miguel había prohibido en absoluto, desde que me llevó a San Juan, mencionarme este asunto para no entristecerme. Había sido un pacto desde Aguaslimpias, con Nicanor y Cantalicia. Qué delicado era ese Teodoro tan hablantinoso! Me propuse desde entonces una cosa muy difícil, pero no imposible: Ser grato. Ahora sí entendía por qué la familia de Moncada me pagaba a mí la deuda contraída con mi abuelo. Cómo era de sabia esa Cantalicia que no sabía leer ni escribir! Esta desgracia de mi padre fue desde entonces como una gota de acíbar en mi corazón: Un acíbar que no me permitió ser engreído ni mucho menos altanero. Sufría mucho con este sentimiento tan recóndito. Cuando vi que en la Universidad había muchos de Aguaslimpias, pensé por un momento que iban a enrostrarme mi desgracia, y antes de saludarlos le recé a mi Virgencita la oración secreta para que no fueran a decirme nada. Me hizo el milagro. Ni aun Fernando Cambas, aquel que me había molestado por las alpargatas, me dijo nada que pudiera mortificarme. Con los de Aguaslimpias y los de Orofino la iba muy bien, pero de lejitos.

«Por muerte de un obispo», reza un refrán para expresar una ocasión rara, y a mí me toca. Muere Monseñor Isaza, que me confirmó. Arman toda la estudiantina para aquellas exequias tan largas. En ellas sacan carro con La Religión, toda luctuosa y abrazada a La Cruz. Aún vive la alcurniada dama que representó aquella alegoría. En el templo Carmelita exponen a su Ilustrísima en cámara ardiente, con los áureos, episcopales arreos, hasta por seis días.

El doctor Berrío, por mala salud, se retiró del rectorado de la Universidad, por allá en septiembre. Reemplazólo el padre Gómez Angel. Todo el profesorado y la junta de la Universidad quedaron muy satisfechos con el resultado de los exámenes privados. Como Teodoro y yo sacámos 8, número máximo, en todos los cursos, teníamos de presentarnos a certamen público, en esa nave de San Francisco. No nos turbámos lo más mínimo ante el señor Presidente y ante aquel concurso con tanto señorío de la aristocracia. En todas las materias lo hicimos muy bien, y todos en la familia nos declararon dignos de los premios que habíamos obtenido en la Universidad y en la casa. Era éste gran relevo de paño azul y sombrero tirolés, último grito de la moda. Siempre habíamos crecido en el año, y nos sentimos muy grandes y muy pepos con aquellos ornamentos tan flamantes. Marto determina conmemorar aquel suceso con algo muy extraordinario: El primer día de vacaciones nos fuimos a retratar, por separado y en grupo. Qué aspavientos los de las fámulas y Cantalicia cuando nos llevaron las efigies! Gonzalo Gaviria nos colocó en un aparato como de cuatro o cinco balaústres. Los dos Guaricongos a lado y lado de Marto.

—Quedámos muy carajitos y muy atacarios! —exclama Teodoro—Pero Marto sí, pues!..

—Es que El Príncipe no es ni gracia!—digo yo—Con ese bozo tan bien jalao!...

Lleva sacolevita, chaleco de fantasía con botones en triángulo, gran leontina, pantalones claros y botines trompa de puerco, de marroquí, combinados con el mismo paño, medio plomizo, de los pantalones de campana. Pimienta le ha cortado el pelo según los recién llegados de París, a estilo de Mr. Capoul, el tenor de la grande ópera. Está desgolletado, mostrando toda la gaita musculosa, con aquel cuello tan tieso, parado por detrás y medio doblado en las puntas como dos alas.

Efímera fue la tal capul para los machos, porque, con escándalo de todos los viejos, las niñas todas se hicieron el fleco sobre la frente. A todos los muchachos nos parecían muy lindas con el pelo así, pero mi padrino y todos los señores graves aseguraban que parecían yeguas motilonas y que sólo les faltaba cortarse las trenzas para quedar como unas locas.

Bajo el rectorado del padre Gómez Angel continuámos los estudios al año siguiente; mas sobre la Universidad cayó desde febrero una nube de oscuridad: La muerte de Berrío.

Nada diré de aquellas exequias en que se congregó Antioquia entera. Universidad, Escuela de Artes y Normal concurrieron armadas, y por las mejillas de muchos jóvenes corrían las lágrimas. Si alguna vez ha habido en estas montañas duelo colectivo, sería en aquella ocasión. De todos los discursos se me quedaron grabadas para siempre estas frases de don Baltasar Botero:

«La gratitud es la virtud por excelencia; es la virtud madre: El hombre ingrato es incapaz de mínima virtud».

Estas frases las subrayé en el programa de mi vida.

Gómez Angel era un carácter; mas no para definirlo y clasificarlo cualquiera. Burdo y ordinariote por fuera, reunía en su espíritu y en su corazón todas las aristocracias. Su vanidad, su pose social se cifraban en ser plebeyo y «guantero». Guantero era para él su mejor título. Y eso que el Guanteros de ese tiempo no era ya el barrio mal habitado de años atrás; al contrario: En esa calle de Maturín, tan torcida, lo mismo que en las carreras que la cortan o la cruzan, vivían familias de todas las clases, pero muy recogidas y levíticas. Eran el remanente de las gentes de antaño.

Gómez Angel cambió, no sé si mal o bien, el régimen de Berrío: Le impuso rosario al externado, librito de oraciones a todos, trisagio en la misa, e hizo de las asignaturas lo que le dio su real gana. Regentaba varias clases como veterano; y a fuer de psicólogo le conocía las mañas y capacidades a cada estudiante, a las primeras de cambio. Era una diversión cuando amanecía con la «guanterada encaramada». Registraba por el salón de estudio y por los claustros, y desde que notase que faltaban estudiantes se daba a la elocuencia de sus dicharachos, materia en que era número uno. Y si los novilleros eran chiquitines, mandaba a Sauseda, el fámulo de la Universidad, a buscarlos por «Los Mil Pomos» y sus aledaños.

Teodoro y yo competíamos en aplicación. Le

ganaba en memoria, pero me aventajaba en lo demás, especialmente en la facilidad y recursos de expresión. A los dos nos nombraron peroradores para los actos públicos; a él en Filosofía, a mí en Física. Ensartámos nuestros disparates, nos los corrigieron los profesores, y aunque me esté mal el decirlo, los pronunciámos muy bien y «gustaron mucho». Alcanzámos premios, y en las casas nos compraron reloj. Nos habíamos estirado mucho; a Teodoro le apuntaba el bozo, pero yo llevaba hilos de ser un «negro liso». Con nuestros diecisiete años, las figuras y los trapos, ya les plantábamos por ahí a las muchachas bonitas, y hasta bien nos iba en ocasiones.

Como esto no es una confesión, precisamente, nada diré de aquellos ilusiones que trastornan la cabeza de todo mozo, en esa edad de las iniciaciones en la vida. Ya podrá suponérselo el doctor Collantes. Teníamos a Verita, que contaba dieciocho años. Inspirado por Marto, según creo, nos prestó muy buena ayuda; y, como maestras de novicios nunca faltan en parte alguna, las cosas vinieron a su debido tiempo, sin precocidades ni retrasos. Por fortuna las zarzarrosas en que nos enredábamos no eran para enconos ni ponzoñas.

Como en aquellos tiempos se verificaban estas gestas con ciertas reservas y tapujos, se me figura a mí que tenían más atractivos que en la actualidad, que más alardea que disimula.

Yo, que siempre he tenido sentimientos muy religiosos, echaba mis confesiones después de mis caídas. Marto, tan reservado en algunas cosas, y que no había querido echarnos ni aun el cuento del fraile y la mesonera, tuvo con nosotros gui-

ños, palabritas y reticencias, más de burla que de todo.

Le teníamos cierta envidia: Pertenecía a «La Nube», una taifa de pepos esquineros que mantenían novias en todos los barrios, y se candelereaban los unos a los otros. Marto, que ya estaba apalabrado con la prima Carolina y con los tíos, siempre le hacía visajes a Elvirita Santa, la novia de mentiras. Carolina, a sus dieciséis años, es más graciosa que bella; y para que más castigase la lengua a la tía Martina, parece que su hija, por el avisparmiento y las modas, fuese educada por las mismísimas Olivares. Y no es esto sólo, sino que está encantada con el presunto yerno, aquel Príncés tan facineroso y tan glotón. Y lo que es peor todavía, el tío Evaristo ha sacado la plata y les ha construído casas a las hijas. Es mucho lo que Lola charla a este respecto.

Raquel es demasiado crecida para sus trece años. Si goza con los vestidos que Lola le inventa, es por lo demás muy tímida y muy casera. La tienen con Elenita en el colegio de las señoras Bravos, ahí cercano, pero en la calle está mortificada porque los zapateros y los sastres de esos lados le echan piropos y le dicen «lucero», que el cielo «se ha quedao solo», y otras expresiones propias de estos artesanos de la ciudad. Ya no es dorado su cabello; es cobrizo; y sus ojos, entre verdes y azules, de pestañas oscuras muy crespas, son dulces y humildes. Al hacerse mujercita no se le han alterado las facciones, tan finas, y se va diseñando la mujer alta y delgada, concreción ideal de la pureza. Ya se le planta en la esquina, con no poco disgusto de Teodoro, algún cachaquín o estudiante de cuarto año; pero Raquel, sin que le dé fie-

bre como a su madrina Ignacia, no les hace el menor caso. No es ni siquiera ventanera y todavía alterna las muñecas y los altares con el crochet y otras labores de mano. Está en la edad de la risa y eso es un gorjeo porque sí o porque nó.

A Elenita, con sus nueve años, no le asoma el juicio por ninguna parte. Eso es un solo retozo con el perro y un poner taburetes en hileras y un desbaratar las cosas y siempre muy amiga de las flores y los colibríes, de las cintas y los boleros.

Como yo me sé y quiero poner en práctica todos los preceptos de Manuel Antonio Carreño y de José Joaquín Ortiz, procuro no tener muchas familiaridades con mis hermanitas; pero con Elena no me vale: Se va a mi cuarto a escarbar los libros del estante, a hacerme garabatos en los cuadernos, a pretexto de leer y de ponerle flores a mi Virgencita. Siempre me llama Eloicete y me esculca los bolsillos del chaquetón para ver si tengo confites, frutas o caramelos.

Cursadas y habilitadas las que llamaban materias preparatorias, tomamos el año 76, bajo el rectorado del doctor Martínez Benítez, los primeros cursos en la carrera de derecho. Viento en popa va todo aquello: Nuestras inteligencias han entrado en disciplina, y ya engranamos en un conjunto armónico las materias que hemos estudiado y reforzado con lecturas y aprendizajes por nuestra cuenta. Formamos parte del cuerpo colegiado establecido en la Universidad por unos cuantos, con sesiones dominicales. Se llama «El Liceo» y en él practicamos la táctica de las Asambleas, con todas las reglas y protocolos del caso. Yo hablo poco; pero Teodoro toma la palabra, con

permiso del señor presidente, a cada asunto que se trata.

Mas hé aquí que todo aquello se va mezclando con la «Sociedad Filopolita», que ha venido a fundar a la ciudad Manuel Briceño. Con la oposición que a ella le hacen los estudiantes liberales, Teodoro y yo, que somos completamente apolíticos, consultando con la almohada, tenemos a bien retirarnos por la puerta del foro, con todos nuestros honores.

Aquello va oliendo a cuerno quemado con lo de Núñez y lo de Parra: Y, hoy una noticia, mañana otra, ahora un relámpago, luego un trueno, se va desatando la tormenta, y el 6 de agosto se declara Antioquia en estado de guerra.

Más que historiada y novelada está esa guerra. Sólo anotaré aquí algunas reminiscencias que no recoge la Historia. Esta guerra, predicada como santa, precedida de populosa peregrinación al Cristo de Girardota, tiene necesariamente carácter religioso; y las gentes devotas y sencillas ven en hechos naturales presagios o cosa tal. Por estos días aparece un sér extraordinario. El Repertorio Eclesiástico se ocupa de él. Aparece en varios pueblos, montado en un macho romo, en cualquier silla, y estribos de palo y de vaqueta. Lleva luenga barba y cabellera de rubio casi blanco. Alba es su piel, claros sus misteriosos ojos; alba es su túnica hasta el suelo, de cualquier género de algodón, y más parece mortaja que traje de viviente; calza sandalias franciscanas. Llega a los pueblos, se desmonta en el atrio de la iglesia y de rodillas entona, afuera, un rezo desconocido. Las gentes le rodean; les dice el estribillo e indica la contestación:

«Si alguno sabe que hay Dios y su poder es inmenso»

Coro: «Alabado sea el Santísimo Sacramento».

Intercalaba en aquellas oraciones a la Virgen de La Grita. Eso dura horas. Las gentes se alternan; al levantarse lo acogen, lo llevan a sus casas, lo alojan lo mejor posible; pide bebidas refrescantes y sopa de garbanzos. Como no sea el que sepa los catálogos ortográficos, nadie conoce aquí la palabra garbanzo. Mas, consultados los entendidos, se le dan alverjas. Varias señoras le aderezan el cabello, le abren carrera y lo distribuyen en tirabuzones. De profeta no lo rebajan. Unos lo llaman «El Desconocido»; otros «Mi Dios». Si algún incrédulo del lugar se atreve a decir que es un demente, lo tienen por hereje. No son pocas las riñas y disgustos que por estos pueblos se arman, a propósito del hombre misterioso. Y como por estos días ha seguido a los ejércitos, predicando la cruzada, un señor de La Ceja a quien llaman «el profeta de Los Chancos», las buenas gentes, sedientas de milagro, conexonan estos dos personajes. Y doña Rosario y doña Dolores los juntan con el Mohán y los hacheros del Aguacatal, y me las tiene Ud. en expectativa del juicio final.

Quién es El Desconocido? A los cuatro o cinco meses se descubre el misterio. Y... Oh desilusión! Se llega a los pueblos con sombrero, un gallo bajo el brazo, hecho una mugre, y un tufo de aguardiente que hace apartar a los cristianos. Posteriormente se averigua: Es un venezolano, un tal Marcelo Parra, pillo o loco, o ambas cosas,

que especula con su albinismo y su disfraz.

Ni Cuencas ni Moncadas son gentes políticas, tengan las opiniones que tuvieran, ni mis hermanos ni yo somos de armas tomar. Así es que estamos medio reclusos, por temor a la recluta. A Marto le han mandado cerrar el pico y está bajo fianza; a nosotros ni eso; tan insignificantes somos. Ni siquiera sabemos qué es liberalismo ni conservatismo. Y en las casas nos ordenan no hablar ni una palabra, y eso hacemos. En el mismo caso está Verita. Debemos permanecer, según mamá, «neutrales como el alcalde de San Cristóbal».

En las dos casas o en la de Lola estudiamos o leemos. Tirso se ha ido a defender su causa y acompaña a su mujer el tío Leandro, a quien le han dado la ciudad por cárcel, después de su confinamiento a Marinilla, a donde le ha enviado don Ceferino, jefe civil y militar de La Blanca. Este viejo tío, el más memorioso e historiador, nos narra los más importantes sucesos de nuestra Independencia y nuestras guerras civiles, y repasa con nosotros a don José Manuel Restrepo.

Yo no las tengo todas conmigo, porque, fuera del arreglo del almacén, que es medio clandestino, no tengo en qué ganarme un cuartillo de perro.

Sólo nos hemos ingerido a la gente de la calle, en compañía de Verita, en la rogativa a la Virgen del Carmen, que por primera vez sacan del camarín con sus adláteres, y en la procesión de El Nazareno, de don Alejo Santamaría. Estas peticiones, escoltadas por el piquete que guarnece la ciudad, nos infunden más novelería que de-

voción. Estamos estudiando prácticamente, en pacífica retaguardia, lo que es guerra, derecho de gentes y garantías constitucionales.

La Fama, «ese monstruo de cien mil bocas», como dice Virgilio, que con igual furor divulga la verdad y la mentira, lo realiza centuplicado la radio de la actualidad; mas en los tiempos a que me refiero sólo había comunicación telegráfica con Manizales. Con Bogotá no tenían para qué pensarlo los Estados revolucionarios. La poca prensa estaba suspendida y sólo se publicaban las hojas o boletines oficiales. Naturalmente que la revolución ganaba en todas partes. Mas a falta de comunicación funcionaba lo que llamaban el «correo de las brujas». En tal correo se fundaría Marconi para su invento prodigioso. Qué correo! Los liberales, en sus conciliábulos secretos, se iban enterando de cuanto acontecía. Tanto se dice y se comenta en estos casos que, a fuerza de suponer y mentir, dan con la verdad. En cierto pueblo se habló de la batalla de Bateros el mismo día que se diera, y a los cuatro caen ahí derrotados.

Llega el 5 de abril; y, con las capitulaciones de Manizales, salimos a la calle a tomar lenguas, ya que hablaba sin recelo la de los liberales, hasta entónces boquicerrados o presos. También habla la musa popular y echa bunde:

Cuando Trujillo tomó
La plaza de Manizales,
Salieron todas las viejas
Reventando cornejales.

Ya hay quien cante esta copla en la ciudad.

La invasión por Zaragoza, engrosada por los liberales del N. E. y vencedora en El Jabón, ha entrado a Medellín con todo y bundistas.

El padre Gómez Angel llama todos los novios y los exhorta. Si están por casarse lo hagan inmediatamente, antes que se enrede la cosa. Muchísimos obedecen y Marto y Carolina caen en la tanda.

A mi padrino, que está en cama desde hace días, se le recrudece el mal hepático con la pérdida, y la pareja de nietos tiene que ir hasta su cuarto a recibir la bendición. Aunque el casamiento no puede ser de rumbo, asisten a él, fuera de don Teodoro y doña Rosario, los principales miembros de ambas familias. Marto exige que Melita y yo asistamos, y, aunque la hemos llevado muy de lejos con doña Martina, ella y don Evaristo nos han invitado con toda cordialidad. Asistimos, por consejo de papá y Elisa, no sólo a la iglesia sino al convite de la casa, donde la señora nos recibe con todos los acatamientos del caso. Si yo no me alegro demasiado, hace fiestas Cantalicia al verme tan peripuesto y metido en docena entre tanta blanquería.

Carolina y Marto me parecen fascinadores: Ella, con los atavíos nupciales que le ha arreglado Lola, y Marto con la leva, los guantes blancos y el sombrero de copa.

Con las capitulaciones me ha caído mucho qué hacer porque hay mucha compra.

Papá, aunque conservador, no está emberrinchado con la pérdida, tal vez por no ser burócrata ni político y pertenecer a los llamados «conservirrojos», o sean aquellos que no fueron parti-

darios de la revolución. Ha pagado muy tranquilo los compartos que le han asignado, y mamá es mucho lo que lo consuela, entre veras y chanzas, asegurándole que, aunque molesten mucho a los curas, a los obispos y a las monjas, no por eso se va a acabar la Religión. Tales consuelos no puede emplearlos con los suegros e Ignacita, ni aun con la misma María de los Dolores. Los cuatro creen que se van a repetir, corregidas y aumentadas, las más terribles mosqueradas.

La que está un poco conservirroja es Lola: Tirso ha regresado bastante alicaído con la derrota. Así y todo, le parece mejor que Tirso trabaje en su profesión, sin necesitar el apoyo de ningún gobierno. No se habrían de morir de hambre mientras se entabla. Pudiera ser que esto le valiera y se dejara de politiquerías, que daban más quebrantos que sustento.

Entretanto se prepara la ciudad para recibir al vencedor. Muchas gentes que pertenecían a la política del alcalde de San Cristóbal, o que parecían conservadores decididos, han resultado muy liberales en estos misterios gloriosos. Teodoro, Verita y yo no perdemos ripio en la hechura del gran arco que el comercio liberal está levantando, en el ángulo S. E. de la plaza. Por fin lo vemos terminado. Eso resiste lluvias y ventarrones. Lo ha dirigido León Villaveces; mide veinte varas de altura y cubre las entradas de Palacé y de Colombia. Es de estilo jónico y lo sostienen dos grupos de cuatro columnas en dos basamentos. Lo forra musgo verde, de tal modo pulido y perfilado que parece peluche. No se pierde una línea en ningún detalle. Entre el arco y el cornisón se lee a ambos lados en letranas áureas de altísimo relieve:

«Llor al libertador Julián Trujillo». Jamás se ha visto aquí obra más artística, en estas arquitecturas efímeras.

También levantan un kiosko, más o menos como el actual del parque de Bolívar, entre la pila y el costado norte. Vemos la corona para Trujillo, que exhiben en la casa de los Urretas, donde van a recibirlo. Son una rama de laurel y otra de encina, con oros apagados, fuertes y verdosos, unidas por un lazo, con la dedicatoria. La han fabricado los Sanines y otros orfebres de la ciudad. Pero más hermoso y artístico es el estuche fabricado por Simón Caballero.

A Medellín converge la muchedumbre: Capitulados, arrieros, negociantes; liberales salidos de la prisión o del confinamiento; negociantes de bestias que ha brotado la tierra; derrotados caucanos y tolimenses, de buenas familias, que se han repartido en sus casas sus copartidarios; campesinos que han salido de sus escondites, amén de los entusiastas y toda esa hampa de bundistas y tahures y vagos celebradores de la paz, que surgen en las grandes fiestas.

Cantalicia está atrafagada con los abastos a tantas pulperías. La víspera de la gran entrada se llega a nuestra casa a deshoras, en el colmo de la desolación.

—Qué le aconteció, vieja?

—Ni me pregunte, niñ'Elisita. Vengo muerta del susto. Ai izque está todo el negrerío del Llano armao de cuchillo y que mañana van a principiar el degüello, parejo con los negros del Bolo.

—No se ponga a hacerle caso a las señoras Pinos. Aquí no va a haber degüello, ni saqueo, ni ninguna de esas cosas que dice la gente, ni se van a robar las custodias. El ejército entra capitulado y tiene que cumplir lo que han firmado los jefes. Los negros robarán por ahí gallinas y comida. Váyase a hacer harta empanada y hartito tamal, que esta es la ocasión.

—Y estas guachernas y estos bundes que están armando ahora, por todas las salidas, sí podrá contenerlas la autoridad nueva?

—Demás, Cantalicia, no se confunda.

—Y el niño Tiodoro y Eloy no arriesgarán a que les echen zurriaga los negros caucanos?

—No se ponga así Cantalicia. Vea: Quédese esta noche allá rezando con las señoras Pinos.

—Pues será, niñ'Elisita. Pero ya habrá visto que de nada nos ha valido la novena de Sant'Elena ni estas procesiones tan lindas. Siempre se colaron al Estao esos enemigos de la Religión. Se ve que mi Dios quiere castiganos por tantas maldades y tanta pecadera.

—No le quede duda, Cantalicia; pero mejor será que nos castigue aquí y no en la paila mocha.

—Pues sí, niñ'Elisita. Será encomendanos a mi Dios, en las casas, porque mañana izque van a cerrar todas las iglesias.

A pesar de tamaños peligros madrugamos en aquel 22 de mayo de 1877. Como papá nos ha dado permiso para verlo todo, nos juntamos con Marto y con Verita, apenas almorzamos.

Ese Marto, ya casado, y que pronto irá a tener muchachitos, me infunde, al par que más cariño, un respeto que ya defino. Pero él, tan contento y tan muchacho, no parece ni casado. Dize que es liberal, pero no va a encontrar a Trujillo por no darle esa mortificación a su padre Teodoro.

Ya recorre por ahí, en los caballos recién comprados, la mocería liberal y acaudalada. Desde las doce nos vamos por la Avenida Derecha de la quebrada, para atisbar la bajada de las huestes liberales. Por ahí se anda toda la gente peatona, los dichosos con binóculos y todos comentando y noticiando. Bien comprendemos por las banderas y las ramas gloriosas cuáles son las casas liberales.

Verita tiene erudición inmensa sobre los batallones y los jefes que llegan, sobre los pernóctos y arreglos de Rionegro para acá. Desde el amanecer ha entrado la impedimenta con las bandadas de Juanas o catiras.

Seis mil hombres! Medellín a lo sumo tendría diez y ocho mil. Por muchos y muy grandes que fuesen los cuarteles y las casas expropiadas no habrían de alojar tanta soldadesca, desde que no la regaran por ejidos, en campamentos y brigadas.

Aquello es esperar y más esperar, bajo ese cielo incandescente que han despejado los espíritus malignos, para que más brillen las espadas, los entorchados y galones de la bélica herejía.

Por fin vamos a conocer aquella «Guardia Colombiana», que es para mí como una leyenda asiática. Todos los pedazos de la historia de Tur-

quía que le he leído a mamá se me acumulan. Desde que distingo cornetas y tambores y veo asomar por «La Vuelta del Guayabal» las primeras banderas, me voy poniendo arrozudo. Bajan marchando de cuatro en cuatro, compactos y parejos, escoltados por jefes y oficiales. Antes que desemboquen en Junín, corremos para llegar los primeros a la plaza. Nos metemos por la «calle del Rechín» hasta la esquina de la Catedral. Contemplamos un nuevo arco levantado en la mañana, perpendicular al costado norte y en el propio centro. Es de arquitectura personal y de lienzos pintados y un tanto rococó. Lo tributa, de su propio peculio, don Carlos Coriolano Amador.

Salvo uno o dos balcones desiertos, los demás están colmados. Cintajos y arrequives rojos resaltan por aquel mujerío aristocrático, y más aún en el heteróclito que se arracima en los balcones apolillados de la Gobernación. Allí reconozco a Ricarda y a la gentil Anuncia, a cual de las dos más divisada. Unas y otras empuñan manojos de las flores más preciadas de estas alturas.

Por abajo, en puertas de almacenes y en aceras... no se diga! Por los vivas se saben los batallones que van entrando: Zapadores, Quinto de Vargas, Pichincha, Granaderos, Tiradores, Noveno de Palmira, Quinto de Cali y otros. A la voz de mando y de instrumentos bélicos marchan por el marco de la plaza, y se van formando, de sur a norte, por los lados opuestos, al vozarrón de mando.

Como a las dos, atronador vocerío:

«Viva el General Trujillo!..»

Revuelan pañuelos por arriba, revuelan pa-

ñuelos por abajo; el viva repercute, y el héroe, espada en mano, en el corcel de un magnate, asoma bajo el arco. Ni puedo contemplarlo en mi deslumbramiento. Avanza seguido de su Estado Mayor, de los topantes, de las bandas. Entre lluvia de flores atraviesan el costado sur, voltean el occidental, suben por el del norte, pasan por el arco, llegan a la esquina y se sesgan hacia el kiosko, en donde el héroe baja para trepar a su recinto.

Por el espacio libre del centro corren los espectadores hasta el kiosko. Allí recibe al vencedor el Gobierno Provisional. Su presidente, el doctor Manuel Uribe Angel, le dirige la palabra. Trujillo sube custodiado hasta el octagonal recinto. Rodea el kiosko una cadena en sus pilotes, tal como el monumento de la Pola en su ciudad nativa.

Rebrilla al sol el armamento, rebrillan las galas de gran parada. Entre los nueve Estados deslumbra el vencedor. Son entre ninfas y entre musas: Suelos los cabellos, ceñida de laurel la frente, la banda tricolor con el nombre respectivo, cruzada sobre la blanca veste. Cesan bronce y parches. Antioquia—la bella Carolina Calle—en florida arenga, le ofrece la corona. Contesta, y en la tribuna, allí inmediata, surge el doctor Luis Eduardo Villegas. Su voz potente y juvenil, de orador amaestrado, domina la plaza.

De aquel discurso que tanto me conmueve, retengo este paso textualmente:

«Es que en estos tiempos, ilustre general, los pueblos buscan el bautismo de la luz, antes que caiga sobre ellos el agua bendita del catolicismo».

Qué susto el mío!

Muertos de sed y de cansancio nos entramos a la casa de don Recaredo, la más hermosa de la plaza, convertida en cuartel. Entre ordenanzas y catiras damos con la Mica.

—Vean a ésta!—exclama Teodoro—En esto te violan. Sixto Quinto dizque volvió bueno y sano?

—Bala y bayoneta no le echaron, niño; pero vino con calenturas y otras cosas y toíto cundido de carangas.

—Tomá, negra,—le dice Marto dándole un peso—para que le hagás remedios a ese patriota.

—Dios le pague, niño. Y no'sté pensando que no lo conozco: Usté es el niño menor de don Cuenca y tío d'estos niños, y fue de los que se casó en estos días.

—A la orden, negra; y conseguinos un vaso de agua.

Por ahí cocinan hasta en los corredores del segundo piso, con astillas de caoba de algún armario.

Nos salimos al balcón; pero ni podemos ver, porque está repleto de señoras forasteras.

Ese Trujillo!... Al doctor Cuesta, libertado de la cárcel de la ciudad, no le puede entrar que se haya personificado en este general caucano, tan partidario de Núñez, el triunfo del liberalismo en toda la Nación. Si hubiera sido en el general Acosta...

No carecía de olfato el doctor Cuesta.

Si el casco de la Villa está congestionado, también lo están las cajas del comercio, con esas barras que no ha podido exportar hace ocho meses.

Aún está Medellín en el aturdimiento de aquel cambio incalculable, cuando corre la sorprendente noticia: Se han robado la corona! Sabría Dios dónde la habrían sepultado, porque ni resquicios por parte alguna. Nada que le disgusta al doctor Cuesta y a los liberales parristas. Ojalá este hecho fuera un pronóstico! Ojalá no alcanzara Trujillo el solio capitolino!

XI

En nuestra familia cae el luto: Don Teodoro muere en junio y doña Rosario en diciembre. No queda sola Ignacita porque Enrique y Angelina se han trasladado a la ciudad, en donde piensan residir. El trae el riñón bien cubierto porque ha recibido la herencia de sus abuelos.

Teodoro y yo no nos desconcertamos con esta tregua y estos sucesos. De todos modos seguiríamos en nuestros estudios. Ni a papá ni a Melita, los conservadores de la casa, les aterra el que la enseñanza sea laica o herética. Si verdaderamente teníamos ideas y sentimientos católicos no habríamos de perderlos aunque tuviéramos de preceptor al mismo diablo. Si éramos incrédulos o indiferentes en punto tan capital, tanto nos daba que nos enseñase el padre Astete como Voltaire. Y nadie tenía la obligación de aprender lo que le enseñasen. Bajo estos auspicios entramos el 78 en los 19 años y en el llamado Colegio Central, para seguir la carrera de abogado, cuyos cursos se hacían en cuatro años.

Diré ante todo cómo fue el estudio:

Interrumpido varias veces por las revoluciones del 79 y del 80, lo completamos, no obstante, en el tiempo prefijado, debido a nuestros trabajos autodidácticos. Al cumplir los veinticuatro años nos otorgaron el título de Doctores en Jurisprudencia y Ciencias Políticas, sin tesis ni cosa parecida, porque no se exigía en tal carrera.

Mamá decía que éramos doctorcillos al primer hervor y Teodoro le replicaba que así era en efecto, pero que la monta no estaba en saber sino en que lo creyeran a uno sabido.

Y nos creían. Desde antes de terminar ya habíamos practicado bastante a la sombra de varios profesores, que nos dieron menudencias para llevarlas por nuestra propia cuenta y razón. Por tal motivo adquirimos relaciones con los profesores Joaquín Emilio Montoya, Eduardo Antonio Hoyos y Rafael Uribe Uribe, lo mismo que con los doctores Villegas y Palacio. Especialísimos fueron con nosotros los Subdirectores Fidel Cano y Avelino Agudelo. El doctor Rafael Uribe Uribe fue nuestro profesor de Legislación.

El principio de utilidad de Bentham no lo aplicábamos por lo material y epicúreo, sino por lo ético y espiritual. Para nosotros, católicos de la cepa, discípulos del doctor Ospina y educados en Balme y en don José Joaquín Ortiz, lo útil tenía que referirse más a los asuntos del alma que a los del cuerpo. Lo cual no quiere decir que fuéramos unos ascetas ni mucho menos.

En estos nexos con personas tan altas y tan políticas no nos tentó siquiera el figurar en estas lides. A esto contribuyeron más que todo las su-

gestiones de mamá. La política, según ella, era carrera muy hermosa para el que pudiera ser presidente, magistrado o legislador muy sabio y muy justo, pero este caso era rareza en la vida. La política resultaba a veces un pretexto para odiar al prójimo, y por lo mismo una ocasión o un sistema para ennegrecer la entraña y amargar la vida. Así era que, si nos sentíamos unos Ulises o unos Berríos, bien podíamos mandar. Pero mucho mejor sería no pensar en destinos públicos sino en trabajos privados, sin volvernos tinterillos, pícaros ni buscapleitos.

Al terminar nuestra carrera nos asociamos en una como agencia jurídica, que poco a poco fuimos combinando con otros trabajos hasta volvernos unos comisionistas. Juntamos a esto comercio de librería y papelería. Iban resultando, pues, los Guaricongos muy muñecondes; con talento del bueno y con el vicio de trabajar, como Cantalicia y Melita. Han cumplido el programa de ser doctores y escribanos.

Las épocas de transición y cambios políticos, por muchos males que traigan consigo, son poderosas a desarrollar actividades e iniciativas y a descubrir nuevos horizontes y nuevos puntos de vista en la lucha por el pan.

Apuntemos algo de esta época.

Los elementos militares; los jóvenes de Cundinamarca y del Cauca; toda esa gente nueva que resulta de las revoluciones se ha ido injertando con el Medellín viejo, ya por matrimonios, ya por relaciones de sociedad o de oficio. Fúndase el «Club de la Varita», entre los cachacos más en boga. Algunos, más tremendos y avanzados, que

dicen no reconocer más moral que la mata de mora, establecen otro, de la pura crema de la crema. «La Mata de Mora», como se le bautiza desde luego, es el centro selecto por excelencia. El periodismo se desarrolla. Las Escuelas Normales, dirigidas por Martín Lleras, van soltando polladas de maestros y muy especialmente de maestras. El poeta Barrera publica loas a las bellas de Medellín. Les ponen música los cantores populares y por todas partes se oye:

Una tarde serena y alegre
Cuando el sol empezábase a hundir,
Paseaba por ver las beldades,
Que a millares se encuentran aquí.

La música nacional se ha inspirado en los sucesos épicos, y a Medellín repunta con sus bambucos y pasillos. «Las Guerrillas de Guasca», «El Asalto a la Cabaña», «El Arenillo», «El Ave del Quindío», qué sé yo, se oyen en los pianos y en las murgas. Alternan con estas músicas los cantos corales de las Escuelas Anexas.

Fuera de la calisténica escolar se abre un gimnasio con trapecios, barras, bolas y todo el equipo del caso.

El gobierno será todo lo laico que se quiera; pero, por lo mismo, muy contento y disipado: Banda y despejos militares, músicas por las calles, retretas, bailes entre las gentes de viso. Se abre esa época de carnavales y de fiestas públicas que siguió hasta el fin del siglo.

En estos dos años de las revueltas, a más de los hechos de armas, se hizo cruda guerra por la prensa. Famoso fue hasta el 79 «El Centinela»,

periódico jocosos de oposición. En su sección de «Barberazos» no dejaba títere con cabeza, con mucho ají pique y mucha sal. Los mismos liberales lo celebraban. Redactábanlo, de tapada por supuesto, Lino R. Ospina, Alejandro Barrientos, Lucrecio Vélez, Marco Antonio Ochoa y otros.

Cosa bella y divertida la guerra de las mujeres con sus cintajos rojos y azules! Y por los días de Rengifo llevaban «El Batallón Cívico» y las milicias improvisadas que acudían de los pueblos unos sombreros altísimos de caña muy pulida, llamados Vencedores. «Rengifo o la muerte», rezaba su divisa.

Famosa fue desde el principio de la nueva era una agrupación de mozos desenfadados, en que entraron hasta conservadores. Se llamaban «Los Tronchos». Y Los Tronchos no había parte a donde no se metieran con sus bullas, y unos juguetes de lata que llamaban «sapas», con que aturdían en el teatro, en las funciones callejeras y hasta en las barras de la Asamblea. Los viejos los detestaban, pero entre las muchachas casaderas gozaban de mucha popularidad. En el incendio del palacio que construía el señor Amador fueron Los Tronchos los más denodados apagadores.

La «Sociedad Democrática», con sucursales en todos los pueblos, preparaba a las masas para las campañas del parlamento y de la prensa. Estos cuerpos colegiados culminan en otro, categórico y radical. En él bebe el pueblo el néctar vivificante de sus derechos. Imitando, por supuesto, a Europa, se llama también «La Mano Negra». Qué espanto el de las gentes timoratas! «La Mano Negra» lanza periódico con tal mote y lo re-

dactan los artesanos más señalados.

Sufrió la Religión? Muchísimo o nada, según se entienda:

Al principio practicábase el culto público con cierto disimulo. Su Ilustrísima pone en entredicho la diócesis; mas en muchas casas de conservadores y liberales se celebran misas, a ciencia y paciencia de todo el mundo. En cuanto a los sacramentos, se administran con alguna reserva.

Restablecido el orden público, váse Trujillo a su solio capitolino; reemplázalo Aldana. Su gobierno y el diocesano se transan en un concordatillo ad-hoc: El matrimonio civil y las escuelas sin enseñanza religiosa quedan establecidos, mas el Gobierno no saldrá con tuiciones y manos muertas mosqueriles, ni en iglesias ni en seminarios ni en conventos ni en cementerios.

«Conviene que haya herejía
Para así nuestra fe solidar»

declara textualmente «La Tapa del Congo». Y esto acontece en la Villa de la Candelaria: Con la restauración del culto público; con aquellas campanas suspensas unos días, se alborota el fervor. Y como todavía no se ha afrancesado el traje de los sacerdotes ni los paños altareros, revuelan por estas calles los manteos ampulosos y las tejas de a tres cuartas, mientras en los templos resplandecen las aras con la policromía de aquellas palias y guarniciones que no han visto los ojos de este siglo.

Pelecha otra herejía que al episcopado no le parece conveniente: Es el espiritismo; pero la nota más subrayada de protestantismo la da «El

Negro Rengifo»: Viste de militares a los sacerdotes que ha encontrado en campaña.

El castigo tan anunciado aparece en estos días: Es la gripa o trancazo, desconocido hasta entónces. Se le llama «El Abrazo de Rengifo». Le sigue nueva plaga: Una pulga colorada, de lo más prolífero y acosador. Se le apellida «La Colombiana». Esa sí es pulga!

Al par que estas diabluras liberales ha abierto el conservatismo escuelas de toda clase, y nuevas Hermanas de la Caridad, única institución extranjera y religiosa admitida en el país, establecen su enseñanza.

En materias económicas tampoco se quedan atrás. Casi toda la plutocracia del partido católico va formando, mejor que la roja, la rosca bancaria.

Esta «aristocracia de vara y de tijera», como dijo Jorge Isaacs, no se trastorna con tales enredos: Mes por mes salen las remesas de barras fundidas, y los cargamentos de importaciones aumentan. Ventas de nuevos artículos repletan los almacenes; imitaciones de pinturas al óleo, en distintas formas y tamaños; cacharrerías ornamentales de loza y de vidrio; terciopelos o sedas más o menos fingidos; modas ostentosas; colas de pavo real, cogidas con pinzas. En los cachacos, los cuellos a guisa de alza idem, los corbatones de plastrón, los alfileres de pepas de oro, los bastones, como adminículo indispensable; la pedrería, en mancornas y sortijas. Todo ese lujo de relumbrón aumenta con la venida de una ópera.

A los sombreros de Aguadas y de Suaza los suplantán los cocos alemanes o italianos. Varios

maiceros que han estudiado sastrería en París y en Londres llenan sus talleres de paños serios y finísimos de Sedán, y de otros de fantasía que semejan musgos o minerales. Han venido peluqueros franceses, y el que no se arregle en el establecimiento de Rifeau es cualquier cosa.

Desde el principio de la nueva era surge el gremio de emboladores, y «Brindis», su decano o fundador prospera tanto, que se va hasta París y allí se establece.

Las señoras están confundidas porque se inicia la época de «las blancas en la cocina y las negras en la tarima». Las que antes fueron de escoba y de hollín pinchan las colas, revuelan chales, calzan zapatos escotados de cueros bronceados y paran en mozas del partido. Y eso que en esos días se han desgajado estrellas desde los altos firmamentos.

En esta Colombia, tan poco industrial todavía, fue alarmante la instrucción de las muchachas de la clase baja. Ese hecho lo anotó la literatura satírica en varios poemas, entre ellos «El joven Arturo» y «Bárbara Jaramillo». Forjó el último Manuel Uribe Velásquez, joven ingenio de la minera Amalfi.

En medio de este río revuelto pasamos de estudiantes a doctores y negociantes, con el entusiasmo juvenil, buenos bigotes, la petulancia y suficiencia consiguientes. Al finalizar el 82 y nuestra carrera, ha cesado el luto de Cuencas y Moncadas. Ya por este tiempo está en la ciudad don Alvaro con su familia y se ha casado Rosana. No con Ricardo Olivares, sino con un oficial de Cundinamarca.

En nuestra casa todo es alegría con los tres niños que se han topado Marto y Carolina. El más chocho de todos es papá. Y el tal Príncipe sigue siempre niño y empalagoso. Con tal que no fuera a matar las tres criaturas con todas las cosas que les hace! Ya le han despedazado molino y carricoche. Suele ir algunas noches con el tiple para cantar con Melita y alegar con Elisa, porque no se engalana con todas las modas que él quiere. Nos ha hecho más fiestas con el doctorazgo que la misma Cantalicia, y no deja en paz al «doctorcito de cera» y al «doctorcito de loza».

Como van varias muchachas, primas y amigas, Melita y Marto nos tocan algunas veces para que bailemos, y los doctorcillos y dos hijos de don Alvaro son los galanes obligados en el ensayo de aquellos lanceros que ponemos todos.

Sólo por complacer entra Raquel en estas diversiones. Aunque la tienen por una de las más hermosas de la ciudad, no está por novios ni por cosas de este mundo. Ha entrado en el Colegio de las Hermanas y le va resultando el misticismo, heredado de pila. A mí me hace rezar cuanto puede y hasta comulgar espiritualmente.

Vamos bien en nuestros trabajos de abogados y en nuestras comisiones, y mucho mejor aún en el comercio de librería, papeles y útiles de escritorio, que bajo la protección de Juaco hemos ido ensanchando. En ese entonces no era difícil la carrera comercial. No se conocían crisis ni oscilaciones en la moneda, por lo mismo que el Gobierno no había emitido todavía el papelito fiduciario, y el crédito no estaba aún desacreditado.

Ya por ese tiempo llegaba el ferrocarril has-

ta Pavas, y la administración Pedro Restrepo había construido magnífico camino desde Piedecuesta hasta donde llegase la vía férrea. Ya Puerto Berrío había supeditado los otros.

Papá estaba muy bien hallado en sus trabajos de fundición y ensaye, con la casa Mariano Castellanos e Hijos. Como no era hombre que significase en política ni en capital y tuviese muy buenos padrinos, poco había sufrido en sus haberes con las nuevas exacciones.

Melita iba viento en popa con su tienda casera, que ya ostentaba los anaqueles y el mostrador del caso.

La misma Lola estaba muy entablada en sus modisterías, y Tirso en su abogacía y en el profesorado de los colegios conservadores.

Aunque nosotros entendíamos la política en los hechos exteriores, mal podríamos saber todas las cuerdas que movían los títeres. Por las trujilladas en el Cauca y Magdalena; por la lapidación a los congresistas radicales; por la revolución de Jorge Isaacs, tan impopular en Antioquia, bien se nos alcanzaba que este radicalismo montañero, personificado en comerciantes y en tres o cuatro ideólogos avanzados, estaba pegado con alfileres: Tendría que fundirse en el partido independiente o chocar con él. Tal vez por esto, más que por el imperativo de nuestras ideas, fuimos entrando lentamente en el partido conservirrojo que representaba Núñez.

Juaco habla poco pero claro. Nos llama aparte y nos dice:

—Bueno muchachitos: Me parece que están

pintando bien. Pero escuchen una cosita: Si los veo metidos en El Cosmos o en casas de juego, no cuenten conmigo. Faroleen ahí con los caballos y los fluces, sin meterse tampoco en la tal Mata de Mora. Eso aunque sea de gente muy buena es una escuela para aprender a jugar, a beber y a perder el tiempo. Ya sé que son muy alegres; pero no se vayan a enredar con estas militares. Lo que han de hacer es trabajar para que se casen pronto. Tranquen como Martiniano. Ustedes verán si le cargan la mano a la abogacía o al comercio. Fíjense en esto, que es muy importante.

Prometimos y cumplimos.

A poco nos asociamos legalmente y de ahí surge la «Librería y Papelería de Moncada, Gamboa y Cía.» que tanto ha figurado en este comercio.

Y, antes de seguir adelante, tengo de abrir en este paso un paréntesis para tratar sucesos de tremenda trascendencia.

Ello es que mamá Dolores, con Marinacita, las Pinos, muchos viejos y viejas y hasta mozos y gentes graves y machuchas se hallan, por junto y por separado, en un hilo y con el credo en la boca, por el próximo fin de este mundo pérfido. Ahora sí era de veras! Razón tenía Don Tranquilo: (1) Si ya desde el 60 venían las señales inequívocas, tenía que anunciarlo desde el 68.

Qué síntomas más formidables y más bien

(1) Un señor Villa, un tanto chiflado por el lado profético, que echaba sus profecías en hojas sueltas.

graduados en el proceso lógico de veinticuatro años!

Mosquera, con sus expolios en los bienes de la Iglesia, con sus intervenciones en la viña del Señor, con destierro de obispo y sacorio de monjas, era el primer preludio, para seguir, trece años después, aquel torrente de horrores que, entre el Anticristo y La Gran Bestia del Apocalipsis, estaban maquinando sabría Dios desde cuándo.

Qué cúmulo han formado las señoras de la casa, reforzadas por las cartas de don Ceferino! Enumeremos: Cataclismo en el Ecuador; robo de custodia en Rionegro y aparición de mohán en La Blanca; matazón con hacha a cinco cristianos, en las propias goteras de La Villa; terremoto en Cúcuta; muerte del doctor Berrío y del obispo Isaza; guerra de la Religión contra la herejía, para que al fin triunfaran las maldades. Tantas eran que, en castigo, se estaba derrumbando Bogotá por las propias cumbres de Egipto, y, si no hubiera sido por «Vicentico», que supo abrir el ojo, nos habrían canonizado a «la santa de Chapinero», esa milagrosa Nieves Ramos, que, de cuerpo gloriosísimo, alimentado con la Eucaristía, había venido a parar en excomulgada por la Iglesia, por la higiene, por la decencia. Valientes cosas las de La Gran Bestia! Por ello habían invadido a la pobrecita Antioquia esas razas asiáticas y esa langosta patiana, que iban a acabar con todo y a traer un hambre, que las madres se iban a comer los hijitos, como en el sitio de Jerusalem. Después otra guerra en el Estado para que «el negro Rengifo» le echara revólver a la torre de la Catedral, vistiera de soldados a los sacerdotes, fusilase inglés y alborotase esas hordas de pro-

fanadores de templos, de saqueadores de pueblos y esa legión de cuatreros que iban vendiendo aquí y allá «bestias quiteñas de color gateado». Pues y el 80? Viene Jorge Isaacs, derroca al Gobierno, impone compartos y pasea sus «aguileras y gaitanes» desde Manizales hasta Amalfi. Tan siquiera que las gentes de bien veían de flor estos «retozos democráticos». Y se intensifican las señales: Temblores, sol azulado y Java que se sumerge en el agua. Y, para que en La Villa se sienta más el acabe, hace tupia la Iguaná, la suelta, tapa a San Ciro de Aná, cambia la topografía y desbarata los linderos de esas fincas planas de La Otra Banda. Mas faltábale al documento la gran firma. Ya viene; ya se anuncia el toque final de la trompeta; y cualquier noche se levanta sobre la cumbre de Santa Elena el espanto del Carlos V, más terrorífico en el cielo que en la tierra. Aquí sí, pues! Iba a abrirse el libro de los siete sellos. Mas todos estamos tan tentados por La Gran Bestia que, en vez de pedir misericordia, madrugamos a desafiar con los ojos al tal Carlos. Le rutila la regia testa, medio traicionera, y aquella cauda que arranca sutil, se ensancha hacia el extremo, rígida, geométrica, como un haz de rayos, de una luz dulce y fascinante que encalabrina entendimientos y corazones. Fléchase de sesgo derecho a Envigado: Va a incendiarlo, antes de aventar esta bola de barro por esos éteres de Dios. Qué monstruo tan bello y tan terrible! Ni los perros lunáticos se atreven a latirle.

Todos madrugamos desde las cuatro para contemplarlo en la apoteosis de su misterio. Todos menos Cantalicia.

—Ay! niña Melita!—le plañe una mañana—

Una vez lo vide; pero en otra no me cogen. Desde que me figuro qu'ese tasajo di'animal está asomao, me dentran hasta ganas de morime. Dichosa usted y la niñ'Elisita, que no les paña la terronera!

—Por qué nos ha de pañar, Cantalicia? Qué tristeza nos va a dar si nada dejamos atrás!

—Pues si fuera así, máis máis; pero quién sabe cuántas cosas tan medrosas tendremos que padecer antes d'entregar los aniseros! Tan siquiera mi niño Eloy está bien confesaíto!

—Yo sí; pero vea: No le crea mucho a las señoras Pinos ni a los cuentos de Marto. Haga como mamá y Lola, que se ríen de estas bobadas.

—Si en mi'stuviera!..

Entre tanto, qué era de los corazones de los dos asociados? Esto merece capítulo aparte.

XII

Teodoro, después del mariposeo con la una y con la otra, vino a fijarse desde antes de terminar nuestros estudios, claro está, en la prima Rosario. Máxime cuando la tía Martina ha sufrido hasta el último azote el castigo de la lengua. Con los nietos se le ha reblandecido tanto la entraña que ya gasta la plata, sigue la moda, y tiene relaciones con tanta gente, que hasta los arrimadijos de Melita y el Negro han tenido que entrar en su reino. Según Lola, hasta está leyendo «Las Mujeres del Evangelio».

Rosario es, en su tipo de trigueña, tan hermosa como puede serlo Raquel en el suyo. Al contrario de su prima, es muy amiga de diversiones, de modas y de todo devaneo juvenil. Según mis cuentas, ella se enamoró primero de su primo «ojos de gallo», que éste de «La Generala», como la llamó desde el comienzo. Qué iba a hacer aquel par? «Resignarse a ser marqueses».

Muy sonadas y espléndidas fueron estas bodas.

Y yo? Es este un caso que, de puro sencillo y natural, viene a ser muy complicado.

Eso estaba de Dios: Todos lo presentían o lo sabían antes que sucediera. Elenita y yo ignoramos si nos perdimos el uno por el otro, porque la gente lo dijera, o si lo dijeron porque ya estuviéramos perdidos. Aquella hermanita a quien tanto había consentido se me fue convirtiendo, al hacerse mujer, en la señora de mi corazón. Yo mismo no sé si era bella, pero desde antes de cumplir los quince años se me hacía perfecta y acabada en todo y por todo. El mismo respeto, la misma aparente esquivez con que ambos nos tratábamos nos pusieron en evidencia. Al principio hablábamos poco. Cuando estrenaba algún vestido o se componía para alguna fiesta le decía:

—Sí que estamos galanes! Qué irán a decir los curas!

—Tan bobo!

Es muy floricultora. Por esta época estaba muy en boga una planta menuda, de la familia del poleo, que llamaban «Yedra de Salón». Tiene un tiesto y lo va enredando, con asa como canasta. Mientras cose por ahí en los corredores me pongo a podarle y perfilarle la mata, con estas manos mías tan mañosas y cositeras. Por uno como convenio tácito de nuestro amor ciframos en la pulida enredadera algo que nos une, y, cuando veo la planta tachonada de esas florecillas tan menudas, siento una dicha que me embriaga. Súltán, el nuevo perrito, es otro vínculo. Lo mando que se eche a los pies de su señora y me obedece.

En medio de aquel amor tan hondo, tan delicado, tengo mis momentos de angustia. Tal vez

ese amor mío sería una felonía con papá y con Elisa. Acaso fueran a oponerse a mis aspiraciones, por la locura y la tragedia de mi padre. Qué hago? Le abro mi corazón a Melita. Se ríe de mis temores y los desvanece por completo. Elisa y papá lo habían entendido todo desde el principio. Desde entónces, en presencia de Melita, que es otra madre para los dos, nos desbordamos en los secretes y vienen las prendas y los regalos.

Los papás siempre nos echan las indirectas del padre Cobos; pero ni por esas nos ruborizamos. Al fin hablo con ellos, con la solemnidad del caso. Desde que no me dañara, no podían darle la hija a nadie con más gusto que a mí. Les juro que, lejos de dañarme, me compondría. Y como conocen mi sumisión y obediencia incondicionales, me lo creen todo. Y papá me declara:

—Bueno, Eloy: No piense en poner casa aparte. Eso es cuando hay suegros por medio. Aquí sobra casa. Y nosotros nos vamos a quedar muy solos. Ya Raquel nos notificó que se va de hermana. Y por mucha tristeza que nos dé, no podemos oponernos. Tanto habíamos previsto este matrimonio de ustedes, que ya me está acabando Simón Caballero el juego de muebles que le encargué para Elena. Arregle usted con Elisa y Amelia lo que necesite para que se casen ligero. Este noviazgo entre dos que viven en una misma casa tiene muchos inconvenientes. No ha faltado quien nos diga que usted debe vivir en otra parte, mientras no se case. Pero Elisa y yo hemos pensado que eso es una bobada tamaña de grande y lo mismo piensan mis suegros y Lola y Tirso.

—Sí, Negro.—interviene mamá—Lo que ha

principiado a la vista de nosotros no tiene por qué suspenderse en ningún pasaje. No sé si Martiniano y Teodoro le habrán tocado el punto.

—Sí, mamá; hemos hablado. A ellos les parece muy bien.

—A todos, Negro. Desde las sirvientas hasta mi papá y mi mamá. Desde ahora le advierto que tiene que poner entre los padrinos a Tirso y a Lola.

—Sí, mamá; los que ustedes elijan.

Nos traen las argollas, las bendicen los papás, y las cambiamos sin ninguna ceremonia, como no sean las lágrimas de dicha que derrama Cantalicia. Carta a Nicanor para participarle el gran suceso.

Este paso culminante de mi vida me parece que no acontece en la realidad.

En casa de Juaco se celebra, por la noche, el matrimonio civil, con muchos convidados y con la pompa de entónces, entre los ramos nevados con que glorifican a la novia. Ella se queda allá; yo me vuelvo a mi cuarto de soltero, después de recibir las bendiciones que nos imparten padres y abuelos. Pero imposible dormir. Mi mujercita, mi Matica de Col, me la ha dado la ley. Me la daría Dios a la mañana? He hecho confesión general en esa tarde. Siento la conciencia tan limpia. La Providencia, tan generosa con el huérfano desvalido, se valdría de esta ocasión para llevarme consigo? Prendo la vela y le rezo a mi Virgen. Labrada en alto relieve en un trozo de encina, con dorados y colores vivos, la cabeza inclinada sobre su Hijo muerto, se me hace más tierna, más

poderosa. Le pido por mis padrecitos, por mi Elena, por mí, por todos. Quiero ser bueno, intachable... qué sé yo. Y me transporto en uno como letargo de susto, de ventura, de piedad. De él me saca Cantalicia.

En la mañana recibimos los sacramentos en la parroquial de San José. En medio de la ceremonia alcanzo a ver junto al presbiterio el genio tutelar, que de cerca y de lejos me ha acompañado en la vida: Sí; allí está Cantalicia de hinojos, tocada con su pañolón. Qué podrá separarnos en la vida?

Al salir con mi mujercita, tan blanca, tan velada, con los azahares y el ramo que mi corazón le ofrenda, con la cola recogida por dos ninfas, encabezando aquella fila de parejas enganchadas que llenan dos cuadras, me desvanezco en el ensueño, entre la turbamulta de curiosos que llenan puertas y bocacalles. Siento que llevo en mis sienes la corona de la vida.

Pasado aquel banquete bailable que dura hasta las tres, se despiden los convidados. Torman muchos de jinetes y amazonas. Empuñan los caballeros los nupciales ramos. Yo tomo el mío. La cabalgata parte y nosotros en medio. Van a escoltarnos hasta el Cucaracho, a esa quinta de Juaco, medio perdida en la arboleda.

La gente nos admira. Paso a los reyes! Paso a los vencedores!

Al bajar por La Alameda acompasan la marcha triunfal los cascos herrados; el ocaso nos alumbra; hacen visos los sombreros de copa, brillan los cañaverales y los sembrados; perfuman los ramilletes, y hasta ese río, que arrastra las

arenas codiciadas, nos rinde homenaje con sus linfas que el poniente dora.

Que le ponga a esto epílogo? Lo pondré. Casualmente que es cosa de viejos.

Han pasado los años. Aún viven los hijos de Miguel y de Elisa. Mientras Raquel labora por Cristo en el colegio de San Façón, nosotros descansamos. Teodoro y yo hemos trabajado en todos los campos, hasta en la cátedra, en la curul, en el periodismo. Tál ha sido la lucha, que aún tenemos bienes materiales qué legar a nuestra descendencia. Por oficio, por afición, hemos leído y estudiado las dos partes del eterno pleito entre la Fe y la Razón. Y tal será el grano de mostaza que sembraron en nuestros corazones, que siempre nos hemos atendido, en medio de nuestras debilidades, al padre Gaspar Astete.

Algo tendré que decir de mis allegados.

Nicanor se ha trasladado a Medellín desde el principio del siglo, y los Builes figuran hoy entre los principales de la ciudad. No se quedaron atrás los descendientes de Eladio. Los Dávilas, de comerciantes en madera, han pasado a financistas afortunados. En nuestro último viaje a Europa nos acompañaron dos médicos muy importantes: Juan de Dios Builes, el hijo último de Rufino, y Plutarco Osorio, nieto de «El Emblemo».

Tano, que ofreció el oro en el misterio consabido, tiene una descendencia acaudalada de comerciantes y cafeteros, que trabajan en los principales centros de Colombia. Tirso y Lola, trasladados a Bogotá a raíz de la Regeneración, dejaron varios hijos, que actúan en los campos de la mentalidad y de la política. Teodoro es el viejo

hablantinoso, entre grave y fantástico; Marto, con sus ochenta años, parece menos viejo que nosotros. Como es el Moncada de la cuarta generación criolla se ha recogido en su casa todos los santos, retratos y vejeces de la familia. Con ellos guarda el caimán, y a Petos, que le legó Beneda. Teodoro, que sabe de las teosofías modernas, y que es amigo de un alemán rosacruz, les saca al juguete y al fetiche no sé cuántos simbolismos y sentidos ocultos. Más debería sacárselos por ese fanatismo por los dos hermanos, que nunca se ha desmentido. También hemos perseguido el oro todos tres: Pero nunca nos hemos atrevido ni con el tesoro del padre Serna ni con el diablo de oro de la señá Melchorita, ni con las tinajas de don Segismundo, ni con la corona del General Trujillo. Allí están, bajo tierra, para que vean que pisamos también sobre oro trabajado. Allí están para que se lo saquen.

Soy un viejo conservero; lo que se llama un semanasanto. Las inquietudes de la actualidad no me inquietan; los trastornos no me trastornan. Veo en ellos el anhelo del Bién, la sed de lo eterno, que mueve a la humanidad. Sé que sobre este mundo que se agita está el reino infinito de las almas: Está Cristo. Sé que a Saulo lo derriba de su caballo el rayo providente; sé que al malhechor le basta un grito de la conciencia para alcanzar el Paraíso.

En este instante canta Sebastián de las Gracias el Himno del Progreso, caballero en su Aguilón. Me parece que va a arrastrarse con sus alas las torres de la ciudad. Le rezo a mi Virgen, y, desde el fondo de mi alma, entono con el avión,

TOMAS CARRASQUILLA

con el Cosmos, con los espíritus todos, el
«Gloria a Dios en las alturas».

FIN

A los doctores Pedro Pablo Pinillos, Miguel Moreno y Francisco Jaramillo Isaza, y a mis amigos Daniel Arias, Juan Crisóstomo Campuzano y Luis Latorre, doy público testimonio de agradecimiento por los seguros datos con que me han ayudado a documentar este humilde esquema de la Antioquia que fue.

TOMAS CARRASQUILLA

NOTA EDITORIAL

Esta obra, aun sin terminar su publicación, ha sido laureada por la Academia Colombiana de la Lengua con el "Premio Vergara y Vergara".

El Jurado Calificador lo compusieron Don Antonio Gómez Restrepo, que representa en Colombia la escuela clásica; Baldomero Sanín Cano, el eclecticismo filosófico, y Jorge Zalamea Borda, las maneras artísticas de vanguardia.

Bien podemos decir sin hipérbole que "Hace Tiempos...." ha alcanzado el triunfo en todo el frente.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES DE LA
EDITORIAL ATLANTIDA,
EN MEDELLIN, A
X DE JUNIO DE
MCMXXXVI

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100120725

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

